

WAR
PEACE
FREEDOM
IS
SLAVERY
& IGNORANCE
IS
STRENGTH

BIG BROTHER
IS WATCHING
YOU

INGSOC

WAR
PEACE
FREEDOM
IS
SLAVERY

IGNORANCE
IS
STRENGTH

1984



YOUR EYES ONLY



GEORGE ORWELL

ILUSTRACIONES: **LUIS SCAFATI**

TRADUCCIÓN: **ARIEL DILON**

1984

Lectulandia

Primera edición ilustrada en castellano de *1984* con las descarnadas estampas del artista Luis Scafati. Escrita en 1948, esta obra presenta una crítica lúcida de los regímenes totalitarios, con indudables resonancias diacrónicas.

George Orwell

1984

ePub r1.0

Titivillus 22.08.2025

Título original: *Nineteen Eighty-Four*

George Orwell, 1949

Traducción: Ariel Dilon

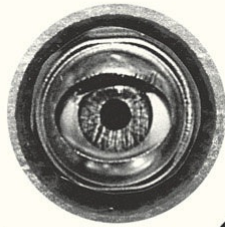
Ilustraciones: Luis Scafati

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



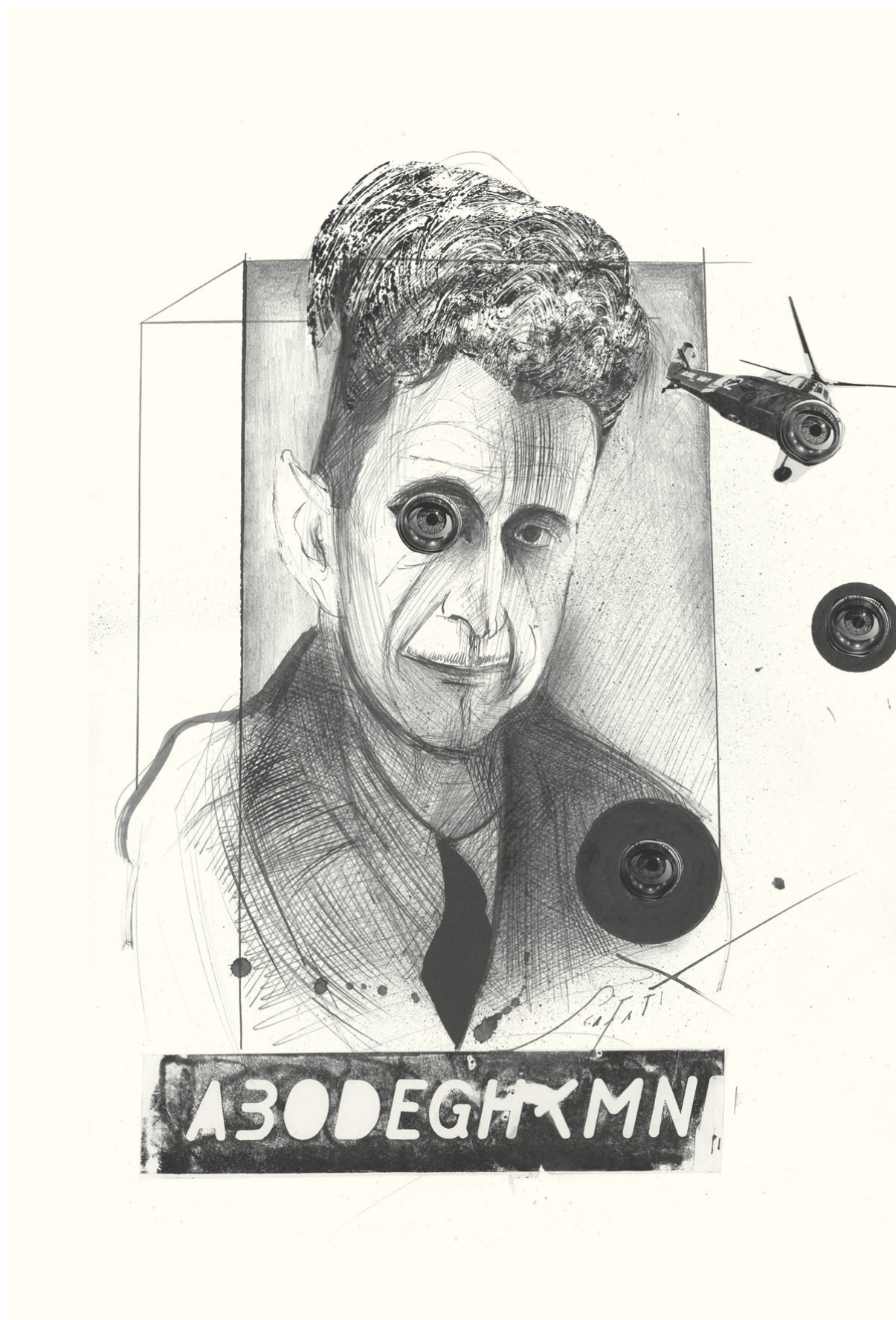
TRADUCCIÓN: ARIEL PILON

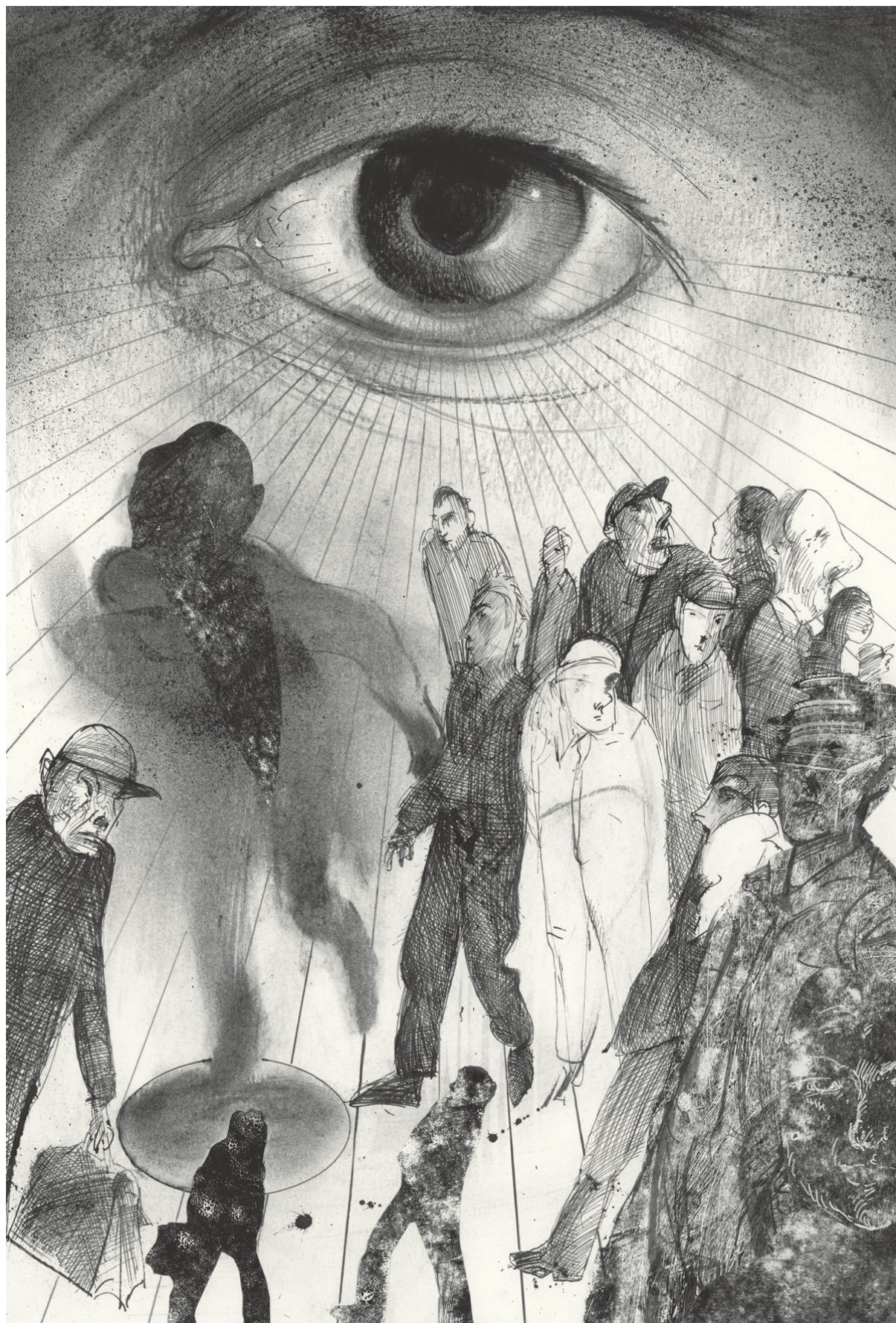


GEORGE ORWELL

1984

ILUSTRACIONES: LUIS SCAFATI





PRIMERA PARTE

I

Era un día radiante y frío de abril y los relojes daban las trece. Winston Smith, con la barbilla apretada contra el pecho en su esfuerzo por escapar del viento cruel, se deslizó rápidamente entre las puertas de vidrio del edificio Victoria, aunque no lo bastante rápido para evitar que un remolino de polvo áspero entrase con él.

El vestíbulo olía a repollo hervido y alfombras viejas. En la pared del fondo habían fijado con tachuelas un cartel a todo color, demasiado grande para el interior de un edificio. Representaba únicamente un inmenso rostro, de más de un metro de ancho: la cara de un hombre de unos cuarenta y cinco años, con densos bigotes negros y facciones recias e imponentes. Winston se encaminó a las escaleras. Inútil probar el ascensor. Incluso en las mejores épocas, rara vez funcionaba, y actualmente la corriente eléctrica se mantenía desconectada durante las horas de luz. Era parte de la campaña de ahorro en preparación para la Semana del Odio. Su apartamento quedaba en el séptimo piso y Winston, que tenía treinta y nueve años y una úlcera varicosa justo encima del tobillo derecho, subió lentamente, parando a descansar varias veces por el camino. En cada rellano, frente al hueco del ascensor, el cartel con el enorme rostro lo escrutaba desde la pared. Era una de esas imágenes ideadas de tal modo que los ojos te siguen a medida que te mueves. EL HERMANO MAYOR TE VIGILA, rezaba la leyenda inscrita al pie.

Dentro del apartamento, una voz pastosa daba lectura a una lista de cifras que algo tendrían que ver con la producción de lingotes de hierro. La voz provenía de una placa metálica oblonga, como un espejo opaco que formaba parte de la superficie de la pared a su derecha. Winston giró un interruptor y la voz decayó un tanto, aunque las palabras seguían siendo reconocibles. El instrumento (telepantalla, se lo llamaba) podía regularse, pero no había manera de apagarlo por completo. Avanzó hasta la ventana; su figura era más

bien menuda y frágil, y su mono de trabajo azul, que era el uniforme del Partido, enfatizaba la delgadez de su cuerpo. Tenía el pelo muy rubio, el rostro de natural rojizo y la piel áspera por el jabón basto, las hojas de afeitar desafiladas y el frío del invierno que acababa de concluir.

Afuera, incluso a través de la ventana cerrada, el mundo parecía helado. Pequeños remolinos de viento, abajo en la calle, hacían girar papeles y polvo en espirales, y aunque el sol brillaba en el cielo de un azul desapacible, daba la impresión de que nada tenía color, a excepción de los carteles que estaban pegados por todas partes. La cara del bigote negro observaba desde cada posición dominante. Había una en la fachada del edificio de enfrente. EL HERMANO MAYOR TE VIGILA, decía la leyenda, mientras aquellos ojos oscuros miraban profundamente a Winston. Abajo, al nivel de la calle, otro cartel, roto por una esquina, ondeaba a intervalos irregulares, cubriendo y descubriendo alternadamente una única palabra: SOCING. A lo lejos, un helicóptero pasó casi rozando los tejados, se mantuvo en suspenso unos instantes como una mosca azul y después se lanzó nuevamente al vuelo describiendo una curva. Era la patrulla de la policía, que husmeaba en las ventanas de la gente. En todo caso, las patrullas eran lo de menos. Lo que realmente importaba era la Policía del Pensamiento.

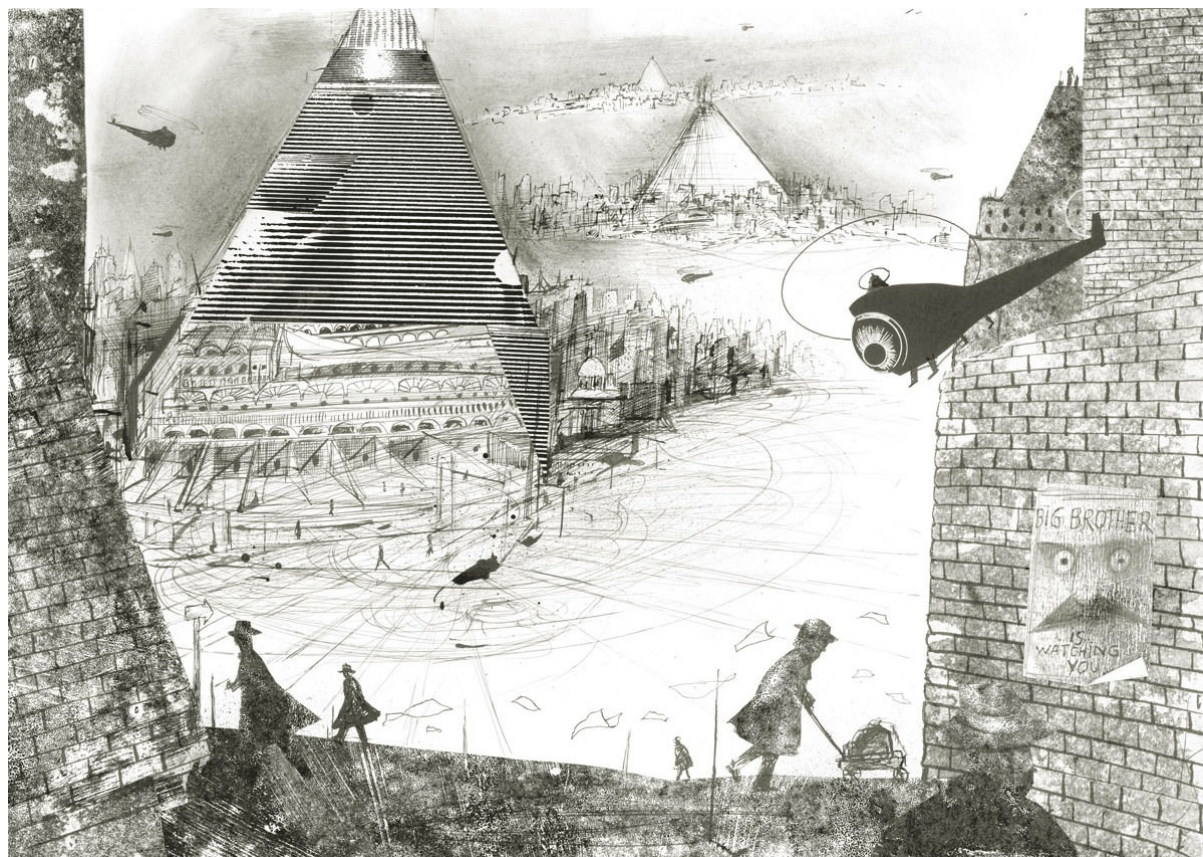
Desde la telepantalla, detrás de Winston, la voz seguía su cháchara sobre lingotes de hierro, una producción que superaba las previsiones del Noveno Plan Trienal. La telepantalla recibía y transmitía de forma simultánea. Captaba cualquier sonido por encima del nivel de un susurro muy tenue. Además, mientras permaneciera dentro del campo de visión que abarcaba la placa de metal, Winston podía ser visto además de oído. Por supuesto, no había manera de saber si uno estaba siendo vigilado en un momento dado. La frecuencia con que la Policía del Pensamiento se conectaba a un circuito específico, o a través de qué sistema, no eran sino materia de conjeturas. Era concebible, incluso, que vigilaran a todo el mundo en todo momento. Lo cierto era que podían conectarse al circuito de uno siempre que quisieran. Uno tenía que vivir —y vivía, por un hábito devenido instinto— asumiendo que cada sonido que producía era escuchado y que, a menos que se hallara en la oscuridad, cada uno de sus movimientos era objeto de escrutinio.

Winston siguió dando la espalda a la telepantalla. Así era más seguro, aunque, como bien sabía, incluso una espalda puede revelar cosas. A un kilómetro de allí, el Ministerio de la Verdad, su lugar de trabajo, se elevaba blanco y vasto por encima del mugriento paisaje. Esto, pensó con una especie de desagrado impreciso... esto era Londres, ciudad principal de la Franja

Aérea Uno, la tercera provincia más populosa de Oceanía. Trató de extraer de su memoria algún recuerdo infantil que le dijera si Londres había sido siempre así. ¿Había existido siempre este paisaje de casas del siglo XIX medio podridas, con los flancos apuntalados por vigas de madera, las ventanas rotas y reparadas con cartones y los tejados emparchados con chapa ondulada, y las absurdas tapias de los jardines combadas en todas direcciones? ¿Y las áreas bombardeadas, donde el polvo de yeso se arremolinaba en el aire y las adelfillas crecían en desorden sobre montones de escombros? ¿Y aquellos lugares en que las bombas habían despejado parcelas más amplias, donde habían brotado sórdidas colonias de viviendas de madera parecidas a gallineros? Pero era inútil, no conseguía recordar: nada quedaba de su niñez salvo una serie de cuadros vivos fuertemente iluminados, despojados de toda referencia, prácticamente ininteligibles.

El Ministerio de la Verdad —Miniver, en parlanueva^[1]— era notablemente diferente de cualquier otro objeto a la vista. Se trataba de una enorme estructura piramidal de cemento blanco y reluciente que se alzaba en el aire, terraza sobre terraza, hasta los trescientos metros de altura. Desde el lugar en el que se encontraba Winston, apenas era posible leer los tres lemas del Partido, que se discernían sobre la fachada blanca en elegantes caracteres:

LA GUERRA ES PAZ
LA LIBERTAD ES ESCLAVITUD
LA IGNORANCIA ES FUERZA



El Ministerio de la Verdad, según se decía, albergaba tres mil salas sobre el nivel del suelo, más sus correspondientes ramificaciones bajo tierra. Dispersos por Londres había tan solo otros tres edificios de similar apariencia y tamaño. Empequeñecían de tal manera la arquitectura circundante que desde el tejado del edificio Victoria podían verse los cuatro al mismo tiempo. Eran las sedes de los cuatro ministerios en los que se dividía todo el sistema de gobierno. El Ministerio de la Verdad, que se ocupaba de las noticias, el entretenimiento, la educación y las bellas artes. El Ministerio de la Paz, que se ocupaba de la guerra. El Ministerio del Amor, que mantenía la ley y el orden. Y el Ministerio de la Abundancia, que era responsable de los asuntos económicos. Sus nombres en parlanueva: Miniver, Minipax, Minamor y Minabund.

El Ministerio del Amor era el que realmente daba miedo. No tenía ninguna ventana. Winston jamás había estado en el interior del Ministerio del Amor, ni siquiera a menos de medio kilómetro de distancia. Era imposible entrar excepto por algún asunto oficial y, aun así, solo después de cruzar un laberinto de alambradas de púas, puertas de acero y nidos de ametralladoras ocultos. Incluso las calles que conducían hasta sus barreras exteriores estaban custodiadas por guardias con caras de gorila, uniformados de negro y armados con porras articuladas.

Winston se volvió abruptamente. Sus facciones habían adoptado la expresión de sereno optimismo que era recomendable mostrar cuando uno se encaraba con la telepantalla. Cruzó la habitación hasta la diminuta cocina. Al dejar el Ministerio a aquella hora del día, había sacrificado su almuerzo en la cantina, y le constaba que en la cocina no había nada de comer excepto una hogaza de pan negruzco que había que guardar para el desayuno del día siguiente. Bajó del estante una botella de un líquido incoloro que llevaba una sencilla etiqueta blanca con la inscripción: GINEBRA VICTORIA. Desprendía un olor empalagoso y grasiento, como a licor de arroz chino. Winston llenó casi hasta el borde una taza de té, se armó de valor para la conmoción y se la bebió de un trago como si fuera medicina.

De inmediato se le puso la cara muy roja y se le anegaron los ojos. Aquello era como ácido nítrico. Es más, al tragarlo uno tenía la sensación de ser golpeado en la nuca con un garrote de goma. Un momento después, el ardor en el vientre se apagó y el mundo comenzó a parecer más alegre. Sacó un cigarrillo de un paquete arrugado en el que ponía CIGARRILLOS VICTORIA pero, por descuido, lo sostuvo cabeza abajo, con lo cual todo el tabaco acabó en el suelo. Le fue mejor con el siguiente. Regresó a la sala y se sentó ante una pequeña mesa a la izquierda de la telepantalla. Sacó del cajón un portaplumas, un frasco de tinta y una gruesa libreta en cuarto, con la contraportada roja y la cubierta jaspeada.

Por alguna razón, la telepantalla de la sala se hallaba en una posición poco corriente. En lugar de estar situada, como era lo normal, en la pared del fondo, desde donde podría dominar toda la sala, estaba en la pared más larga, frente a la ventana. Justo al lado había una especie de nicho poco profundo en el que Winston se encontraba ahora sentado y que, cuando se construyeron los apartamentos, probablemente fue pensado para albergar bibliotecas. Sentándose en ese nicho y pegando la espalda a la pared, Winston lograba mantenerse fuera del alcance de la telepantalla, al menos en lo que tocaba a ser visto. Podían oírlo, por supuesto, pero no verlo mientras permaneciera en esa posición. En parte era la inusual geografía de aquella sala lo que le había sugerido eso que estaba a punto de hacer.

Pero también se lo había sugerido la libreta que acababa de sacar del cajón. Era una libreta particularmente hermosa. Su suave papel color crema, un tanto amarilleado por el tiempo, era de una clase que no se fabricaba desde hacía por lo menos cuarenta años. No obstante, podía adivinar que la libreta era mucho más antigua. La había visto en la vitrina de una tienda de segunda mano, en algún barrio mugroso de la ciudad (qué barrio exactamente, ya no lo

recordaba) y de inmediato lo había asaltado el irresistible deseo de poseerla. Se suponía que los miembros del Partido no debían entrar en tiendas ordinarias («transacciones en el mercado libre», se llamaba), pero la regla no se obedecía de forma estricta, porque había diversos objetos, como hojas de afeitar o cordones de zapatos, que era imposible conseguir de otra manera. Había echado un rápido vistazo a uno y otro lado de la calle y luego se había deslizado adentro y había comprado la libreta por dos dólares con cincuenta. En aquel momento no era consciente de desearla para ningún propósito en particular. La había metido en su maletín y se la había llevado a casa con un sentimiento de culpa. Incluso sin nada escrito en ella, era una posesión comprometedora.

Lo que estaba a punto de hacer era comenzar un diario. No era algo ilegal (nada era ilegal, puesto que ya no había leyes), pero en caso de que lo descubrieran, podía estar razonablemente seguro de que sería castigado con la muerte o, cuando menos, con veinticinco años en un campo de trabajos forzados. Winston colocó un plumín en el portaplumas y lo chupó para quitarle la grasa. La pluma era un instrumento arcaico, que rara vez se usaba siquiera para firmar, y si él se había procurado una, de modo furtivo y con alguna dificultad, era sencillamente por el sentimiento de que aquel hermoso papel color crema merecía acoger la escritura de una pluma de verdad, en lugar de ser rayado con un lápiz de tinta. En realidad, no estaba acostumbrado a escribir a mano. Aparte de apuntes muy breves, lo más normal era dictarlo todo al parlógrafo, lo que para su propósito actual era, desde luego, imposible. Mojó la pluma en la tinta y luego titubeó apenas un segundo. Un temblor le había atravesado las tripas. Hacer una marca en el papel era el acto decisivo. Con letra pequeña y torpes, escribió:

4 de abril de 1984,

Se enderezó en la silla. Un sentimiento de total desamparo se abatió sobre él. Para empezar, no tenía ninguna certeza de que fuese el año 1984. Debía de ser alrededor de esa fecha, puesto que estaba bastante seguro de su edad, treinta y nueve años, y creía haber nacido en 1944 o 1945, pero era imposible, en la actualidad, determinar una fecha con un margen de error inferior a uno o dos años.

¿Para quién estaba escribiendo aquel diario?, de pronto se le ocurrió preguntarse. Para el futuro, para los no nacidos. Por un momento, su mente se quedó rondando la dudosa fecha en lo alto de la página y luego se detuvo, con

una sacudida, en una palabra en parlanueva: *doblepensar*. Por primera vez percibió la magnitud de lo que había iniciado. ¿Cómo podía uno comunicarse con el futuro? Era algo imposible por naturaleza. O bien el futuro sería semejante al presente, en cuyo caso no lo escucharía, o bien sería diferente y entonces el problema de Winston no significaría nada para él.

Durante un rato se quedó allí sentado, mirando estúpidamente el papel. La telepantalla había pasado a transmitir una música militar estridente. Cosa curiosa: parecía no solo haber perdido la capacidad de expresarse, sino incluso haber olvidado qué era lo que se había propuesto decir. Había estado preparándose para este momento durante semanas y en ningún momento se le había cruzado por la cabeza que hiciera falta otra cosa que coraje. La escritura propiamente dicha iba a ser cosa fácil. Todo lo que tenía que hacer era transferir al papel el monólogo interminable e inquieto que había estado discurriendo dentro de su cabeza, literalmente durante años. En aquel momento, sin embargo, hasta el monólogo se había agotado. Además, su úlcera varicosa se había puesto a picarle de manera insoportable. No se atrevía a rascársela, porque siempre que lo hacía se inflamaba. Seguían pasando los segundos. Tan solo era consciente de la página en blanco ante él, la picazón de su piel por encima del tobillo, la estridencia de la música y un ligero aturdimiento debido a la ginebra.

De repente se puso a escribir con un pánico total, apenas consciente de lo que estaba poniendo por escrito. Su caligrafía, pequeña pero aniñada, iba cubriendo toda la página, omitiendo primero las mayúsculas y al final incluso los puntos:

4 de abril de 1984. Al cine, anoche. Todo películas de guerra. Una muy buena de un barco cargado de refugiados que bombardean en algún lugar del Mediterráneo. Espectadores muy entretenidos con las tomas de un gordo enorme que trata de huir nadando y de un helicóptero que lo persigue, primero se lo veía balanceándose en el agua como una marsopa, después se lo veía a través de las miras de ametralladoras de los helicópteros, luego estaba lleno de agujeros y a su alrededor el mar se iba poniendo rosado y el hombre se hundía tan de repente que era como si los agujeros hubiesen dejado entrar el agua, el público aullaba de risa mientras se hundía, enseguida se veía un bote salvavidas lleno de niños con un helicóptero suspendido más arriba, había una mujer madura, debía de ser una judía, sentada en la proa con un niño de unos tres años en brazos, el niño chillaba asustado y escondía la cabeza entre los pechos de la mujer como si estuviese tratando de cavar una madriguera dentro de

ella y la mujer lo rodeaba con sus brazos y lo consolaba aunque ella misma estaba azul de miedo, y todo el tiempo lo cubría lo más posible, como si creyera que sus brazos podían protegerlo de las balas, y entonces el helicóptero dejaba caer sobre ellos una bomba de 20 kilos tremendo resplandor y el bote quedaba hecho pedazos, después había una toma formidable de un brazo de niño subiendo y subiendo y subiendo bien alto en el aire debe de haber seguido su trayectoria algún helicóptero con una cámara en el morro y hubo un montón de aplausos desde los asientos del partido pero una mujer abajo en el área para proletas de la sala se puso de repente a alborotar y a gritar que no debieron haberlo mostrado delante de los niños no debieron no estaba bien eso no delante de los niños hasta que la policía la echó la echó afuera yo no creo que le hayan hecho nada nadie se preocupa de lo que digan los proletas típica reacción proleta ellos nunca...

Winston dejó de escribir, en parte porque se estaba acalambrando. No sabía qué lo había movido a verter aquella efusión de basura. Pero lo curioso era que, mientras lo hacía, un recuerdo completamente diferente se había vuelto claro en su mente, hasta el punto de que se sentía casi como si lo hubiera escrito. Ahora se daba cuenta de que era por causa de ese otro incidente que de pronto había decidido regresar a casa y comenzar el diario ese día.

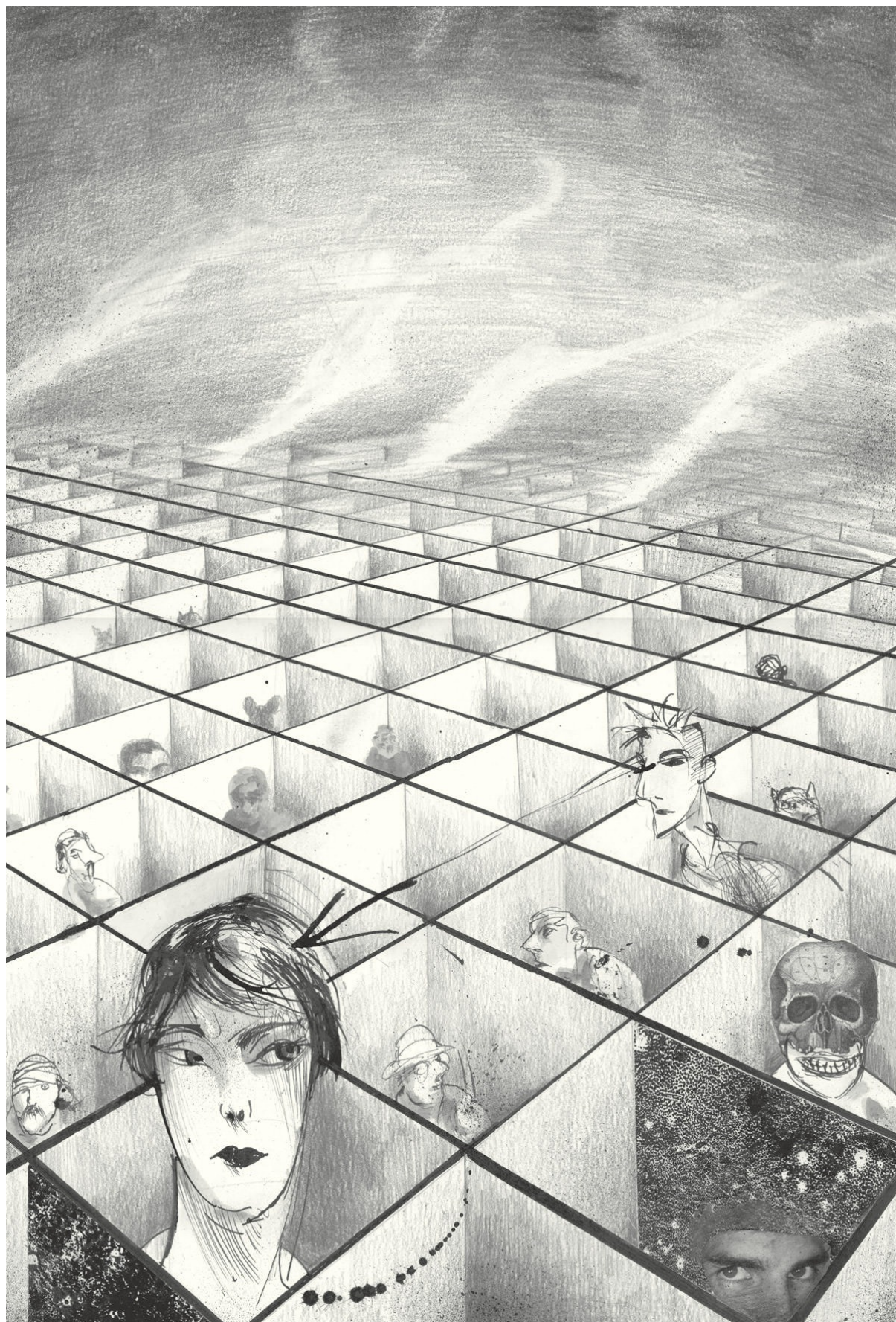
Había sucedido esa mañana en el Ministerio, si es que podía decirse que algo tan nebuloso había sucedido.

Eran casi las mil cien horas y en el Departamento de Registros, donde Winston trabajaba, estaban arrastrando las sillas fuera de los cubículos y agrupándolas en el centro del recinto, frente a la gran telepantalla, como preparativo para los Dos Minutos de Odio. Winston no había terminado de ocupar su lugar en una de las hileras del medio cuando inesperadamente entraron en la sala dos personas a las que conocía de vista pero con quienes nunca había hablado. Una de ellas era una muchacha con la que se había cruzado a menudo en los pasillos. Ignoraba su nombre, pero sabía que trabajaba en el Departamento de Ficción. Presumiblemente —puesto que la había visto algunas veces con las manos cubiertas de grasa y portando una llave inglesa— tendría algún trabajo mecánico en una de las máquinas de escribir novelas. Era una joven de aspecto resuelto, de unos veintisiete años, con abundante cabello negro, la cara cubierta de pecas y movimientos rápidos y atléticos. Llevaba la cintura de su mono de trabajo ceñida con varias vueltas de un angosto lazo escarlata, emblema de la Liga de Jóvenes Antisexo, lo

suficientemente ajustado como para resaltar las buenas proporciones de sus caderas. A Winston le había desagradado desde la primera vez que la vio. Y sabía la razón. Era por esa atmósfera de campos de hockey, baños de agua fría, excursiones comunitarias y continencia general que de alguna manera arrastraba consigo. A él le desagradaban casi todas las mujeres, especialmente las jóvenes y bonitas. Solían ser las mujeres, y sobre todo las jóvenes, las más exaltadas adeptas al Partido, las devoradoras de eslóganes, las espías aficionadas que detectaban la heterodoxia con solo olerla. Pero esta muchacha en particular le daba la impresión de ser más peligrosa que la mayoría. Una vez que se cruzaron en el pasillo, ella le dirigió una rápida mirada de soslayo que pareció taladrarlo y que, por un instante, lo llenó de un negro terror. Hasta se le pasó por la cabeza la idea de que podía ser agente de la Policía del Pensamiento. Eso era por cierto muy improbable. Sin embargo, seguía experimentando un peculiar desasosiego, una mezcla de miedo y hostilidad cada vez que ella andaba cerca.

La otra persona era un hombre llamado O'Brien, miembro del Partido Interior y responsable de algún puesto tan importante y remoto que Winston apenas se hacía una vaga idea de su naturaleza. Se hizo un silencio momentáneo entre las personas alrededor de las sillas al ver aproximarse el mono de trabajo negro de un miembro del Partido Interior. O'Brien era un hombre grande y fornido, de cuello ancho y rostro basto, de expresión divertida y brutal. A pesar de su formidable apariencia, había en sus maneras una cierta gracia. Tenía una forma de reacomodarse las gafas sobre el puente de la nariz que resultaba curiosamente encantadora... de un modo indefinible, curiosamente civilizada. Era un gesto que, si alguien hubiera pensado todavía en tales términos, habría podido recordarle al de un noble caballero del siglo XVIII que ofrece su cajita de rapé. Winston había visto a O'Brien quizás una docena de veces a lo largo de otros tantos años. Sentía un profundo interés por él, y no solamente porque lo intrigaba el contraste entre la urbanidad de sus modales y su físico de pugilista. Era sobre todo por una secreta creencia —o quizás ni siquiera una creencia, sino apenas una esperanza— de que la ortodoxia política de O'Brien no fuera perfecta. Algo en su rostro lo sugería de manera irresistible. Una vez más, quizás ni siquiera fuese desviación de la ortodoxia lo que llevaba escrito en el rostro, sino simplemente inteligencia. En cualquier caso aparentaba ser una persona con la que se podría hablar si fuera posible burlar de alguna manera la telepantalla y encontrarse con él a solas. Winston jamás había hecho el más mínimo esfuerzo por verificar esta suposición: de hecho, no había manera de hacerlo. En ese momento, O'Brien

echó un vistazo a su reloj de pulsera, vio que ya eran casi las mil cien y, por lo visto, decidió quedarse en el Departamento de Registros hasta que terminaran los Dos Minutos de Odio. Ocupó una silla en la misma hilera que Winston, a un par de lugares de distancia. Entre los dos había una mujer menuda, de cabello color arena, que trabajaba en el cubículo contiguo al de Winston. La muchacha de pelo negro estaba sentada inmediatamente detrás.



Un instante después, un pitido espantoso y chirriante, como de alguna máquina monstruosa que se hubiese quedado sin aceite, brotó de la gran telepantalla en el fondo de la sala. Era un ruido que hacía rechinar los dientes y erizaba todos los pelos de la nuca. El Odio había comenzado.

Como de costumbre, la cara de Emmanuel Goldstein, el Enemigo del Pueblo, relampagueó en la pantalla. Aquí y allá, se oyeron silbidos entre los asistentes. La mujercita del cabello color arena dio un chillido mezcla de asco y de temor. Goldstein era el renegado recalcitrante que una vez, hacía mucho tiempo (cuánto tiempo, nadie lo recordaba exactamente), había sido una de las principales figuras del Partido, casi al nivel del mismísimo Hermano Mayor, pero luego se había enredado en actividades contrarrevolucionarias, había sido condenado a muerte y, misteriosamente, había escapado y desaparecido. Los programas de los Dos Minutos de Odio variaban de día en día, pero no había siquiera uno en el que Goldstein no ocupase el lugar central. Era el traidor cardinal, el primer profanador de la pureza del Partido. Todos los subsiguientes crímenes contra el Partido, todas las traiciones, actos de sabotaje, herejías y desviaciones emanaban directamente de sus enseñanzas. En algún lugar, Goldstein seguía con vida, incubando nuevas conspiraciones: tal vez al otro lado del mar, bajo la protección de sus patrocinadores extranjeros, tal vez incluso —como se rumoreaba ocasionalmente— en algún escondite dentro de la propia Oceanía.

A Winston se le contrajo el diafragma. No podía ver la cara de Goldstein sin una dolorosa mezcla de emociones. Era un rostro judío y flaco, con una gran aureola rizada de pelo blanco y una barbita de chivo: un rostro inteligente y, sin embargo, inherentemente ruin en cierta manera, con una suerte de idiotez senil en la nariz larga y fina, cerca de cuyo extremo se posaban unas gafas redondas. Se asemejaba a la cara de una oveja, y también su voz tenía una cualidad ovejuna. Goldstein lanzaba su venenoso ataque habitual contra las doctrinas del Partido; un ataque tan exagerado y perverso que hasta un niño lo habría visto venir y, aun así, lo bastante plausible como para llenarlo a uno de la inquietante sensación de que otras personas, menos juiciosas, podían dejarse llevar por él. Estaba insultando al Hermano Mayor y denunciando la dictadura del Partido, exigía la firma inmediata de un acuerdo de paz con Eurasia y hacía un alegato en favor de la libertad de expresión, la libertad de prensa, la libertad de reunión y la libertad de pensamiento, vociferaba de forma histérica que la Revolución había sido traicionada... y

todo con una elocuencia rápida y polisílaba que era una especie de parodia del estilo habitual de los oradores del Partido y que incluso contenía palabras en parlanueva; de hecho, más palabras en parlanueva de las que cualquier miembro del Partido pronunciaría normalmente en la vida real. Y durante todo ese tiempo, por si a alguien pudiese caberle alguna duda acerca de la realidad a la que aludía la engañosa cháchara de Goldstein, por detrás de su cabeza, en la telepantalla, marchaban las interminables columnas del ejército eurasiano: fila tras fila de hombres de apariencia recia, con inexpresivos rostros asiáticos, que emergían en la superficie de la pantalla y desaparecían para ser remplazados por otros exactamente iguales. El monótono paso marcial de las botas de los soldados hacía de fondo sonoro a la voz resentida de Goldstein.

No habían transcurrido treinta segundos de Odio y ya la mitad de la concurrencia prorrumplía en incontables exclamaciones de furia. La cara arrogante y ovejuna en la pantalla y la fuerza aterradora del ejército eurasiano por detrás eran más de lo que uno podía soportar: además, ver a Goldstein, o tan siquiera pensar en él, producía automáticamente rabia y temor. Como objeto de odio, era incluso más constante que Eurasia o Estasia, puesto que siempre que Oceanía se hallaba en guerra con alguna de esas dos potencias, por lo general estaba en paz con la otra. Pero lo extraño era que, a pesar de que todo el mundo odiaba y despreciaba a Goldstein, a pesar de que todos los días, mil veces al día, sus teorías eran refutadas, aplastadas, ridiculizadas y puestas en evidencia ante la mirada general —en tribunas, telepantallas, periódicos y libros— como la lastimosa basura que eran... pese a todo ello, su influencia jamás parecía dejar de crecer. Siempre había nuevos ingenuos esperando a ser seducidos por él. No pasaba un solo día sin que la Policía del Pensamiento desenmascarase a nuevos espías y saboteadores que actuaban bajo su dirección. Era el comandante de un vasto ejército de sombras, una red subterránea de conspiradores dedicados a derrumbar el Estado. La Hermandad, así era como supuestamente se llamaba. También había rumores sobre un libro terrible, un compendio de todas las herejías del que Goldstein era autor y que circulaba de forma clandestina. Era un libro sin título. La gente se refería a él, si es que lo hacía, simplemente como *el libro*. Pero uno solo se enteraba de esas cosas por vagos rumores. Ni la Hermandad ni *el libro* eran asuntos que un miembro ordinario del Partido mencionaba si podía evitarlo.

Durante el segundo minuto, el Odio se elevó hasta el frenesí. La gente saltaba de sus asientos y gritaba a voz en cuello para ahogar esa otra voz

exasperante que balaba en la pantalla. La cara de la mujercita de cabello color arena se había tornado de un rosa subido y su boca se abría y cerraba como la de un pez fuera del agua. Hasta el ancho rostro de O'Brien estaba colorado. Sentado en posición bien erguida, su poderoso pecho se inflaba y temblaba como si aguardase de pie el embate de una ola. Detrás de Winston, la muchacha de pelo negro había comenzado a gritar: «¡Cerdo! ¡Cerdo! ¡Cerdo!», y de pronto alzó un pesado diccionario de parlanueva y lo arrojó contra la pantalla. El volumen golpeó la nariz de Goldstein y rebotó; la voz prosiguió inexorablemente. En un momento de lucidez, Winston descubrió que estaba gritando como los otros y golpeando violentamente el travesaño de su silla con un talón. Lo horrible de los Dos Minutos de Odio no era que uno estuviese obligado a representar un papel, sino que era imposible abstenerse de participar. Al cabo de treinta segundos, todo fingimiento se tornaba innecesario. Un pavoroso éxtasis de miedo y afán de venganza, un deseo de matar, de torturar, de aplastar rostros con un mazo, parecía fluir a través de todo el grupo de personas como una corriente eléctrica, convirtiéndolo a uno, aun contra su propia voluntad, en un lunático que aullaba y gesticulaba. No obstante, esa furia que uno sentía era una emoción abstracta, indirecta, que podía trasladarse de un objeto a otro como la llama de un soplete. Así, en cuestión de un momento, el odio de Winston ya no estaba dirigido en absoluto contra Goldstein, sino, al contrario, contra el Hermano Mayor, el Partido y la Policía del Pensamiento, y en momentos como aquel su corazón estaba con el solitario, con el ridiculizado hereje en la pantalla, el único guardián de la verdad y la cordura en un mundo de mentiras. Y, sin embargo, al instante siguiente se sentía en armonía con las personas que lo rodeaban y todo lo que se decía acerca de Goldstein le parecía verdad. En esos momentos, su secreta aversión por el Hermano Mayor se convertía en adoración y el Hermano Mayor parecía elevarse como un protector intrépido e invencible, en pie como una roca contra las hordas de Asia, mientras que Goldstein, a pesar de su aislamiento, de su impotencia y de la duda que pendía sobre su mismísima existencia, parecía una especie de hechicero siniestro, capaz de hacer naufragar, por la mera potencia de su voz, la estructura de la civilización.



Incluso era posible, en ciertos momentos, encauzar el propio odio en una dirección u otra mediante un acto de la voluntad. De repente, con la misma clase de esfuerzo violento con que uno despega la cabeza de la almohada en mitad de una pesadilla, Winston logró transferir su odio desde el rostro en la pantalla a la muchacha de pelo negro atrás de él. Alucinaciones vívidas y llenas de belleza centellearon a través de su mente. La golpearía hasta la muerte con una porra de goma. La ataría desnuda a una estaca y la acribillaría a flechazos como a san Sebastián. La violaría y le cortaría la garganta en el momento del clímax. Por otra parte, se dio cuenta con más claridad que nunca de *por qué* la odiaba. La odiaba porque era joven, hermosa y asexuada, porque quería irse a la cama con ella y nunca lo conseguiría, porque alrededor de su dulce y elástica cintura, que parecía rogarle que la abrazara no había otra cosa que aquel odioso lazo escarlata, aquel agresivo símbolo de castidad.

El Odio llegó a su clímax. La voz de Goldstein se había convertido en un auténtico balido de oveja. Por un instante su cara se transformó en la de una oveja. Luego la cara de oveja se fundió con la figura de un soldado eurasiano, que parecía avanzar, enorme y terrible con su metralleta rugiente, y emerger de la superficie de la pantalla, hasta el punto de que algunas personas en la primera fila llegaron a echarse hacia atrás en sus asientos. Pero, en ese preciso momento, arrancando a todo el mundo un profundo suspiro de alivio, aquel rostro hostil se fundió en la cara del Hermano Mayor, con su negro cabello y su negro bigote, pletórica de poder y de misteriosa calma, tan inmensa que casi llenaba toda la pantalla. Nadie oía lo que el Hermano Mayor estaba diciendo. Era apenas un puñado de palabras de aliento, la clase de palabras que se pronuncian en medio del estrépito de la batalla, que no pueden distinguirse individualmente pero que restauran la confianza por el mero hecho de ser pronunciadas. La cara del Hermano Mayor se desvaneció entonces nuevamente y, en su lugar, en impetuosas mayúsculas, aparecieron los tres lemas del Partido:

LA GUERRA ES PAZ
LA LIBERTAD ES ESCLAVITUD
LA IGNORANCIA ES FUERZA

Pero la cara del Hermano Mayor pareció persistir durante varios segundos en la pantalla, como si el impacto que había provocado en los globos oculares de todos fuese demasiado vívido como para borrarse de inmediato. La mujercita del cabello color arena se lanzó hacia delante por encima del respaldo de la silla que tenía en frente. Con un murmullo trémulo, que sonó

como «¡Mi Salvador!», extendió los brazos hacia la pantalla. Luego hundió la cabeza entre las manos. Era evidente que estaba pronunciando una plegaria.

En ese momento todo el grupo prorrumpió en un cántico lento, profundo y ritmado: «¡Ha-che-E-me! ¡Ha-che-E-me! ¡Ha-che-E-me!», una y otra vez, muy lentamente, con una larga pausa entre «Ha-che» y «E-me»... Era un sonido denso y susurrante, extrañamente salvaje, en cuyo trasfondo parecía percibirse una estampida de pies desnudos y un latido de tambores. Durante quizás unos treinta segundos, siguieron cantando. Era un estribillo que solía oírse en momentos de sobrecogedora emoción. En parte era una especie de himno a la sabiduría y la majestad del Hermano Mayor, pero sobre todo era un acto de autohipnosis, un deliberado ahogamiento de la consciencia por obra y gracia de aquel ruido rítmico. Winston sintió como si se le helaran las tripas. Durante los Dos Minutos de Odio no podía sustraerse al delirio general, pero aquel cántico subhumano, «¡Ha-che-E-me! ¡Ha-che-E-me!», nunca dejaba de llenarlo de horror. Por supuesto, cantaba con los demás; era imposible hacer otra cosa. Disimular los sentimientos, controlar la expresión facial, hacer lo que todos los demás estaban haciendo, era una reacción instintiva. Pero hubo un espacio de un par de segundos durante el cual podría haberse pensado que la expresión de sus ojos lo había traicionado. Y fue en ese preciso momento cuando ocurrió el suceso significativo... si es que en verdad había ocurrido.

Por un instante, hizo contacto visual con O'Brien. Este se había puesto de pie. Se había quitado las gafas y se hallaba en el acto de reacomodárselas sobre el puente de la nariz con un característico gesto propio. Pero hubo una fracción de segundo en que sus ojos se encontraron con los suyos y, en el tiempo que esto duró, Winston supo —¡sí, *lo supo!*— que O'Brien estaba pensando lo mismo que él. Se había transmitido un mensaje inequívoco. Era como si las mentes de los dos se hubiesen abierto y los pensamientos pasaran flotando de una a la otra a través de los ojos. «Estoy contigo», parecía estar diciéndole O'Brien. «Sé exactamente lo que estás sintiendo. Lo sé todo sobre tu desprecio, tu odio, tu asco. Pero no te preocupes, ¡yo estoy de tu lado!». Y de pronto el relámpago de entendimiento había desaparecido y el rostro de O'Brien se volvió tan inescrutable como los de todos los demás.

Eso había sido todo, y Winston ya tenía dudas de que realmente hubiese ocurrido. Era de esa clase de incidentes que nunca tenían ninguna consecuencia. Lo único que hacían era mantener viva en él la creencia, o la esperanza, de que otros aparte de él mismo fuesen enemigos del Partido. Después de todo, tal vez los rumores de vastas conspiraciones subterráneas

eran ciertos, ¡tal vez la Hermandad existía realmente! Era imposible, pese a los interminables arrestos, confesiones y ejecuciones, estar seguro de que la Hermandad no fuera simplemente un mito. Unos días creía en ella y otros días no. No había ninguna evidencia, tan solo fugaces vislumbres que podían significar algo o no significar nada; fragmentos de conversaciones oídas al pasar, tenues garabatos en las paredes de los baños públicos... una vez, incluso, vio encontrarse a dos desconocidos y un pequeño movimiento de las manos le había dado la impresión de que podía tratarse de una señal de reconocimiento. No eran más que conjeturas; muy probablemente se lo había imaginado todo. Había regresado a su cubículo sin mirar de nuevo a O'Brien. Apenas se le había pasado por la mente la idea de continuar su momentáneo contacto. Habría sido algo inconcebiblemente peligroso, incluso si hubiera sabido por dónde empezar. Durante un segundo, dos segundos, habían intercambiado una mirada inequívoca, y ese era el fin de la historia. Pero incluso aquello era un acontecimiento memorable en la soledad de recluso en la que uno tenía que vivir.

Winston se despabiló y se sentó más erguido. Dejó escapar un eructo. La ginebra ascendía desde su estómago.

Volvió a enfocar los ojos en la página. Descubrió que, mientras cavilaba sin poder evitarlo, también había estado escribiendo, como si se tratase de una acción automática. Y ya no era la misma escritura apretada y torpe de un momento antes. Su pluma se había deslizado voluptuosamente sobre el suave papel, escribiendo en mayúsculas grandes y nítidas, una y otra vez, hasta llenar media página:

ABAJO EL HERMANO MAYOR
ABAJO EL HERMANO MAYOR
ABAJO EL HERMANO MAYOR
ABAJO EL HERMANO MAYOR
ABAJO EL HERMANO MAYOR

No pudo evitar sentir una punzada de pánico. Era absurdo, ya que haber escrito esas palabras en particular no era más peligroso que el acto inicial de comenzar el diario, pero por un momento se sintió tentado a romper las hojas escritas y abandonar la empresa por entero.

Sin embargo, no lo hizo, porque sabía que era inútil. Tanto si escribía *ABAJO EL HERMANO MAYOR* como si se abstenía de escribirlo, no había ninguna diferencia. Tanto si seguía adelante con el diario como si no seguía adelante, no había ninguna diferencia. La Policía del Pensamiento acabaría atrapándolo de todos modos. Había cometido —y lo habría cometido aunque no hubiese

apoyado jamás la pluma sobre el papel— el crimen esencial que, en sí mismo, contenía todos los demás. Lo llamaban ideocrimen. El ideocrimen no era del tipo de cosas que uno podía ocultar para siempre. Uno podía lograr escabullirse un tiempo, incluso años, pero tarde o temprano te atrapaban.

Era siempre a la noche: los arrestos sucedían invariablemente de noche. El súbito despertar sobresaltado, la mano que te sacude el hombro, los focos de luz que te deslumbran, el círculo de duros rostros en torno a la cama. En la gran mayoría de los casos no había juicio ni informe del arresto. La gente sencillamente desaparecía, siempre durante la noche. Tu nombre se suprimía en los registros, se borraba hasta el último documento de cada cosa que habías hecho, tu antigua existencia era negada y, a continuación, olvidada. Quedabas abolido, aniquilado: *vaporizado* era la palabra habitual.

Por un momento lo asaltó una especie de histeria. Comenzó a garabatear con trazos desordenados y apresurados:

me van a pegar un tiro no me importa me van a pegar un tiro en la nuca no me importa abajo el hermano mayor te disparan siempre en la nuca no me importa abajo el hermano mayor...

Se incorporó en la silla, ligeramente avergonzado de sí mismo, y dejó la pluma sobre la mesa. Al momento siguiente experimentó un violento sobresalto. Estaban golpeando a la puerta.

¡Ya! Se quedó quieto como un ratón, con la fútil esperanza de que quienquiera que fuese se marchase después de un único intento. Pero no, los golpes se repitieron. Lo peor que podía hacer era tardar. Su corazón retumbaba como un tambor, pero su rostro, por un hábito prolongado, estaba probablemente inexpresivo. Se levantó y avanzó pesadamente hacia la puerta.

II

En cuanto puso la mano sobre el picaporte, Winston vio que había dejado el diario abierto sobre la mesa. *ABAJO EL HERMANO MAYOR* estaba escrito sobre la página entera, en letras casi lo bastante grandes como para que pudieran leerse desde el otro extremo de la habitación. Era la cosa más inconcebiblemente estúpida que podía haber hecho. Pero se dio cuenta de que, incluso en pleno pánico, no había querido manchar el papel color crema cerrando la libreta mientras la tinta todavía estaba húmeda.

Aspiró hondo, abrió la puerta. Al instante lo recorrió una oleada de alivio. Una mujer descolorida y de aspecto abatido, con el cabello ralo y el rostro surcado de arrugas, estaba parada afuera.

—¡Ay, camarada! —comenzó a decir con voz monótona y llorosa—. Me pareció que te había oído entrar. ¿Podrías venir y echarle un vistazo al fregadero en nuestra cocina? Está atascado y...

Era la señora Parsons, esposa de un vecino del mismo piso. («Señora» era una palabra más bien repudiada por el Partido —uno debía llamar a todas las personas «camaradas»— pero con algunas mujeres uno la usaba de forma instintiva). Era una mujer de unos treinta años pero que parecía mucho mayor. Daba la impresión de que tenía polvo acumulado en las arrugas del rostro. Winston la siguió por el corredor. Estos trabajitos de reparador aficionado a domicilio eran un fastidio casi diario. Los apartamentos del edificio Victoria, construidos hacia 1930, eran ya antiguos y se estaban cayendo a pedazos. El yeso de los cielorrasos y de las paredes se desconchaba constantemente, las cañerías estallaban con cada helada severa, el techo goteaba cada vez que se acumulaba nieve y el sistema de calefacción, cuando no estaba directamente fuera de servicio por razones de ahorro, funcionaba a medio gas. Las reparaciones, excepto las que uno podía hacer por sí mismo, tenían que ser aprobadas por remotos comités, que podían llegar a demorar dos años incluso el arreglo de un vidrio roto en una ventana.

—Desde luego, es solo porque Tom no está en casa —dijo vagamente la señora Parsons.

El apartamento de los Parsons era más grande que el de Winston y estaba desastrado de manera diferente. Todo parecía pisoteado y maltrecho, como si algún animal grande y violento acabase de visitar el lugar. Por el suelo había desparramados artículos deportivos —palos de hockey, guantes de boxeo, una pelota de fútbol pinchada, un par de pantalones cortos sudados y vueltos del revés— y sobre la mesa había un montón de platos sucios y de cuadernos de ejercicios con las esquinas dobladas. En las paredes, las banderas escarlata de la Liga Juvenil y los Espías y un cartel del Hermano Mayor de tamaño natural. No faltaba el típico olor a repollo hervido, común a todo el edificio, pero estaba entreverado con otro aún más penetrante, un tufo a sudor que pertenecía —y esto lo sabía uno a la primera inspiración, aunque fuera difícil decir cómo lo sabía— a una persona que no estaba presente en ese momento. Alguien en otra habitación, soplando en un instrumento improvisado con un peine y un trozo de papel higiénico, trataba de seguir la melodía de la música militar que aún emitía la telepantalla.

—Son los niños —dijo la señora Parsons, echando una mirada a medias preocupada hacia la puerta—. Hoy no salieron. Y claro...

Tenía el hábito de dejar las frases a la mitad. El fregadero de la cocina estaba lleno casi hasta el borde de un agua verdosa e inmundada que olía peor que nunca a coliflor. Winston se arrodilló y examinó el codo de la cañería. Odiaba utilizar las manos y detestaba agacharse, lo que tendía a hacerlo toser. La señora Parsons lo miraba con aire desamparado.

—Desde luego, si Tom estuviera en casa lo arreglaría en un minuto —dijo—. Le encantan este tipo de cosas. Siempre es tan bueno con las manos, Tom es...

Parsons era compañero de Winston en el Ministerio de la Verdad. Era un hombre regordete pero activo y de una estupidez paralizante, una masa de entusiasmos imbeciles; una de esas devotas bestias de carga, totalmente incondicionales, de las que dependía la estabilidad del Partido más aún que de la Policía del Pensamiento. A los treinta y cinco años acababa de ser dado de baja, a regañadientes, de la Liga de Jóvenes, y antes de ingresar en la Liga se las había arreglado para permanecer en los Espías después de superar en un año la edad estipulada. En el Ministerio estaba empleado en un puesto subalterno para el que la inteligencia no era un requisito, pero, por otra parte, era una figura destacada en el Comité Deportivo y en los demás comités implicados en la organización de excursiones comunitarias, manifestaciones

espontáneas, campañas de ahorro y actividades voluntarias en general. Con un sereno orgullo, entre vaharadas de olor a pipa, lo informaba a uno de que había estado presente en el Centro Comunitario cada noche de los últimos cuatro años. Un sofocante olor a sudor, una especie de testimonio inconsciente de la extenuante laboriosidad de su vida, lo seguía a todas partes e incluso permanecía en el lugar después de que él se hubiese marchado.

—¿Tienes una llave inglesa? —dijo Winston, manipulando la tuerca del codo.

—Una llave inglesa —dijo la señora Parsons, convertida al instante en un invertebrado—. No sé, no estoy segura. Quizás los chicos...

Hubo un retumbar de botas y un nuevo trompeteo de peine cuando los niños tomaron por asalto el salón. La señora Parsons trajo la llave inglesa. Winston dejó salir el agua y, con muchísimo asco, retiró el coágulo de cabello humano que bloqueaba la cañería. Se lavó los dedos lo mejor que pudo bajo el chorro de agua fría y regresó al salón.

—¡Arriba las manos! —gritó una voz salvaje.

Un chico de nueve años, bien parecido pero de expresión brutal, surgió desde atrás de una mesa, amenazándolo con una pistola automática de juguete, mientras su hermanita, un par de años menor, hacía el mismo gesto con un pedazo de madera. Los dos iban vestidos con los pantalones cortos de color azul, las camisas grises y los pañuelos rojos al cuello que constituían el uniforme de los Espías. Winston alzó las manos por encima de la cabeza, pero con la inquietante sensación —tan despiadada era la actitud del chico— de que aquello no era del todo un juego.

—¡Eres un traidor! —gritó—. ¡Un criminal del pensamiento! ¡Un espía eurasiiano! ¡Te voy a disparar, te voy a vaporizar, te voy a enviar a las minas de sal!

De repente los dos estaban dando saltos a su alrededor y gritaban: «¡Traidor! ¡Criminal del pensamiento!». La niña imitaba a su hermano en cada gesto. De alguna manera, aquello resultaba un poco atemorizante, como el retozar de unos cachorros de tigre que muy pronto crecerán y se convertirán en bestias carnívoras. Había una suerte de ferocidad calculada en la mirada del niño, un deseo bastante evidente de golpear o patear a Winston y la consciencia de ser casi lo bastante grande como para hacerlo. Menos mal que lo que sostenía no era una pistola de verdad, pensó Winston.



Los ojos de la señora Parsons pasaban nerviosamente de Winston a los niños y otra vez a Winston. Allí, en el salón, donde había mejor luz, Winston advirtió con interés que ella realmente tenía polvo en las arrugas de la cara.

—Se ponen tan ruidosos... —dijo la mujer—. Están decepcionados porque no pudieron ir a ver el ahorcamiento, eso es lo que pasa. Yo estoy demasiado atareada para llevarlos, y Tom no va a volver a tiempo del trabajo.

—¿Por qué no podemos ir a ver el ahorcamiento? —rugió el niño con su vozarrón.

—¡Queremos ver el ahorcamiento! ¡Queremos ver el ahorcamiento! —canturreó la hermanita sin dejar de dar brincos.

Esa noche, en el Parque, iban a ahorcar a unos prisioneros eurasiáticos culpables de crímenes de guerra, recordó Winston. Aquello sucedía más o menos una vez al mes y era un espectáculo muy popular. Los niños siempre pedían a gritos que los llevaran a verlo. Winston se despidió de la señora Parsons y se dirigió hacia la puerta. Pero no había dado ni seis pasos por el pasillo cuando algo le asestó en la nuca un golpe terriblemente doloroso. Era como si lo hubiesen pinchado con un alambre al rojo vivo. Giró en redondo justo a tiempo para ver a la señora Parsons arrastrando de vuelta a su hijo puertas adentro, mientras el niño se guardaba un tirachinas en el bolsillo.

—¡Goldstein! —bramó este, mientras la puerta se cerraba. Pero lo que más impactó a Winston fue la expresión de miedo impotente en el rostro agrisado de la mujer.

De vuelta en su apartamento, pasó rápidamente por delante de la telepantalla y se sentó otra vez a la mesa sin dejar de frotarse el cuello. La música de la telepantalla había cesado. En su lugar, una voz marcial y entrecortada leía con una especie de placer feroz la descripción del armamento de la nueva Fortaleza Flotante que acababa de anclar entre Islandia y las Islas Feroe.

Con esos niños, pensó, esa desdichada mujer debía de llevar una vida de terror. Uno o dos años más y se pondrían a vigilarla día y noche en busca de síntomas de heterodoxia. Casi todos los niños hoy en día eran horribles. Lo peor de todo era que, aunque sistemáticamente se los convertía, por medio de organizaciones como los Espías, en unos pequeños salvajes ingobernables, eso no inducía en ellos la más mínima tendencia a rebelarse contra la disciplina del Partido. Al contrario, adoraban al Partido y todo lo que tuviera relación con él. Las canciones, los desfiles, las banderas, las excursiones, la instrucción militar con rifles de imitación, el bramido de los eslóganes, el culto al Hermano Mayor: todo era para ellos una especie de juego

maravilloso. Su ferocidad se volvía hacia fuera, contra los enemigos del Estado, contra los extranjeros, los traidores, los sabotadores, los criminales del pensamiento. Era casi normal que las personas de más de treinta años tuviesen miedo de sus propios hijos. Y con razón, ya que rara vez pasaba una semana sin que el *Times* trajera un párrafo describiendo cómo un pequeño fisgón subrepticio —«héroe-niño» era la expresión que solía usarse— había escuchado a escondidas alguna observación comprometedora de sus padres y los había denunciado ante la Policía del Pensamiento.

El ardor del proyectil del tirachinas se le había pasado. Volvió a tomar su pluma sin mucho entusiasmo, preguntándose si encontraría algo más para escribir en su diario. De pronto se puso otra vez a pensar en O'Brien.

Años atrás —¿cuánto tiempo haría?, debían de ser unos siete años— había soñado que caminaba por una habitación completamente oscura. Y entonces, justo cuando él pasaba, alguien que estaba sentado a un costado había dicho: «Nos encontraremos en el lugar donde no hay oscuridad». Lo dijo con toda tranquilidad, casi de manera casual; era una afirmación, no una orden. Él siguió caminando sin detenerse. Lo curioso era que, en aquel momento, en el sueño, las palabras no le habían causado una gran impresión. Solo más tarde, y de manera gradual, habían ido adquiriendo sentido. Ahora no podía recordar si había sido antes o después de aquel sueño cuando había visto a O'Brien por primera vez, y tampoco recordaba cuándo había identificado la voz como la de O'Brien. Pero, en cualquier caso, la identificación se había producido. Era O'Brien el que le había hablado en la oscuridad.

Winston jamás había llegado a sentirse seguro —incluso después de la mirada fugaz de aquella mañana, era imposible estar seguro— de si O'Brien era amigo o enemigo. Ni siquiera le parecía que importase demasiado. Había un lazo de entendimiento entre ellos, más significativo que el afecto o el partidismo. «Nos encontraremos en el lugar donde no hay oscuridad», había dicho. Winston no sabía qué significaba aquello, solo que de un modo u otro se haría realidad.

La voz de la telepantalla hizo una pausa. Un son de trompeta, claro y hermoso, flotó en el aire estancado. La voz recommenzó, chirriante:

«¡Atención! ¡Presten atención, por favor! Una noticia de última hora acaba de llegar desde el frente malabar. Nuestras fuerzas en el sur de la India han obtenido una victoria gloriosa. Estoy autorizado a decir que la acción de la que estamos informando podría conducirnos a una distancia mensurable del fin de la guerra. Este es el parte de noticias...»

Malas noticias a la vista, pensó Winston. En efecto, tras una descripción sangrienta de la aniquilación de todo un ejército eurasiano, con cifras impresionantes de muertos y prisioneros, llegó el anuncio de que, a partir de la semana siguiente, se reduciría la ración de chocolate de treinta a veinte gramos.

Volvió a eructar. Ya se le estaba pasando el efecto de la ginebra y eso lo dejaba alicaído. La telepantalla —quizás para celebrar la victoria, quizás para ahogar el recuerdo del chocolate perdido— se puso a atronar «Es por ti, Oceanía». Se suponía que había que pararse en posición de firmes. Pero en su actual ubicación, Winston era invisible.

«Es por ti, Oceanía» dio paso a una música más ligera. Winston caminó hacia la ventana, sin dejar de dar la espalda a la telepantalla. El día seguía siendo luminoso y frío. Lejos, en algún lugar, estalló un cohete bomba con un rugido sordo y atronador. Cada semana caían veinte o treinta sobre Londres.

Abajo en la calle el viento hacía aletear de un lado a otro el cartel roto y la palabra SOCING aparecía y desaparecía a intervalos irregulares. Socing. Los sagrados principios del Socing. Parlanueva, doblepensar, la mutabilidad del pasado. Se sintió como si deambulara a través de las florestas del fondo del mar, perdido en un mundo monstruoso donde él mismo era el monstruo. Estaba solo. El pasado estaba muerto, el futuro era inimaginable. ¿Qué certeza tenía de que siquiera una sola criatura humana viva se hallaba de su parte? ¿Y cómo podía saber que el dominio del Partido no duraría *para siempre*? Como si fuera una respuesta, otra vez se le representaron los tres eslóganes sobre la fachada blanca del Ministerio de la Verdad:

LA GUERRA ES PAZ
LA LIBERTAD ES ESCLAVITUD
LA IGNORANCIA ES FUERZA

Sacó de su bolsillo una moneda de veinticinco centavos. Allí también, en letra diminuta y clara, estaban inscritos los mismos eslóganes, y sobre la otra cara de la moneda, la cabeza del Hermano Mayor. Incluso desde la moneda, sus ojos te perseguían. En las monedas, en los sellos, en las cubiertas de los libros, en las banderas, en carteles y en los paquetes de cigarrillos... en todas partes. Siempre esos ojos que te observaban y esa voz que te envolvía. Dormido o despierto, trabajando o comiendo, puertas adentro, puertas afuera, en el baño o en la cama... no había escapatoria. Nada te pertenecía excepto un puñado de centímetros cúbicos en el interior de tu cráneo.

El sol había cambiado de orientación y los miles de ventanas del Ministerio de la Verdad, ahora que ya no brillaba la luz en ellas, tenían el aire siniestro de las troneras de una fortaleza. Le temblaba el corazón ante aquella enorme forma piramidal. Era demasiado fuerte, no podía ser tomada por asalto. Ni siquiera mil cohetes bomba podrían derribarla. Se preguntó otra vez para quién estaba escribiendo el diario. Para el futuro, para el pasado... para una época que acaso fuera imaginaria. Y lo que había frente a él no era la muerte, sino la aniquilación. El diario sería reducido a cenizas y él mismo a vapor. Solo la Policía del Pensamiento leería lo que había escrito antes de borrarlo de la existencia y de la memoria. ¿Cómo se podía apelar al futuro cuando ni un solo vestigio de uno mismo, ni siquiera una palabra anónima garabateada en un trozo de papel, podría sobrevivir físicamente?



La telepantalla dio las catorce horas. En diez minutos debía salir. Tenía que estar de regreso en el trabajo a las catorce treinta.

Curiosamente, la campanilla de la hora pareció hacerle recobrar el ánimo. Él era un fantasma solitario y pronunciaba una verdad que nadie jamás oiría. Pero mientras la pronunciara, en cierta oscura forma la continuidad no se habría roto. No era para hacerse oír, sino para mantenerse cuerdo que uno seguía llevando en sí mismo la herencia humana. Regresó a la mesa, mojó la pluma y escribió:

Al futuro o al pasado, a un tiempo en que el pensamiento sea libre, cuando los hombres sean diferentes los unos de los otros y no vivan en soledad... a un tiempo en que exista la verdad y lo hecho ya no pueda deshacerse:

Desde la era de la uniformidad, desde la era de la soledad, desde la era del Hermano Mayor, desde la era del doblepensar... ¡saludos!

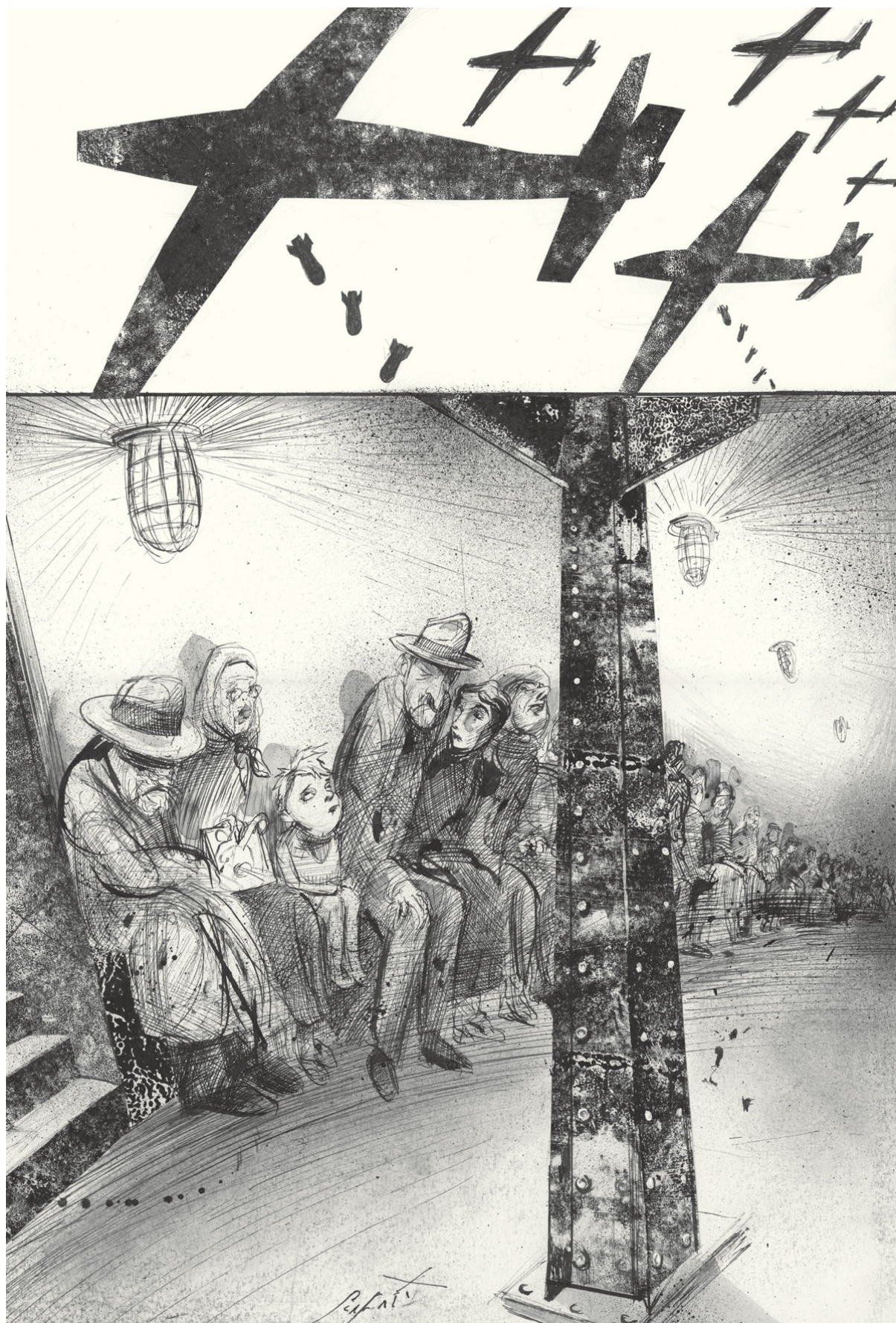
Ya estaba muerto, reflexionó. Le parecía que solamente ahora, cuando empezaba a ser capaz de formular sus pensamientos, había dado el paso decisivo. Las consecuencias de cada acto están incluidas en el acto mismo. Escribió:

El ideocrimen no acarrea la muerte: el ideocrimen ES la muerte.

Ahora que se había reconocido como un hombre muerto, adquiriría importancia permanecer con vida todo el tiempo que fuera posible. Dos dedos de su mano derecha estaban manchados de tinta. Esa era exactamente la clase de detalles que podían traicionarlo a uno. Algún fanático entrometido del Ministerio (probablemente una mujer; alguien como la mujercita del cabello color arena o la muchacha de pelo negro del Departamento de Ficción) podría empezar a preguntarse por qué había estado escribiendo durante la pausa del almuerzo, por qué había utilizado una pluma anticuada, qué era lo que había estado escribiendo... y luego dejar caer una insinuación en el lugar apropiado. Fue al baño y se refregó cuidadosamente la tinta con el áspero jabón marrón que arañaba la piel como papel de lija y que, por ende, se adaptaba bien a ese propósito.

Guardó el diario en el cajón. Era completamente inútil pensar en esconderlo, pero al menos podía asegurarse de saber si habían descubierto su existencia. Un cabello deslizado entre las páginas era demasiado obvio. Con

la yema de un dedo recogió una mota de polvo blanquecino, identificable, y la depositó sobre una esquina de la cubierta, de donde se desprendería si alguien movía la libreta.



III

Winston estaba soñando con su madre.

Debía de tener diez u once años, pensaba, cuando su madre desapareció. Era una mujer alta e imponente, más bien silenciosa, de movimientos lentos y espléndido cabello rubio. Recordaba más vagamente a su padre: moreno, delgado y con gafas, vestido siempre con ropa oscura y pulcra (en especial, Winston recordaba las finísimas suelas de los zapatos de su padre). Evidentemente, a los dos se los debió de tragar una de las primeras grandes purgas de los años cincuenta.

En este momento su madre estaba sentada, sosteniendo en brazos a la hermana menor de Winston, en algún lugar profundo, muy por debajo de donde él se hallaba. No tenía ningún recuerdo de su hermana, salvo que era un bebé diminuto y débil, siempre callado, con unos ojos grandes que lo observaban todo. Las dos lo miraban desde abajo. Se encontraban en algún lugar subterráneo, el fondo de un pozo tal vez, o una tumba muy honda, un lugar que, aunque ya muy por debajo de él, continuaba descendiendo. Era el salón de pasajeros de un barco que se hundía, y ellas alzaban sus miradas hacia él a través de las aguas cada vez más oscuras. En el salón seguía habiendo aire y ellas todavía podían ver a Winston, y él a ellas, pero no dejaban de hundirse todo el tiempo, más y más abajo, en lo profundo de las verdes aguas que de un momento a otro iban a ocultarlas para siempre de su vista. Él se hallaba afuera, en el aire y la luz, mientras que ellas eran tragadas por la muerte, y si estaban allá abajo era *porque* él estaba arriba. Él lo sabía y ellas también lo sabían, y Winston podía ver ese conocimiento en las facciones de las dos. No había ningún reproche, ni en sus rostros ni en sus corazones, únicamente la certeza de que debían morir para que él pudiera seguir vivo y que eso era parte del orden inevitable de las cosas.

No podía recordar qué había pasado en la realidad, pero en su sueño sabía que, de alguna manera, las vidas de su madre y de su hermana habían sido

sacrificadas por la suya. Era uno de esos sueños que, aunque mantienen una típica escenografía onírica, son una continuación de la vida intelectual del soñador y en los cuales uno toma consciencia de hechos e ideas que, al despertar, le siguen pareciendo nuevos y valiosos. De lo que de pronto se dio cuenta Winston es de que la muerte de su madre, casi treinta años atrás, había sido trágica y dolorosa de una forma que ya no era posible. La tragedia, se percató, pertenecía a la época antigua, a una época en la que todavía existían la privacidad, el amor y la amistad, y en la que los miembros de una familia se apoyaban los unos a los otros sin necesidad de saber la razón. El recuerdo de su madre le rompía el corazón porque ella había muerto amándolo cuando él era un niño demasiado pequeño y egoísta para corresponderla y porque, en cierto modo, aunque él no recordaba cómo, ella se había sacrificado por una concepción personal e inalterable de la lealtad. Cosas como esa, lo veía claramente, ya no podían suceder hoy. Hoy existían el miedo, el odio y el dolor, pero no la dignidad de la emoción, ni las penas profundas o complejas. Todo esto le pareció ver en los grandes ojos de su madre y de su hermana, que alzaban sus miradas hacia él a través de las verdes aguas, cientos de brazas más abajo, hundiéndose a cada instante más y más.

De pronto se encontró de pie sobre un césped corto y mullido, en un atardecer de verano, con los rayos oblicuos del sol dorando el suelo. El paisaje que estaba contemplando era tan recurrente en sus sueños que no estaba del todo seguro de si alguna vez lo había visto en el mundo real. En sus pensamientos al despertarse, lo llamaba el País Dorado.

Era un viejo pastizal comido por los conejos, cruzado por un senderito serpenteante y con alguna topera aquí y allá. En el seto vivo desigual del otro lado del prado, las ramas de los olmos se balanceaban ligeramente en la brisa, con las hojas agitándose en masas densas, como los cabellos de una mujer. En algún lugar cercano, fuera de su campo visual, había un arroyo cristalino y despacioso en el que nadaban los albueros en remansos a la sombra de los sauces.

La muchacha de pelo negro venía por el prado hacia él. Con lo que pareció un único movimiento, se arrancó las ropas y las tiró a un lado con desdén. Su cuerpo era blanco y suave, pero no le despertaba el menor deseo; de hecho, apenas lo miró. Lo que en aquel momento lo abrumaba era la admiración por el gesto con el que se había despojado de sus ropas; con su gracia y su despreocupación, parecía aniquilar una cultura entera, todo un sistema de pensamiento, como si el Hermano Mayor y el Partido y la Policía del Pensamiento pudieran ser reducidos a la nada mediante el simple y

espléndido movimiento de un brazo. Era también un gesto que pertenecía a la época antigua. Winston se despertó con la palabra «Shakespeare» en los labios.

La telepantalla emitió un silbido estridente que mantuvo la misma nota durante treinta segundos. Eran las cero siete quince, hora de levantarse para los empleados de oficina. Winston arrancó su cuerpo de la cama —desnudo, ya que un miembro del Partido Exterior tan solo recibía tres mil cupones de ropa al año, y un pijama costaba seiscientos— y tomó una camiseta deslucida y unos pantalones cortos que estaban extendidos sobre la silla. Los Ejercicios Físicos iban a empezar en tres minutos. Al momento siguiente, le dobló el cuerpo un violento acceso de tos, que casi siempre lo asaltaba poco después de levantarse. Aquello le vaciaba los pulmones de manera tan completa que no lograba recuperar el aliento a menos que se acostara boca arriba e hiciera una serie de inspiraciones profundas. Con el esfuerzo de toser se le habían hinchado las venas y la úlcera varicosa empezó a picarle.

—¡Grupo de treinta a cuarenta! —ladró una penetrante voz femenina—. ¡Grupo de treinta a cuarenta! Ocupen sus puestos, por favor. ¡Treinta a cuarenta!

Winston saltó a la posición de firmes frente a la telepantalla. Para entonces ya había aparecido la imagen de una mujer más bien joven, flaca pero musculosa, con chaqueta militar y zapatillas de gimnasia.

—¡Doblando y estirando los brazos! —espetó—. Seguid mi ritmo. ¡Uno, dos, tres, cuatro! ¡Uno, dos, tres, cuatro! ¡Vamos, camaradas, pónganle un poco de energía! ¡Uno, dos, tres, cuatro! ¡Uno, dos, tres, cuatro!...

El dolor del acceso de tos no había desplazado del todo en la mente de Winston la impresión causada por su sueño, y los movimientos rítmicos del ejercicio la restablecieron en cierto modo. Mientras lanzaba sus brazos mecánicamente adelante y atrás, poniendo la expresión de inflexible disfrute que se consideraba apropiada durante los Ejercicios Físicos, luchaba por abrirse paso con el pensamiento hasta el difuso período de su primera niñez. Era algo extraordinariamente difícil. Más allá del final de los años cincuenta, todo se hacía borroso. Al no haber registros externos en los que basarse, hasta el esbozo de la propia vida perdía su nitidez. Uno recordaba grandes acontecimientos que con toda probabilidad no habían sucedido, uno recordaba detalles de incidentes pero no podía recapturar su atmósfera, y había largos períodos en blanco que era imposible llenar con nada. Todo era distinto en aquel entonces. Hasta los nombres de los países y su forma en los mapas eran diferentes. La Franja Aérea Uno, por ejemplo, no se llamaba así en aquellos

tiempos; se llamaba Inglaterra o Gran Bretaña, a pesar de que Londres, de eso estaba bastante seguro, siempre se había llamado Londres.

Winston no podía recordar con claridad una época en que su país no estuviese en guerra, pero era evidente que debió de haber un intervalo de paz bastante largo durante su infancia, porque uno de sus recuerdos más tempranos era un ataque aéreo que pareció tomar a todo el mundo por sorpresa. Tal vez había sido en la misma época en que cayó una bomba atómica en Colchester. Él no se acordaba del ataque en sí, pero recordaba la mano de su padre aferrando la suya mientras descendían apresuradamente, más y más abajo, a un lugar muy profundo bajo la tierra, girando y girando por una escalera de caracol que resonaba bajo sus pies y que acabó por fatigar tanto sus piernas que empezó a gimotear y hubo que parar a tomar un descanso. Su madre, a su manera lenta y distraída, los seguía un buen trecho más atrás. Llevaba en brazos a su hermanita... o quizás solo cargaba con un fardo de mantas; no estaba seguro de que su hermana ya hubiese nacido entonces. Finalmente salieron a un lugar ruidoso y lleno de gente que se dio cuenta era una estación de metro.

Por todas partes había personas sentadas sobre el suelo de losas de piedra, y otras se apretujaban sentadas en catres de metal. Winston, su madre y su padre encontraron un lugar en el suelo, cerca de un catre donde un hombre y una mujer ancianos estaban sentados muy juntos. El viejo tenía puesto un traje oscuro muy presentable y un gorro de tela negra echado hacia atrás sobre el pelo muy blanco; tenía la cara muy roja y sus ojos azules estaban llenos de lágrimas. Apestaba a ginebra. Aquel olor parecía emanar de su piel en lugar de sudor, y uno podía imaginar que las lágrimas que brotaban de sus ojos eran ginebra pura. Sin embargo, aun estando ligeramente borracho, sufría alguna pena auténtica e insoportable. A su manera infantil, Winston captó que algo terrible, algo que estaba más allá del perdón y que jamás podría remediarse, acababa de ocurrir. También le pareció que sabía qué era. Habían matado a alguien a quien ese anciano amaba, a su pequeña nieta tal vez. Cada pocos minutos, el viejo se ponía otra vez a repetir:

—No debimos confiar en ellos. Ya te lo decía yo, Ma, ¿o no lo dije? Esto es lo que sacamos por fiarnos de ellos. Lo dije desde el principio. No había que fiarse de esos malnacidos.

Pero cuáles eran los hijos de puta en quienes no debieron haber confiado, eso Winston no lo recordaba.

Más o menos desde aquella época, la guerra había sido literalmente continua, aunque en sentido estricto no había sido siempre la misma guerra.

Durante varios meses de su infancia, se habían librado confusos combates callejeros en la propia Londres, y Winston recordaba algunos de manera muy vívida. Pero seguir el rastro a la historia de todo aquel período, decir quién luchaba contra quién en un momento determinado, habría sido absolutamente imposible, puesto que ningún registro escrito o palabra hablada hacía nunca mención de otro alineamiento que no fuese el actual. Por ejemplo, en aquel momento, en 1984 (si es que era 1984), Oceanía estaba en guerra con Eurasia y aliada con Estasia. Pero esto no era más que un furtivo fragmento de conocimiento que él poseía solo porque su memoria no estaba satisfactoriamente bajo control. Oficialmente, jamás había tenido lugar un cambio de alianzas. Oceanía estaba en guerra con Eurasia, por lo tanto, Oceanía siempre había estado en guerra con Eurasia. El enemigo del momento representaba siempre el mal absoluto, y de ello se desprendía que todo acuerdo con él, pasado o futuro, era imposible.

Lo aterrador, reflexionó por enésima vez mientras forzaba sus hombros dolorosamente hacia atrás (estaban haciendo rotar el cuerpo desde la cintura con las manos en las caderas, un ejercicio que se suponía era bueno para los músculos de la espalda), lo aterrador era que todo aquello podía ser verdad. Si el Partido podía manipular el pasado y decir, de este o aquel acontecimiento, *que eso nunca ocurrió...* ¿no se trataba de algo definitivamente más aterrador que la mera tortura o la muerte?

El Partido afirmaba que Oceanía jamás había sido aliada de Eurasia. Él, Winston Smith, sabía que Oceanía había estado aliada con Eurasia hacía tan solo cuatro años. Pero ¿dónde existía ese conocimiento? Solo en su propia consciencia, que de todos modos pronto sería aniquilada. Y si todos los demás aceptaban la mentira que el Partido imponía —si todos los archivos contaban el mismo cuento—, entonces la mentira ingresaba en la historia y se convertía en verdad. «Quien controla el pasado», decía el eslogan del Partido, «controla el futuro; quien controla el presente controla el pasado». Y sin embargo el pasado, aunque alterable por naturaleza, jamás había sido alterado. Aquello que era verdad lo era desde siempre y para siempre. Así de simple. Todo lo que se necesitaba era una interminable serie de victorias sobre la propia memoria. «Control de realidad», lo llamaban; en parlanueva, «doblepensar».

—¡Descansen! —bramó la instructora de forma un poco más cordial.

Winston dejó caer los brazos a los costados del cuerpo y volvió a llenar lentamente de aire los pulmones. Su mente resbaló una vez más hacia el laberíntico mundo del doblepensar. Saber y no saber, tener consciencia de una veracidad total mientras se decían mentiras cuidadosamente elaboradas;

sostener simultáneamente dos opiniones que se cancelaban entre sí, saberlas contradictorias y creer en las dos; emplear la lógica en contra de la lógica; repudiar la moralidad mientras se la reivindicaba; creer que la democracia era imposible y que el Partido era el guardián de la democracia; olvidar lo que fuera necesario olvidar y luego traerlo de nuevo a la memoria en el momento en que se necesitara recordarlo, para inmediatamente olvidarlo otra vez; y, por encima de todo, aplicar ese mismo proceso al proceso en sí. Esa era la sutileza fundamental: inducir la inconsciencia conscientemente, y entonces, una vez más, volverse inconsciente del acto de hipnosis que se acaba de llevar a cabo. Hasta el hecho de entender la palabra «doblepensar» implicaba una operación de doblepensar.

La instructora había reclamado otra vez la atención de todos.

—¡Y ahora veamos quiénes pueden tocarse los dedos de los pies! — anunció, muy entusiasta—. Por favor, camaradas, desde las caderas. ¡Uno-dos! ¡Uno-dos!

Winston detestaba aquel ejercicio, que le hacía subir un dolor punzante desde los talones hasta las nalgas y que, a menudo, terminaba por provocarle un nuevo acceso de tos. La cualidad a medias agradable que habían tenido sus meditaciones desapareció. El pasado, pensó, no había sido tan solo alterado, realmente había sido destruido. Pues ¿cómo podía establecerse el hecho más obvio cuando no existía ningún registro fuera de la propia memoria? Trató de recordar en qué año había oído mencionar al Hermano Mayor por primera vez. Pensó que debió de haber sido en algún momento de los años sesenta, pero era imposible estar seguro. En las historias del Partido, por supuesto, el Hermano Mayor figuraba como líder y guardián de la Revolución desde sus primerísimos días. Gradualmente, sus hazañas habían sido desplazadas hacia atrás en el tiempo, hasta extenderse incluso al fabuloso mundo de los años cuarenta y los años treinta, cuando los capitalistas, con sus extraños sombreros cilíndricos, circulaban todavía por las calles de Londres en grandes y relucientes coches a motor o en carruajes tirados por caballos y con laterales de cristal. No se sabía cuánto de esta leyenda era verdad y cuánto era inventado. Winston ni siquiera podía recordar en qué fecha había comenzado a existir el propio Partido. No creía haber oído el término Soving antes de 1960, aunque era posible que, en su forma en parlantigua —Socialismo Inglés—, fuera habitual desde mucho antes. Todo se fundía en la bruma. De hecho, a veces se podía señalar una mentira evidente. Por ejemplo, no era verdad que, como se proclamaba en los libros de historia del Partido, este hubiera inventado los aeroplanos. Él recordaba haber visto aeroplanos desde su más

remota infancia. Pero no se podía demostrar nada. Jamás había ninguna evidencia. Solo una vez en toda su vida había tenido en sus manos la inequívoca prueba documental de la falsificación de un hecho histórico. Y en esa ocasión...

—¡Smith! —vociferó la gruñona voz desde la telepantalla—. ¡6079 Smith W! ¡Sí, *usted*! ¡Inclínese más, por favor! Vamos, usted puede hacerlo mejor. No lo está intentando. ¡Más abajo, por favor! *Eso* está mejor, camarada. Ahora descansen, todo el escuadrón, y obsérvenme a mí.

Un sudor caliente y repentino cubrió todo el cuerpo de Winston. Su rostro permanecía totalmente inescrutable. ¡Jamás dejes traslucir desánimo! ¡Nunca muestres resentimiento! Un simple parpadeo podría delatarte. Se quedó mirando mientras la instructora alzaba los brazos por encima de su cabeza y —no con gracia, pero sí con notable precisión y eficiencia— se inclinaba y encajaba la primera falange de sus dedos debajo de los dedos de sus pies.

—¡*Ahí tienen*, camaradas! *Así* es como quiero ver que lo hacen. Fíjense en mí otra vez. Tengo treinta y nueve años y he parido cuatro hijos. Ahora miren. —Volvió a plegarse—. Ya ven que mis rodillas *no* se doblan. Todos ustedes son capaces de hacerlo si quieren —añadió mientras se enderezaba—. Cualquiera de menos de cuarenta y cinco años es perfectamente capaz de tocarse los dedos de los pies. No todos tenemos el privilegio de ir al frente a combatir, pero todos podemos al menos mantenernos en forma. ¡Acuérdense de nuestros muchachos en el frente malabar! ¡Y de los marineros en la Fortaleza Flotante! Tan solo piensen en lo que *ellos* tienen que aguantar. Ahora inténtenlo otra vez. Eso está mejor, camarada, eso está *mucho* mejor —añadió alentadoramente cuando Winston, arremetiendo con violencia, logró tocar los dedos de sus pies sin doblar las rodillas por primera vez en varios años.

IV

Con un suspiro profundo e inconsciente, que ni siquiera la cercanía de la telepantalla podía impedirle lanzar al comienzo de su jornada de trabajo, Winston atrajo el parlógrafo hacia sí, sopló el polvo de la boquilla y se colocó las gafas. Luego desenrolló y unió con un clip los cuatro pequeños cilindros de papel que había expulsado el tubo neumático a la derecha de su escritorio.

En las paredes de la oficina había tres orificios. A la derecha del parlógrafo, un pequeño tubo neumático para mensajes escritos; a la izquierda, uno más ancho para los periódicos, y en la pared lateral, cómodamente situada al alcance de la mano, una amplia hendidura oblonga protegida por una rejilla de alambre. Esta última servía para eliminar los desechos de papel. Había hendiduras similares por todo el edificio, miles o decenas de miles, no solo en cada habitación, sino también a lo largo de todos los pasillos a intervalos regulares. Por alguna razón, los apodaban agujeros de memoria. Cuando uno sabía que un documento estaba destinado a la destrucción, o incluso cuando veía un trozo de papel abandonado, la reacción natural era levantar la tapa del agujero de memoria más cercano y tirarlo allí, tras lo cual era aspirado por un remolino de aire tibio hacia los enormes hornos escondidos en algún recóndito lugar del edificio.

Winston examinó las cuatro papeletas que había desenrollado. Cada una contenía un mensaje de tan solo una o dos líneas en la jerga abreviada que se utilizaba para fines internos en el Ministerio (no era parlanueva, pero consistía mayormente en palabras en parlanueva). Decían:

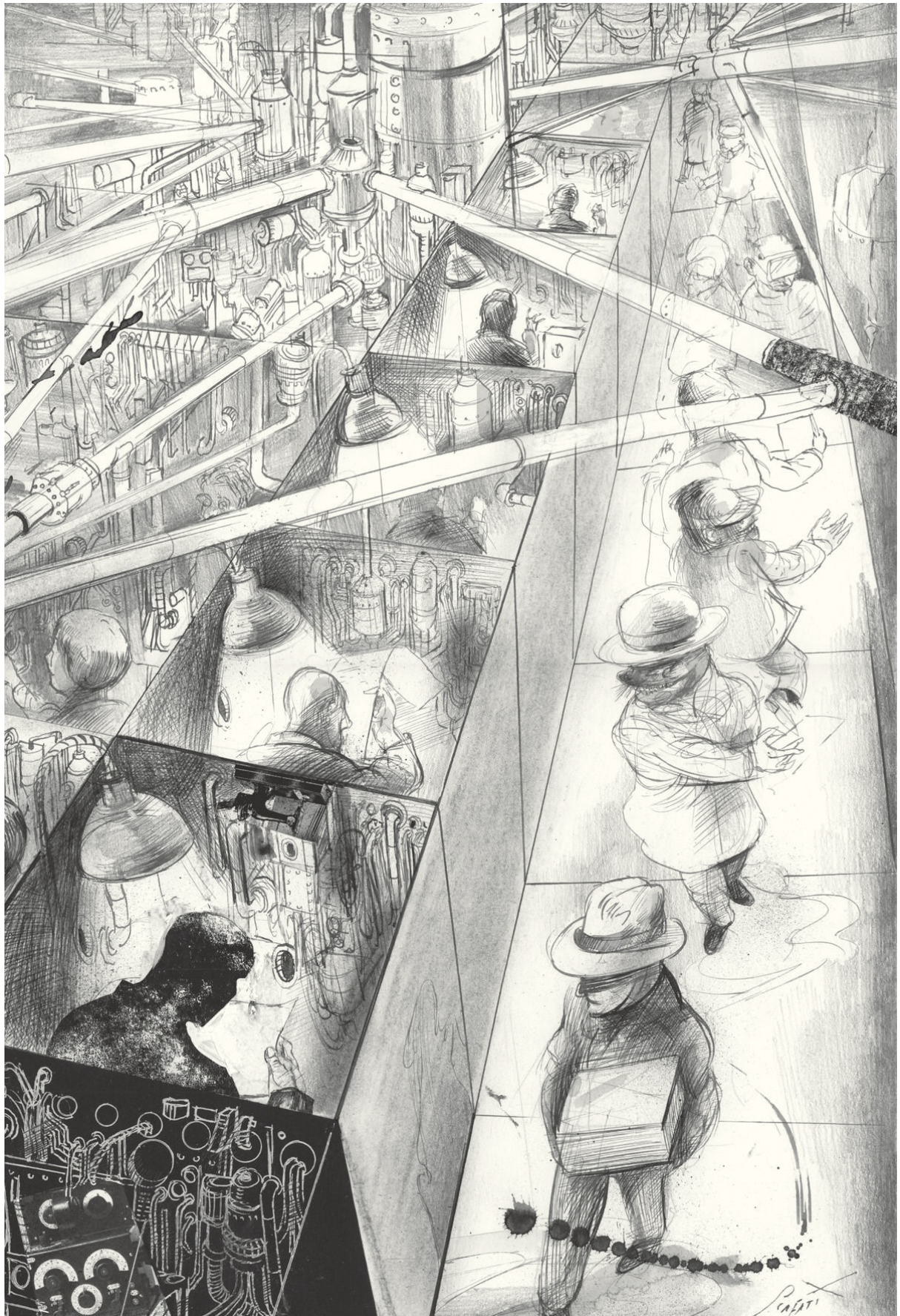
times 17.3.84 malinforma discurso hm áfrica rectificar
times 19.12.83 pronostica pt cuarto trimestre 83 erratas
verificar edición actual
times 14.2.84 malcita minabund chocolate rectificar
times 3.12.83 cobertura ordendía hm dobleplusimbuena
refs impersonas reescribir completa sometsup prearchivo

Winston dejó de lado el cuarto mensaje con un tenue sentimiento de satisfacción. Era un trabajo intrincado y de responsabilidad que sería mejor dejar para el final. Los otros tres eran asuntos de rutina, aunque el segundo probablemente implicaría abrirse paso entre tediosas listas de cifras.

Winston marcó «números anteriores» en la telepantalla y pidió los números indicados del *Times*, que se deslizaron fuera del tubo neumático tras una espera de unos pocos minutos. Los mensajes que había recibido se referían a artículos o notas que por una u otra razón era necesario alterar o, como rezaba la frase oficial, rectificar. Por ejemplo, al leer el *Times* del 17 de marzo, daba la impresión de que el Hermano Mayor, en su discurso del día precedente, había vaticinado que el frente del sur de la India permanecería en calma pero que una ofensiva eurasiática no tardaría en ser lanzada en el norte de África. Sin embargo, lo cierto era que el Comando Mayor Eurasiático había lanzado su ofensiva en el sur de la India y dejado el norte de África en paz. Era por lo tanto necesario reescribir el párrafo del discurso del Hermano Mayor, de tal forma que se le hiciera predecir lo que realmente había sucedido. O bien, por mencionar otro ejemplo, el *Times* del 19 de diciembre había publicado el pronóstico oficial de la producción de varias clases de bienes de consumo para el cuarto trimestre de 1983, que era además el sexto trimestre del noveno Plan Trienal. El número de hoy contenía la declaración de la producción real, de la que se desprendía que el pronóstico estaba groseramente equivocado en todos los casos. El trabajo de Winston consistía en rectificar las cifras originales para hacerlas coincidir con las posteriores. En cuanto al tercer mensaje, se refería a un error muy sencillo que podía corregirse en un par de minutos. No hacía mucho, en el mes de febrero, el Ministerio de la Abundancia había lanzado la promesa («compromiso categórico» fueron las palabras oficiales) de que no habría ninguna reducción de la ración de chocolate durante el año 1984. En realidad, como Winston sabía, la ración de chocolate iba a ser reducida de treinta a veinte gramos a finales de la semana en curso. Lo único que había que hacer era sustituir la promesa por una advertencia de que probablemente sería necesario reducir la ración en algún momento del mes de abril.

Tan pronto como hubo procesado cada uno de los mensajes, Winston unió con un clip las correcciones parlografiadas al ejemplar correspondiente del *Times* y las metió en el tubo neumático. Luego, con un movimiento prácticamente inconsciente, hizo una pelota con el mensaje original y con todas las notas que él mismo había tomado y lo arrojó todo por el agujero de memoria para que lo devorasen las llamas.

Lo que sucedía en el invisible laberinto al que conducían las tuberías neumáticas era algo que él no conocía en detalle, aunque sí en términos generales. Tan pronto como se hubiesen reunido y cotejado todas las correcciones necesarias en cualquier número del *Times*, ese número se imprimía, el ejemplar original se destruía y el ejemplar corregido se colocaba en el archivo en su lugar. Este proceso de alteración continua se aplicaba no solamente a los periódicos, sino también a libros, revistas, folletos, carteles, panfletos, películas, grabaciones sonoras, viñetas, fotografías... a toda clase de literatura o documentación que pudiera contener alguna significación política o ideológica. Día tras día, y casi minuto a minuto, el pasado se iba actualizando. De este modo, se podía demostrar con evidencia documental que cada predicción realizada por el Partido había sido correcta y se evitaba que en los registros persistiera noticia u opinión alguna que discrepase de las necesidades del momento. Toda la historia era un palimpsesto, descartado y vuelto a inscribir con tanta frecuencia como fuese necesario. En ningún caso era posible demostrar, una vez consumado el hecho, que había tenido lugar una falsificación. La sección más grande del Departamento de Registros, mucho mayor que aquella en la que Winston trabajaba, consistía simplemente en personas cuya tarea era rastrear y recolectar todos los ejemplares sustituidos de libros, periódicos y otros documentos que era preciso destruir. Un número del *Times* que, debido a cambios de orientación política o a profecías erróneas pronunciadas por el Hermano Mayor, hubiera sido rescrito una docena de veces, permanecía en los archivos con su fecha original y no existía ningún otro ejemplar que lo contradijera. También los libros eran retirados y reescritos una y otra vez, e invariablemente se publicaban de nuevo sin el menor reconocimiento de que se había efectuado alguna alteración. Incluso en las instrucciones escritas que Winston recibía, y de las que se deshacía invariablemente tan pronto como las procesaba, nunca se declaraba o se daba a entender que se debía cometer un acto de falsificación; las referencias eran siempre a lapsus, errores, erratas o citas equivocadas que era preciso corregir en aras de la exactitud.



En realidad, pensó mientras reajustaba las cifras del Ministerio de la Abundancia, ni siquiera se trataba de una falsificación. Era la mera sustitución de un despropósito por otro. La mayor parte de los materiales con los que había que lidiar no tenían la menor conexión con el mundo real, ni siquiera la clase de conexión contenida en una mentira lisa y llana. Las estadísticas no eran menos fantasiosas en su versión original que en su versión rectificada. La mayoría de las veces se esperaba que uno mismo las inventara. Por ejemplo, el pronóstico del Ministerio de la Abundancia había estimado la producción de botas para el trimestre en ciento cuarenta y cinco millones de pares. Se estaba declarando una producción real de sesenta y dos millones. Winston, al reescribir el pronóstico, bajó la cifra a cincuenta y siete millones a fin de permitir la habitual declaración de que se había cumplido con creces la cuota prefijada. En cualquier caso, sesenta y dos millones no estaba más cerca de la verdad que cincuenta y siete millones, ni que ciento cuarenta y cinco millones. Era muy probable que no se hubiera producido ni una sola bota. Y aún era más probable que nadie supiera cuántas botas se habían producido y que a nadie le importara. Todo lo que uno sabía era que, sobre el papel, se producían cada trimestre cantidades astronómicas de botas, mientras que posiblemente la mitad de la población de Oceanía andaba descalza. Y así con todos los hechos registrados de cualquier clase, grandes o pequeños. Todo se desvanecía en un mundo de sombras en el que, finalmente, hasta la fecha del año se había vuelto incierta.

Winston echó una mirada hacia el otro lado de la sala. En el cubículo situado frente al suyo había un hombre pequeño, de mentón oscuro y aspecto meticuloso, llamado Tillotson, que trabajaba sin parar con un periódico doblado sobre las rodillas y los labios muy cerca de la boquilla del parlógrafo. Daba la impresión de querer mantener aquello que estaba diciendo como un secreto entre él y la telepantalla. Alzó la vista y sus gafas lanzaron un destello hostil en dirección a Winston.

Apenas conocía a Tillotson y no tenía la menor idea del trabajo que tenía asignado. La gente del Departamento de Registros no hablaba así como así de sus tareas. En la larga sala sin ventanas, con su doble hilera de cubículos, su interminable crujido de papeles y el zumbido de las voces hablando en los parlógrafos, había una buena docena de personas de las que Winston ni siquiera conocía sus nombres, aunque a diario las veía ir apresuradamente de aquí para allá por los pasillos o gesticulando en los Dos Minutos de Odio. Sabía que en el cubículo de al lado la mujercita del cabello color arena trabajaba duro toda la jornada únicamente en detectar y borrar de los

periódicos los nombres de las personas que habían sido vaporizadas y que, por tanto, se consideraba que nunca habían existido. Esto era en cierto modo apropiado ya que, hacía unos años, su propio marido había sido vaporizado. Y, unos cubículos más lejos, había un ser apacible, incompetente y soñador llamado Ampleforth, con orejas muy peludas y un sorprendente talento para las prestidigitaciones de la métrica y la rima, que se ocupaba de crear versiones tergiversadas —textos definitivos, se los llamaba— de poemas que se habían vuelto ideológicamente censurables pero que, por una u otra razón, debían mantenerse en las antologías. Y aquella sala, con sus cincuenta trabajadores más o menos, era tan solo una subsección, una simple célula, por así decirlo, en la enorme complejidad del Departamento de Registros. Más lejos, por encima y por debajo, había otros enjambres de trabajadores dedicados a una multitud inimaginable de tareas. Estaban las inmensas imprentas, con subeditores, expertos tipógrafos y sofisticados estudios fotográficos equipados para adulterar imágenes. Estaba la sección de teleprogramas con ingenieros, productores y equipos de actores especialmente escogidos por su habilidad para imitar voces. Y estaban los ejércitos de auxiliares de referencias bibliográficas cuya tarea consistía simplemente en elaborar listas de libros y periódicos que debían ser retirados de la circulación. Había vastos depósitos donde se almacenaban los documentos corregidos, así como hornos ocultos donde se destruían los ejemplares originales. Y en algún lugar, por lo demás anónimo, se hallaban los cerebros rectores que coordinaban todo aquel esfuerzo y que establecían los lineamientos políticos que hacían necesario que este fragmento del pasado fuese preservado, aquel falsificado y aquel otro erradicado de la existencia.

Y el Departamento de Registros, después de todo, no era, a su vez, más que una simple rama del Ministerio de la Verdad, cuya tarea básica consistía, no en reconstruir el pasado, sino en abastecer a los ciudadanos de Oceanía de periódicos, películas, libros de texto, programas de telepantalla, obras de teatro, novelas... es decir, de toda clase imaginable de información, instrucción o entretenimiento, desde estatuas hasta eslóganes, desde poemas líricos hasta tratados de biología, desde abecedarios para niños hasta diccionarios de parlanueva. El Ministerio no solamente tenía que atender a las múltiples necesidades del Partido, sino también repetir toda la operación a un nivel más bajo en beneficio del proletariado. Había toda una cadena de departamentos específicos que se ocupaban de la literatura, la música, el teatro y el entretenimiento de los proletarios. Allí se producían periodicuchos que apenas contenían algo más que deportes, crímenes y astrología; novelitas

sensacionalistas de cinco centavos; películas que rezumaban sexo, y canciones sentimentales enteramente compuestas por medios mecánicos en una especie particular de caleidoscopio conocida como versifactor. Había incluso toda una subsección —*Secporn*, en parlanueva— dedicada a producir pornografía de la peor clase, que se despachaba en paquetes sellados y que a ningún miembro del Partido, aparte de quienes se desempeñaban allí, le estaba permitido mirar.

Habían surgido tres nuevos mensajes del tubo neumático mientras Winston trabajaba, pero eran asuntos sencillos y, antes de que lo interrumpieran los Dos Minutos de Odio, ya había dado cuenta de los tres. En cuanto terminó el Odio volvió a su cubículo, tomó del estante el diccionario de parlanueva, empujó hacia un costado el parlógrafo, limpió sus gafas y se puso con su principal tarea de aquella mañana.

El mayor placer de la vida de Winston residía en su trabajo. En buena parte era tedioso y rutinario, pero también incluía tareas tan intrincadas que uno podía perderse en ellas como en las profundidades de un problema matemático... delicadas piezas de falsificación en las que no había ninguna guía excepto el conocimiento de los principios del Socing y una estimación de lo que el Partido quería que uno dijera.

A Winston se le daba bien esta clase de cosas. Ocasionalmente, hasta le habían confiado la rectificación del artículo editorial del *Times*, que se escribía enteramente en parlanueva. Desenrolló el mensaje que había separado antes. Decía:

times 3.12.83 cobertura ordendía hm dobleplusimbuenas refs
impersonas reescribir completa sometsup prearchivo

En parlantigua (o en inglés corriente) esto podría traducirse así:

La cobertura de la Orden del Día del Hermano Mayor en el *Times* del 3 de diciembre de 1983 es extremadamente insatisfactoria y hace referencia a personas inexistentes. Reescribirla en su totalidad y someter el borrador a una autoridad superior antes de archivar.

Winston revisó el artículo objetado. Aquella Orden del Día del Hermano Mayor había estado al parecer consagrada principalmente a elogiar la obra de una organización conocida como FFCC, que proveía de cigarrillos y otros artículos a los marineros de las Fortalezas Flotantes. Se había elegido a un tal camarada Withers, miembro prominente del Partido Interior, para una

mención especial y una condecoración, la Orden del Mérito Conspicuo, Segunda Clase.

Tres meses después, la FFCC había sido disuelta repentinamente y sin explicación alguna. Podía asumirse que ahora Withers y sus asociados habían caído en desgracia, aunque no se había dado ninguna cobertura al asunto ni en la prensa ni en la telepantalla. Era lo esperable, ya que, por lo general, a los infractores políticos no se los sometía a juicio y ni siquiera se los denunciaba. Las grandes purgas que involucraban a miles de personas, con juicios públicos contra traidores y criminales del pensamiento, que hacían abyectas confesiones de sus crímenes y más tarde eran ejecutados, constituían una atracción especial que tenía lugar una vez cada varios de años. Más frecuente era que las personas que habían contrariado al Partido desaparecieran sin que se volviese a saber de ellas. Nunca había el menor indicio de lo que les había sucedido. En algunos casos podía ser que ni siquiera estuviesen muertas. Winston conocía personalmente quizás a unas treinta personas, sin contar a sus padres, que habían desaparecido en algún momento.

Winston se rascó suavemente la nariz con un clip. En el cubículo de enfrente, el camarada Tillotson continuaba con sus secretos, reclinado sobre el parlógrafo. Por un momento irguió la cabeza; de nuevo la rápida mirada hostil. Winston se preguntó si el camarada Tillotson estaba embarcado en la misma tarea que él mismo. Era perfectamente posible. Nunca confiarían un trabajo tan complicado a una sola persona: por otra parte, encargar la tarea a un comité equivaldría a admitir abiertamente que se estaba llevando a cabo un acto de adulteración. En aquel mismo instante, probablemente había una docena de personas elaborando versiones rivales de lo que el Hermano Mayor había dicho en realidad. Y, acto seguido, algún cerebro maestro del Partido Interior seleccionaría esta o aquella versión, la reeditaría y pondría en movimiento el complejo proceso de referencias cruzadas requerido, y entonces la mentira escogida entraría en los registros permanentes y se convertiría en verdad.

Winston ignoraba por qué motivo Withers había caído en desgracia. Quizás por corrupción o incompetencia. Tal vez el Hermano Mayor meramente se había deshecho de un subordinado demasiado popular. Tal vez Withers o alguna persona de su entorno había sido sospechoso de tendencias heréticas. O quizás —y esto era lo más probable— aquello había sucedido sencillamente porque las purgas y las vaporizaciones eran parte necesaria de la mecánica de gobierno. El único indicio cierto se hallaba en las palabras «*refs impersonas*», que indicaba que Withers ya estaba muerto. Eso era algo

que no podía invariablemente asumirse cada vez que alguien era arrestado. A veces los soltaban y les permitían vivir en libertad durante un año o dos antes de ejecutarlos. Muy ocasionalmente, una persona a la que uno había dado por muerta mucho tiempo atrás hacía una reaparición fantasmal en un juicio público, donde implicaba a cientos de individuos con su testimonio antes de desvanecerse, esta vez para siempre. Withers, en cambio, era ya impersona. No existía; jamás había existido. Winston decidió que no bastaría con revertir la tendencia del discurso del Hermano Mayor. Sería mejor hacer que tratase sobre algo sin la menor conexión con el asunto original.

Podía convertir el discurso en la habitual denuncia de traidores e ideocriminales, pero eso era un poco demasiado obvio, mientras que inventar una victoria en el frente o algún triunfo de la sobreproducción en el Noveno Plan Trienal podía complicar demasiado los registros. Lo que se necesitaba era una pura fantasía. Súbitamente brotó en su mente, ya completa, por así decir, la imagen de un tal camarada Ogilvy, que acababa de morir en combate en circunstancias heroicas. En ocasiones, el Hermano Mayor consagraba su Orden del Día a conmemorar a algún humilde miembro de la base del Partido, cuya vida y muerte enarbolaba como ejemplo digno de seguirse. Hoy conmemoraría al camarada Ogilvy. Es cierto que no existía ningún camarada Ogilvy, pero un puñado de líneas y un par de fotografías trucadas lo traerían muy pronto a la existencia.

Winston estuvo pensando un momento, luego atrajo hacia sí el parlógrafo e inició un dictado en el estilo familiar del Hermano Mayor: un estilo a la vez pedante y marcial, fácil de imitar gracias al ardid de formular preguntas y responderlas inmediatamente después («¿Qué lección nos enseña este hecho, camaradas? La lección —que por lo demás es uno de los principios fundamentales del Socing— de que... etc., etc.»).

A los tres años de edad, el camarada Ogilvy rechazaba todos los juguetes excepto un tambor, una metralleta y un helicóptero a escala.

A los seis —un año antes de lo normal, gracias a una dispensa especial— se había incorporado a los Espías y, a los nueve, era líder de tropa.

A los once había denunciado a su tío ante la Policía del Pensamiento tras oír casualmente una conversación que le pareció contener tendencias criminales. A los diecisiete años era organizador de la Liga de Jóvenes Antisexo en su distrito. A los diecinueve había diseñado una granada de mano que fue adoptada por el Ministerio de la Paz y que, en su primera prueba, había matado a treinta y un eurasiáticos con una sola explosión. A los veintitrés había caído en acción. Perseguido por aviones a reacción enemigos mientras

sobrevolaba el océano Índico llevando importantes despachos, lastró su cuerpo con la ametralladora y saltó del helicóptero, con despachos y todo, a las profundas aguas... un final, dijo el Hermano Mayor, que era imposible contemplar sin un sentimiento de envidia. El Hermano Mayor añadía unas cuantas observaciones sobre la pureza y la determinación que el camarada Ogilvy había mostrado a lo largo de su vida. Era completamente abstemio, no fumaba, no tenía ningún pasatiempo excepto una hora diaria en el gimnasio, y había hecho voto de celibato, al considerar que el matrimonio y el cuidado de una familia eran incompatibles con la dedicación al deber las veinticuatro horas del día. No tenía otro tema de conversación que los principios del Soving y ningún propósito en la vida aparte de la derrota del enemigo eurasiático y la persecución de espías, saboteadores, ideocriminales y traidores de toda clase.

Winston debatió consigo mismo sobre la conveniencia de otorgar al camarada Ogilvy la Orden del Mérito Conspicuo; al final desechó la idea debido a las innecesarias referencias cruzadas que ello implicaría.

Una vez más miró a su rival en el cubículo de enfrente. Algo parecía decirle que Tillotson, con toda certeza, estaba ocupado en la misma tarea que él. No había manera de saber la versión de quién de los dos sería adoptada finalmente, pero tenía la convicción profunda de que sería la suya. El camarada Ogilvy, al que nadie había imaginado hasta hacía una hora, era ya una realidad. De pronto le pareció curioso que se pudieran crear hombres muertos pero no hombres vivos. El camarada Ogilvy, que jamás había existido en el presente, existía ahora en el pasado y, una vez que el acto de falsificación se hubiese olvidado, existiría de forma tan auténtica y con tanta evidencia como Carlomagno o Julio César.

V

En la cantina de techo bajo, en los profundos subterráneos, la cola para el almuerzo avanzaba a lentas sacudidas. La sala estaba ya muy llena y había un ruido ensordecedor. Desde la rejilla del mostrador brotaba el vapor del guiso, un olor acre y metálico que no llegaba a ocultar los efluvios de ginebra Victoria. En un extremo de la sala había un pequeño bar, un mero agujero en la pared, donde se podía comprar por diez centavos un trago generoso de ginebra.

—Justo el hombre al que andaba buscando —dijo una voz a su espalda.

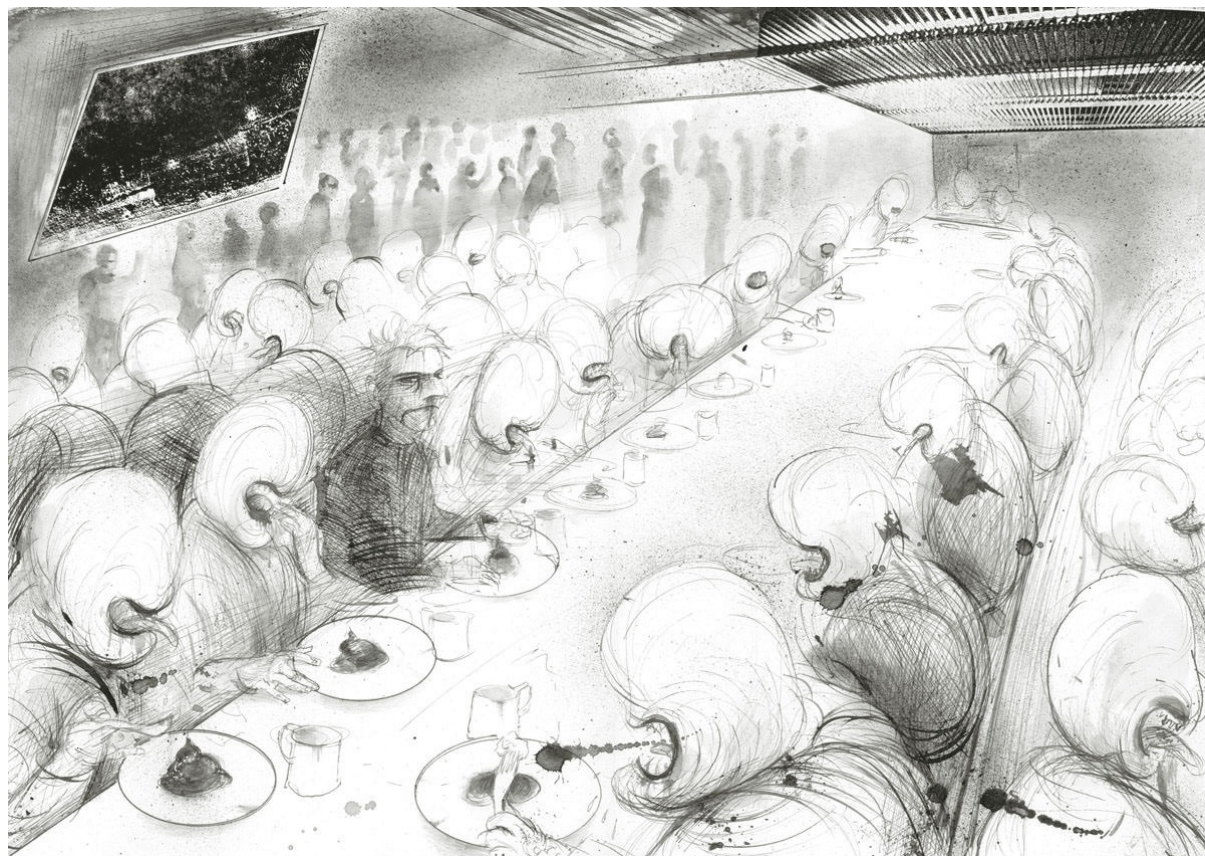
Winston se dio la vuelta. Era su amigo Syme, que trabajaba en el Departamento de Investigaciones. Puede que «amigo» no fuese la palabra exacta. Hoy en día no se tenía amigos, se tenía camaradas; pero había camaradas cuya compañía era más agradable que la de otros. Syme era filólogo, especialista en parlanueva. De hecho, formaba parte del enorme equipo de expertos que se dedicaba actualmente a la compilación de la undécima edición del Diccionario de Parlanueva. Era un ser diminuto, más pequeño que Winston, con el pelo negro y ojos grandes y saltones, a la vez tristes e irónicos, que parecían escrutar atentamente la cara de uno mientras hablaba.

—Quería preguntarte si has conseguido hojas de afeitar —dijo.

—¡Ni una! —dijo Winston con una especie de sentimiento de culpa—. Busqué por todas partes. No existen más.

Todo el mundo andaba preguntando por las hojas de afeitar. En realidad, a Winston le quedaban dos sin usar que guardaba de reserva. Llevaban meses escaseando. Siempre había un artículo de primera necesidad que las tiendas del Partido no podían suministrar. Unas veces eran botones, otras veces lana para zurcir, otras cordones de zapatos; ahora era el turno de las hojas de afeitar. Solo se podían conseguir, si es que uno llegaba a conseguirlas, rebuscando de manera más o menos furtiva en el mercado «libre».

—Llevo usando las mismas hojas desde hace seis semanas —añadió, mintiendo.



La cola dio otro tirón hacia delante. Cuando se detuvieron, Winston se volvió de nuevo hacia Syme. Cada uno tomó una bandeja de metal grasienta de una pila en el extremo del mostrador.

—¿Fuiste ayer a ver cómo ahorcaban a los prisioneros? —dijo Syme.

—Estaba trabajando —respondió Winston con indiferencia—. Lo veré en el cine, supongo.

—Un sucedáneo muy inadecuado —dijo Syme.

Sus ojos burlones recorrieron el rostro de Winston. «Te conozco», parecían decir esos ojos. «A mí no me engañas. Sé muy bien por qué no fuiste a ver cómo ahorcaban a esos prisioneros». En un sentido intelectual, Syme era venenosamente ortodoxo. Podía hablar de ataques de helicópteros sobre aldeas enemigas, juicios y confesiones de ideocriminales, ejecuciones en los sótanos del Ministerio del Amor, todo ello con una satisfacción rayana en el regodeo. Para poder conversar con él, había que alejarlo de esos asuntos y enredarlo, si era posible, en los tecnicismos de la parlanueva; entonces su conversación se volvía interesante, pues era toda una autoridad. Winston

apartó ligeramente la cabeza para evitar el escrutinio de sus grandes ojos negros.

—Fue un buen ahorcamiento —dijo Syme con aire nostálgico—. Yo creo que lo estropean cuando les atan los pies. A mí me gusta verlos patalear. Y sobre todo, al final, la lengua fuera, azul... de un azul muy intenso. Ese es el detalle que me atrae.

—Si'ente —gritó el proleta con delantal blanco, cucharón en mano.

Winston y Syme empujaron sus bandejas bajo la rejilla. En cada una les echaron velozmente el almuerzo reglamentario: una cazuelita metálica con un estofado de color gris, tirando a rosado, un trozo de pan, un cubito de queso, una taza de café Victoria sin leche y una pastilla de sacarina.

—Allá hay una mesa, debajo de aquella telepantalla —dijo Syme—. Vayamos por unas ginebras, de paso.

La ginebra se servía en unos tazones de porcelana sin asa. Se abrieron paso por el salón atiborrado de gente y pasaron el contenido de sus bandejas a una mesa de superficie metálica, en una de cuyas esquinas alguien había dejado un charco de estofado, un inmundo amasijo líquido con aspecto de vómito. Winston levantó su taza de ginebra, se detuvo por un instante para armarse de valor y se bebió de un trago aquella cosa con sabor a aceite. Después de parpadear para ahuyentar las lágrimas, de pronto descubrió que tenía hambre. Comenzó a engullir cucharadas de estofado, en medio de cuyo légamo general destacaban unos cubos de una cosa esponjosa y rosácea, probablemente un preparado a base de carne. Ninguno de los dos volvió a decir palabra hasta que hubieron terminado sus cazuelitas. En la mesa a la izquierda de Winston, un poco a su espalda, alguien hablaba de manera rápida y continua en un áspero parloteo, casi como el graznido de un pato, que perforaba el alboroto general del salón.

—¿Cómo avanza el diccionario? —dijo Winston alzando la voz por encima del ruido.

—Despacio —dijo Syme—. Estoy con los adjetivos. Es fascinante.

Se había animado de inmediato ante la mención de la parlanueva. Hizo a un lado su cazuelita, tomó el trozo de pan con una de sus delicadas manos y el queso con la otra y se reclinó sobre la mesa para hablar sin tener que gritar.

—La undécima edición es la edición definitiva —dijo—. Estamos dándole a la lengua su forma final... la forma que tendrá cuando ya nadie hable ninguna otra lengua. Cuando terminemos, las personas como tú tendréis que aprenderla desde cero. Tú crees, me atrevo a decir, que nuestra tarea principal es inventar palabras. ¡Ni por asomo! Lo que estamos haciendo es destruir

palabras... decenas de ellas, cientos de ellas, día tras día. Estamos reduciendo el lenguaje hasta el mero hueso. La undécima edición no contendrá una sola de las palabras que para el año 2050 habrán quedado obsoletas.

Mordió ávidamente su trozo de pan, tragó un par de bocados y luego siguió hablando con una especie de pasión pedantesca. Su cara delgada y oscura había cobrado nueva vida, sus ojos habían perdido su expresión burlona y se habían vuelto casi soñadores.

—Es una cosa bellísima, la destrucción de palabras. Por supuesto, el gran recorte está en los verbos y los adjetivos, pero también podemos librarnos de cientos de sustantivos. No son solo los sinónimos; también están los antónimos. Después de todo, ¿qué justifica la existencia de una palabra que es meramente la contraria de otra? Una palabra contiene su contraria en sí misma. Tomemos «bueno», por ejemplo. Si ya tienes una palabra como «bueno», ¿qué necesidad hay de la palabra «malo»? «Imbueno» sirve perfectamente... mejor incluso, porque es un opuesto exacto, cosa que la otra no es. O bien, si quieres una versión más fuerte de «bueno», ¿qué sentido tiene disponer de toda una ristra de palabras inútiles y vagas como «excelente», «espléndido» y todas las demás? «Plusbueno» cubre ese significado, o «dobleplusbueno», si quieres algo más fuerte todavía. Por supuesto, ya usamos esas formas, pero en la versión final de la parlanueva no quedará nada más. Cuando terminemos, la cuestión de la bondad y la maldad podrá abarcarse en su totalidad con tan solo seis palabras... o en realidad con una sola. ¿No ves la belleza que hay en eso, Winston? Por supuesto, la idea original fue de Hache Eme —añadió por si acaso.

Una suerte de exaltación insípida revoloteó por el semblante de Winston ante la mención del Hermano Mayor. Syme, sin embargo, detectó de inmediato una cierta falta de entusiasmo.

—Tú no valoras realmente la parlanueva, Winston —dijo casi con tristeza—. Incluso cuando la escribes, sigues pensando en parlantigua. He leído algunos de esos artículos que escribes de cuando en cuando para el *Times*. Son bastante buenos, pero no dejan de ser traducciones. En tu corazón, preferirías atenerte a la parlantigua, con toda su vaguedad y sus inútiles matices de sentido. No captas la belleza de la destrucción de palabras. ¿Sabías que la parlanueva es el único idioma del mundo cuyo vocabulario se reduce año tras año, cada vez más?

Winston lo sabía, por supuesto. Sonrió —con simpatía, quiso creer—, desconfiando de lo que él mismo pudiera decir. Syme mordió otro pedazo de pan negruzco, lo masticó brevemente y continuó:

—¿No te das cuenta de que a todo lo que aspira la parlanueva es a restringir el espectro del pensamiento? Al final, haremos que el ideocrimen se vuelva literalmente imposible, porque no habrá palabras para expresarlo. Cada concepto que pueda necesitarse será expresado exactamente por *una* palabra, con su significado rígidamente definido y todas sus acepciones subsidiarias eliminadas y olvidadas. En la undécima edición, ya no estamos lejos de ese punto. Pero el proceso continuará mucho tiempo después de que tú y yo hayamos muerto. Cada año menos palabras y el espectro de la consciencia siempre un poco más pequeño. Incluso ahora mismo, por supuesto, no hay ninguna excusa para cometer ideocrímenes. Es una mera cuestión de autodisciplina, de control de la realidad. Pero al final no habrá siquiera necesidad de eso. La Revolución será completa cuando el lenguaje sea perfecto. La parlanueva es el Socing, y el Socing es la parlanueva —añadió con una suerte de satisfacción mística—. ¿Alguna vez se te ha ocurrido, Winston, que para el año 2025, como mucho, no quedará ni un solo ser humano vivo que comprenda la conversación que estamos teniendo en este momento?

—Excepto... —empezó a decir Winston, y se frenó.

Había tenido las palabras en la punta de la lengua: «Excepto los proletas», pero se contuvo, ya que no estaba del todo seguro de que una observación como esa no fuese en cierto modo heterodoxa. Syme, no obstante, adivinó lo que había estado a punto de decir.

—Los proletas no son seres humanos —dijo despreocupadamente—. Para 2050, antes tal vez, todo conocimiento real de la parlantigua habrá desaparecido. Toda la literatura del pasado habrá sido destruida. Chaucer, Shakespeare, Milton, Byron... únicamente existirán en sus versiones en parlanueva, convertidas no solo en algo diferente, sino en algo completamente contrario a lo que solían ser. Hasta la literatura del Partido habrá cambiado. Incluso los eslóganes cambiarán. ¿Cómo se puede tener un eslogan como «La libertad es esclavitud» cuando el concepto de libertad ha sido abolido? El clima de pensamiento en su totalidad será diferente. De hecho, ya no *habrá* pensamiento tal como lo entendemos hoy. La ortodoxia significa no pensar... no tener necesidad de pensamiento. La ortodoxia es inconsciencia.

Uno de estos días, pensó Winston con una convicción súbita y profunda, a Syme lo van a vaporizar. Es demasiado inteligente. Ve demasiado claro y habla sin ningún tapujo. Un día desaparecerá. Lo lleva escrito en el rostro.

Winston había terminado su pan y su queso. Se giró un poco de costado en la silla para beber su taza de café. En la mesa de la izquierda, implacable,

el hombre de la voz estridente continuaba hablando sin parar. Una mujer joven, quizás su secretaria, sentada de espaldas a Winston, lo estaba escuchando y parecía asentir con entusiasmo a cada cosa que decía. De vez en cuando, Winston captaba comentarios como «Creo que tiene usted *tanta* razón», «No podría estar *más* de acuerdo con usted», pronunciados con una voz femenina, juvenil y más bien tonta. Pero la otra voz no se detenía ni por un momento, ni siquiera cuando la muchacha estaba hablando. Winston conocía de vista al hombre, pero lo único que sabía de él era que ocupaba algún cargo importante en el Departamento de Ficción. Era un hombre de unos treinta años, con el cuello musculoso y una boca grande y movediza. Tenía la cabeza un poco echada hacia atrás y, debido al ángulo en que estaba sentado, sus gafas reflejaban la luz. En lugar de dos ojos, Winston veía dos discos lisos. Lo horrible era que, del flujo de sonidos que brotaba de su boca, era casi imposible distinguir una sola palabra. Únicamente una vez captó Winston una frase —«la eliminación completa y final del goldsteinismo»—, expelida muy rápidamente y, según le pareció, de una sola tirada, como una línea impresa sin espacios. El resto era puro ruido, una especie de *cuá-cuá-cuá*. Y sin embargo, aunque uno no pudiera oír realmente lo que el hombre estaba diciendo, no cabía la menor duda acerca del sentido general. Podía estar denunciando a Goldstein y reclamando medidas más severas contra ideocriminales y saboteadores, podía estar despotricando contra las atrocidades del ejército eurasiático, podía estar elogiando al Hermano Mayor o a los héroes del frente malabar... no había ninguna diferencia. Fuera lo que fuera, uno podía estar seguro de que cada palabra pronunciada era pura ortodoxia, Soving puro. Mientras observaba aquel rostro sin ojos cuya mandíbula se movía velozmente arriba y abajo, Winston tuvo la curiosa sensación de que no se trataba de un ser humano, sino de una especie de muñeco. No era el cerebro de aquel hombre lo que hablaba, sino su laringe. Lo que emergía de ella consistía en palabras, pero no era un discurso en el verdadero sentido de la palabra; era un ruido emitido de manera totalmente inconsciente, como el graznido de un pato.

Syme se había sumido por un momento en un profundo silencio y trazaba dibujos con el mango de su cuchara en el charco de estofado. Desde la otra mesa, aquella voz seguía graznando a toda velocidad, fácilmente audible a pesar del barullo circundante.

—Hay una palabra en parlanueva —dijo Syme—, no sé si la conoces: *cuacuablar*, hablar como un pato. Es una de esas palabras interesantes que

tienen dos significados contradictorios. Aplicada a un oponente, es un insulto; aplicada a alguien con quien estás de acuerdo, es un elogio.

No cabe duda, van a vaporizar a Syme, pensó Winston una vez más. Lo pensó con una especie de tristeza, aunque sabía perfectamente que Syme le tenía desprecio y una ligera antipatía y era perfectamente capaz de denunciarlo como ideocriminal si llegaba a ver alguna razón para hacerlo. Había algo sutilmente equívoco en Syme. Le faltaba algo: discreción, distancia, una especie de estupidez salvadora. No se podía decir que fuese heterodoxo. Creía en los principios del Soving, veneraba al Hermano Mayor, se regocijaba con las victorias, odiaba a los heréticos, no solo con sinceridad, sino también con una especie de celo sin tregua, un conocimiento actualizado al que los miembros ordinarios del Partido ni siquiera se aproximaban. Y sin embargo, siempre arrastraba consigo un vago desprestigio. Decía cosas que habría sido mejor callarse, había leído demasiados libros y frecuentaba el Café del Viejo Castaño, guarida de pintores y de músicos. No había ninguna ley, ni siquiera una ley no escrita, que prohibiese frecuentar el Viejo Castaño, pero, aun así, era un sitio que tenía algo de mal agüero. Los antiguos líderes desacreditados del Partido solían reunirse allí antes de que les llegase la purga definitiva. Se decía que al mismo Goldstein, años, décadas atrás, se lo había visto algunas veces en ese café. El destino de Syme no era difícil de predecir. No obstante, era un hecho que, si Syme llegara a captar, aunque fuera por tres segundos, la naturaleza de las opiniones secretas de Winston, inmediatamente lo traicionaría ante la Policía del Pensamiento. Lo mismo haría cualquiera, para el caso; pero Syme más que la mayoría. El celo no bastaba. La ortodoxia era inconsciencia.

Syme alzó la vista.

—Aquí viene Parsons —dijo.

Algo en el tono de su voz pareció agregar: «ese maldito imbécil». Parsons, el vecino de Winston en el edificio Victoria, venía efectivamente abriéndose paso por la sala; era un hombre regordete, de estatura media, con el pelo rubio y cara de sapo. A los treinta y cinco años, ya estaba echando rollos de grasa en el cuello y la cintura, pero sus movimientos eran enérgicos e infantiles. Tenía toda la apariencia de un niño que hubiera crecido demasiado, hasta el punto de que, aunque llevaba puesto el mono de trabajo reglamentario, era casi imposible no pensar que eso que vestía eran los pantalones cortos azules, la camisa gris y el pañuelo rojo al cuello de los Espías. Si uno intentaba hacerse una imagen visual de él, no veía otra cosa que unas rodillas con hoyuelos y unas mangas remangadas que descubrían

antebrazos rechonchos. De hecho, Parsons regresaba invariablemente a los pantalones cortos cada vez que una excursión comunitaria o cualquier otra actividad física le brindaban la excusa. Saludó a los dos con un alegre «¡Hola, hola!» y se sentó a su mesa, despidiendo un intenso olor a sudor. Por todo su rostro rosado sobresalían diminutas cuentas de humedad. Tenía una capacidad de sudoración extraordinaria. En el Centro Comunitario uno siempre se daba cuenta de si Parsons había estado jugando en la mesa de pimpón por lo mojado que dejaba el mango de la paleta. Syme había sacado una tira de papel donde tenía escrita una larga lista de palabras y la estaba estudiando con un lápiz de tinta en la mano.

—Míralo, trabajando en la hora del almuerzo —dijo Parsons, y codeó suavemente a Winston—. Eso sí que es fervor, ¿eh? ¿Qué es lo que tienes ahí, muchacho? Algo demasiado sesudo para mí, supongo. Smith, muchacho, voy a decirte por qué ando persiguiéndote. Es esa cuota que te has olvidado de pagarme.

—¿De qué cuota me hablas? —dijo Winston, palpando automáticamente su dinero. Había que destinar alrededor de un cuarto del salario a suscripciones voluntarias, las cuales eran tan numerosas que costaba llevar la cuenta.

—Para la Semana del Odio. Ya sabes... la colecta casa por casa. Soy el tesorero de nuestra manzana. Estamos haciendo un esfuerzo supremo... será un tremendo espectáculo. Voy a decirte una cosa, no será culpa mía si el edificio Victoria no tiene el despliegue de banderas más grande de toda la calle. Vamos, los dos dólares que me prometiste.

Winston encontró y le entregó dos billetes grasientos que Parsons registró en una pequeña libreta con la letra pulcra de los iletrados.

—A propósito, muchacho —dijo—. Me han dicho que ese pequeño bandido mío te soltó una buena pedrada ayer con el tirachinas. Se llevó una buena reprimenda por eso. De hecho, le dije que le quitaría el tirachinas si llegaba a hacerlo de nuevo.

—Creo que estaba un poco desilusionado por no asistir a la ejecución —dijo Winston.

—Oh, bueno... quiero decir, eso muestra que su actitud es la adecuada, ¿verdad? Ese par de bandidos traviesos... ¡no me digáis que eso no es fervor! No piensan en otra cosa que en los Espías... y en la guerra, por supuesto. ¿Sabes lo que hizo mi pequeña el sábado pasado, cuando su tropa estaba de excursión cerca de Berkhamsted? Convenció a otras dos niñas de irse con ella, se escabulleron de la excursión y se pasaron toda la tarde siguiendo a un

extraño. No le perdieron pisada durante dos horas, a través del bosque, y después, cuando llegaron a Amersham, lo entregaron a las patrullas.

—¿Y por qué hicieron eso? —dijo Winston, un tanto desconcertado. Parsons continuó, triunfal:

—Mi niña se aseguró de que era una especie de agente enemigo... quizás se había tirado en paracaídas, por ejemplo. Pero lo que quiero decir es esto, muchacho. ¿Qué crees que fue lo primero que le llamó la atención? Se fijó en que el tipo llevaba unos zapatos de una clase extraña... Dice que nunca había visto a nadie con unos zapatos como esos. Así que todo indicaba que era extranjero. Bastante despierta para ser una chiquilla de siete años, ¿o no?

—¿Y qué pasó con el hombre? —dijo Winston.

—Oh, no tengo ni idea, por supuesto. Pero, en todo caso, no me sorprendería si... —Parsons hizo el gesto de apuntar con un rifle y chasqueó la lengua para simular el disparo.

—Bien —dijo Syme, abstraído, sin levantar la vista de su tira de papel.

—Está claro que no podemos permitirnos correr riesgos —dijo Winston, en tono comedido.

—Es decir, estamos en guerra —dijo Parsons.

A modo de confirmación, de la pantalla que estaba encima de sus cabezas brotó un toque de trompeta. Esta vez no era la proclama de una victoria militar, sino un anuncio del Ministerio de la Abundancia.

—¡Camaradas! —exclamó una voz juvenil y llena de entusiasmo—. ¡Atención, camaradas! Tenemos noticias gloriosas para vosotros. ¡Hemos ganado la batalla de la producción! El rendimiento alcanzado en la producción de bienes de consumo de toda clase muestra que el nivel medio de la vida ha aumentado no menos de un veinte por ciento respecto al año pasado. Esta mañana han tenido lugar en toda Oceanía manifestaciones irreprimibles y espontáneas. Los trabajadores marcharon desde fábricas y oficinas y desfilaron por las calles con banderas como expresión de gratitud al Hermano Mayor por la vida nueva y feliz que su sabio liderazgo nos ha concedido. He aquí algunas de las cifras que se han alcanzado. Comestibles...

La expresión «nuestra vida nueva y feliz» aparecía varias veces.

En los últimos tiempos era una de las favoritas del Ministerio de la Abundancia. Parsons, una vez captada su atención por el toque de trompeta, se quedó muy quieto en su silla, escuchando con una especie de solemnidad boquiabierta, de aburrimiento informado. No entendía las cifras, pero era consciente de que, de alguna forma, eran motivo de satisfacción. Había sacado una pipa enorme e inmundada que ya estaba a medias llena de tabaco

carbonizado. Con el tabaco racionado a cien gramos por semana, rara vez se podía llenar la pipa hasta el tope. Winston estaba fumando un Victoria que sostenía en posición cuidadosamente horizontal. La nueva ración no comenzaba hasta el día siguiente y solo le quedaban cuatro cigarrillos. Había cerrado momentáneamente los oídos a los sonidos más remotos y estaba escuchando solo lo que brotaba de la telepantalla. Al parecer se habían producido manifestaciones incluso para agradecer al Hermano Mayor el aumento de la ración de chocolate a veinte gramos por semana. Y apenas el día anterior, reflexionó, habían anunciado que la ración se iba a *reducir* a veinte gramos semanales. ¿Podía ser que se tragasen aquello tan solo veinticuatro horas después? Sí, se lo tragaban. Parsons se lo tragaba fácilmente, con la estupidez de un animal. Esa otra criatura desprovista de ojos de la otra mesa se lo tragaba de manera fanática, apasionada, con un furioso deseo de rastrear, denunciar y vaporizar a cualquiera que sugiriese siquiera que la ración de la semana pasada había sido de treinta gramos. Syme —aunque de un modo algo más complejo, que implicaba doblepensar— también se lo tragaba. ¿Él era el *único*, entonces, que seguía en posesión de una memoria?

De la telepantalla seguían manando fabulosas estadísticas. En comparación con el año anterior, había más viviendas, más comida, más ropa, más muebles, más ollas, más combustible, más barcos, más helicópteros, más libros, más bebés... más de todo salvo enfermedades, crímenes y locura. Año tras año y minuto a minuto, todo y todos se elevaban en una ascensión vertiginosa. Como antes había hecho Syme, Winston tomó su cuchara y se puso a chapotear en la salsa de color pálido que se escurría por la mesa y prolongó una larga veta en un diseño regular. Meditaba con resentimiento acerca de la textura física de la vida. ¿Siempre había sido así? ¿La comida había sabido siempre de aquel modo? Recorrió la cantina con la mirada. Una sala de techo bajo, atestada de gente, con las paredes mugrientas por el contacto de cuerpos innumerables; mesas y sillas de metal abollado, tan pegadas unas a otras que al sentarse, los codos se chocaban; cucharas torcidas, bandejas deformadas, tazas blancas y ordinarias; todas las superficies grasientas, mugre en cada grieta; y un olor ácido, mezcla de mala ginebra, peor café, estofado metálico y ropa sucia. Siempre había en el estómago y en la piel de uno una especie de protesta, el sentimiento de que a uno le habían robado algo a lo que tenía derecho. Es cierto que él no guardaba memoria de nada muy diferente. En cualquier época que recordara con alguna exactitud, nunca había habido suficiente comida, ni los calcetines o la ropa

interior habían estado menos agujereados, ni los muebles menos abollados y destartalados, ni las habitaciones mejor calefaccionadas, ni los vagones de metro menos atestados, ni había casas que no se cayeran a pedazos, ni pan menos negruzco, ni té que no fuese un bien escaso, ni café de sabor menos inmundito, ni cigarrillos suficientes... nada barato y abundante excepto ginebra sintética. Y aunque, por supuesto, las cosas se ponían peor a medida que el cuerpo envejecía, ¿no era un signo de que aquel *no* era el orden natural de las cosas el que a uno se le revolviesen las tripas ante la incomodidad, la suciedad y la escasez, los inviernos interminables, la viscosa adherencia de los propios calcetines, los ascensores que nunca funcionaban, el agua fría, el jabón áspero, los cigarrillos que se deshacían, el sabor extraño e inmundito de la comida? ¿Por qué iba a sentir uno que todo aquello era intolerable de no ser porque guardaba una especie de memoria ancestral de que antes las cosas habían sido distintas?

Una vez más recorrió la cantina con la mirada. Casi todos eran feos, y no habrían dejado de ser feos si hubiesen llevado un atuendo distinto a los monos de trabajo azules del uniforme. En el extremo más alejado del salón, sentado a solas ante una mesa, había un hombre pequeño, curiosamente parecido a un escarabajo, que bebía una taza de café mientras sus ojitos lanzaban miradas suspicaces de un lado a otro del salón. Qué fácil era, pensó Winston, si uno no observaba lo que tenía a su alrededor, creer que existía, que incluso predominaba, el tipo físico que el Partido había instaurado como ideal: jóvenes altos y musculosos, muchachas de pechos exuberantes, todos rubios, vitales, despreocupados, dorados por el sol. En realidad, hasta donde él podía apreciar, en la Franja Aérea Uno la mayoría de la gente era de baja estatura, morena y poco agraciada. Era curioso cómo proliferaban en los ministerios aquellos tipos escarabajiles: hombrecillos rechonchos, que echaban barriga a edades tempranas, patiocortos, de movimientos rápidos y escurridizos y con ojos diminutos en sus rostros gordos e inescrutables. Era el tipo que mejor parecía prosperar bajo el dominio del Partido.

El anuncio del Ministerio de la Abundancia terminó con otro toque de trompeta y dio paso a una música metálica. Parsons, movido a un vago entusiasmo por el bombardeo de cifras, se sacó la pipa de la boca.

—Realmente el Ministerio de la Abundancia ha hecho un buen trabajo este año —dijo asintiendo con aire informado—. A propósito, Smith, muchacho, supongo que no tienes ninguna hoja de afeitar que me puedas pasar, ¿verdad?

—Ni una —dijo Winston—. Llevo usando la misma hoja desde hace seis semanas.

—Ah, bueno... solo pensé en preguntarte, eso es todo, muchacho.

—Lo siento —dijo Winston.

La voz graznadora de la mesa vecina, temporalmente silenciada durante el anuncio del Ministerio, había recommenzado, tan altisonante como siempre. Por alguna razón, Winston se encontró de pronto pensando en la señora Parsons, con su pelo ralo y el polvo metido en las arrugas de su cara. De allí a dos años, aquellos niños la estarían denunciando a la Policía del Pensamiento. La señora Parsons iba a ser vaporizada. Syme iba a ser vaporizado. Winston iba a ser vaporizado. O'Brien iba a ser vaporizado. A Parsons, por su parte, jamás lo vaporizarían. Los hombrecillos escarabajiles que se escurrían tan ágilmente a través de los laberínticos pasillos de los ministerios no serían vaporizados jamás. Y tampoco iban a vaporizar nunca a la muchacha de pelo negro, la chica del Departamento de Ficción. Le parecía que sabía instintivamente quién iba a sobrevivir y quién iba a perecer, aunque era difícil decir qué era lo que hacía que alguien sobreviviera.

En aquel momento se vio arrancado de su ensoñación con una violenta sacudida. La joven de la mesa de al lado se había vuelto parcialmente hacia él y lo estaba mirando. Era la muchacha de pelo negro. Lo miraba de soslayo pero con una curiosa intensidad. En el instante en que sus miradas se encontraron, ella apartó la suya.

El sudor empezó a descender por la espina dorsal de Winston. Lo recorrió una horrible punzada de terror. Se le pasó casi de inmediato, pero dejó tras de sí una especie de insidiosa incomodidad. ¿Por qué lo estaría observando? ¿Por qué no dejaba de seguirlo? Desgraciadamente, no lograba recordar si ella ya estaba en esa mesa cuando él llegó o había llegado después. En cualquier caso, lo que estaba claro era que, el día anterior, durante los Dos Minutos de Odio, se había sentado detrás de él sin necesidad aparente. Era muy posible que su verdadero propósito fuera escucharlo, asegurarse de que estaba gritando lo bastante fuerte.

Le volvió a la mente lo que había pensado antes: probablemente ella no era miembro de la Policía del Pensamiento, en realidad, pero eran precisamente los espías aficionados los que representaban el mayor peligro. No sabía cuánto tiempo lo había estado observando, quizás cinco minutos, y era posible que Winston no hubiese tenido sus facciones bajo perfecto control. Era en extremo peligroso dejar vagar los pensamientos cuando uno se hallaba en un lugar público o al alcance de una telepantalla. Hasta el detalle

más pequeño podía delatarte. Un tic nervioso, una mirada inconsciente de ansiedad, el hábito de murmurar para los propios adentros; cualquier cosa que constituyese un indicio de anormalidad, de que uno tenía algo que esconder. En todo caso, exhibir una expresión facial inapropiada (mostrarse incrédulo cuando se anunciaba una victoria, por ejemplo) era en sí mismo un delito punible. Incluso había una palabra en parlanueva para eso: *fazcrimen*, se llamaba.

La muchacha había vuelto a darle la espalda. Quizás no lo hubiese estado siguiendo después de todo, quizás era una mera coincidencia que se hubiese sentado cerca de él dos días consecutivos. Su cigarrillo se había apagado, lo puso con cuidado en el borde de la mesa. Terminaría de fumárselo después del trabajo si conseguía evitar que el tabaco restante se cayera. Podía ser que la persona de la mesa de al lado fuese una espía de la Policía del Pensamiento y que antes de que pasaran tres días él estuviera en un sótano del Ministerio del Amor, pero una colilla de cigarrillo no se debía desperdiciar. Syme había doblado su tira de papel y se la había metido en el bolsillo. Parsons había empezado nuevamente a hablar.

—¿Alguna vez te he contado, muchacho —dijo sonriendo con la boquilla de la pipa entre los dientes—, del día en que esos dos mocosos míos le prendieron fuego a la falda de una vieja que vendía en el mercado, porque la vieron envolver salchichas con un cartel de Hache Eme? Se pusieron detrás de ella a hurtadillas y le prendieron fuego con una caja de cerillas. La mujer sufrió quemaduras graves, creo. ¡Qué pícaros!, ¿eh? ¡Pero briosos como la pimienta! Es el entrenamiento de primera que les dan hoy en día en los Espías... incluso mejor que en mis tiempos. A ver si adivinas lo último que les han dado. ¡Trompetillas para escuchar a través de las cerraduras! La pequeña trajo una a casa la otra noche. La probó en la puerta del salón y calculó que podía oír el doble que con la oreja pegada al orificio. Por supuesto, es solo un juguete, imagínate. Pero aun así, eso les inculca la idea correcta, ¿eh?

En ese momento la telepantalla dejó escapar un silbido penetrante. Era la señal para regresar al trabajo. Los tres hombres se levantaron de un salto para unirse a la batalla por los ascensores y del cigarrillo de Winston cayeron las últimas hebras de tabaco.

VI

Winston estaba escribiendo en su diario:

Fue hace tres años. Era una noche oscura, en una estrecha calle lateral cerca de una de las grandes estaciones de tren. Ella estaba de pie junto al muro, cerca de un portal, bajo una farola que apenas iluminaba. Tenía un rostro joven, pero muy maquillado. En realidad fue el maquillaje lo que me atrajo, su blancura como una máscara y los labios intensamente rojos. Las mujeres del Partido nunca se pintan la cara. No había nadie más por la calle, y no había telepantallas. Dos dólares, dijo. Yo...

Por el momento era muy difícil continuar. Cerró los ojos y se los presionó con los dedos tratando de arrancar de allí la visión recurrente.

Sentía la abrumadora tentación de ponerse a gritar una retahíla de palabras obscenas con toda la potencia de su voz. O de dar cabezazos contra la pared, de patear la mesa y arrojar el frasco de tinta por la ventana; de hacer cualquier cosa violenta, ruidosa o dolorosa que borrara el recuerdo que lo atormentaba.

Tu peor enemigo, reflexionó, es tu sistema nervioso. La tensión acumulada en tu interior puede traducirse en cualquier momento en un síntoma visible. Pensó en un hombre con el que se había cruzado en la calle semanas atrás; un hombre con aspecto de los más normal, un miembro del Partido, de unos treinta y cinco o cuarenta años, delgado y larguirucho, que llevaba un portafolios. Se encontraban a pocos metros el uno del otro cuando, de pronto, el lado izquierdo de la cara del hombre se contrajo en una especie de espasmo. Volvió a suceder justo en el momento en que se cruzaron; era tan solo un tic, un temblor, tan rápido como el chasquido del obturador de una cámara, pero evidentemente era algo habitual. Recordó haber pensado en aquel momento: «Ese pobre diablo sí que está acabado». Y lo aterrador era que probablemente fuese una acción inconsciente. El peligro más mortífero de

todos era hablar en sueños. No se le ocurría cómo podía protegerse contra algo así.



Respiró profundamente y siguió escribiendo:

Entré con ella en el portal y cruzamos un patio trasero hasta una cocina situada en un sótano. Había una cama contra la pared y sobre la mesa una lámpara con la llama muy baja. Ella...

Le rechinaban los dientes. Habría querido escupir. Al tiempo que pensaba en la mujer del sótano, pensaba también en Katharine, su esposa. Winston estaba casado... o al menos había estado casado; probablemente aún lo estaba, pues, que él supiera, su mujer no había muerto.

Le pareció volver a respirar el aire cálido y viciado de aquella cocina del sótano, una mezcla de olor a chinches, a ropa sucia y a un infame perfume barato que, a pesar de todo, le resultaba atractiva, pues ninguna mujer del Partido usaba perfume y tampoco era posible imaginar a ninguna usándolo. Solo las proletas usaban perfume. En su mente, el olor a perfume estaba inextricablemente unido a la fornicación.

La vez que se fue con esa mujer fue su primer desliz en unos dos años. Tener tratos con prostitutas estaba prohibido, por supuesto, pero era una de esas reglas que ocasionalmente uno podía atreverse a romper. Era peligroso, pero no era cuestión de vida o muerte. Ser sorprendido con una prostituta podía significar cinco años en un campo de trabajos forzados; no más, si no se había cometido ningún otro delito. Y era bastante fácil, siempre y cuando uno pudiera evitar que lo pescasen en pleno acto. En los barrios más pobres pululaban las mujeres dispuestas a venderse. A algunas se las podía comprar por una botella de ginebra, pues se suponía que los proletas no debían beber. Tácitamente, el Partido se inclinaba incluso por alentar la prostitución como una salida para instintos que no podían suprimirse del todo. La mera disipación no importaba demasiado, siempre y cuando fuese furtiva y sin alegría, y únicamente si la mujer involucrada era de clase baja y despreciable. Lo que sí era un crimen que no se perdonaba era el sexo entre miembros del Partido. Pero —a pesar de tratarse de uno de los crímenes que invariablemente confesaban los acusados en las purgas— era difícil imaginar que algo así sucediese de verdad.

El objetivo no era solo evitar que hombres y mujeres desarrollaran lealtades que el Partido no fuese capaz de controlar. Su auténtico y no declarado propósito era extirpar todo placer del acto sexual. No tanto el amor sino el erotismo era el verdadero enemigo, dentro y fuera del matrimonio. Todos los matrimonios entre miembros del Partido tenían que ser aprobados

por un comité designado a tal efecto, y —aunque este principio nunca se declaraba abiertamente— siempre se denegaba el permiso si los integrantes de la pareja daban la impresión de atraerse físicamente el uno al otro. El único propósito reconocido del matrimonio era engendrar hijos para el servicio del Partido. Las relaciones sexuales debían considerarse una operación menor, ligeramente desagradable, como ponerse un enema. Esto tampoco se expresaba nunca abiertamente, pero, de manera indirecta, se machacaba con la idea a cada miembro del Partido desde la infancia. Incluso había organizaciones, como la Liga de Jóvenes Antisexo, que abogaban por el celibato total para los dos sexos. Todos los niños se engendrarían por inseminación artificial (*semart*, se decía en parlanueva) y se criarían en instituciones públicas. Esto —Winston era consciente de ello— no lo decían del todo en serio, pero en cierto modo se adecuaba perfectamente a la ideología general del Partido. El Partido trataba de matar el instinto sexual o, si no conseguía matarlo, al menos de distorsionarlo y ensuciarlo. Ignoraba la razón, pero parecía natural que fuese así. Y, en lo que a las mujeres se refería, los esfuerzos del Partido eran ampliamente exitosos.

Volvió a pensar en Katharine. Habían pasado nueve, diez... casi once años desde que se separaron. Era curioso con qué poca frecuencia pensaba en ella. A veces era capaz de olvidar durante varios días que había estado casado. Solamente estuvieron juntos unos quince meses. El Partido no permitía el divorcio, pero alentaba la separación en los casos en que no hubiera hijos.

Katharine era una chica alta, de pelo rubio, muy erguida y de espléndidos movimientos. Tenía un rostro aguileño y resuelto, un rostro que se habría podido calificar de noble hasta que uno descubría que no había nada detrás. No le llevó mucho tiempo de vida conyugal comprobar —aunque tal vez se debiera únicamente a que la conocía de forma un poco más íntima que a otras personas— que la mente de Katharine era, sin excepción, la mente más estúpida, vacía y vulgar que jamás había conocido. No tenía en la cabeza un solo pensamiento que no fuese un eslogan y no existía ninguna, absolutamente ninguna imbecilidad que no fuese capaz de tragarse si se la suministraba el Partido. «La banda sonora humana», la llamaba Winston en su fuero interno. Y sin embargo habría podido soportar vivir con ella si no fuese por una única cosa: el sexo.

Tan pronto como la tocaba, parecía crisparse y ponerse rígida. Abrazarla era como abrazar una figura de madera articulada. Y lo extraño era que, incluso cuando era ella quien lo estrechaba contra su cuerpo, él tenía la sensación de que al mismo tiempo lo empujaba con todas sus fuerzas para

apartarlo de sí. La rigidez de sus músculos lograba transmitir esa doble impresión. Se quedaba allí tumbada con los ojos abiertos, sin cooperar ni resistirse, *sometiéndose*. Era algo extraordinariamente penoso y, después de cierto tiempo, se convirtió en algo horrible. Aun así, él habría soportado vivir con ella si hubiesen acordado permanecer célibes. Pero lo curioso es que era Katharine quien se negaba. Debían producir un hijo si podían, decía ella. De modo que aquel acto siguió ocurriendo regularmente una vez por semana, siempre que no hubiera algún impedimento. Ella incluso solía recordárselo por la mañana como algo que había que hacer esa noche y que no debían olvidar. Tenía dos maneras de nombrarlo. Una era «hacer un bebé» y otra era «nuestro deber para con el Partido»; sí, realmente había utilizado esa frase alguna vez. Winston no tardó en experimentar un sentimiento de auténtico pavor cuando se acercaba el día señalado. Pero por fortuna el bebé no llegaba, así que finalmente ella aceptó dejar de intentarlo y, poco después, se separaron.

Winston suspiró imperceptiblemente. Volvió a tomar su pluma y escribió:

Ella se arrojó sobre la cama e, inmediatamente, sin ninguna clase de preliminares, de la manera más grosera y horrible que uno se pueda imaginar, se levantó la falda. Yo...

Se vio a sí mismo allí de pie, a la luz tenue de la lámpara, con el olor a chinches y aquel perfume barato metido en las narinas y en su corazón un sentimiento de derrota y resentimiento que, incluso en aquel instante, seguía mezclado con la imagen del cuerpo blanco de Katharine, congelado para siempre por el poder hipnótico del Partido. ¿Por qué tenía que ser siempre así? ¿Por qué no podía tener una mujer en lugar de aquellas inmundas escaramuzas cada tantos años? Pero una verdadera historia de amor era un acontecimiento prácticamente impensable. Las mujeres del Partido eran todas iguales. La castidad estaba tan profundamente arraigada en ellas como la lealtad al Partido. Mediante un condicionamiento temprano y cuidadoso, mediante juegos y agua fría, mediante la basura que les embutían en la escuela y en los Espías y en la Liga de Jóvenes, mediante lecturas, desfiles, canciones, eslóganes y música marcial, habían expulsado de ellas el sentimiento natural. La razón de Winston le decía que debía de haber excepciones, pero su corazón no lo creía. Eran todas inexpugnables, como el Partido pretendía que fueran. Y lo que él quería, incluso más que ser amado, era derribar ese muro de virtud, aunque fuese una sola vez en su vida. El acto

sexual, realizado con éxito, era rebelión. El deseo era ideocrimen. Incluso despertar a Katharine, si hubiera podido lograrlo, habría sido como una seducción, aunque ella fuera su esposa.

Pero había que poner por escrito el resto de la historia. Escribió:

Subí la mecha de la lámpara. Cuando la vi a la luz...

Después de la penumbra, la débil luz de la lámpara de parafina le resultó muy intensa. Por primera vez podía ver bien a la mujer. Había dado un paso hacia ella y luego se había detenido, lleno de ansia y de terror. Era dolorosamente consciente del riesgo que corría al estar allí. Era del todo posible que las patrullas lo atraparan en cuanto saliera; en ese mismo instante podían estar esperando detrás de la puerta. ¡Pero irse sin hacer lo que había venido a hacer...!

Había que ponerlo por escrito, había que confesarlo. Lo que había visto, a la luz de la lámpara, era que la mujer era *vieja*. La capa de pintura que llevaba emplastada en el rostro era tan gruesa que parecía a punto de agrietarse como una máscara de cartón. Tenía mechones blancos en el pelo, pero el detalle verdaderamente atroz era que su boca, que había quedado entreabierta, dejaba ver tan solo una cavernosa negrura. No tenía dientes, ni uno solo.

Winston escribió apresuradamente, con letra desordenada:

Cuando la vi a la luz, vi que era una mujer bastante vieja, cincuenta años por lo menos. Pero seguí adelante y lo hice de todos modos.

Volvió a presionarse los párpados con los dedos. Por fin lo había escrito, pero eso no cambiaba nada. La urgencia de gritar obscenidades con toda la potencia de su voz era más fuerte que nunca.

VII

«Si hay esperanza», escribió Winston, «está en los proletas».

Si había esperanza, *debía* estar en los proletas, porque solo allí, en el hervidero de las masas ignoradas, el 85 por ciento de la población de Oceanía, podría alguna vez generarse la fuerza suficiente para destruir al Partido. No se podía vencer al Partido desde dentro. Sus enemigos, si es que tenía enemigos, jamás hallarían la manera de unirse, ni tan siquiera de reconocerse unos a otros. Aun si existiese la legendaria Hermandad, lo que no dejaba de ser posible, era inconcebible que sus miembros pudiesen siquiera reunirse en grupos de más de dos o tres. La rebelión se limitaba a una mirada a los ojos, una inflexión de la voz; a lo sumo, una palabra susurrada ocasionalmente. Pero los proletas, con que pudiesen tomar consciencia de su propia fuerza, no tendrían necesidad de conspirar. Todo lo que tenían que hacer era ponerse en pie y sacudirse, como un caballo que se sacude las moscas. Si quisieran, mañana mismo podían hacer volar en pedazos el Partido. Tarde o temprano, ¿no se les ocurriría? ¡Y sin embargo...!

Recordó que una vez iba caminando por una calle muy concurrida y, de pronto, un tremendo griterío de cientos de voces —voces de mujeres— había surgido de una calle lateral un poco más adelante. Era un enorme y formidable aullido de rabia y desesperación, un fuerte y profundo «¡Ooooooh!» que siguió retumbando como la reverberación de una campana. El corazón le dio un vuelco. ¡Ya ha comenzado!, se dijo. ¡Una revuelta! ¡Por fin los proletas están empezando a liberarse!

Cuando llegó al lugar, lo que vio fue una muchedumbre de mujeres, unas doscientas o trescientas, que se amontonaban alrededor de los puestos del mercado callejero con semblantes tan trágicos como si fuesen los pasajeros condenados de un navío que se hunde. En aquel preciso momento, la desesperación general se dividió en una multitud de querellas individuales. Al parecer, uno de los puestos vendía cacerolas de estaño. Eran objetos endebles

y míseros, pero conseguir ollas siempre era difícil, fuesen de la clase que fuesen. Ahora, inesperadamente, la provisión se había terminado. Las que habían conseguido cacerolas estaban intentando huir con ellas mientras docenas de mujeres las sacudían y empujaban y vociferaban en torno al puesto, acusando al tendero de favoritismo y de tener más cacerolas guardadas en alguna parte.



Hubo un nuevo altercado a gritos. Dos mujeres abotargadas, una de ellas con el pelo suelto, habían agarrado la misma cacerola y trataban de arrancársela de las manos la una a la otra. Por un momento las dos tironearon, hasta que, finalmente, se desprendió el mango. Winston las miraba con asco. Y sin embargo, aunque solo fue un momento, ¡qué poder casi aterrador había tronado en aquel grito surgido de apenas unos pocos cientos de gargantas! ¿Por qué nunca gritaban de esa manera por algo que realmente valiese la pena?

Escribió:

Hasta que no tomen consciencia, jamás se rebelarán, y hasta que no se rebelen, jamás tomarán consciencia.

Aquello, reflexionó, casi podía ser la transcripción de un manual del Partido. Desde luego, el Partido proclamaba haber liberado a los proletas de la esclavitud. Antes de la Revolución, los capitalistas los oprimían espantosamente, los mataban de hambre y los azotaban, forzaban a las mujeres a trabajar en las minas de carbón (en realidad, las mujeres seguían trabajando en las minas de carbón), vendían niños de seis años a las fábricas. Pero al mismo tiempo, el Partido, fiel a los principios del doblepensar, enseñaba que los proletas eran inferiores por naturaleza y había que mantenerlos sometidos como animales mediante la aplicación de unas pocas reglas simples. De hecho era muy poco lo que se sabía de los proletas. Y no era necesario saber gran cosa.

Mientras siguiesen trabajando y engendrando, el resto de sus actividades carecía de importancia. Al dejarlos en paz, como al ganado que dejan suelto en las llanuras de Argentina, habían regresado a un estilo de vida que para ellos parecía ser natural, una especie de comportamiento atávico. Nacían, crecían en los bajos fondos, empezaban a trabajar a los doce años, pasaban por un breve período de plena belleza y deseo sexual, se casaban a los veinte, a los treinta alcanzaban la mediana edad y la mayoría de ellos moría a los sesenta. Su horizonte mental estaba ocupado por el duro trabajo físico, el cuidado de la casa y los hijos, las pequeñas reyertas con los vecinos, las películas, el fútbol, la cerveza y, sobre todo, las apuestas. Mantenerlos controlados no era nada difícil. Siempre circulaba entre ellos un puñado de policías del Pensamiento que esparcían falsos rumores y fichaban y eliminaban a los escasos individuos que se consideraba capaces de desarrollar alguna peligrosidad, pero no se había hecho ningún intento de adoctrinarlos en la ideología del Partido. No era deseable que los proletas tuvieran sentimientos políticos fuertes. Todo lo que se requería de ellos era un patriotismo primitivo al que recurrir cuando fuera necesario que aceptaran jornadas de trabajo más largas y raciones más cortas. Incluso cuando entre ellos cundía el descontento, como a veces ocurría, no conducía a nada, porque, al carecer de ideas generales, solamente podían enfocar su malestar en insignificantes reivindicaciones específicas. Infaliblemente, los grandes males les pasaban inadvertidos. La gran mayoría de los proletas ni siquiera tenían telepantallas en sus hogares. Incluso la policía civil se metía muy poco con ellos. Londres tenía una tasa de criminalidad altísima, había todo un mundo de ladrones, bandidos, prostitutas, traficantes de drogas y hampones de toda laya; pero, como todo sucedía entre proletas, no tenía ninguna importancia. En todas las cuestiones morales se les permitía seguir su código

ancestral. El puritanismo sexual del Partido no se les imponía a los proletas. No se castigaba la promiscuidad y estaba permitido el divorcio. Incluso se les habría permitido la devoción religiosa si los proletas hubiesen dado la más mínima muestra de necesitarla o anhelarla. Estaban más allá de toda sospecha. Como decía un eslogan del Partido: «Los animales y los proletas son libres».

Winston se agachó y se rascó cautelosamente la úlcera varicosa. Había empezado a picarle otra vez. Uno siempre volvía a toparse con la imposibilidad de saber cómo era de verdad la vida antes de la Revolución. Sacó del cajón un manual de historia para niños que le había pedido prestado a la señora Parsons y empezó a copiar un pasaje en el diario:

En los viejos tiempos [decía], antes de la gloriosa Revolución, Londres no era la hermosa ciudad que hoy conocemos. Era un lugar oscuro, sucio y miserable donde a duras penas se tenía lo suficiente para comer y donde cientos y miles de pobres carecían de botas para cubrirse los pies o incluso de un techo bajo el cual echarse a dormir. Los niños pequeños como tú tenían que trabajar doce horas al día para unos amos crueles que los azotaban con látigos si eran demasiado lentos y los alimentaban solo con cortezas de pan rancio y agua. En medio de toda esa terrible pobreza había solo unas pocas casas grandes y bonitas en las que vivían hombres ricos que llegaban a tener hasta treinta sirvientes para que los atendieran. A estos hombres ricos se los llamaba capitalistas. Eran gordos y feos y tenían caras malvadas como la de la fotografía en la página opuesta. Como puedes ver, llevaban puesto un largo abrigo negro, que recibía el nombre de levita y un extraño sombrero brillante en forma de chimenea llamado chistera. Este era el uniforme de los capitalistas y a nadie más se le permitía utilizarlo. Los capitalistas eran dueños de todas las cosas del mundo y todos los demás eran sus esclavos. Ellos eran dueños de toda la tierra, de todas las casas, de todas las fábricas y de todo el dinero. Si alguien los desobedecía, lo metían en una prisión o le quitaban su trabajo y lo dejaban morir de hambre. Cuando una persona común se dirigía a un capitalista, tenía que arrastrarse e inclinarse ante él, quitarse la gorra y llamarlo «señor». Al jefe de todos los capitalistas se le daba el nombre de rey, y...

Winston ya conocía el resto del catálogo. Habría una mención a los obispos con sus mangas de batista, los jueces con sus togas de armiño, la picota, el cepo, la rueda de molino para los presos, el látigo de nueve colas, el Banquete del Lord Mayor y la práctica de besarle al Papa el dedo gordo del

pie. También había algo llamado *jus primae noctis*, que probablemente no se mencionaría en un manual escolar para niños. Era la ley por la cual todo capitalista tenía derecho a acostarse con cualquier mujer que trabajara en una de sus fábricas.

¿Cómo saber cuánto de todo aquello era mentira? *Podía* ser verdad que el ser humano estaba ahora, en promedio, mejor que antes de la Revolución. La única evidencia en contra era la silenciosa protesta que clamaba en los propios huesos, el sentimiento instintivo de que las condiciones en las que uno vivía eran intolerables y que en otros tiempos debieron ser diferentes. Tenía la impresión de que lo único verdaderamente característico de la vida moderna no eran la crueldad y la inseguridad, sino la vacuidad, la sordidez, la apatía. La vida, si uno miraba alrededor, no se parecía en nada no solo a las mentiras transmitidas por las telepantallas, sino tampoco a los ideales que el Partido perseguía. Había grandes áreas, incluso en la vida de un miembro del Partido, que eran neutras y apolíticas, un mero deslomarse en trabajos deprimentes, pelear por un lugar en el metro, zurcir un calcetín raído, gorronear una pastilla de sacarina, guardar una colilla. El ideal instaurado por el Partido era algo inmenso, terrible y fastuoso; un mundo de acero y hormigón, de máquinas monstruosas y armas aterradoras, una nación de guerreros y fanáticos que marchaban hacia la unidad perfecta, pensando los mismos pensamientos y gritando los mismos eslóganes, perpetuamente trabajando, luchando, triunfando, persiguiendo... trescientos millones de personas, todas con el mismo rostro. La realidad eran ciudades decadentes y sórdidas en las que un pueblo malnutrido arrastraba de un lado a otro los pies enfundados en zapatos agujereados y vivía en casas apuntaladas del siglo XIX con un invariable olor a repollo y a cuartos de baño calamitosos. Le pareció tener la visión de un Londres vasto y ruinoso, la ciudad del millón de cubos de basura, y, mezclado con esa visión, un retrato de la señora Parsons, una mujer con la cara surcada de arrugas y el pelo ralo que trataba de lidiar inútilmente con un desagüe atascado.

Volvió a agacharse y a rascarse el tobillo. Día y noche, las telepantallas machacaban los oídos con estadísticas que demostraban que actualmente las personas tenían más comida, más ropa, mejores casas, mejores diversiones; que vivían más años, trabajaban menos horas y eran más altas, más saludables, más fuertes, más felices, más inteligentes y mejor educadas que la gente de cincuenta años atrás. Ni una sola palabra de todo aquello podía ser probada ni refutada. El Partido afirmaba, por ejemplo, que casi el cuarenta por ciento de los proletas adultos estaban alfabetizados; antes de la Revolución,

decía, solía estarlo solo el quince por ciento. El Partido proclamaba que la tasa actual de mortandad infantil era de apenas ciento sesenta por cada mil, mientras que antes de la Revolución era de trescientos por cada mil, y así sucesivamente. Era como una ecuación con dos incógnitas. Bien podía ser que literalmente cada palabra de los libros de historia, incluso aquello que uno aceptaba sin cuestionarlo, fuese pura fantasía. Por lo que él sabía, quizás nunca había existido una ley como la *jus primae noctis* o unos seres como los capitalistas, o prendas de vestir como las chisteras.

Todo se desvanecía en la niebla. El pasado era borrado, la borradura era olvidada, la mentira se volvía verdad. Solo una vez en su vida había estado Winston en posesión —después del hecho, y eso era lo que contaba— de la evidencia concreta e inequívoca de un acto de falsificación. La había sostenido entre sus dedos durante treinta segundos. Debió de ser en 1973... En todo caso, fue más o menos por la época en que él y Katharine se separaron. Pero la fecha verdaderamente relevante había sido siete u ocho años antes.

La historia empezaba en realidad a mediados de los años sesenta, el período de las grandes purgas en el que los líderes originales de la Revolución fueron eliminados de una vez para siempre. Hacia 1970 ya no quedaba ninguno excepto el propio Hermano Mayor. Para entonces, todos los demás habían sido exhibidos como traidores o como contrarrevolucionarios. Goldstein había huido y estaba escondido nadie sabía dónde. De los otros, unos habían sencillamente desaparecido y la mayoría fueron ejecutados tras juicios espectaculares en los que confesaron sus crímenes. Entre los últimos supervivientes había tres hombres llamados Jones, Aaronson y Rutherford. Debió de ser en 1965 cuando los tres fueron arrestados. Como solía ocurrir, estuvieron desaparecidos durante un año o más, de modo que uno no sabía si estaban vivos o muertos, y luego, de pronto, habían salido nuevamente a la luz y se habían inculcado a sí mismos de la forma usual. Habían confesado connivencia con el enemigo (por aquellas fechas, el enemigo era también Eurasia), malversación de fondos públicos, el asesinato de varios miembros leales del Partido, intrigas contra el liderazgo del Hermano Mayor iniciadas mucho tiempo antes de la Revolución y actos de sabotaje que habían causado la muerte de cientos de miles de personas. Tras confesar estos hechos, habían sido perdonados y readmitidos en el Partido y se les habían adjudicado puestos que en realidad eran sinecuras pero que sonaban importantes. Los tres habían escrito largos y abyectos artículos en el *Times*, en los que analizaban las razones de su defección y prometían enmendarse.

Algún tiempo después de que fueran liberados, Winston los había visto a los tres en el Café del Viejo Castaño. Recordaba haberlos observado por el rabillo del ojo con una especie de aterrada fascinación. Eran hombres mucho más viejos que él, reliquias del mundo antiguo, casi las últimas grandes figuras que quedaban de la heroica primera época del Partido. Aún emanaban el glamur de la lucha clandestina y la guerra civil. Aunque para entonces los hechos y las fechas ya se estaban tornando borrosos, Winston tenía la sensación de que conocía sus nombres desde mucho antes que el del Hermano Mayor. Pero, al mismo tiempo, eran proscritos, enemigos intocables, con toda certeza condenados a la extinción antes de que transcurriera un año o dos. A la larga, nadie que alguna vez hubiera caído en manos de la Policía del Pensamiento terminaba por escapar. Eran cadáveres esperando a ser enviados de regreso a la tumba.

Nadie ocupaba las mesas cercanas. No era prudente ser visto siquiera en la vecindad de aquella gente. Estaban sentados en silencio ante sus vasos de ginebra perfumada con clavo de olor, la especialidad de la casa. De los tres, fue la apariencia de Rutherford lo que más impresionó a Winston. Rutherford había sido alguna vez un famoso caricaturista, cuyas feroces viñetas, antes y durante la Revolución, habían contribuido a inflamar la opinión pública. Incluso ahora, a largos intervalos, seguían apareciendo sus chistes gráficos en el *Times*. Eran apenas una imitación de su antiguo estilo, curiosamente desprovistos de vida y de convicción. Siempre eran refritos de sus antiguos temas: viviendas pobres de los suburbios, niños hambrientos, peleas callejeras, capitalistas con chistera... un interminable y desesperado esfuerzo por regresar al pasado. Era un hombre monstruoso, con una melena grasienta, el rostro surcado de arrugas, bolsas bajo los ojos y gruesos labios negroides. Alguna vez debió haber sido extraordinariamente fuerte; ahora su voluminoso cuerpo se inclinaba, encorvado e hinchado, y parecía desmoronarse en todas direcciones. Era como si estuviese rompiéndose en pedazos ante los ojos de uno, como una montaña que se derrumba.

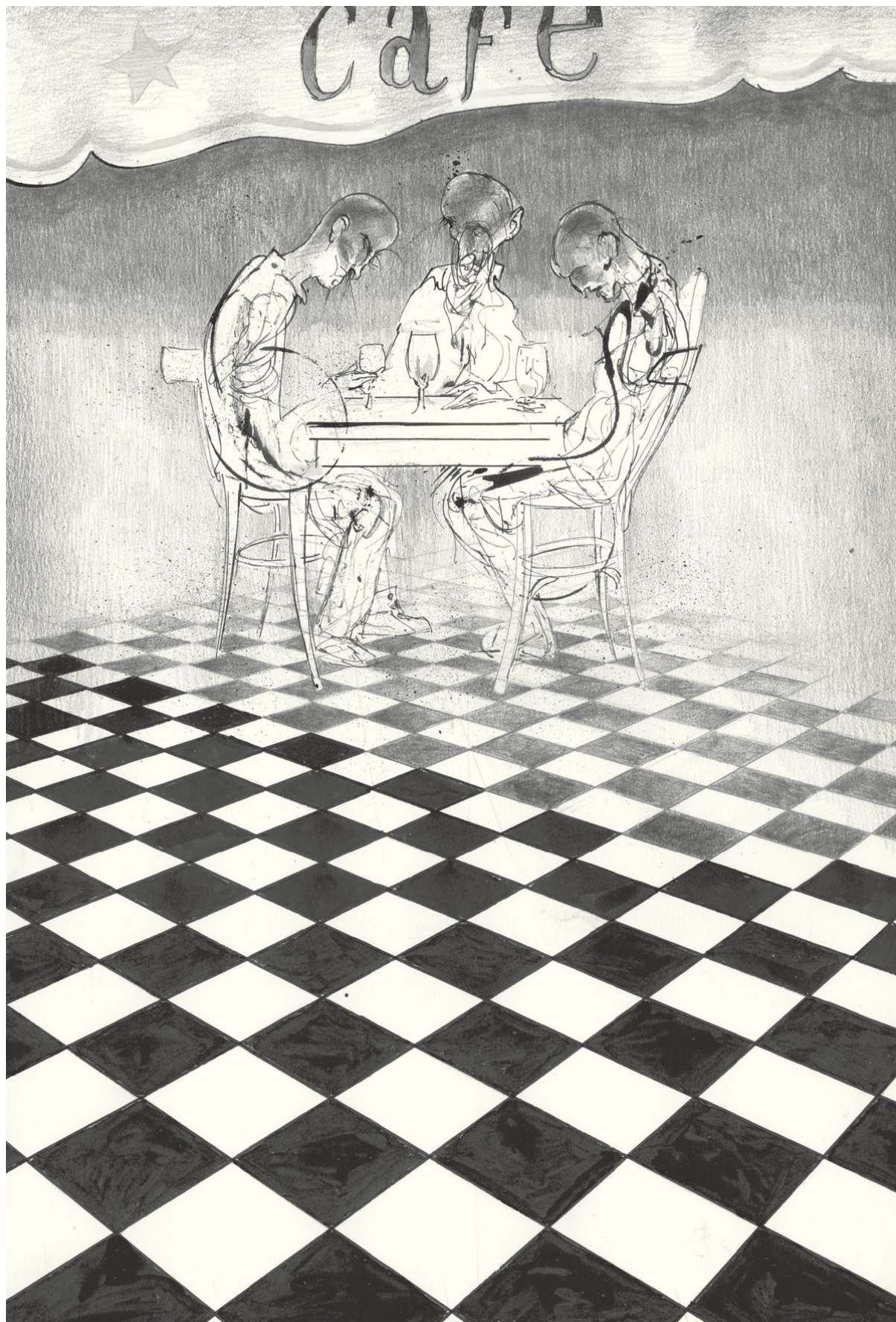
Eran las quince, hora solitaria. Winston ya no recordaba cómo había ido a parar él mismo al café a aquellas horas. El lugar estaba casi vacío. Una música tenue se escurría de las telepantallas. Los tres hombres estaban sentados en su rincón casi inmóviles y sin hablar. El camarero, sin que lo llamaran, les trajo una nueva ronda de ginebras. Sobre la mesa tenían un tablero de ajedrez con las piezas colocadas pero con la partida sin iniciar. Y entonces, durante quizás no más de medio minuto, algo pasó en las telepantallas. La melodía que estaban emitiendo cambió, y también el tono de

la música. Y entonces surgió de ellas... pero era algo difícil de describir. Era una nota peculiar, cascada y burlona; para sus adentros, Winston la llamó una nota amarilla. Y entonces una voz cantó en la telepantalla:

*Bajo este viejo castaño en flor,
tú me vendiste, yo te vendí;
ellos allá, nosotros aquí,
bajo este viejo castaño en flor.*

Los tres hombres siguieron sin moverse. Pero cuando Winston volvió a mirar la arruinada cara de Rutherford, vio que tenía los ojos llenos de lágrimas. Y por primera vez se dio cuenta, con una especie de estremecimiento interior —y, no obstante, sin saber qué era lo que lo estremecía—, de que tanto Rutherford como Aaronson tenían la nariz rota.

Poco después volvieron a arrestarlos. Resultó que se habían metido en nuevas conspiraciones desde el momento mismo de su liberación. En el segundo juicio, confesaron una vez más todos sus viejos crímenes, a los que añadieron toda una retahíla de crímenes nuevos. Los ejecutaron, y su suerte quedó registrada en los anales del Partido como una advertencia para la posteridad. Unos cinco años después de aquello, en 1973, Winston estaba desenrollando un fajo de papeles que acababa de salir del tubo neumático sobre su escritorio y se encontró con un trozo de papel que evidentemente alguien había deslizado entre los otros y olvidado luego allí. En el mismo instante en que terminó de aplanarlo, supo lo que significaba. Era media página arrancada de un ejemplar del *Times* de hacía unos diez años —se trataba de la parte superior de la página, de modo que incluía la fecha— y contenía una fotografía de los delegados presentes en algún acto del Partido en Nueva York. En medio del grupo se destacaban Jones, Aaronson y Rutherford. No había confusión posible y, de todas formas, al pie de la foto figuraban sus nombres.



El caso era que, en sus dos juicios, los tres hombres habían confesado que en esa fecha en particular se encontraban en suelo eurasiático. Habían volado desde un aeródromo secreto en Canadá hasta algún lugar de Siberia para participar en un encuentro y allí habían conversado con miembros del Estado Mayor eurasiático, a los que habían revelado importantes secretos militares. La fecha estaba clavada en la memoria de Winston porque, casualmente, era el día del solsticio de verano, pero, en cualquier caso, aquella historia debía de estar registrada en incontables lugares más. Había una única conclusión posible: las confesiones eran falsas.

Por supuesto, esto no era un descubrimiento en sí mismo. Ni siquiera entonces creía Winston que las personas a quienes se eliminaba en las purgas habían cometido realmente los crímenes de los que se las acusaba. Pero esto era una evidencia concreta; era un fragmento del pasado abolido, como un hueso fósil que se encuentra en un estrato inesperado y que destruye una entera teoría geológica. Si de alguna manera se hubiese podido hacer público ante el mundo y se hubiera dado a conocer su significado, habría bastado para pulverizar al Partido.

Winston siguió trabajando. Tan pronto como vio lo que había en la fotografía y comprendió lo que significaba, la había cubierto con otro papel. Por fortuna, en el momento en que la había desenrollado, estaba al revés desde el punto de vista de la telepantalla. Apoyó su bloc de notas sobre una rodilla y empujó la silla hacia atrás, a fin de quedar lo más lejos posible de la telepantalla. Mostrar un rostro inexpresivo no era difícil, y uno hasta podía mantener la respiración bajo control sin mucho esfuerzo; pero no había forma de controlar los latidos del corazón, y la telepantalla era lo bastante sutil como para captarlos. Dejó pasar lo que le parecieron diez minutos, torturado todo el tiempo por el temor de que lo delatase algún accidente —una súbita corriente de aire sobre su escritorio, por ejemplo—. Luego, sin descubrirla, arrojó la fotografía al agujero de memoria junto con algunos otros papeles desechados. En menos de un minuto, quizás, quedaría reducida a cenizas.

Aquello había ocurrido diez... once años atrás. Ahora probablemente se quedaría con la fotografía. Era curioso que le pareciera que haberla sostenido entre los dedos suponía alguna diferencia, incluso cuando tanto la fotografía como el hecho que registraba no eran más que recuerdos. ¿Acaso era un poco menos férreo el dominio del Partido sobre el pasado, se preguntaba, solo porque *alguna vez había existido* una prueba que ya no existía?

Sin embargo, aun suponiendo que de alguna manera se pudiese resucitar aquella fotografía de sus cenizas, probablemente ni siquiera sería una prueba.

En la época de aquel descubrimiento, Oceanía ya no estaba en guerra con Eurasia, por lo que sería en favor de Estasia que los tres muertos habrían traicionado a su país. Desde entonces había habido más acusaciones... dos, tres, no recordaba cuántas. Muy probablemente las confesiones hubiesen sido reescritas una y otra vez, hasta que los hechos originales ya no tuvieran el más mínimo significado. El pasado no solo cambiaba, sino que cambiaba continuamente. Lo que más lo afligía, haciéndolo sentir dentro de una pesadilla, era que nunca había comprendido claramente *por qué* toda aquella enorme impostura se había puesto en funcionamiento. Las ventajas inmediatas de falsificar el pasado eran obvias, pero el motivo último era un misterio. Tomó una vez más la pluma y escribió:

Entiendo CÓMO; no entiendo POR QUÉ.

Se preguntó, como tantas veces se había preguntado antes, si el lunático no sería él. Tal vez un lunático fuese sencillamente una minoría formada por un solo hombre. Hubo un tiempo en el que había sido un signo de locura creer que la Tierra gira alrededor del Sol; hoy lo era creer que el pasado es inalterable. Quizás él era el único que abrazaba esa creencia y, si era el único, entonces era un lunático. Pero la idea de ser un lunático no lo perturbaba demasiado; el horror residía en que, además, podía estar equivocado.

Tomó el manual de historia para niños y contempló el retrato del Hermano Mayor que formaba el frontispicio. Aquellos ojos hipnóticos se clavaban en los suyos. Era como si una fuerza descomunal presionara sobre uno; algo que penetraba en el cráneo y libraba una batalla contra el cerebro, aterrorizándolo a uno hasta hacerlo abandonar sus creencias, persuadiéndolo, casi, de negar los datos de sus sentidos. Al final el Partido anunciaría que dos y dos son cinco y uno tendría que creérselo. Era inevitable que tarde o temprano afirmasen algo así; la lógica misma de su posición lo exigía. La filosofía del Partido no negaba la mera validez de la experiencia, sino la existencia misma de una realidad externa. La herejía de todas las herejías era el sentido común. Y lo aterrador no era que lo matasen a uno por pensar de otra manera, sino que pudieran tener razón. Pues, al fin y al cabo, ¿cómo sabemos que dos y dos son cuatro? ¿O que la fuerza de la gravedad opera? ¿O que el pasado es inalterable? Si tanto el pasado como el mundo exterior no existen más que en la mente, y si la mente en sí puede ser controlada... ¿entonces qué?

¡Pero no! Su coraje pareció tensarse por cuenta propia. Sin que la invocase ninguna asociación obvia, la cara de O'Brien pasó flotando por su mente como una nube. Supo, con más certeza aún que antes, que O'Brien estaba de su parte. Winston escribía el diario para O'Brien... se lo estaba escribiendo a O'Brien; era como una carta interminable que nadie leería nunca pero que estaba dirigida a una persona en particular, lo cual determinaba su tono.

El Partido le decía a uno que rechazara la evidencia de los ojos y los oídos. Ese era su mandato último y primordial. Se le encogió el corazón al pensar en el enorme poder que se desplegaba contra él, en la facilidad con la que cualquier intelectual del Partido lo destrozaría en un debate, los argumentos sutiles que él no sería capaz de entender y mucho menos contestar. ¡Y aun así él estaba en lo cierto! Eran ellos los que estaban equivocados y él tenía razón. Había que defender lo evidente, lo tonto y lo verdadero. Las perogrulladas son verdad, ¡aférrate a eso! El mundo sólido existe, sus leyes no cambian. Las piedras son duras, el agua moja, los objetos sin apoyo caen hacia el centro de la Tierra. Con la sensación de estar hablándole a O'Brien, y también de estar anotando un axioma importante, escribió:

La libertad es libertad para decir que dos más dos son cuatro. Admitido esto, se infiere todo lo demás.



VIII

Desde algún lugar al fondo de una calleja, llegaba flotando hasta la calle un olor a café tostado; café de verdad, no café Victoria. Winston se detuvo involuntariamente. Durante quizás dos segundos, volvió al mundo a medias olvidado de su niñez. Después, una puerta se cerró con violencia y aquel olor pareció interrumpirse tan abruptamente como si fuera un sonido.

Había recorrido a pie varios kilómetros de aceras y su úlcera varicosa palpitaba dolorosamente. Por segunda vez en tres semanas había faltado a una velada del Centro Comunitario; una acción imprudente, pues no cabía duda de que el número de asistencias se registraba cuidadosamente. En principio, un miembro del Partido no tenía tiempo libre y nunca estaba solo, excepto en la cama. Se daba por sentado que, cuando no se hallaba trabajando, comiendo o durmiendo, estaba participando en alguna clase de recreación comunitaria; hacer cualquier cosa que sugiriera una inclinación a la soledad, incluso salir a caminar sin compañía, era siempre ligeramente peligroso. Había una palabra en parlanueva para eso: «*vidautía*», que significaba individualismo, excentricidad. Pero aquella tarde, al salir del Ministerio, el aire templado de abril lo había tentado. El cielo más azul de lo que lo había visto en todo el año, y, de pronto, la interminable y ruidosa velada en el Centro, los juegos aburridos y agotadores, las conferencias, la chirriante camaradería lubricada con ginebra, le habían parecido intolerables. Impulsivamente se había alejado de la parada del autobús y se había puesto a vagar por el laberinto de Londres, primero hacia el sur, luego hacia el este y, finalmente, otra vez hacia el norte, hasta perderse por calles desconocidas, sin siquiera molestarse en saber qué dirección tomaba.

«Si hay esperanza», había escrito en el diario, «está en los proletas». No dejaba de volver sobre esas palabras, aseveración de una verdad mística y de un absurdo palpable. Se encontraba en algún punto de las parduzcas y vagas barriadas al norte y al este de lo que había sido la estación de Saint Pancras.

Caminaba por una calle de adoquines con casitas de dos pisos, cuyas puertas destartadas daban directamente a la acera y, de alguna extraña manera, recordaban a ratoneras. Aquí y allá, entre los adoquines, había charcos de agua sucia. Entrando y saliendo de los oscuros portales, y por los estrechos callejones que se iban ramificando a ambos lados de la calle, pululaba un número asombroso de personas; muchachas en flor con la boca toscamente pintada de carmín, jóvenes que andaban detrás de las muchachas, mujeres que meneaban sus cuerpos rechonchos y que mostraban cómo serían las muchachas diez años más tarde, viejos seres encorvados que arrastraban sus pies desviados hacia fuera, y niños harapientos y descalzos que jugaban en los charcos y luego se dispersaban ante los gritos de enfado de sus madres. Algo así como una cuarta parte de las ventanas de esa calle estaban rotas y cubiertas con cartones. La mayoría de aquella gente no prestaba la más mínima atención a Winston; unos pocos lo ojeaban con una especie de cauta curiosidad. Dos mujeres monstruosas, con brazos rojos como ladrillos cruzados sobre los delantales, estaban hablando delante de un portal. Winston captaba fragmentos de conversación a medida que se acercaba.

—«Sí», le digo, «todo muy bonito», le digo. «Pero tú en mi lugar habrías hecho lo mismo que yo. Criticar es muy fácil», le digo, «Pero tú no tienes los problemas que yo tengo».

—¡Ah! —dijo la otra—. Es así. Las cosas por su nombre.

De golpe, sus voces estridentes se acallaron. Las dos mujeres estudiaron a Winston mientras pasaba en medio de un silencio hostil. Pero no era exactamente hostilidad; tan solo una especie de cautela, de tensión momentánea, como ante el paso de un animal desconocido. Quizás los monos de trabajo azules del Partido no eran la visión más frecuente en una calle como aquella. De hecho, ser visto en esa clase de lugares era una imprudencia, a menos que se tuviera algo concreto que hacer allí. Si uno tropezaba con una patrulla, podían detenerlo.

«¿Me permite ver sus papeles, camarada? ¿Qué está haciendo por aquí? ¿A qué hora salió del trabajo? ¿Es este su camino habitual para volver a casa?». Y así sucesivamente. No es que hubiera una regla que prohibiera regresar a casa por un camino poco habitual, pero bastaba para llamar la atención en caso de que llegara a oídos de la Policía del Pensamiento.

De pronto, la calle entera se conmocionó. De todas partes llegaban gritos de advertencia. La gente se encerraba como conejos tras las puertas. Unos pasos por delante de Winston, una muchacha saltó desde un portal y levantó a un niño pequeño que jugaba en un charco, lo envolvió en su delantal y volvió

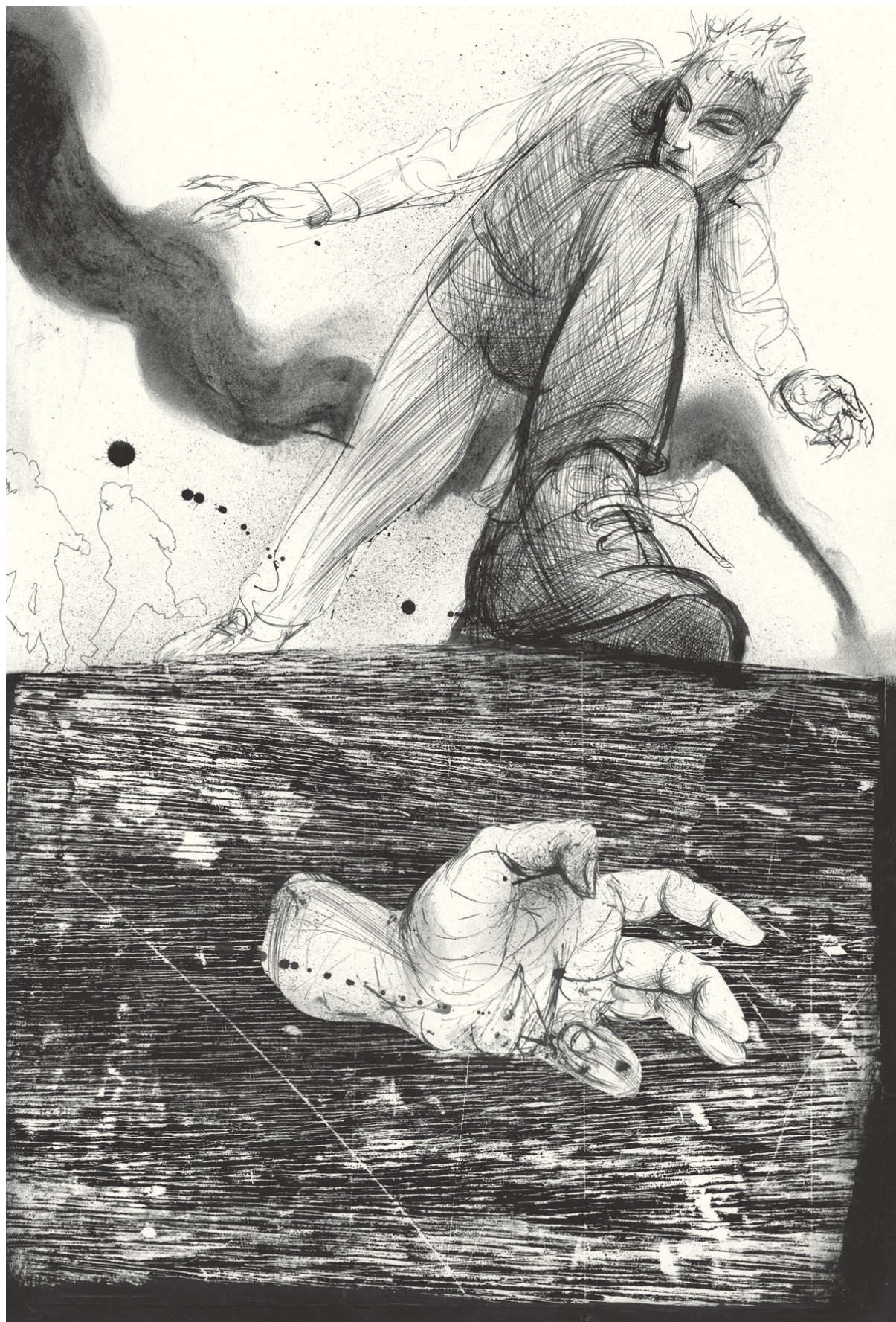
a meterse de un salto adentro. En ese mismo instante, un hombre con un traje negro arrugado como un acordeón surgió de un callejón lateral y corrió hacia Winston señalando con nerviosismo el cielo.

—¡Vapor! —gritó—. ¡Cuidado, jefe! ¡Explosión arriba! ¡Al suelo, rápido!

«Vapor» era el apodo con el que los proletas, por alguna razón, se referían a los cohetes bomba. Winston se echó de inmediato cuerpo a tierra. Los proletas casi siempre tenían razón cuando te hacían una advertencia de ese tipo. Parecían poseer un instinto que los ponía sobre aviso, varios segundos antes, cuando iba a caer un cohete, aunque, supuestamente, los cohetes viajaban más rápido que el sonido. Winston se cubrió la cabeza con los brazos. Hubo un rugido que pareció levantar la acera; una lluvia de objetos livianos tamborileó sobre su espalda. Cuando se puso de pie, descubrió que estaba cubierto de fragmentos de vidrio de la ventana más próxima.

Siguió caminando. Unos doscientos metros más adelante, la bomba había demolido un grupo de casas. Un penacho de humo negro estaba suspendido en el cielo. Abajo se había formado una nube de polvo en cuyo interior empezaba a congregarse una multitud alrededor de las ruinas. Un poco más adelante, sobre la acera, había un pequeño pilote de escayola sobre el cual se veía una franja roja y brillante. Al acercarse, vio que era una mano humana, cercenada por la muñeca. Aparte del muñón sanguinolento, la mano se había puesto tan blanca que parecía un vaciado de yeso.

De una patada envió aquella cosa a una alcantarilla y, después, para eludir a la muchedumbre, tomó una calle lateral. A los tres o cuatro minutos había salido del área afectada por la bomba y la sórdida vida que pululaba por aquellas calles seguía como si no hubiese pasado nada. Ya eran casi las veinte y los establecimientos de bebidas (los llamaban «pubs») que frecuentaban los proletas estaban atiborrados. A través de sus mugrientas puertas batientes, que se abrían y cerraban sin cesar, emanaba un olor a orina, serrín y cerveza agria. En un ángulo formado por la fachada de una casa que sobresalía sobre la acera, tres hombres estaban de pie muy juntos. El del medio sostenía un periódico plegado mientras los otros dos lo examinaban por encima de sus hombros. Incluso antes de encontrarse lo bastante cerca como para discernir la expresión de sus rostros, Winston notó la concentración en cada línea de sus cuerpos. Era obvio que estaban leyendo alguna noticia seria. Se encontraba a pocos pasos de ellos cuando el grupo se disolvió repentinamente y dos de los hombres se enzarzaron en una violenta discusión. Incluso parecieron a punto de llegar a las manos.



—¿Es que no me oyes, joder? ¡Te digo que hace catorce meses que no gana ningún número terminado en siete!

—¡Y yo te digo que sí!

—¡Te digo que no! Tengo en mi casa todos los números desde hace dos años anotados en un papel. Los escribo todos, puntual como un reloj. Y te digo que ni uno acaba en siete...

—¡Sí, sí que ganó un siete! Casi podría decirte el puto número. En cuatro cero siete, terminaba. Fue en febrero... la segunda semana de febrero.

—¡Febrero tu madre! Lo tengo todo anotado, negro sobre blanco. Y te digo que ningún puto número...

—¡Ya basta! —dijo el tercer hombre.

Estaban hablando de la lotería. Winston se volvió a mirarlos tras alejarse unos treinta metros. Seguían discutiendo con expresiones intensas y apasionadas. La lotería, con su entrega semanal de premios, era el único acontecimiento público al que los proletas prestaban seria atención. Probablemente había varios millones de proletas para quienes la lotería era la principal razón, si no la única, para seguir viviendo. Era su deleite, su locura, su analgésico, su estimulante intelectual. Tratándose de la lotería, incluso personas que apenas sabían leer y escribir se mostraban capaces de intrincados cálculos e impactantes hazañas mnemónicas. Había toda una tribu de hombres que se ganaban la vida vendiendo sistemas, predicciones y amuletos de la suerte. Winston no tenía nada que ver con la gestión de la lotería, que era manejada por el Ministerio de la Abundancia, pero estaba al corriente (de hecho, todo el mundo en el Partido estaba al corriente) de que los premios eran en su mayor parte imaginarios. En realidad, tan solo se pagaban pequeñas sumas, puesto que los ganadores de los premios mayores eran personas inexistentes. En ausencia de toda intercomunicación real entre una y otra parte de Oceanía, aquello no era difícil de amañar.

Pero, si había esperanza, estaba en los proletas. Había que aferrarse a eso. Cuando uno lo ponía en palabras sonaba razonable; era al observar a los seres humanos que pasaban a tu lado por la acera cuando aquello se convertía en un acto de fe. La calle que había tomado discurría suavemente cuesta abajo. Tenía la sensación de que ya había estado en aquel vecindario y de que no lejos de allí había una avenida importante. Desde algún lugar más adelante se oía un griterío. La calle describía una curva cerrada y terminaba en un tramo de escaleras que daba a un callejón bajo el nivel de la calle donde, en un puñado de puestos, vendían unas verduras desfallecientes. En ese momento Winston recordó dónde estaba. El callejón salía a la calle principal y, en la

siguiente esquina, a menos de cinco minutos de allí, estaba la tienda de objetos de segunda mano donde había comprado la libreta que ahora era su diario. Y en una pequeña papelería, no muy lejos, había comprado su portaplumas y su frasco de tinta.

Se detuvo un momento en lo alto de las escaleras. Al otro lado del callejón había un pub pequeño y sombrío cuyas ventanas parecían estar cubiertas de escarcha, aunque en realidad era una capa de polvo.

Un hombre muy viejo, encorvado pero enérgico, con unos bigotes blancos erizados hacia delante como los de un langostino, empujó la puerta batiente y entró en el local. A Winston se le ocurrió, mientras lo miraba, que el viejo tendría por lo menos ochenta años, por lo que debía de ser ya un hombre maduro cuando sobrevino la Revolución. Él y unos pocos más eran los últimos lazos que existían hoy con el desaparecido mundo del capitalismo. En el Partido mismo quedaban pocas personas cuyas ideas se hubiesen formado antes de la Revolución. La generación de más edad había sido barrida, en su mayoría, en las grandes purgas de los cincuenta y los sesenta, y hacía mucho que el terror había empujado a los pocos supervivientes a la más completa rendición intelectual. Si aún quedaba alguien con vida que pudiera dar una explicación fidedigna de las condiciones durante la primera mitad del siglo, solo podía ser un proleta. De pronto, en la mente de Winston resonó el pasaje del manual de historia que había copiado en su diario y un impulso lunático se apoderó de él. Tenía que entrar en aquel pub, trabar relación con aquel anciano y hacerle algunas preguntas. Le diría: «Hábleme sobre su vida cuando era niño. ¿Cómo era todo en aquellos tiempos? ¿Las cosas estaban mejor que ahora o estaban peor?».

Apurando el paso, para no tener tiempo de acobardarse, descendió las escaleras y cruzó la estrecha calle. Era una locura, desde luego. Como de costumbre, no había ninguna regla específica que prohibiese hablar con los proletas y frecuentar sus pubs, pero era una acción demasiado inusual como para pasar inadvertida. Si llegaba a aparecer alguna patrulla, podía alegar que se había sentido indispuerto, pero era poco probable que le creyeran. Empujó la puerta y un horrible y rancio olor a cerveza agria le abofeteó la cara. Al entrar, el ruido de voces se redujo más o menos a la mitad de su volumen. Podía sentir a su espalda cómo todo el mundo miraba su mono de trabajo azul. En el otro extremo del local, una partida de dardos se interrumpió durante unos treinta segundos. El viejo al que había seguido se encontraba de pie ante la barra y estaba teniendo una discusión con el cantinero, un joven grande, robusto y de nariz ganchuda con enormes antebrazos. Un grupo de

hombres, de pie a su alrededor y con vasos de cerveza en sus manos, contemplaba la escena.

—Te lo he pedido con educación, ¿o no? —decía el viejo, enderezando agresivamente los hombros—. ¿Me estás diciendo que no hay una sola jarra de *pinta* en todo este apestoso tugurio?

—¿Y se puede saber qué diablos es una *pinta*? —dijo el cantinero, inclinándose hacia delante mientras apoyaba las puntas de los dedos sobre el mostrador.

—¡Óiganlo! ¡Se hace llamar cantinero y no sabe ni lo que es una *pinta*! Mira, una *pinta* es la mitad de un cuarto, y cuatro cuartos hacen un galón. Si quieres te enseño también el abecedario.

—Nunca las oí nombrar —dijo el cantinero, cortante—. Litro y medio litro, eso es lo que servimos aquí. Ahí tiene los vasos, en ese estante.

—Yo lo que quiero es una *pinta* —insistió el viejo—. Podrías tirarme una *pinta*. Cuando yo era joven no había esos malditos litros.

—Cuando usted era joven, aún vivíamos en los árboles —dijo el cantinero, lanzando una mirada a los otros clientes.

Atraron las carcajadas y la incomodidad que había provocado la entrada de Winston pareció disiparse. El rostro del anciano, con barba blanca de tres días, se puso de color rosa. Volvió la espalda a la barra murmurando algo para sí, cuando tropezó con Winston, que lo sujetó suavemente por un brazo.

—¿Puedo invitarle a algo de beber? —dijo.

—Es usted un caballero —respondió el otro, volviendo a enderezar los hombros. Parecía no haber advertido el mono de trabajo azul de Winston—. ¡Una *pinta*! —añadió cáusticamente, dirigiéndose al cantinero—. ¡Una *pinta* de *wallop*!

El cantinero tiró dos medios litros de cerveza de color pardo oscuro en unos vasos gruesos que había enjuagado en un balde bajo el mostrador. Era lo único que se podía conseguir en un bar proleta: cerveza. Se suponía que los proletas no debían beber ginebra, aunque en la práctica la conseguían con bastante facilidad. La partida de dardos estaba otra vez en plena acción y el puñado de hombres junto a la barra se había puesto a hablar de boletos de lotería. De momento, se olvidaron de la presencia de Winston. Había una mesa de madera bajo la ventana donde él y el anciano podrían hablar sin temor a ser oídos. Era algo terriblemente peligroso, pero, de todas formas, no había ninguna telepantalla en el salón, un detalle del que se había cerciorado tan pronto como entró.

—Podría haberme tirado una pinta —gruñó el viejo mientras se acomodaba detrás de su vaso—. Medio litro no basta. No llega a saciar. Y un litro entero es demasiado. Pone mi vejiga a funcionar. Por no hablar del precio.

—Debe de haber visto usted grandes cambios desde que era niño —dijo Winston, tanteando el terreno.

Los ojos del viejo, de un azul muy pálido, fueron de los dardos clavados en el blanco a la barra y de la barra a la puerta con la leyenda «Caballeros», como si creyese que esos cambios tendrían lugar en el bar.

—La cerveza era mejor —dijo por fin—. ¡Y más barata! Cuando yo era joven, una cerveza suave... la llamábamos *wallop*... costaba cuatro peniques la pinta. Eso era antes de la guerra, claro.

—¿Qué guerra fue esa? —dijo Winston.

—Pasa con todas las guerras —dijo el viejo, vagamente. Tomó su vaso y enderezó otra vez los hombros—. ¡Brindo a su salud!

En su flaca garganta, la puntiaguda nuez de Adán hizo un movimiento sorprendentemente rápido de arriba abajo y la cerveza desapareció del vaso. Winston fue hasta la barra y volvió con otros dos medios litros. El viejo parecía haber olvidado sus prejuicios contra el litro entero de bebida.

—Usted es mucho mayor que yo —dijo Winston—. Debió de ser adulto desde antes de que yo naciera. Recordará cómo eran los viejos tiempos, antes de la Revolución. La gente de mi edad en realidad no sabe nada de aquella época. Solo podemos leer sobre ella en los libros, y es posible que lo que dicen los libros no sea verdad. Me gustaría oír su opinión. Según los libros de historia, la vida antes de la Revolución era completamente distinta. Había una opresión terrible, injusticia, pobreza... peor que cualquier cosa que podamos imaginar. Aquí, en Londres, la gran mayoría de las personas, desde que nacían hasta que morían, nunca tenían lo suficiente para comer. La mitad de ellos ni siquiera tenían zapatos con que cubrirse los pies. Trabajaban doce horas al día, dejaban la escuela a los nueve años. Dormían diez personas en una misma habitación. Y al mismo tiempo, había un puñado de gente, apenas algunos miles, llamados capitalistas, que eran ricos y poderosos. Los capitalistas eran los dueños de todo lo que se podía poseer. Vivían en casas espléndidas, con treinta criados, se trasladaban en automóviles y en carruajes de cuatro caballos, bebían champán, llevaban chisteras...

—¡Chisteras! —dijo—. Curioso que las mencione. Justo lo que se me pasó por la cabeza ayer, no sé por qué. Se me ocurrió que hace años que no veo una chistera. Ya solo hay de esas gorras. La última vez que me puse una

chistera fue en el funeral de mi cuñada. Y eso fue... bueno, no sabría decir la fecha, pero debe de haber sido hace cincuenta años. Claro que solo la alquilé para la ocasión, usted ya me entiende.

—No es demasiado importante lo de las chisteras —dijo Winston con paciencia—. La cosa es que... esos capitalistas... ellos y unos pocos abogados, curas y demás que vivían a su costa... eran los señores de la tierra. No había nada que no fuera en su beneficio. Ustedes... la gente común, los trabajadores, eran sus esclavos. Podían obligarlos a hacer lo que quisieran. Podían embarcarlos como ganado y enviarlos a Canadá. Podían acostarse con sus hijas si lo deseaban. Podían azotarlos con algo llamado látigo de nueve colas. Y ustedes debían quitarse la gorra al cruzarse con ellos. Cada capitalista iba con una tropa de lacayos que...

El viejo volvió a animarse.

—¡Lacayos! —dijo—. Ah, esa palabra sí que no la había oído en mucho tiempo. ¡Lacayos! Eso siempre me transporta al pasado, sí señor. Me acuerdo ... oh, hace ya una pila de años... iba a veces a Hyde Park los domingos por la tarde para oír a los tipos que daban discursos. Estaban los del Ejército de Salvación, los católicos romanos, los judíos, los indios... de todas clases. Y había un tipo... bueno, ya no sabría decirle su nombre, pero era un orador muy potente, sí señor. De los que no se andan con medias tintas. «¡Lacayos!», decía, «¡lacayos de la burguesía! ¡Siervos de la clase dominante!» Parásitos... esa era otra de las suyas. Y hienas. Sí, los llamaba hienas. Claro que se refería al Partido Laborista, ya sabe usted.

Winston tuvo la sensación de que hablaban de cosas diferentes.

—Lo que en realidad yo querría saber —dijo— es si siente usted que tiene más libertad ahora de la que tenía en aquellos tiempos. ¿Lo tratan ahora más como un ser humano? En aquellos tiempos, la gente rica, la gente que estaba en la cima de...

—La Cámara de los Lores —dijo el viejo con nostalgia.

—La Cámara de los Lores, por ejemplo. Pero lo que yo pregunto es: ¿podía esa gente permitirse tratarlo como a un inferior simplemente porque ellos eran ricos y usted era pobre? ¿Es cierto, por ejemplo, que usted debía llamarlos «señor» y quitarse la gorra al cruzarse con ellos?

El viejo pareció reflexionar profundamente. Se bebió como un cuarto de su cerveza antes de responder.

—Sí —dijo—. Les gustaba que uno se llevase la mano a la gorra delante de ellos. Para mostrar respeto, o algo así. Yo no estaba de acuerdo, por mi parte, pero por lo general lo hacía. Tenía que hacerlo, por así decirlo.

—¿Y era habitual...?, solo cito lo que he leído en los libros de historia..., ¿era habitual que esas personas y sus criados lo apartaran de la acera de un empujón, mandándolo a la zanja?

—Uno de ellos una vez me empujó —dijo el viejo—. Me acuerdo como si hubiese sido ayer. Era la noche de la regata..., siempre se ponían muy pendencieros en la noche de la regata..., y me vine a topar con un tipo joven, por Shaftesbury Avenue. Todo un caballero era... camisa de etiqueta, chistera, abrigo negro. Iba haciendo eses por la acera y yo me lo llevé por delante sin querer. El tipo me dice: «¿Por qué no miras por dónde vas?», dice. Y yo le digo: «¿Se cree usted que la maldita acera es suya?». Y él: «Te voy a arrancar la cabeza, conmigo no te pongas descarado». Y yo le digo: «Está usted borracho. Lo despacho en medio minuto», así le digo. Y... ¿me creará usted? El tipo me pone una mano en el pecho y me da un empujón que por poco me manda bajo las ruedas de un autobús. Bueno, yo era joven por aquel entonces, y le iba a dar una buena, pero...

Un sentimiento de impotencia se apoderó de Winston. La memoria de aquel viejo no era más que un basurero de detalles. Uno lo podía interrogar un día entero sin obtener ninguna información concreta. Podía ser que, después de todo, las historias del Partido fueran verdaderas, incluso completamente verdaderas. Hizo un último intento.

—Tal vez no he sido claro —dijo—. Lo que trato de decir es esto. Usted ha vivido mucho tiempo; la mitad de su vida transcurrió antes de la Revolución. En 1925, por ejemplo, ya era un adulto. ¿Diría usted, por lo que puede recordar, que en 1925 la vida era mejor que ahora, o peor? Si pudiera elegir, ¿preferiría vivir entonces, o ahora?

El viejo se quedó pensativo mirando hacia el blanco de los dardos. Se terminó su cerveza, más lentamente que antes. Cuando volvió a hablar lo hizo con aire tolerante, filosófico, como si la cerveza lo hubiese sosegado.

—Ya sé lo que espera que diga —declaró—. Espera que diga que preferiría volver a ser joven. La mayoría de la gente diría eso si uno les pregunta, que no lo dudarían ni un segundo si pudieran volver a ser jóvenes. En la juventud tienes toda tu salud y tu fuerza. Cuando se llega a mi edad, uno nunca está bien. Los pies me hacen sufrir una calamidad y mi vejiga es un desastre. Me saca de la cama seis o siete veces cada noche. Pero, por otro lado, ser viejo tiene también grandes ventajas. Uno ya no tiene las mismas preocupaciones. Nada de líos con las mujeres, y eso es una gran cosa. No me va usted a creer, pero no he tenido una mujer desde hace casi treinta años. Ni querido tenerla, por lo demás.

Winston se reclinó contra el alféizar de la ventana. Era inútil continuar. Estaba a punto de ir a pedir más cerveza cuando el viejo se levantó de repente y se alejó arrastrando velozmente los pies hasta el apestoso urinario situado a un lado de la sala. El medio litro extra le estaba haciendo efecto. Durante un minuto o dos, Winston se quedó mirando su jarra vacía; casi sin darse cuenta, sus pies lo encaminaron de nuevo hacia la calle. En menos de veinte años, reflexionó, la sencilla pero decisiva pregunta «¿Era la vida antes de la Revolución mejor que ahora?» dejaría de tener respuesta para siempre. En realidad, ya era imposible responderla, pues los escasos y dispersos supervivientes del antiguo mundo eran incapaces de comparar una época con otra. Se acordaban de un millón de detalles inútiles, alguna disputa con un compañero de trabajo, la búsqueda de un inflador de bicicleta perdida, la expresión en el rostro de una hermana fallecida hacía largo tiempo, los remolinos de polvo que se alzaban cierta mañana de viento de hacía setenta años; pero todos los hechos relevantes estaban fuera de su rango de visión. Eran como hormigas, que pueden distinguir los objetos pequeños, pero no los grandes. Y si la memoria fallaba y los registros escritos estaban falsificados... entonces había que aceptar la reivindicación del Partido de que había mejorado las condiciones de la vida humana, porque no existía, ni volvería a existir jamás, un valor con el cual confrontarla.

En ese momento, el hilo de sus pensamientos se cortó abruptamente. Winston se detuvo y alzó la vista. Estaba en una callecita estrecha, con unas pocas tiendas oscuras que se alternaban con viviendas. Justo encima de su cabeza colgaban tres bolas de metal descolorido; se adivinaba que alguna vez habían sido doradas. Le pareció que ya conocía aquel lugar. ¡Por supuesto! Se encontraba ante la tienda de objetos de segunda mano donde había comprado su diario.

Una punzada de temor le recorrió el cuerpo. Ya bastante precipitado había sido el acto de comprar la libreta. Se había jurado no volver a poner jamás un pie por allí cerca. Y sin embargo, tan pronto como había dejado vagar sus pensamientos, sus piernas, como con voluntad propia, habían vuelto a traerlo hasta allí. Era precisamente contra impulsos suicidas como aquel que había ansiado protegerse al empezar el diario. Al mismo tiempo, notó que la tienda seguía abierta, aunque ya eran casi las veintiuna horas. Con la sensación de que adentro llamaría menos la atención que merodeando por la acera, atravesó el umbral. Si llegaban a interrogarlo, podía declarar que andaba en busca de hojas de afeitar, cosa verosímil.

El dueño acababa de encender una lámpara de petróleo de la que emanaba un olor viciado pero agradable. Era un hombre de unos sesenta años, frágil y encorvado, de nariz larga y benevolente y ojos apacibles, deformados por gruesos cristales de aumento. Tenía el cabello casi blanco, pero sus pobladas cejas aún eran negras. Aquellas gafas, sus movimientos delicados y nerviosos y el hecho de que llevara una vieja chaqueta de terciopelo negro le daban un vago aire intelectual, como si fuese una especie de literato, o quizás un músico. Tenía una voz suave, como desvaída, y su acento era menos vulgar que el de la mayoría de los proletas.

—Lo he reconocido al verlo en la acera —dijo de inmediato—. Usted es el caballero que compró aquel álbum de recuerdos de señorita. Un hermoso papel, sin duda. Papel verjurado, como se lo solía llamar, color crema. No se fabrica un papel así desde hace... ¡oh!, me atrevería a decir que unos cincuenta años. —Eché un vistazo a Winston por encima de sus gafas—. ¿Hay algo en especial que pueda hacer por usted? ¿O solo quería mirar?

—Solo pasaba por aquí —dijo Winston vagamente—. Estaba mirando un poco. No busco nada en particular.

—Mejor así —dijo el otro—, porque de lo contrario no creo que hubiese podido satisfacerlo. —Hizo un gesto de disculpa con una de sus manos de palmas suaves—. Ya ve lo que es esto; una tienda vacía, podría decirse. Entre usted y yo, el negocio de las antigüedades muy pronto estará acabado. Ya no hay demanda, ni tampoco existencias. Muebles, porcelana, cristalería... poco a poco se ha ido rompiendo todo. Y los objetos de metal, por supuesto, en su mayoría han sido fundidos. No he visto un candelabro de latón desde hace años.

En realidad, el diminuto interior de la tienda estaba incómodamente atiborrado de cosas, pero casi no quedaba nada que tuviese el más mínimo valor. El espacio disponible era muy escaso, pues había innumerables marcos de cuadros que se amontonaban, cubiertos de polvo, contra todas las paredes. En la ventana había bandejas llenas de tuercas y tornillos, cinceles gastados, cortaplumas con la hoja rota, relojes deslustrados que ni siquiera pretendían estar en condiciones de funcionar y toda una miscelánea de despojos. Solamente sobre una mesita en un rincón había un revoltijo de bagatelas —cajas de rapé laqueadas, broches de ágata y cosas por el estilo— que parecían tener cierto interés. Al acercarse a la mesita, un objeto redondo y liso que brillaba tenuemente a la luz de la lámpara captó la atención de Winston, que lo levantó.

Era una pesada pieza de cristal, curvada por uno de sus lados y chata por el otro, que casi formaba una semiesfera. Había una peculiar suavidad, como de agua de lluvia, tanto en el color como en la textura del cristal. En su centro, amplificado por la superficie curva, había un objeto extraño, rojizo e intrincado, que recordaba a una rosa o a una anémona marina.

—¿Qué es? —dijo Winston, fascinado.

—Es coral, eso es lo que es —dijo el anciano—. Debe de proceder del océano Índico. Antigüamente lo incrustaban en el cristal. Fue hecho hace por lo menos cien años. Más, diría yo, a juzgar por su aspecto.

—Es hermoso —dijo Winston.

—Sí, es precioso —dijo el otro, apreciativo—. Pero no muchos dirían eso hoy en día. —Tosió—. En fin, si quisiera usted comprarlo, le costaría cuatro dólares. Me acuerdo del tiempo en que por algo como eso habría sacado ocho libras, y ocho libras eran... en fin, ya no lo sé calcular, pero era mucho dinero. ¿Pero quién se interesa hoy por las antigüedades auténticas... incluso por las pocas que quedan?

Winston pagó en el acto los cuatro dólares y deslizó el codiciado objeto en su bolsillo. Lo que lo atraía de él no era tanto su belleza como ese aire que parecía poseer de provenir de una época muy distinta a la actual. El suave cristal como de agua de lluvia no se parecía a ningún otro que hubiese visto. El objeto era doblemente atractivo debido a su aparente inutilidad, aunque sospechaba que alguna vez había sido un pisapapeles. Le pesaba mucho en el bolsillo, pero por fortuna no abultaba demasiado. Era un objeto raro, comprometedor incluso, para estar en posesión de un miembro del Partido. Cualquier objeto antiguo, y más aún cualquier objeto bello, siempre resultaba vagamente sospechoso. El anciano se había puesto visiblemente más contento desde que recibió los cuatro dólares. Winston se dio cuenta de que habría aceptado tres, o incluso dos.

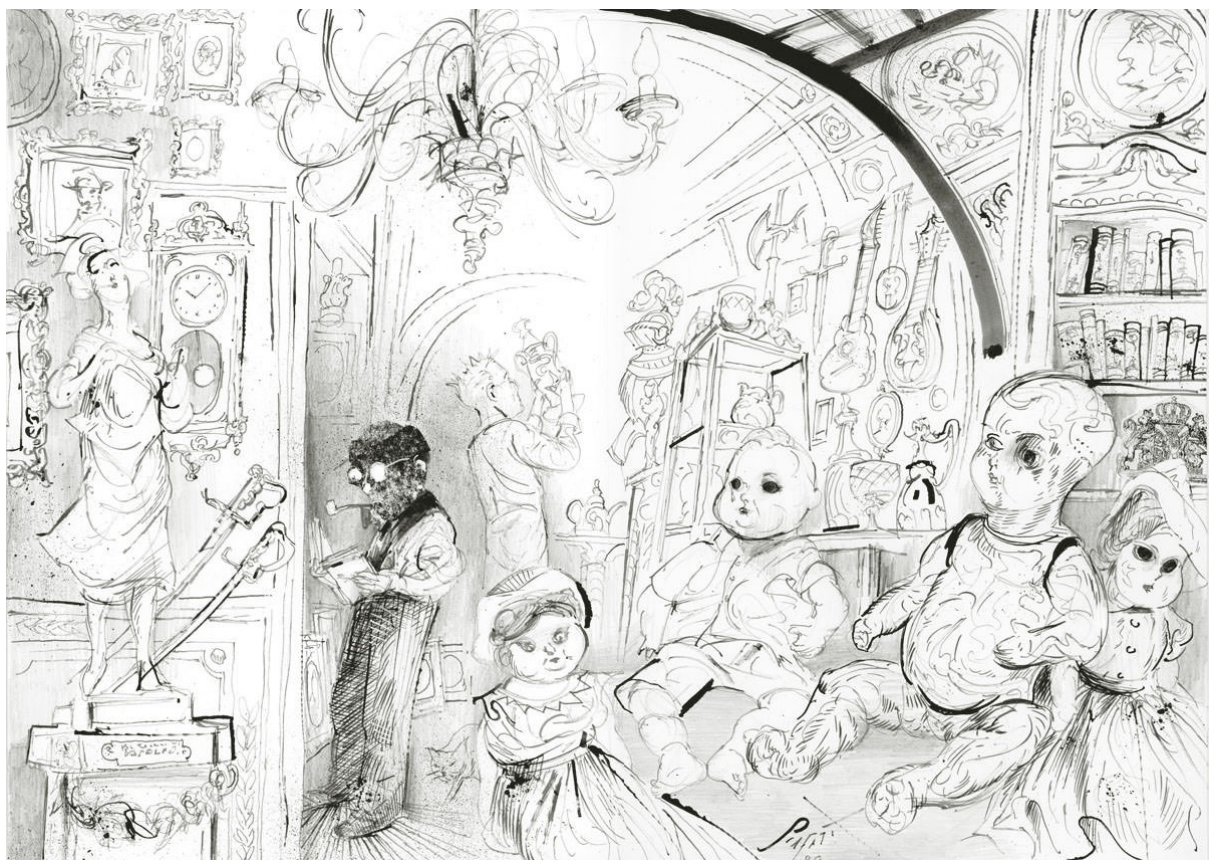
—Hay otra estancia arriba a la que tal vez quiera echar un vistazo —dijo—. No tengo gran cosa allí. Tan solo unas pocas piezas. Debemos llevar luz si es que vamos a subir.

Encendió otra lámpara y, encorvado, lo guio con paso lento por las gastadas y empinadas escaleras y a lo largo de un pequeño pasillo, hasta una habitación que no daba a la calle sino a un patio interior adoquinado y a un bosque de chimeneas. Winston se percató de que los muebles estaban dispuestos como si aquella estancia aún estuviese destinada a que alguien viviese allí. En el suelo había una larga alfombra, en las paredes colgaban uno o dos cuadros, y había un sillón un poco astroso arrimado a la chimenea.

Sonaba el tictac de un anticuado reloj de cristal con esfera de doce horas en la repisa de la chimenea. Bajo la ventana, y ocupando una cuarta parte de la habitación, había una enorme cama, todavía con su colchón.

—Vivíamos aquí hasta que mi esposa murió —dijo el anciano, en tono de disculpa—. He ido vendiendo el mobiliario poco a poco. Esa es una hermosa cama de caoba, o al menos lo sería si se pudieran eliminar las chinches. Pero me atrevo a decir que es tan voluminosa que a usted le resultaría un estorbo.

Sostenía la lámpara en alto para iluminar la habitación entera; bajo aquella luz cálida y tenue, el lugar tenía un aspecto curiosamente acogedor. A Winston se le pasó por la cabeza fugazmente que no sería difícil alquilar la habitación por unos pocos dólares a la semana si se atreviera a correr el riesgo. Era una de esas ideas descabelladas, imposibles, que había que abandonar tan pronto como surgían; pero la habitación había despertado en él una especie de nostalgia, de memoria ancestral. Le parecía saber exactamente lo que sentiría al sentarse en una habitación como aquella, en un sillón junto a la chimenea, con los pies en el guardafuegos y una tetera sobre el fogón; completamente solo, completamente a salvo, sin nadie observándolo, sin ninguna voz persiguiéndolo ni sonido alguno excepto el pitido de la tetera y el amigable tictac del reloj.



—¡No hay telepantalla! —murmuró sin poder evitarlo.

—¡Ah! —dijo el anciano—. Jamás he tenido una de esas cosas. Demasiado cara. Y podría decirse que nunca he sentido la necesidad de poseer una. En esta esquina hay una bonita mesa de alas abatibles, mire. Aunque, por supuesto, habría que ponerle bisagras nuevas en caso de que quisiera usar las alas.

En la otra esquina había una pequeña biblioteca que atrajo la atención de Winston. No contenía más que basura. La persecución y destrucción de libros había sido tan completa en los barrios proletas como en cualquier otra parte. Era altamente improbable que quedara en toda Oceanía un solo libro impreso antes de 1960. El anciano, que aún sostenía la lámpara, se había quedado de pie delante de un cuadro enmarcado en palisandro que colgaba al otro lado de la chimenea, frente a la cama.

—Si le interesan los grabados antiguos... —dijo delicadamente.

Winston se acercó para observar el cuadro. Era un grabado en acero que representaba un edificio oval con ventanas rectangulares y una pequeña torre en la fachada. Una balaustrada rodeaba el edificio y, en la parte posterior, había algo que parecía una estatua.

—El marco está fijado a la pared —dijo el anciano—, pero estoy seguro de que podría desatornillarlo para usted.

—Yo conozco ese edificio —dijo Winston—. Ahora es una ruina. Está en medio de la calle, frente al Palacio de Justicia.

—Es verdad. Frente a los tribunales. Fue bombardeado en... no sé, hace muchos años. En otros tiempos era una iglesia. St. Clement's Dane, se llamaba. —Sonrió a manera de disculpa, como si fuera consciente de estar diciendo algo ligeramente ridículo, y añadió—: «¡“Dos naranjas y un limón”, desde St. Clement's dice el carrillón!».

—¿Y eso? ¿Qué es? —dijo Winston.

—¡Oh!, «“Dos naranjas y un limón”, desde St. Clement's dice el carrillón». Era una canción de cuando yo era niño. No recuerdo cómo seguía, pero sé que terminaba así: «Aquí traigo una vela para subir a tu pieza; y en la otra mano el hacha para cortar tu cabeza». Era una especie de baile. Tendían los brazos para que pasaras por debajo y, cuando llegaban a la parte de «cortar tu cabeza», bajaban los brazos y te atrapaban. Eran todos nombres de iglesias. Aparecían todas las iglesias de Londres... las principales, quiero decir.

Winston se preguntó vagamente a qué siglo pertenecería aquella iglesia. Siempre era difícil determinar la antigüedad de un edificio londinense. Cualquier construcción grande e imponente, si tenía un aspecto

razonablemente nuevo, era automáticamente reivindicada como una construcción posterior a la Revolución, mientras que todo lo que pertenecía a una fecha manifiestamente anterior se adscribía a cierto período oscuro llamado Edad Media. Se asumía que siglos de capitalismo no habían producido nada de valor. No era posible aprender historia a través de la arquitectura, así como no era posible aprenderla en los libros. Estatuas, inscripciones, lápidas, nombres de calles... todo aquello que pudiera arrojar luz sobre el pasado había sido sistemáticamente alterado.

—No sabía que había sido una iglesia —dijo Winston.

—En realidad quedan muchas de ellas —dijo el anciano—, aunque se destinan a otros usos. ¿Pero cómo decía esa canción? ¡Ah!, ya lo tengo:

*«“Dos naranjas y un limón”, desde St. Clement’s dice el carrillón.
“Y tú me debes tres fártings”, responden las campanas de
St. Martin’s...”»*

—En fin, hasta ahí llego. Un fárting era una moneda de cobre, parecida a un centavo.

—¿Dónde estaba St. Martin’s? —dijo Winston.

—¿St. Martin’s? Esa aún sigue en pie. Está en la Plaza de la Victoria, al lado de la pinacoteca, ese edificio con una especie de pórtico triangular, con pilares sobre la fachada y grandes escalinatas.

Winston conocía bien la pinacoteca. Era un museo que se usaba para diversas exhibiciones propagandísticas: modelos a escala de cohetes bomba y Fortalezas Flotantes, figuras de cera que ilustraban las atrocidades del enemigo, cosas por el estilo.

—St. Martin’s in the Field, solían llamarla —añadió el anciano—, es decir, San Martín de los Campos, aunque no recuerdo que hubiese ningún campo en los alrededores.

Winston no compró la lámina. Habría sido una posesión aún más incongruente que el pisapapeles de cristal, e imposible de trasladar a casa a menos que se le quitase el marco. Pero se quedó unos minutos más conversando con el anciano, cuyo nombre, descubrió, no era Weeks —como uno podría haber deducido por el letrero en la fachada de la tienda—, sino Charrington. El señor Charrington, según le dijo, era un viudo de sesenta y tres años y llevaba tres décadas viviendo en aquella tienda. Durante todo ese tiempo había tenido la intención de modificar el nombre en la vitrina pero, por alguna razón, el momento de hacerlo no había llegado nunca. Mientras

hablaban, aquellos versos a medio recordar no dejaban de dar vueltas por la cabeza de Winston. ¡Dos naranjas y un limón, desde St. Clement's dice el carrillón; y tú me debes tres fártings, responden las campanas de St. Martin's! Era curioso, pero, cuando uno se lo decía para sus adentros, tenía la ilusión de oír campanas de verdad, las campanas de un Londres perdido que aún existía en alguna parte, oculto y olvidado. Le parecía oírlas repicar de un campanario fantasmal a otro. Sin embargo, que él recordara, jamás había oído el tañido de las campanas de una iglesia en la vida real.

Se alejó del señor Charrington y bajó las escaleras solo, para evitar que el anciano lo viese inspeccionar la calle antes de salir. Ya había tomado la decisión de dejar pasar un tiempo prudencial —digamos un mes— antes de hacer otra visita a la tienda. Puede que no fuese más peligroso que deambular por el centro al caer la noche. Lo que había sido una auténtica locura era haber regresado después de haber adquirido su diario allí y sin saber si el propietario era de fiar. ¡En fin...!

Sí, pensó una vez más, regresaría. Seguiría adquiriendo más piezas de aquella espléndida basura. Compraría el grabado de St. Clement's Dane, lo quitaría del marco y se lo llevaría a casa disimulado bajo la chaqueta del mono de trabajo. Lograría extraer de la memoria del señor Charrington el resto de aquel poema. Incluso el descabellado proyecto de alquilar la habitación de arriba volvió a relampaguear momentáneamente en su mente. Durante unos cinco segundos, la exaltación le hizo bajar la guardia y salió a la acera sin la precaución de echar antes un vistazo a través de la vitrina. Hasta había empezado a canturrear, con una melodía improvisada:

*«Dos naranjas y un limón», desde St. Clement's dice el carrillón.
«Y tú me debes tres fártings», responden...*

De pronto se le heló el corazón y se le aflojaron las tripas. Una figura vestida con un mono azul se acercaba por la acera, a menos de diez metros de distancia. Era la muchacha del Departamento de Ficción, la chica de pelo negro. La luz ya estaba mermando, pero la reconoció sin dificultad. Ella lo miró directamente a la cara y siguió caminando como si no lo hubiese visto.

Durante unos segundos, Winston no pudo siquiera moverse. Luego giró a la derecha y se alejó caminando despacio, sin advertir, en un primer momento, que había tomado la dirección equivocada. En todo caso, algo era seguro. Ya no cabía la menor duda de que la chica lo estaba espiando. Debía de haberlo seguido hasta allí, ya que no era creíble que, por pura casualidad,

se le hubiese ocurrido salir a caminar la misma noche por la misma calleja oscura, a kilómetros de cualquier barrio habitado por los miembros del Partido. La coincidencia era demasiado grande. Poco importaba que fuera una verdadera agente de la Policía del Pensamiento o tan solo una simple espía aficionada actuando por su cuenta. Que lo estuviese vigilando era suficiente. Era probable que también lo hubiera visto entrar en el pub.

Caminar representaba un esfuerzo. La pieza de cristal en su bolsillo le golpeaba el muslo a cada paso y poco le faltó para sacarla y tirarla. Lo peor de todo era el dolor en el vientre. Por un par de minutos tuvo la sensación de que se moriría si no llegaba rápidamente a un servicio público. Pero en un barrio como aquel no habría ninguno. Luego el espasmo pasó, dejando un dolor sordo en su lugar.

Era una calle sin salida. Winston se detuvo y dejó de avanzar unos segundos mientras se preguntaba qué hacer; luego se dio la vuelta y volvió sobre sus pasos. Mientras regresaba, se le ocurrió que no hacía más de tres minutos que se había cruzado con la chica y que, si corría, quizás aún podría alcanzarla. Podía seguirla hasta llegar a algún lugar tranquilo y reventarle el cráneo con un adoquín. El objeto de cristal que llevaba en el bolsillo era lo bastante macizo. Sin embargo, de inmediato abandonó la idea, pues solo pensar en realizar cualquier esfuerzo físico le resultaba insoportable. Se sentía incapaz de correr, de asestar un golpe. Además, ella era joven y vigorosa, y se defendería. También pensó en apresurarse y llegar al Centro Comunitario, en quedarse allí hasta la hora de cierre a fin de tener al menos una coartada parcial para aquella noche. Pero eso también era imposible. Una lasitud mortal se había apoderado de él. Todo lo que quería era llegar pronto a casa, sentarse y estar tranquilo.

No llegó al apartamento hasta después de las veintidós. A las veintitrés treinta cortarían la electricidad. Fue a la cocina y se bebió una taza de ginebra Victoria casi entera. Luego se dirigió a la mesa en el hueco de la pared, se sentó y sacó el diario del cajón. Pero no lo abrió inmediatamente. En la telepantalla, una estridente voz femenina berreaba una canción patriótica. Se quedó mirando la cubierta símil mármol de la libreta; trató de acallar, sin éxito, la voz de sus pensamientos.

Venían a buscarlo a uno en medio de la noche, siempre de noche. Lo que había que hacer era quitarse la vida antes de que llegaran. Sin duda, algunos lo hacían. Muchas de las desapariciones eran en realidad suicidios. Pero matarse requería un coraje desesperado en un mundo donde era completamente imposible conseguir armas de fuego o un veneno rápido y

seguro. Pensó, con una especie de perplejidad, en la ineficacia biológica del dolor y el miedo, en la traición del cuerpo humano, invariablemente paralizado por la inercia en el momento preciso en el que se necesita de él un esfuerzo especial. Habría podido silenciar a la muchacha de pelo negro de haber sido capaz de actuar con bastante rapidez, pero, precisamente por lo extremo del peligro en que se hallaba, había perdido la capacidad de actuar. Tuvo la impresión de que, en los momentos de crisis, uno nunca lucha contra un enemigo externo, sino contra su propio cuerpo. Incluso ahora, a pesar de la ginebra, el dolor sordo en el vientre le hacía imposible pensar de forma ordenada. Y lo mismo pasaba, se dio cuenta, en cualquier situación heroica o trágica. En el campo de batalla, en la cámara de tortura, en un barco que se hunde... uno siempre olvida aquello por lo que lucha, pues el cuerpo se agranda hasta ocupar el universo, e incluso cuando uno no está paralizado de terror o aullando de dolor, la vida es un combate continuo contra el hambre, el frío, el insomnio, la acidez de estómago o el dolor de muelas.

Abrió su diario. Era importante anotar algo. La mujer de la telepantalla había comenzado otra canción. Su voz parecía clavársele en el cerebro como afiladas astillas de vidrio. Trató de pensar en O'Brien, para quien estaba escribiendo el diario; en cambio, se puso a pensar en las cosas que le pasarían a partir del momento en que la Policía del Pensamiento se lo llevara. Si lo fueran a matar enseguida, no sería tan grave. Que lo mataran era lo que uno esperaba. Pero antes de la muerte (nadie hablaba de estas cosas, pero todo el mundo las sabía), había que pasar por la rutina de la confesión: ponerse de rodillas y aullar implorando piedad, el crujido de los huesos que se rompen, los dientes partidos, la sangre coagulada en el pelo.

¿Por qué había que soportar aquello si el final era siempre el mismo? ¿Por qué no era posible abreviar unos días o unas semanas la propia vida? Nadie escapaba nunca a la detección, nadie dejaba jamás de confesar. Una vez que uno había sucumbido al ideocrimen, no había duda de que antes de cierta fecha estaría muerto. ¿Por qué, entonces, aquel horror, que nada cambiaba, debía estar incrustado en el tiempo futuro?

Trató, con un poco más de éxito, de evocar la imagen de O'Brien. «Nos encontraremos en el lugar donde no hay oscuridad», le había dicho. Él sabía lo que eso significaba, o creía saberlo. El lugar donde no hay oscuridad era el futuro imaginado, el futuro que uno nunca vería, pero del que, por presciencia, podía participar místicamente. Con la voz de la telepantalla martirizándole los oídos, ya no pudo seguir aquel hilo de pensamiento. Se puso un cigarrillo en los labios. La mitad del tabaco fue a parar a su lengua,

un polvillo amargo que era difícil escupir. La cara del Hermano Mayor se le metió en la cabeza, desplazando a la de O'Brien. Tal como había hecho unos días atrás, sacó del bolsillo una moneda y se quedó mirándola. La cara alzaba su mirada hacia él, lenta, serena, protectora; ¿pero qué clase de sonrisa se escondía detrás de aquel bigote negro? Como un sombrío toque de difuntos, volvieron a él las palabras:

LA GUERRA ES PAZ
LA LIBERTAD ES ESCLAVITUD
LA IGNORANCIA ES FUERZA



SEGUNDA PARTE

I

Hacia la mitad de la mañana, Winston salió de su cubículo para dirigirse al baño.

Una figura solitaria venía hacia él desde el otro extremo del largo pasillo brillantemente iluminado. Era la muchacha de pelo negro. Habían pasado cuatro días desde la noche en que se topó con ella al salir de la tienda de objetos de segunda mano. Al acercarse, se dio cuenta de que tenía el brazo derecho en cabestrillo; no lo había notado desde lejos porque era del mismo color que su mono de trabajo. Probablemente se había aplastado la mano al girar uno de los grandes caleidoscopios utilizados para «esbozar» los argumentos de las novelas. Era un accidente bastante habitual en el Departamento de Ficción.

Ya estaban quizás a unos cuatro metros uno del otro cuando la muchacha tropezó y cayó al suelo casi de bruces. Dejó escapar un grito agudo de dolor. Debió de caer sobre el brazo herido. Winston se paró en seco. La chica se incorporó sobre las rodillas. La cara se le había puesto de un blanco amarillento contra el cual destacaba su boca, más roja que nunca. Tenía los ojos clavados en los de Winston, con una expresión suplicante, más parecida al miedo que al dolor.

Una extraña emoción se agitó en el corazón de Winston. Tenía enfrente a un enemigo que estaba tratando de matarlo, pero también a una criatura humana dolorida, tal vez con un hueso roto. Ya había dado, instintivamente, un paso adelante para ayudarla. En el momento mismo en que la había visto caer sobre el brazo vendado, fue como si sintiera el dolor en su propio cuerpo.

—¿Te has lastimado? —dijo.

—No es nada. El brazo. Enseguida estaré bien.

Hablaba como si el corazón le latiera con fuerza. Se había puesto muy pálida.

—¿No te has roto nada?

—No, estoy bien. Me dolió un momento, eso es todo.

Ella le tendió su mano libre y él la ayudó a levantarse. Había recuperado algo de color y tenía mejor aspecto.

—No es nada —repitió cortante—. Solo me di un pequeño golpe en la muñeca. ¡Gracias, camarada!

Y con esas palabras, de forma tan brusca como si realmente no hubiera sido nada, siguió su camino en la misma dirección. El incidente completo no había durado más de un minuto. No dejar traslucir los propios sentimientos en la expresión del rostro era un hábito convertido ya en instinto y, en cualquier caso, habían estado detenidos justo delante de una telepantalla en el momento en que aquello sucedía. Aun así, le había resultado muy difícil no traicionar su momentánea sorpresa, pues en los dos o tres segundos en que la ayudó a ponerse de pie, la muchacha había deslizado algo dentro de su mano. No cabía la menor duda de que lo había hecho adrede. Era algo plano y pequeño. Al atravesar la puerta del baño lo pasó a su bolsillo y allí lo palpó con las yemas de los dedos. Era un papel doblado en forma de cuadrado.

En el urinario, lo manipuló un poco más hasta lograr desdoblarlo. Obviamente, tenía algún mensaje escrito. Por un momento se vio tentado a meterse en uno de los excusados y leerlo sin demora. Pero eso habría sido terriblemente insensato, como bien sabía. No existía un lugar en el que se pudiese tener mayor certeza de que las telepantallas vigilaban de manera continua.

Regresó a su cubículo, se sentó, arrojó de forma aparentemente despreocupada el pedazo de papel entre los otros papeles sobre su escritorio, se puso las gafas y atrajo el parlógrafo hacia sí. «Cinco minutos», pensó, «¡cinco minutos como mínimo!». El corazón retumbaba dentro de su pecho con un fragor temible. Afortunadamente, la tarea que lo ocupaba era pura rutina, la rectificación de una larga lista de números, lo cual no requería una atención estricta.

Lo que estaba escrito en aquel papel, fuera lo que fuese, debía tener alguna especie de significación política. Hasta donde alcanzaba a pensar, había dos posibilidades. Una, la más factible, era que la muchacha fuese una agente de la Policía del Pensamiento, como había temido.

No sabía por qué la Policía del Pensamiento elegiría transmitir sus mensajes de aquella manera, pero quizás tenían sus razones. El mensaje en el papel podía ser una amenaza, una citación, una orden de cometer suicidio o algún tipo de trampa. Pero había otra posibilidad más descabellada que no

podía sacarse de la cabeza por mucho que lo intentara: que el mensaje no proviniera en absoluto de la Policía del Pensamiento, sino de alguna especie de organización clandestina. ¡Tal vez la Hermandad existiera después de todo! ¡Quizás aquella muchacha formaba parte de ella! Sin duda la idea era absurda, pero le había venido a la mente en el instante mismo en que palpó en su mano aquel papel. No fue hasta pasados un par de minutos que se le ocurrió la otra explicación, más probable. E incluso ahora, aunque su intelecto le decía que el mensaje probablemente significaba su muerte... aun así, no era eso lo que él creía, y persistía en él una esperanza nada razonable, y el corazón estaba a punto de estallarle y le resultaba difícil evitar que la voz le temblara mientras murmuraba cifras en el parlógrafo.

Enrolló el fajo de papeles y lo deslizó en el tubo neumático. Habían pasado ocho minutos. Volvió a ajustarse las gafas sobre la nariz, suspiró y atrajo hacia sí el siguiente montón de trabajo, con el papel encima. Lo alisó. En él estaba escrito, con letra grande e inmadura, lo siguiente:

Te quiero

Durante unos instantes quedó tan atónito que ni siquiera arrojó aquel objeto incriminatorio en el agujero de memoria. Cuando por fin lo hizo, aunque era consciente del peligro de mostrar demasiado interés, no pudo resistirse a leerlo una vez más, solo para asegurarse de que aquellas palabras estaban realmente allí.

El resto de la mañana se le hizo muy difícil trabajar. Aún peor que tener que concentrar su mente en una serie de tareas engorrosas era la necesidad de ocultar su agitación frente a la telepantalla. Sentía como si ardiera un fuego en su vientre. El almuerzo en la cantina sofocante, atiborrada y ruidosa fue un tormento. Había tenido la esperanza de pasar un rato a solas durante la hora del almuerzo, pero, como por obra de la mala suerte, el imbécil de Parsons tuvo que dejarse caer por allí, con su penetrante tufo a sudor venciendo casi al olor metálico del estofado, y se puso a hablar sin parar sobre los preparativos de la Semana del Odio. Se explayó con particular entusiasmo sobre una réplica de la cabeza del Hermano Mayor en papel maché, de dos metros de ancho, que la tropa de Espías de su hija estaba fabricando para la ocasión. Lo irritante era que, entre el barullo de las voces, Winston apenas podía oír lo que Parsons decía y constantemente tenía que estar pidiéndole que le repitiera sus fatuos comentarios. Solo una vez alcanzó a ver a la muchacha, sentada a

una mesa en el extremo opuesto del salón en compañía de otras dos chicas. Ella pareció no verlo y él no volvió a mirar en su dirección.

La tarde resultó más soportable. Inmediatamente después del almuerzo, llegó un trabajo delicado y difícil que le llevaría varias horas y por el que debería dejar de lado todo lo demás. Consistía en falsificar una serie de informes de producción de hacía dos años para desacreditar a un miembro prominente del Partido Interior sobre el que se cernía una sombra de sospecha. Era la clase de cosas que se le daban bien a Winston y, durante más de dos horas, consiguió apartar por completo de su mente a la muchacha. Luego volvió a surgir el recuerdo de su rostro y con ello un deseo furioso e intolerable de estar solo. Hasta que no se hallase a solas, le sería imposible pensar en aquel nuevo giro de los acontecimientos. Esa noche le tocaba ir al Centro Comunitario. Engulló otra comida insípida en la cantina, se encaminó apresuradamente al Centro, tomó parte en la solemne fantochada de un «grupo de discusión», jugó dos partidas de pimpón, tragó varios vasos de ginebra y asistió durante media hora a una conferencia titulada «El Socing y su relación con el ajedrez». Su alma se retorció de aburrimiento en el asiento pero, por una vez, no sentía el menor impulso de eludir su velada en el Centro. Ante la visión de las palabras *Te quiero*, el deseo de mantenerse con vida había brotado en él, y la mera idea de correr riesgos menores le parecía de pronto estúpida. Solo a partir de las veintitrés horas, ya de vuelta en casa y en la cama —en la oscuridad, donde uno estaba a salvo de la telepantalla siempre y cuando se mantuviese en silencio—, fue capaz de pensar con cierta continuidad.

Lo que había que resolver era un problema físico: cómo ponerse en contacto con la muchacha y concertar un encuentro. Ya no consideraba la posibilidad de que le estuviese tendiendo una trampa. Sabía que no era así por su inconfundible agitación al tenderle la nota. Obviamente estaba muerta de miedo, y no era para menos. A Winston ni siquiera se le cruzó por la cabeza la idea de rechazar sus avances. No hacía ni cinco noches, había considerado la posibilidad de aplastarle el cráneo con un adoquín, pero eso no tenía importancia. Pensó en su cuerpo joven y desnudo, tal como lo había visto en su sueño. La había creído una idiota como todas las demás, con la cabeza repleta de odio y mentiras y el corazón frío. Una especie de fiebre se apoderó de él ante la idea de perderla, ¡de que aquel cuerpo joven y blanco pudiese escabullírsele! Lo que temía, por encima de todo, era que ella cambiara de parecer si él no se ponía en contacto enseguida. Pero la dificultad física de un encuentro era enorme. Era como tratar de mover una pieza en el ajedrez

cuando a uno ya le habían hecho jaque mate. A dondequiera que uno se volviese, había una telepantalla enfrente. De hecho, antes de que hubiesen transcurrido cinco minutos después de leer la nota, ya se le habían ocurrido todas las maneras posibles de comunicarse con ella; ahora que tenía tiempo de pensar, fue repasándolas una por una, como quien despliega sobre una mesa una hilera de herramientas.

El tipo de encuentro que se había producido aquella mañana obviamente no podía repetirse. Si ella hubiese trabajado en el Departamento de Registros, habría resultado comparativamente sencillo, pero Winston solo tenía una vaga idea de la ubicación del Departamento de Ficción dentro del edificio y no tenía ningún pretexto para ir. Si supiese dónde vivía y a qué hora salía de trabajar, podría ingeniárselas para encontrarse con ella en algún lugar de camino a su casa, pero tratar de seguirla no era seguro, pues eso implicaba quedarse merodeando alrededor del Ministerio, lo cual sin duda no pasaría inadvertido. En cuanto a enviarle una carta por correo, era impensable. De forma rutinaria, y ni siquiera en secreto, todas las cartas se abrían en tránsito. De hecho, pocas personas escribían cartas alguna vez. Para los mensajes que fuera necesario enviar, había tarjetas postales ya impresas con largas listas de frases para que uno tachara las que no venían al caso. De todas formas, desconocía el nombre de la muchacha, por no hablar de su dirección. Finalmente decidió que el lugar más seguro era la cantina. Si podía encontrarla sola en una mesa hacia el centro del salón, no demasiado cerca de las telepantallas y con suficiente ruido de conversaciones a su alrededor... y si esas condiciones durasen, digamos, unos treinta segundos, quizás podría intercambiar algunas palabras con ella.

Durante toda una semana su vida fue como un largo sueño agitado. Al día siguiente, ella no apareció por la cantina hasta el momento en que él ya se marchaba, después de que sonase la sirena. Posiblemente la habían pasado a un turno posterior. Se cruzaron sin intercambiar ni una mirada. Un día después, ella estaba en la cantina a la hora habitual, pero con otras tres chicas y en la inmediata cercanía de una telepantalla. Luego, durante tres atroces días, ni siquiera apareció. Una vulnerabilidad insoportable, una especie de transparencia, afligía por entero el cuerpo y la mente de Winston, transformando en agonía cada movimiento, cada sonido, cada contacto, cada palabra que pronunciaba o escuchaba. Ni siquiera en sueños lograba escapar completamente a la imagen de ella. Durante aquellos días no tocó su diario. Si encontraba algún alivio, era en su trabajo, inmerso en el cual a veces podía olvidarse de sí mismo durante diez minutos seguidos. No tenía la menor idea

de qué podía haberle sucedido a la muchacha. No había nada que pudiese hacer para averiguarlo. Podían haberla vaporizado, podía haberse suicidado, podía haber sido transferida al confín más remoto de Oceanía. Y, lo más probable y lo peor de todo, podía haber cambiado de idea y haber decidido evitar a Winston.

Al día siguiente reapareció. Ya no llevaba el brazo en cabestrillo y tenía la muñeca envuelta en una venda adhesiva. El alivio de verla fue tan grande que no pudo resistirse a mirarla de manera directa durante varios segundos. Un día después, estuvo a punto de conseguir hablar con ella. Cuando él entró en la cantina, estaba sentada a una mesa bastante apartada de la pared y se encontraba sola. Era temprano y no había mucha gente en el lugar. La cola se fue acercando despacio hasta que Winston quedó casi delante del mostrador; luego estuvo inmovilizado unos dos minutos porque alguien más adelante se quejaba de no haber recibido su pastilla de sacarina. Pero, cuando Winston se hizo con su bandeja y emprendió el camino hacia su mesa, la muchacha seguía sola. Avanzó aparentando normalidad, como si buscara con la mirada un sitio en alguna mesa un poco más lejos. Ella estaba a unos tres metros. Un par de segundos más habrían bastado. Entonces oyó una voz a su espalda: «¡Smith!». Fingió no haberla oído. «¡Smith!», repitió más alto la voz. Era inútil. Se dio la vuelta. Un joven de cabello rubio y cara de imbécil, de nombre Wilsher y a quien él apenas conocía, lo estaba invitando con una sonrisa a ocupar un puesto libre en su mesa. No era prudente negarse. Después de haber sido reconocido, no podía ir a sentarse a una mesa con una muchacha sola. Llamaría demasiado la atención. Tomó asiento con una sonrisa amigable. El semblante estúpido y rubio se la devolvió, radiante. Winston tuvo una alucinación de sí mismo incrustando un azadón en mitad de aquel rostro. Minutos después, la mesa de la muchacha se había llenado.

Pero ella debía de haberlo visto ir en su dirección, y quizás habría captado la señal. Al día siguiente se aseguró de llegar temprano. Como era de esperar, ella estaba sentada a una mesa más o menos en el mismo lugar y, una vez más, sola. La persona inmediatamente delante de él en la cola era un hombre pequeño, de movimientos rápidos y aspecto escarabajil, con una cara achatada y ojos diminutos y suspicaces. Cuando Winston se apartó del mostrador con su bandeja, vio que el hombrecillo iba derecho hacia la mesa de la muchacha. Sus esperanzas volvieron a derrumbarse. Había un lugar vacante en una mesa un poco más alejada, pero algo en la apariencia del hombrecillo sugería que se preocupaba lo bastante por su propio confort como para elegir la mesa más vacía. Winston lo siguió con el corazón en un puño. Todo sería inútil si no

lograba estar frente a ella sin nadie cerca. En ese momento se produjo un tremendo estrépito. El hombrecillo se encontraba de pronto a cuatro patas, su bandeja había salido volando y dos regueros de sopa y café corrían por el suelo. Se puso de pie mirando maliciosamente a Winston, de quien al parecer sospechaba que le había puesto una zancadilla. Pero todo acabó bien. Cinco segundos después, con el corazón a todo galope, Winston estaba sentado a la mesa de la muchacha.

No alzó la mirada hacia ella. Sacó las cosas de su bandeja y empezó a comer sin demora. Era de suma importancia hablarle enseguida, antes de que viniese alguien, pero un miedo terrible lo tenía atenazado.

Había transcurrido una semana desde que ella se le había acercado. Seguro que había cambiado de idea, ¡tenía que haber cambiado de idea! Era imposible que aquel asunto terminase bien; aquello no pasaba en la vida real. Winston se habría echado completamente atrás y habría renunciado a hablarle si en ese momento no hubiese visto a Ampleforth, el poeta de las orejas peludas, que merodeaba lánguidamente por el salón con una bandeja buscando un lugar donde sentarse. Ampleforth, a su manera imprecisa, le tenía aprecio a Winston y sin duda se sentaría a su mesa si llegaba a divisarlo. Tenía quizás menos de un minuto para actuar. Tanto Winston como la muchacha comían sin pausa. Lo que comían era un guiso de alubias aguado, en realidad una sopa. Winston empezó a hablar en un murmullo. Ninguno de los dos alzó la mirada; ambos se llevaban a la boca incesantes cucharadas de aquella cosa aguanosa y, entre una y otra, intercambiaron las palabras necesarias en voz baja e inexpresiva.

—¿A qué horas sales del trabajo?

—Dieciocho treinta.

—¿Dónde podemos vernos?

—Plaza de la Victoria, cerca del monumento.

—Allí está lleno de telepantallas.

—En medio de una multitud eso no importa.

—¿Alguna seña?

—No. No vengas hacia mí hasta que me veas rodeada de mucha gente. Y no me mires. Tan solo mantente cerca.

—¿A qué hora?

—Diecinueve horas.

—De acuerdo.

Ampleforth no había visto a Winston y se sentó en otra mesa. Ella y él no volvieron a hablarse y, en la medida en que era posible para dos personas

sentadas en lados opuestos de una misma mesa, no se miraron el uno al otro. La muchacha terminó rápidamente su almuerzo y se marchó; Winston, en cambio, se quedó a fumar un cigarrillo.

Llegó a la Plaza de la Victoria antes de la hora convenida. Se puso a deambular en torno a la base de la enorme columna estriada desde cuya cima la estatua del Hermano Mayor contemplaba los cielos del sur, allá donde había derrotado a los aviones eurásianos (unos pocos años atrás eran los de Estasia) en la Batalla de la Franja Aérea Uno. En la calle frente al monumento había una estatua de un hombre a caballo que supuestamente representaba a Oliver Cromwell. Cinco minutos después de la hora, la muchacha seguía sin aparecer. Una vez más se apoderó de Winston aquel miedo terrible. ¡Ella no vendría, había cambiado de parecer! Caminó lentamente hacia el lado norte de la plaza y extrajo un pálido placer de identificar la iglesia de St. Martin, cuyas campanas, en la época en que tenía campanas, tañían «Tú me debes tres fártings». Entonces vio a la muchacha sentada en la base del monumento, leyendo o fingiendo leer un cartel que ascendía en espiral por la columna. No era prudente ir hacia ella hasta que se hubiese congregado más gente. Había telepantallas alrededor del pedestal. Pero en ese momento estalló un griterío y se oyó el zumbido de unos vehículos pesados que se acercaban desde alguna parte a la izquierda de la plaza. De repente todo el mundo se puso a correr por la plaza. La muchacha rodeó ágilmente los leones de la base del monumento y se unió a la estampida. Winston la siguió. Mientras corría, dedujo por los gritos que un convoy de prisioneros eurásianos estaba a punto de pasar.

Una densa marea de gente ya bloqueaba el lado sur de la plaza. Winston, que en circunstancias normales era de esa clase de personas que tiende a escabullirse de cualquier escaramuza, empujó, embistió y se retorció hasta el corazón de la multitud. Muy pronto tuvo a la muchacha a menos de un brazo de distancia, pero le bloqueaban el paso un gigantesco proleta y una mujer no menos enorme, presumiblemente su esposa, los cuales formaban una muralla de carne impenetrable. Winston se encajó de costado y, con una embestida violenta, consiguió incrustar su hombro entre los dos. Por un momento, sintió como si le estuviesen triturando las entrañas entre aquellas caderas musculosas, hasta que por fin logró pasar al otro lado, un poco sudoroso. Ya estaba junto a la muchacha. Los dos, hombro con hombro, miraban fijamente hacia adelante.



Por la calle pasaba lentamente una larga hilera de camiones, con guardias de rostros de piedra apostados en cada esquina armados con sus metralletas. En cada camión se hacinaban, acucillados, pequeños hombres amarillos vestidos con uniformes gastados y grises. Sus tristes rostros mongólicos miraban fijamente por encima de los lados de los camiones, sin la menor curiosidad. Ocasionalmente, cuando un camión se daba un bandazo, se oía un *clank-clank* de metales: todos los prisioneros llevaban grilletes. Cargamento tras cargamento, iban pasando aquellos rostros tristes. Winston sabía que estaban allí, pero los veía solo de forma intermitente. El hombro y el brazo derecho de la muchacha, hasta la altura del codo, estaban apretados contra el brazo de Winston. Tenía su mejilla lo bastante cerca como para sentir su calor. Ella había tomado inmediatamente el control de la situación, como había hecho en la cantina. Comenzó a hablar con la misma voz inexpresiva de entonces, casi sin mover los labios, apenas un susurro que el barullo de las voces y el estruendo de los camiones ahogaban fácilmente.

—¿Me oyes?

—Sí.

—¿Puedes tomarte libre el domingo por la tarde?

—Sí.

—Entonces escucha con atención. Tendrás que memorizarlo. Ve a la estación de Paddington...

Con una especie de precisión militar que lo dejó asombrado, le trazó la ruta que debía seguir. Un viaje de media hora en tren; girar a la izquierda al salir de la estación; dos kilómetros a pie por la carretera; un portón al que le faltaba la barra superior; un sendero que atravesaba un prado; un camino invadido por las hierbas; una huella entre los arbustos; un árbol seco cubierto de musgo. Era como si llevara un mapa en la cabeza.

—¿Te acordarás de todo? —murmuró por último.

—Sí.

—Giras a la izquierda, luego a la derecha y de nuevo a la izquierda. Y recuerda que al portón le falta la barra superior.

—Sí. ¿A qué hora?

—Como a las quince. Puede que tengas que esperar. Yo llegaré por otro camino. ¿Seguro que te acordarás de todo?

—Sí.

—Entonces aléjate de mí lo más rápido que puedas.

No hacía falta que se lo dijera. Pero por el momento no había forma de zafarse de la multitud. Los camiones seguían pasando uno tras otro, la gente

seguía mirando boquiabierta. La emoción preponderante era de simple curiosidad. Aquellos extranjeros, ya fuesen de Eurasia o de Estasia, eran como animales extraños. Uno literalmente nunca los veía excepto como prisioneros y, aun así, jamás se llegaba a tener de ellos más que un vislumbre momentáneo. Tampoco llegaba uno a enterarse de la suerte que corrían. Aparte de un puñado de ellos que terminaban ahorcados como criminales de guerra, los demás simplemente se esfumaban, presumiblemente en campos de trabajos forzados. Los rostros redondos de los mongoloides habían dado paso a rostros de un tipo más europeo, sucios, barbudos, exhaustos. Desde lo alto de pómulos hirsutos, aquellos ojos se posaban por un instante en los de Winston, a veces con extraña intensidad, y volvían a hundirse en la nada. El convoy estaba tocando a su fin. En el último camión vio a un anciano —su rostro era una masa de pelo gris— que se mantenía de pie, bien erguido, con las muñecas cruzadas delante, como si estuviese habituado a tenerlas encadenadas. Ya casi era hora de que Winston y la chica se separaran. Pero en el último instante, cuando la muchedumbre aún los mantenía unidos, la mano de ella buscó la suya y la apretó brevemente.

No duró ni diez segundos y, sin embargo, le pareció que sus manos estuvieron entrelazadas largamente. Tuvo tiempo para aprender cada detalle de su mano. Exploró sus largos dedos, sus uñas bien recortadas, la palma curtida por el trabajo, con su hilera de callos, la carne suave debajo de la muñeca. Solo con palparla habría podido describir su aspecto. En ese mismo instante se le ocurrió que no sabía de qué color eran sus ojos. Probablemente castaños, aunque también hay gente de pelo negro con los ojos azules. Girar la cabeza y mirarla habría sido algo inconcebiblemente insensato. Con las manos entrelazadas, invisibles entre la presión de los cuerpos, miraban fijamente al frente y, en lugar de los ojos de la muchacha, eran los ojos del anciano prisionero los que miraban a Winston tristemente por entre la maraña de sus cabellos.



II

Winston avanzaba cuidadosamente por el camino jaspeado de luces y sombras, pisando charcos de oro allí donde se abría un claro entre las ramas. A su izquierda, bajo los árboles, el suelo estaba empañado de jacintos silvestres. El aire parecía besarle a uno la piel. Era el segundo día de mayo. Desde algún lugar en lo profundo del corazón del bosque, llegaba el arrullo monótono de las tórtolas.

Había llegado un poco temprano. El viaje había transcurrido sin dificultad, y era tan evidente que la muchacha tenía experiencia que Winston se sintió menos atemorizado de lo que normalmente habría estado. Podía confiar en ella para encontrar un lugar seguro. Por regla general, no había que asumir que el campo era más seguro que Londres. Allí no había telepantallas, por supuesto, pero siempre existía el peligro de los micrófonos ocultos con los que podían captar la voz de uno y reconocerla; además, no era fácil salir de viaje en solitario sin llamar la atención. Para distancias de menos de cien kilómetros no había necesidad de hacerse sellar el pasaporte; pero a veces había patrullas esperando en las proximidades de las estaciones de tren que examinaban los papeles de todos los miembros del Partido que encontraban y hacían preguntas incómodas. En todo caso, ninguna patrulla se había cruzado en su camino y, al alejarse de la estación, se había asegurado, mediante cautelosas miradas atrás, de que nadie lo seguía. El tren iba lleno de proleas con ánimo festivo debido al tiempo veraniego. El vagón de asientos de madera en el que viajó estaba completamente ocupado por una única y enorme familia, desde la bisabuela desdentada hasta un bebé de un mes, que se dirigía a pasar una tarde de campo con unos parientes políticos y, como le explicaron a Winston en un alarde de franqueza, a conseguir un poco de mantequilla en el mercado negro.

El camino por el que iba se ensanchó, y en apenas un minuto llegó al sendero del que le había hablado la muchacha, una mera huella de ganado que

se hundía entre el sotobosque. No llevaba reloj, pero aún no podían ser las quince. El suelo bajo sus pies estaba tan densamente poblado de jacintos que era imposible no pisarlos. Se arrodilló y se puso a recoger algunos, en parte para pasar el tiempo, pero también movido por la vaga idea de que tal vez querría tener un ramo de flores para ofrecer a la muchacha cuando se encontraran. Había reunido un ramo grande y estaba oliendo su tenue perfume dulzón, cuando un sonido a sus espaldas lo paralizó: era el inconfundible crujido de ramitas bajo unas botas. Continuó recogiendo jacintos. Era lo mejor que podía hacer. Tal vez era la muchacha, pero también podía ser que lo hubiesen seguido, después de todo. Darse la vuelta sería un signo de culpabilidad. Recogió otra flor, y otra más. Una mano se apoyó ligeramente sobre su hombro.

Alzó la vista. Era ella. Negó con la cabeza, evidentemente como señal de que no debía hablar; luego apartó la maleza y abrió velozmente la marcha a través de una estrecha senda en el bosque. Era obvio que ya había estado allí, pues esquivaba los tramos cenagosos como si estuviera acostumbrada. Winston la seguía sin soltar su ramo de flores. Su primer sentimiento fue de alivio, pero al observar el cuerpo fuerte y delgado que se movía ante él, con la faja escarlata apenas lo bastante ajustada para acentuar la curva de sus caderas, su propio sentido de inferioridad cayó pesadamente sobre él. Incluso ahora, le parecía muy probable que, en cuanto ella se diese la vuelta y lo mirase, se echaría atrás, después de todo. La dulzura del aire y el verdor de las hojas lo intimidaban. Ya en el camino desde la estación, el resplandeciente sol de mayo lo había hecho sentirse sucio y descolorido, una criatura de interiores, con el polvo de hollín de Londres metido en los poros de la piel. Se le ocurrió pensar que, hasta aquel momento, ella nunca lo había visto a la luz del día, al aire libre. Llegaron al árbol caído que ella había mencionado. La muchacha saltó por encima y separó los arbustos en un lugar donde no parecía haber ninguna abertura. Cuando Winston la siguió, descubrió que se hallaban en un claro natural, una pequeña loma cubierta de hierba y rodeada por altos árboles jóvenes que la aislaban por completo. La muchacha se detuvo y se volvió hacia él.

—Aquí estamos —dijo.

Estaban frente a frente, a pocos pasos de distancia. Aun así, él no se atrevía a acercarse más.

—No he querido decir nada durante el camino —prosiguió ella— por si acaso había algún micro escondido por ahí. No digo que los haya, pero podría

haberlos. Siempre existe la posibilidad de que uno de esos cerdos te reconozca la voz. Aquí estamos a salvo.

Él seguía sin tener el coraje de acercarse.

—¿Estamos a salvo? —repitió estúpidamente.

—Sí. Mira esos árboles.

Eran pequeños fresnos que en algún momento habían sido talados y habían vuelto a brotar como un bosque de pértigas, ninguna de ellas más gruesa que la muñeca de un hombre.

—No hay nada lo bastante grande como para esconder un micro. Además, yo ya he estado en este lugar.

Solo se estaban dando conversación el uno al otro. Winston había logrado acercarse un poco. Ella estaba de pie frente a él, muy erguida, con una sonrisa en la cara que parecía levemente irónica, como si se preguntara por qué él tardaba tanto en actuar. Los jacintos habían caído al suelo en cascada. Parecían haberse dejado caer por su propia voluntad. La tomó de la mano.

—¿Puedes creer —dijo— que hasta este momento no sabía de qué color eran tus ojos? —Eran castaños, advirtió, un matiz de castaño más bien claro, con pestañas oscuras—. Ahora que has visto cómo es mi aspecto en realidad, ¿todavía puedes soportar mirarme?

—Claro que sí.

—Tengo treinta y nueve años. Tengo una esposa de la que no puedo deshacerme. Tengo venas varicosas. Tengo cinco dientes postizos.

—No me importa lo más mínimo —dijo la muchacha.

Al momento siguiente, era difícil decir por obra de quién, la tenía entre los brazos. Al principio no sintió nada excepto pura incredulidad. Aquel cuerpo joven se apretaba contra el suyo, con la masa de pelo negro contra su cara, ¡y sí!, ella reclinó hacia atrás la cabeza y él besó la boca ancha y roja. Ella le rodeaba el cuello con los brazos, lo llamaba cariño, tesoro, mi amor. La tendió suavemente sobre el suelo. Ella no oponía la menor resistencia, podía hacer con ella lo que quisiera.

Pero la verdad era que no tenía ninguna sensación física, a excepción de la del mero contacto. Tan solo sentía incredulidad y orgullo.

Se alegraba de que aquello estuviera sucediendo, pero no experimentaba deseo físico. Aún era muy pronto, su juventud y su belleza lo asustaban, estaba demasiado acostumbrado a vivir sin mujeres... no sabía por qué razón. La muchacha se incorporó y se quitó un jacinto del pelo. Se sentó bien pegada a su cuerpo y le rodeó la cintura con un brazo.

—No te preocupes. No hay ninguna prisa. Tenemos toda la tarde. ¿No es un escondite espléndido? Lo encontré una vez que me perdí en una excursión comunitaria. Si alguien se acercara, podríamos oírlo a cien metros de distancia.

—¿Cómo te llamas? —dijo Winston.

—Julia. Yo sé tu nombre. Es Winston... Winston Smith.

—¿Cómo lo averiguaste?

—Espero ser mejor que tú para averiguar cosas, querido. Dime, ¿qué pensabas de mí antes del día en que te entregué la nota?

No sentía el menor deseo de mentirle. Pensó, incluso, que comenzar por decirle lo peor era una especie de ofrenda de amor.

—Odiaba la mera visión de tu rostro —dijo—. Quería violarte y después asesinarte. Hace dos semanas pensé seriamente en hundirte el cráneo con un adoquín. Si quieres que te diga la verdad, imaginaba que tenías algo que ver con la Policía del Pensamiento.

La muchacha se echó a reír, encantada. Obviamente tomaba aquello como un tributo a la excelencia de su disimulo.

—¡Oh, no, la Policía del Pensamiento! ¿No lo habrás creído de verdad?

—Bueno, tal vez no exactamente. Pero a juzgar por tu apariencia general... simplemente porque eres joven, fresca y saludable, ya me entiendes... Pensé que probablemente...

—Pensaste que era un buen miembro del Partido. Pura de palabra y de acción. Pancartas, desfiles, eslóganes, juegos, excursiones comunitarias... toda esa basura. ¿Y pensaste que, de tener la más mínima oportunidad, te denunciaría como ideocriminal y haría que te matasen?

—Sí, algo por el estilo. Hay muchas jóvenes que son así, ya lo sabes.

—Es por culpa de esta mierda —dijo ella, arrancándose la faja roja de la Liga de Jóvenes Antisexo y arrojándola sobre una rama.

Luego, como si tocar su propia cintura le hubiese recordado algo, metió la mano en el bolsillo de su mono de trabajo y sacó una pequeña tableta de chocolate. La partió en dos y le dio a Winston uno de los pedazos. Antes incluso de tenerla en la mano, Winston supo por su aroma que era un chocolate poco corriente. Era oscuro y brillante y estaba envuelto en papel plateado. Normalmente el chocolate era una cosa de color marrón apagado, de consistencia frágil, que sabía —si es que era posible describir su sabor— a humo de basura incinerada. Pero él ya había probado alguna vez un chocolate como el que ella le dio. Tan pronto como sintió su aroma se había agitado en

él un recuerdo que no alcanzaba a definir pero que era poderoso y perturbador.

—¿Dónde has conseguido esto? —dijo.

—En el mercado negro —dijo ella con indiferencia—. En realidad, sí que soy de esa clase de chicas, pero por fuera. Se me dan bien los deportes. Solía ser líder de tropa en los Espías. Tres veces a la semana trabajo como voluntaria para la Liga de Jóvenes Antisexo. He pasado horas y horas pegando su maldita mierda por todo Londres. Siempre llevo un extremo de la pancarta en los desfiles. Siempre tengo aspecto alegre y nunca eludo una tarea. Tú grita siempre con la multitud, eso digo yo. Es la única manera de estar a salvo.

El primer fragmento de chocolate se le había fundido sobre la lengua de Winston. El sabor era delicioso. Pero aún persistía aquel recuerdo que se agitaba en los límites de su consciencia, algo que había sentido intensamente pero que no se dejaba reducir a una forma definida, como un objeto visto con el rabillo del ojo. Lo apartó de sí, con la sola certeza de que era el recuerdo de alguna acción pasada que habría querido deshacer pero ya no podía.

—Eres muy joven —dijo—. Te llevo diez o quince años. ¿Qué pudo atraerte en un hombre como yo?

—Fue algo en tu rostro. Pensé que podía correr el riesgo. Soy buena detectando a las personas que no acaban de encajar. En cuanto te vi, supe que estabas en contra de ellos.

Ellos, al parecer, eran el Partido y, sobre todo el Partido Interior, a cuyos miembros ella se refería con un odio burlón que hacía sentir incómodo a Winston, aun sabiendo que en ningún otro lugar podían estar tan seguros como allí. Una cosa que lo llenaba de asombro era su modo grosero de hablar. Se suponía que los miembros del Partido no decían palabras soeces, y el propio Winston rara vez las decía, al menos en voz alta. Julia, sin embargo, parecía incapaz de mencionar al Partido, y especialmente al Partido Interior, sin utilizar la clase de palabras que uno podía ver escritas con tiza en algún callejón mugriento. Aquello no le desagradaba. Era tan solo un síntoma de la revuelta de la joven contra el Partido y contra todos sus dictados y, en cierto modo, le pareció saludable y natural, como el estornudo de un caballo al oler heno podrido. Se habían alejado del claro y vagaban de nuevo a través de la sombra jaspeada, cada uno rodeando con su brazo la cintura del otro cuando el espacio entre los árboles era lo bastante ancho. La cintura de Julia se sentía mucho más suave desde que se había desembarazado de la faja. Ahora solo

hablaban en murmullos. Más allá del claro, dijo Julia, era mejor ir en silencio. Habían llegado al linde del pequeño bosque. Ella lo detuvo.

—No salgas al espacio abierto. Podría haber alguien vigilando. Estaremos bien si nos mantenemos detrás de los árboles.

Se habían detenido a la sombra de unos avellanos. La luz del sol, filtrada a través de innumerables hojas, todavía calentaba sus rostros. Winston dirigió la mirada hacia el prado que se abría más allá y experimentó una lenta y extraña sacudida de reconocimiento. Él ya había visto aquel lugar. Un viejo pastizal, con la hierba mordisqueada, atravesado por un sendero serpenteante y con alguna que otra topera asomando aquí y allá. En el desigual seto vivo del lado opuesto, las ramas de los olmos se balanceaban bajo la brisa de forma apenas perceptible; sus hojas se agitaban apenas, en masas densas como los cabellos de una mujer. ¿Habría quizás por allí cerca, aunque fuera del alcance de la vista, un arroyo con remansos verdes en los que nadaran los albueros?

—¿Hay un arroyo por aquí cerca? —susurró.

—Pues sí, hay un arroyo. De hecho, está en el borde del prado siguiente. Hay peces bien grandes. Los puedes ver nadar en los remansos bajo los sauces, ondeando la cola.

—Es el País Dorado... casi —murmuró él.

—¿El País Dorado?

—No es nada, en realidad. Un paisaje que he visto a veces en sueños...

—¡Mira! —susurró Julia.

Sobre una rama, a menos de cinco metros de ellos, se había posado un zorzal, casi a la altura de sus ojos. Quizás no los había visto. Estaba al sol y ellos en la sombra. Desplegó las alas, volvió a cerrarlas colocándolas con cuidado en su lugar, luego inclinó un instante la cabeza, como haciendo una especie de reverencia al sol, y se puso a verter su canto a raudales. En el silencio del atardecer, el sonido tenía un volumen llamativo. Winston y Julia lo escuchaban abrazados, fascinados. La música siguió y siguió, minuto a minuto, con asombrosas variaciones, sin repetirse ni una sola vez, casi como si el pájaro estuviese haciendo alarde deliberado de su virtuosismo. A veces se detenía unos segundos, desplegaba las alas y volvía a plegarlas, luego hinchaba su pecho moteado y rompía a cantar otra vez. Winston lo contemplaba con una especie de vaga veneración. ¿Para quién, para qué cantaba aquel pájaro? Ninguna hembra, ningún rival lo estaba observando. ¿Qué lo llevaba a posarse en el linde del bosque solitario y verter su música en la nada? Se preguntó si no habría de todos modos un micrófono oculto por allí cerca. Julia y él solo habían hablado en ligeros murmullos, por lo que el

micrófono no captaría lo que decían, pero sí captaría al zorzal. Tal vez al otro extremo del dispositivo había un hombrecillo escarabajil que escuchaba atentamente... *aquello*. Poco a poco, sin embargo, aquel torrente de música fue lavando su mente de especulaciones. Era como si una especie de sustancia líquida se derramase sobre él y se mezclase con la luz del sol filtrada a través de las hojas. Dejó de pensar y se limitó a sentir. La cintura de la muchacha en la curva de su brazo era suave y tibia. Tiró de ella hacia él hasta que quedaron pecho contra pecho. El cuerpo de ella parecía fundirse en el suyo. Dondequiera que posaba las manos, todo cedía como si fuera agua. Sus bocas se unieron; fue muy diferente de los duros besos que se habían dado antes. Cuando sus rostros volvieron a separarse, ambos dieron profundos suspiros. El pájaro se asustó y alzó el vuelo con un repiquetear de alas.

Winston aproximó los labios a uno de sus oídos.

—Ahora —susurró.

—Aquí no —respondió ella—. Volvamos al escondite. Es más seguro.

Rápidamente, con algún ocasional crujir de ramitas, se abrieron paso de vuelta hasta el claro. Una vez dentro del círculo de árboles jóvenes, ella se dio la vuelta otra vez hacia él. Los dos respiraban agitadamente, pero la sonrisa había reaparecido en las comisuras de los labios de la muchacha. Se quedó mirándolo por un instante, luego buscó la cremallera de su mono. ¡Y sí!, fue casi como en su sueño. Casi tan rápido como lo había imaginado, ella se quitó la ropa y, cuando la arrojó a un lado, fue con aquel mismo gesto magnífico mediante el cual toda una civilización parecía quedar aniquilada. Su cuerpo resplandecía de blancura a la luz del sol. Pero por un momento él no miró su cuerpo; sus ojos estaban fijos en el rostro pecoso, con su sonrisa atrevida y sutil. Se arrodilló frente a ella y tomó sus manos entre las suyas.

—¿Habías hecho esto antes?

—Por supuesto. Cientos de veces... bueno, al menos decenas de veces.

—¿Con miembros del Partido?

—Sí, siempre con miembros del Partido.

—¿Con miembros del Partido Interior?

—No, con esos cerdos no. Aunque muchos de ellos lo *harían* si tuvieran la más mínima ocasión. No son tan santos como aparentan.

El corazón se le puso a dar saltos dentro del pecho. Ella lo había hecho decenas de veces, y él habría querido que fueran cientos... miles. Cualquier cosa que insinuara corrupción lo llenaba siempre de una loca esperanza. Quién sabe, tal vez, bajo la superficie, el Partido estaba podrido y su culto a la perseverancia y la abnegación no era más que una farsa para ocultar la

iniquidad. Si hubiese podido infectarlos a todos con la lepra o la sífilis, ¡con cuánta alegría lo habría hecho! ¡Cualquier cosa que los pudriera, los debilitara, los socavara! Tiró de ella hacia abajo hasta que los dos quedaron de rodillas, cara a cara.

—Escucha. Cuantos más hombres hayas tenido, más te amo yo. ¿Lo entiendes?

—Sí, perfectamente.

—¡Odio la pureza, odio la bondad! No quiero que exista virtud en ninguna parte. ¡Quiero que todo el mundo esté corrompido hasta los huesos!

—Bueno, pues en ese caso vamos a congeniar. Yo estoy corrompida hasta los huesos.

—¿Te gusta hacer esto? No me refiero solamente a mí, me refiero a la cosa en sí.

—Me encanta.

Eso era, más que nada en el mundo, lo que quería oír. No solo el amor de una persona, sino el instinto animal, el simple deseo indiferenciado: esa era la fuerza que destrozaría al Partido. La tumbó sobre la hierba, entre los jacintos caídos. Esta vez no hubo ninguna dificultad. Pronto sus respiraciones volvieron a ser regulares y sus cuerpos se separaron con una especie de dulce abandono. El sol parecía calentar más. Los dos se sentían soñolientos. Winston buscó el mono que ella se había quitado y lo extendió a medias sobre su cuerpo. Casi de inmediato se abandonaron al sueño y durmieron durante alrededor de media hora.

Winston fue el primero en despertar. Se sentó y observó la cara cubierta de pecas, todavía sumida en un sueño apacible, la cabeza apoyada en la palma de una mano. Excepto por la boca, no se podía decir que fuese hermosa. Si uno se fijaba bien, tenía una línea o dos alrededor de los ojos. El pelo negro y corto era extraordinariamente espeso y suave. Pensó que aún no sabía su apellido ni dónde vivía.

El cuerpo joven y fuerte, ahora indefenso en el sueño, le despertó un sentimiento compasivo y protector. Hizo a un lado el mono y examinó su costado blanco y suave. En los viejos tiempos, pensó, un hombre miraba el cuerpo de una muchacha y veía que era deseable, fin de la historia. Pero hoy en día no se podía tener puro amor ni puro deseo. Ninguna emoción era pura porque todo estaba mezclado con miedo y con odio. Aquella unión de sus cuerpos había sido una batalla; el clímax, una victoria. Había sido un puñetazo asestado al Partido. Había sido un acto político.



III

—Podemos volver aquí una vez más —dijo Julia—. Por lo general es seguro usar dos veces un escondite. Pero no durante un mes o dos, por supuesto.

Su actitud había cambiado desde el momento en que despertó. Se tornó alerta y eficiente, se puso la ropa, ató la faja escarlata alrededor de su cintura y comenzó a organizar los detalles del viaje de vuelta. Resultaba natural dejarlo todo en sus manos. Evidentemente era dueña de una astucia práctica de la que Winston carecía, y también parecía poseer un conocimiento exhaustivo de los campos que rodeaban Londres, acumulado gracias a innumerables excursiones comunitarias. La ruta que le indicó seguir, completamente distinta de aquella por la que había llegado, conducía a una estación de trenes diferente.

—Nunca regreses por el mismo camino por el que llegaste —dijo como si enunciara un importante principio general.

Ella partiría primero y Winston debía esperar media hora antes de seguirla.

Había mencionado un lugar donde podrían encontrarse cuatro noches más tarde, después del trabajo. Era una calle en uno de los barrios más pobres, donde había un mercado al aire libre, por lo general concurrido y ruidoso. Ella estaría por los puestos, fingiendo buscar cordones de zapatos o hilo de coser. Si juzgaba que no había moros en la costa, se sonaría la nariz cuando lo viera acercarse; de lo contrario, Winston debía pasar de largo sin dar señales de reconocerla. Con un poco de suerte, podrían conversar sin peligro durante un cuarto de hora en medio del gentío y acordar un nuevo encuentro.

—Debo irme ya —dijo en cuanto él hubo memorizado sus instrucciones—. Tengo que estar de vuelta a las diecinueve treinta. Voy a dedicar dos horas a la Liga de Jóvenes Antisexo, repartir folletos o algo así. ¿No es una mierda? Sacúdeme un poco la ropa. ¿No tengo ramitas en el pelo? ¿Seguro? Entonces adiós, amor, ¡adiós!

Se echó en sus brazos, lo besó casi con violencia y, un momento después, se abrió paso entre los árboles jóvenes y desapareció en el interior del bosque sin hacer apenas ruido. Winston seguía sin saber su apellido ni su dirección. Pero eso daba igual, pues era inconcebible que alguna vez pudieran encontrarse en el interior de una casa o intercambiar cualquier clase de comunicación escrita.

Lo cierto es que nunca más regresaron al claro del bosque. Durante el mes de mayo solo hubo una ocasión en la que consiguieron hacer el amor. Fue en otro escondite conocido de Julia, el campanario de una iglesia en ruinas situado en medio de una extensión de campo casi desierta donde treinta años antes había caído una bomba atómica. Era un buen escondite una vez allí, pero el camino era muy peligroso. Aparte de eso, solo pudieron encontrarse en la calle, cada noche en un lugar diferente, y nunca por más de media hora. En la calle generalmente podían hablar, si se lo podía llamar así. Mientras andaban sin rumbo por aceras colmadas de gente, no del todo a la par y sin mirarse jamás el uno al otro, solían mantener una curiosa conversación intermitente como los destellos de un faro, súbitamente acallada por un uniforme del Partido que se aproximaba o por la cercanía de una telepantalla, retomada minutos más tarde en mitad de una frase, dejada nuevamente en suspenso al separarse en el lugar convenido, para continuarla al día siguiente sin apenas preámbulo. Julia parecía estar bastante acostumbrada a esta clase de conversaciones, que ella llamaba «hablar a plazos». Tenía también una sorprendente capacidad para hablar sin mover los labios. Solo una vez en todo un mes de encuentros nocturnos se las arreglaron para intercambiar un beso. Iban en silencio por una calle lateral (Julia jamás hablaba si estaban lejos de las calles principales) y de pronto se produjo un estruendo ensordecedor, tembló la tierra y el aire se oscureció. Winston se encontró tendido sobre un costado, magullado y despavorido. Un cohete bomba debía de haber caído bastante cerca. De pronto tomó consciencia de la cara de Julia, a pocos centímetros de la suya, con una palidez de sepulcro, blanca como la tiza. Incluso sus labios habían perdido el color.

¡Estaba muerta! La estrechó contra sí y se dio cuenta de que estaba besando un rostro cálido y vivo. Pero algo polvoriento se interponía entre los labios de ambos: sus rostros estaban cubiertos por una gruesa capa de yeso.

Había noches en que llegaban al lugar de la cita y tenían que pasar de largo sin hacerse el más mínimo gesto, porque una patrulla acababa de doblar la esquina o un helicóptero sobrevolaba sus cabezas. Incluso si hubiese sido menos peligroso, les habría resultado difícil hallar la ocasión de encontrarse.

La semana laboral de Winston era de sesenta horas y la de Julia, aún más larga; además, sus días libres variaban según la cantidad de trabajo y no coincidían con frecuencia. En todo caso, era raro que Julia tuviese toda una tarde libre. Empleaba una asombrosa cantidad de tiempo en asistir a conferencias y manifestaciones, distribuir material para la Liga de Jóvenes Antisexo o preparar pancartas para la Semana del Odio, en hacer colectas para las campañas de ahorro y en otras actividades por el estilo. Valía la pena, decía; era camuflaje. Si respetabas las reglas pequeñas, podías quebrantar las grandes. Incluso convenció a Winston de que sacrificase otra de sus noches y se apuntase para fabricar munición a tiempo parcial, un trabajo que los miembros más fervientes del Partido realizaban de forma voluntaria. De este modo, una noche a la semana, Winston pasaba cuatro horas de un aburrimiento pasmoso atornillando pequeñas piezas de metal, que posiblemente fuesen partes de detonadores de bombas, en un taller mal iluminado y atravesado por corrientes de aire, donde el repiqueteo de los martillos y la música de las telepantallas se mezclaban en forma deprimente.

Cuando se encontraron en la torre de la iglesia, llenaron los huecos de su fragmentaria conversación. Era una tarde sofocante. El aire, en la pequeña cámara cuadrada situada encima de las campanas, estaba muy caliente y quieto, y había un penetrante olor a excrementos de paloma. Estuvieron hablando durante horas, sentados en el suelo polvoriento y cubierto de ramitas; de cuando en cuando, uno de los dos se ponía de pie para echar un vistazo a través de las aspilleras y asegurarse de que no venía nadie.

Julia tenía veintiséis años. Vivía en un albergue juvenil con otras treinta chicas («¡Siempre entre ese tufo a mujeres! ¡Cómo odio a las mujeres!», dijo entre paréntesis) y, como él había adivinado, trabajaba con las máquinas de escribir novelas del Departamento de Ficción. Disfrutaba de su trabajo, que consistía principalmente en operar y reparar un potente y complicado motor eléctrico. Ella no era «lista», pero le gustaba usar las manos y se sentía a gusto con las máquinas. Podía describir el proceso completo de composición de una novela, desde la directiva general emitida por el Comité de Planificación hasta los toques finales del Escuadrón de Reescritura. Pero no tenía el más mínimo interés en el producto terminado. No le atraía gran cosa la lectura, decía. Los libros eran tan solo un artículo que había que producir, como la mermelada o los cordones de zapatos.

No tenía ningún recuerdo anterior a los primeros años de la década de los sesenta, y solo había conocido a una persona que le hablase de los tiempos anteriores a la Revolución, un abuelo que había desaparecido cuando ella

tenía ocho años. En la escuela había sido capitana del equipo de hockey y había ganado el trofeo de gimnasia dos años consecutivos. Había sido líder de tropa de los Espías y secretaria de delegación de la Liga de Jóvenes Antisexo. Siempre había tenido un excelente carácter. Incluso la habían elegido (signo infalible de buena reputación) para trabajar en Secporn, la subdivisión del Departamento de Ficción que producía pornografía barata para su distribución entre los proletas. Quienes trabajaban allí apodaban esa sección la «Casa de las guarradas», le dijo. Todo un año había permanecido en el lugar, ayudando a producir folletos en paquetes cerrados, con títulos como *Cuentos de azotes* o *Una noche en el internado femenino*, que los adolescentes proletarios compraban convencidos de que estaban haciendo algo ilegal.

—¿Y cómo son esos libros? —preguntó Winston, curioso.

—Oh, una basura inmundada. Muy aburridos, en realidad. Hay solo seis argumentos, pero los van alternando un poco. Por supuesto, yo solo estaba en los caleidoscopios. Nunca formé parte del Escuadrón de Reescritura. No soy una literata, querido... ni siquiera lo bastante para eso.

Con cierto asombro, Winston se enteró de que todos los trabajadores de Secporn, a excepción del jefe de departamento, eran mujeres. La teoría era que los hombres, cuyos instintos sexuales eran menos controlables que los de las mujeres, corrían un mayor peligro de ser corrompidos por la inmundicia que manipulaban.

—Ni siquiera les gusta emplear allí a mujeres casadas —añadió Julia—. Se supone que las muchachas son siempre tan puras... Aquí tienes a una, por lo menos, que no lo es.

Había tenido su primera historia de amor a los dieciséis, con un miembro del Partido de sesenta años que luego se había suicidado para evitar el arresto.

—Menos mal —dijo Julia—, porque de lo contrario le habrían sacado mi nombre en la confesión.

Desde entonces había habido otros. La vida, a su modo de ver, era de lo más simple. Lo que uno quería era divertirse; «ellos», es decir el Partido, querían evitar que uno se divirtiera; así que había que dedicarse a romper las reglas lo mejor que se podía. Parecía pensar que el hecho de que «ellos» quisieran robarle a uno los placeres era tan natural como que uno quisiera evitar que lo atrapasen. Odiaba al Partido, y lo decía con las palabras más crudas, pero no tenía ningún reproche que hacerle a nivel general. Salvo en la medida en que afectara a su propia vida, no tenía el menor interés en la doctrina del Partido. Winston se fijó en que nunca usaba palabras en parlanueva, excepto las que se habían vuelto de uso cotidiano. Jamás había

oído hablar de la Hermandad y se negaba a creer en su existencia. Cualquier forma de revuelta contra el Partido le parecía estúpida y condenada a fracasar. Lo inteligente era quebrantar las reglas y seguir con vida. Winston se preguntó vagamente cuántas personas como ella podría haber en la generación más joven; personas que habían crecido en el mundo de la Revolución, que no conocían otra cosa, que aceptaban al Partido como algo inalterable como podía serlo el cielo, que no se rebelaban contra su autoridad sino que sencillamente la evitaban, del mismo modo que un conejo elude a un perro.

No hablaron de la posibilidad de casarse. Era algo demasiado remoto como para pensar en ello. Ningún comité autorizaría tal matrimonio, incluso aunque hubiera sido posible librarse de Katharine, la esposa de Winston. Hasta como fantasía, era algo sin esperanza.

—¿Y ella, tu esposa, cómo era? —dijo Julia.

—Era... ¿conoces el término *buenideante*, en parlanueva, alguien que es naturalmente ortodoxo, incapaz de tener un mal pensamiento?

—No, no conocía la palabra, pero conozco bastante bien a esa clase de personas.

Comenzó a contarle la historia de su vida de casado, pero, curiosamente, era como si ella ya conociera las partes fundamentales. Le describió, casi como si la hubiese visto o sentido, la rigidez del cuerpo de Katharine tan pronto como él la tocaba, la manera en que ella parecía seguir repeliéndolo con todas sus fuerzas incluso cuando sus brazos lo atraían firmemente hacia sí. Con Julia no sentía la menor dificultad para hablar de esas cosas; hacía mucho, en todo caso, que Katharine había dejado de ser un recuerdo doloroso y se había convertido meramente en uno desagradable.

—Habría podido soportarlo de no ser por una cosa —dijo.

Le habló de la pequeña ceremonia frígida a la que Katharine lo obligaba cada semana, siempre la misma noche.

—Era algo que ella detestaba, pero nada habría podido impedir que lo hiciera. Solía llamarlo... jamás lo adivinarías.

—Nuestro deber para con el Partido —dijo Julia sin vacilar.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo también fui a la escuela, querido. Charlas semanales sobre sexo para los mayores de dieciséis. Y en el Movimiento Juvenil. Te machacan con eso durante años. Yo diría que en muchos casos funciona. Pero desde luego nunca se sabe; la gente es tan hipócrita...

Se extendió sobre el tema. Con Julia, todo tenía relación con su propia sexualidad. Tan pronto como se tocaba ese asunto, era capaz de una gran agudeza. A diferencia de Winston, había captado el significado interno del puritanismo sexual del Partido. No se trataba solo de que el instinto sexual creara un mundo propio que estaba más allá del control del Partido y que, por ende, había que destruir, si ello fuera posible. Lo más importante era que la privación sexual inducía a la histeria, la cual era deseable porque podía transformarse en fervor guerrero y en culto al líder. Ella lo planteaba así:

—Cuando haces el amor estás gastando energía, y después te sientes feliz y todo te importa un carajo. Ellos no soportan que te sientas así. Quieren que estés todo el tiempo rebosante de energía. Todo ese marchar de aquí para allá agitando pancartas no es más que sexo echado a perder. Si te sientes feliz en tu interior, ¿por qué ibas a excitarte tanto con el Hermano Mayor y los Planes Trienales, con los Dos Minutos de Odio y todo el resto de su maldita podredumbre?

Eso era muy cierto, pensó él. Había una conexión directa e íntima entre la castidad y la ortodoxia política. Ya que, ¿cómo se podría mantener en su punto exacto el miedo, el odio y la lunática credulidad que el Partido requería de sus miembros si no era almacenando algún instinto poderoso y empleándolo como fuerza motriz? El impulso sexual era peligroso para el Partido, y el Partido lo había reorientado en su propio provecho. Ellos habían efectuado una jugarreta similar con el instinto de paternidad. La familia no podía ser realmente abolida y, de hecho, se alentaba a la gente a dar cariño a sus hijos un poco a la manera antigua. Pero, por otra parte, se ponía a los niños sistemáticamente en contra de sus padres y se les enseñaba a espiarlos y a informar de sus desviaciones. En la práctica, la familia se había convertido en una extensión de la Policía del Pensamiento. Era un dispositivo por medio del cual cada persona estaba día y noche rodeada de informantes que la conocían íntimamente.

Su mente volvió repentinamente a Katharine. Sin la menor duda, Katherine lo habría denunciado ante la Policía del Pensamiento de no haber sido tan estúpida como para no detectar la heterodoxia de sus opiniones. Pero lo que realmente se la recordó en aquel momento fue el calor tórrido de aquella tarde, que hacía que su frente se cubriera de sudor. Comenzó a contarle a Julia algo que había sucedido, o que más bien no había llegado a suceder, durante otra tarde sofocante de verano, once años atrás.

Fue tres o cuatro meses después de que se casaran. Se habían perdido en algún lugar de Kent, en el transcurso de una excursión comunitaria. Solo se

habían retrasado un par de minutos respecto de los demás, pero se metieron por una senda equivocada y de pronto tuvieron que parar en seco al encontrarse al borde de una antigua cantera de piedra caliza. Era una pared que descendía a pique unos diez o veinte metros hasta un fondo de grandes rocas lisas. No había nadie a quien preguntar por el camino. En cuanto se dio cuenta de que se habían perdido, Katharine se puso muy nerviosa. Alejarse siquiera por un minuto de la ruidosa turba de excursionistas le hacía sentir que cometía una mala acción. Quería regresar apresuradamente por donde habían venido y empezar a buscar en la otra dirección. Pero en ese momento Winston reparó en unas matas de salicaria que crecían en las grietas del acantilado a sus pies. Una de las plantas tenía flores de dos colores, magenta y rojo ladrillo, que aparentemente crecían de la misma raíz. Jamás había visto nada semejante y llamó a Katharine para que se acercara y lo viese.

—¡Mira, Katharine! Mira esas flores. Las de esa planta de allá abajo, cerca del fondo. ¿Ves que son de dos colores diferentes?

Ella ya se había dado la vuelta para marcharse, pero regresó por un momento con expresión de fastidio. Incluso se inclinó al borde del acantilado para ver lo que él le señalaba. Él estaba de pie un poco por detrás de ella y le puso la mano en la cintura para sujetarla. Fue en ese momento cuando se le ocurrió pensar en lo completamente solos que se encontraban. No había un ser humano en ninguna parte, ni una hoja que se agitara, ni un pájaro despierto. En un lugar así, el peligro de que hubiese un micrófono oculto era muy pequeño y, aunque lo hubiese, solo habría captado ruidos. Era la hora más calurosa y más soñolienta de la tarde. El sol abrasaba, el sudor le hacía cosquillas en la cara. Y entonces se le pasó por la cabeza la idea...

—¿Por qué no le diste un buen empujón? —dijo Julia—. Yo lo habría hecho.

—Sí, querida, tú lo habrías hecho. Yo también lo habría hecho de haber sido entonces la misma persona que soy ahora. O tal vez habría... No estoy seguro.

—¿Lamentas no haberla empujado?

—Sí, en general lamento no haberlo hecho.

Estaban sentados uno al lado del otro sobre el suelo polvoriento. Winston la atrajo hacia sí. La cabeza de ella descansaba sobre su hombro, el agradable aroma de su pelo se imponía al olor de excrementos de paloma. Ella era tan joven, pensó Winston, que aún esperaba algo de la vida; no comprendía que empujar al fondo de un acantilado a una persona molesta no resuelve nada.

—En realidad no habría hecho ninguna diferencia —dijo.

—¿Entonces por qué lamentas no haberla empujado?

—Solo porque prefiero una acción a una omisión. En este juego que jugamos no podemos ganar. Algunas clases de derrota son mejores que otras, eso es todo.

Sintió que los hombros de Julia se alzaban en señal de disenso. Ella siempre lo contradecía cuando él decía esa clase de cosas. No estaba dispuesta a admitir como una ley de la naturaleza que el individuo fuera siempre derrotado. En cierto modo se daba cuenta de que ella misma estaba condenada, de que tarde o temprano la Policía del Pensamiento la descubriría y la mataría; pero había otra parte de su mente que creía en la posibilidad de construir, de alguna manera, un mundo secreto en el que uno pudiera vivir como quisiera. Todo lo que se necesitaba era suerte, astucia y temeridad. Ella no podía entender que la felicidad no existiera, que la única victoria posible reposara en el futuro lejano, mucho después de la propia muerte; que desde el momento en que uno declaraba la guerra al Partido era mejor darse por muerto.

—Nosotros somos los muertos —dijo él.

—Todavía no estamos muertos —dijo Julia de forma prosaica.

—Físicamente, no. Digamos que en seis meses, un año... cinco años. Yo le temo a la muerte. Tú eres joven, así que supongo que tienes más miedo que yo. Obviamente la aplazaremos tanto como podamos. Pero la diferencia es muy pequeña. Mientras los seres humanos sigan siendo humanos, la muerte y la vida serán la misma cosa.

—¡Oh, eso es basura! ¿Con quién prefieres acostarte, conmigo o con un esqueleto? ¿No disfrutas de estar vivo? ¿No te gusta sentir: ¡este soy yo, esta es mi mano, esta es mi pierna, soy real, tengo un cuerpo, estoy vivo!? ¿No te gusta *esto*?

Con una torsión del cuerpo presionó su pecho contra él. Podía sentir sus senos, turgentes y firmes, a través del mono de trabajo. Su cuerpo parecía estar vertiendo en el de Winston algo de su juventud y su vigor.

—Sí, me gusta —dijo él.

—Entonces deja de hablar de morirte. Y ahora escúchame, querido, tenemos que ponernos de acuerdo sobre nuestro próximo encuentro. Podríamos volver a aquel lugar en el bosque. Le hemos dado un buen descanso. Pero esta vez tienes que llegar por otro camino. Lo tengo todo planeado. Tomas el tren... pero mira, te voy a hacer un dibujo.

Con ese pragmatismo tan suyo, formó un cuadrado con un montoncito de polvo y, usando una ramita robada a un nido de paloma, comenzó a dibujar un

mapa en el suelo.

IV

En la pequeña habitación destartalada sobre la tienda del señor Charrington, Winston miró a su alrededor. La enorme cama junto a la ventana estaba hecha, con unas mantas deshilachadas y una almohada sin funda. El anticuado reloj con esfera de doce horas en la repisa de la chimenea proseguía con su tictac. En una esquina, sobre la mesa de alas abatibles, el pisapapeles de cristal que había comprado en su última visita destacaba en la penumbra con un suave resplandor.

En el guardafuegos de la chimenea había un hornillo de queroseno, una cacerola y dos tazas, todo provisto por el señor Charrington. Winston encendió el quemador y puso a hervir agua. Había comprado un paquete de café Victoria y algunas pastillas de sacarina. Las agujas del reloj daban las siete y veinte; eran realmente las diecinueve veinte. Ella llegaría a las diecinueve treinta.

Qué locura, qué locura, no dejaba de decir su corazón; una locura consciente, gratuita y suicida. De todos los crímenes que un miembro del Partido podía cometer, este era el más difícil de ocultar. En realidad, la idea había entrado flotando en su mente como una visión del pisapapeles reflejado en la superficie de la mesa de alas abatibles. Según había previsto, el señor Charrington no puso reparos en alquilar la habitación. Obviamente, se alegraba por los pocos dólares que esto le depararía. Tampoco pareció escandalizarse, ni mostró una complicidad ofensiva, cuando le quedó claro que Winston quería la habitación con el propósito de tener una aventura amorosa. En lugar de ello, se quedó con la mirada perdida y se puso a hablar de generalidades con un aire de delicadeza tal, que daba la impresión de haberse vuelto casi invisible. La privacidad, dijo, era algo muy valioso. Todo el mundo deseaba tener un lugar donde estar solo de vez en cuando. Y, cuando alguien disponía de un lugar así, quienes estuvieran al tanto debían guardarse para sí ese conocimiento por una cuestión de elemental cortesía.

Incluso había añadido, difuminándose hasta casi desaparecer, que la casa poseía dos entradas, una de ellas a través de un patio trasero que daba a un callejón.

Alguien estaba cantando debajo de la ventana. Winston se asomó, protegido por la cortina de muselina. El sol de junio aún estaba alto en el cielo y, abajo, en el patio inundado de sol, una mujer monstruosa, maciza como una columna normanda, con antebrazos robustos y rojos y un delantal de arpillera atado a la cintura, caminaba pesadamente de aquí para allá entre un barreño y la cuerda de tender la ropa, en la que estaba colgando una serie de cosas blancas y cuadradas que Winston reconoció como pañales de bebé. Cada vez que su boca no estaba taponada por pinzas de la ropa, cantaba con una potente voz de contralto:

*Fue solo una ilusión sin esperanza,
fugaz como en abril un día de sol,
pero los sueños que encendió con su mirada
¡me hurtaron para siempre el corazón!*

La canción llevaba semanas atormentando a todo Londres. Era una de las incontables canciones similares publicadas para consumo de los proletas por una subdivisión del Departamento de Música. Las letras se componían sin intervención humana mediante un instrumento llamado versifactor. Pero la mujer cantaba tan melodiosamente que convertía aquella basura atroz en un sonido casi agradable. Winston oía la voz de la mujer, el roce de sus zapatos sobre las losas, los gritos de los niños en la calle y, a lo lejos, el débil fragor del tráfico, pero, la habitación parecía extrañamente silenciosa por la ausencia de telepantalla.

¡Una locura, una locura, una locura!, pensó de nuevo. Era inconcebible que pudiesen frecuentar aquel lugar más que unas pocas semanas antes de que los descubrieran. Pero la tentación de tener un escondite que fuera realmente de ellos, bajo techo, cerca y accesible, había sido demasiado fuerte para los dos. Durante algún tiempo tras la visita al campanario, había sido imposible organizar ningún encuentro. Las horas de trabajo se habían incrementado drásticamente en previsión de la Semana del Odio. Aún faltaba más de un mes, pero los enormes y complicados preparativos estaban dando trabajo extra a todo el mundo.

Por fin, ambos lograron asegurarse la misma tarde libre. Habían acordado regresar al claro del bosque. La noche anterior se encontraron brevemente en

la calle. Como era habitual, Winston apenas miró a Julia mientras se dejaban derivar el uno hacia el otro entre la multitud, pero un breve vistazo le bastó para advertir que estaba más pálida que de costumbre.

—Todo cancelado —murmuró ella tan pronto como juzgó que era seguro hablar—. Mañana, quiero decir.

—¿Qué?

—Mañana por la tarde. No puedo ir.

—¿Por qué no?

—Oh, el motivo de siempre. Esta vez empezó antes.

Por un momento, sintió un violento enfado. En el mes transcurrido desde que la conocía, la naturaleza de su deseo por ella había cambiado. Al comienzo, apenas había en ello verdadera sensualidad. La primera vez que hicieron el amor había sido un simple acto de la voluntad. Pero a partir de la segunda vez las cosas fueron diferentes. El aroma de su pelo, el sabor de su boca y el tacto de su piel parecían habersele metido dentro, o en el aire que lo rodeaba. Ella se había convertido en una necesidad física, algo que él no solamente quería, sino a lo que se sentía además con derecho. Cuando ella dijo que no iría, Winston tuvo la impresión de que lo estaba engañando. Pero justo en ese momento la multitud los empujó el uno hacia el otro y sus manos se encontraron por accidente. Ella le apretó fugazmente las puntas de los dedos, de un modo que parecía invocar no el deseo sino el cariño. Winston pensó que, cuando uno vivía con una mujer, aquella particular decepción debía ser un acontecimiento normal y recurrente. De pronto, se apoderó de él una profunda ternura que no había sentido antes por ella. Deseó que fueran una pareja casada desde hacía diez años. Deseó caminar con ella por las calles tal como ahora lo estaban haciendo, pero abiertamente y sin temor, hablando de trivialidades y comprando artículos diversos para la casa. Pero, por encima de todo, deseó que tuvieran algún lugar donde poder estar solos sin sentir la obligación de hacer el amor cada vez que se encontraban. No fue en ese instante, en realidad, sino en algún momento del día siguiente, cuando se le ocurrió la idea de alquilar la habitación del señor Charrington. Cuando se lo propuso a Julia, ella aceptó con una rapidez inesperada. Ambos sabían que era una locura. Era como si intencionalmente diesen un paso más hacia la tumba. Sentado en el borde de la cama, volvió a pensar en los sótanos del Ministerio del Amor. Era curioso cómo aquel horror al que estaba predestinado entraba y salía de la consciencia. Allí estaba, fijado en el futuro, precediendo a la muerte con tanta certeza como el 99 antecede al 100. Uno no podía evitarlo,

aunque tal vez pudiera posponerlo. Sin embargo, una y otra vez, mediante un acto consciente y deliberado, elegía abreviar el plazo.

En ese momento se oyeron rápidos pasos en la escalera. Julia irrumpió en la habitación. Llevaba una bolsa de herramientas de lona basta y marrón que alguna vez la había visto llevar de aquí para allá en el Ministerio. Fue a abrazarla, pero ella se desprendió de él con cierta premura, en parte porque aún estaba sosteniendo la bolsa.

—Un segundo —dijo—. Déjame que te muestre lo que tengo aquí. ¿Has traído un poco de ese inmundo café Victoria? Ya me lo imaginaba. Puedes tirarlo, porque no lo vamos a necesitar. Mira.

Se arrodilló, abrió impetuosamente la bolsa y le dio la vuelta, dejando caer unas llaves inglesas y un destornillador que llenaban la parte de arriba. Debajo había unos paquetes cuidadosamente envueltos en papel. El primer paquete que le pasó a Winston resultaba extraño pero vagamente familiar al tacto. Estaba lleno de algo pesado y arenoso que cedía a la presión.

—¿Esto es azúcar? —dijo.

—Azúcar de verdad. No sacarina, azúcar. Y aquí tenemos una hogaza de pan... pan blanco de verdad, no esa porquería que nos dan... y un frasquito de mermelada. Y una lata de leche... ¡pero mira! De esto estoy verdaderamente orgullosa. Tuve que envolverlo con un trozo de arpillera, porque...

No hizo falta que le dijera por qué lo había tenido que envolver. El aroma ya colmaba la habitación, un aroma rico y especiado que parecía emanar de la más remota infancia de Winston, un aroma que todavía hoy podía olerse de vez en cuando en un pasillo antes de que una puerta se cerrara bruscamente, o se expandía misteriosamente por una calle muy transitada, apenas olfateado un instante y de inmediato vuelto a perder.

—Es café —murmuró—, café de verdad.

—Café del Partido Interior —dijo ella—. Hay un kilo entero aquí.

—¿Cómo conseguiste todo esto?

—Son todas cosas del Partido Interior. No hay nada que esos cerdos no tengan, nada. Pero, por supuesto, los camareros, los sirvientes y otra gente birlan cosas y... mira, también tengo un paquetito de té.

Winston se había agachado junto a ella. Rasgó el envoltorio por una esquina.

—Es té de verdad. No hojas de zarzamora.

—Últimamente hay mucho té. Conquistaron la India, o algo así —dijo ella vagamente—. Pero escucha, querido. Quiero que te des la vuelta tres minutos.

Ve a sentarte al otro lado de la cama. No te acerques mucho a la ventana. Y no te vuelvas hasta que yo te diga.

Winston miró distraído a través de la cortina de muselina. Abajo, en el patio, la mujer de los brazos rojos seguía marchando de aquí para allá entre el barreño y la cuerda de la ropa. Se sacó otras dos pinzas de entre los dientes y cantó con hondo sentimiento:

*Dicen que el tiempo cura toda herida,
dicen que siempre se puede olvidar;
¡los años pasan, y los llantos y sonrisas
me siguen desgarrando el corazón!*

Al parecer se sabía de memoria aquella tonta canción. Su voz ascendía flotando en el aire dulce de verano, muy melodiosa, cargada con una especie de alegre melancolía. Uno tenía el sentimiento de que aquella mujer habría estado perfectamente contenta si el atardecer de junio no fuese a terminar nunca y la provisión de prendas resultara inagotable, para así permanecer mil años colgando pañales y cantando bazofia. Cayó en la cuenta de que, curiosamente, nunca había oído a ningún miembro del Partido cantar a solas y de forma espontánea. Aquello habría parecido ligeramente heterodoxo, una excentricidad peligrosa, como hablar solo. Quizás la gente solo tenía algo sobre lo que cantar cuando estaba al borde de la inanición.

—Ya puedes darte la vuelta —dijo Julia.



Así lo hizo, y durante un instante casi no la reconoció. En realidad había esperado verla desnuda. Pero no estaba desnuda. La transformación que había tenido lugar era mucho más sorprendente. Se había maquillado la cara.

Debía de haberse metido en alguna tienda de los barrios proletarios a comprar un juego completo de maquillaje. Tenía los labios de un rojo intenso, colorete en las mejillas, la nariz empolvada; incluso tenía, bajo los ojos, algo que los volvía más brillantes. No estaba muy bien hecho, pero los estándares de Winston en tales asuntos no eran muy elevados. Jamás había visto o imaginado a una mujer del Partido con cosméticos sobre el rostro. Aquello mejoraba la apariencia de Julia de manera asombrosa. Con unos pocos toques de color en los sitios adecuados, no solo se había vuelto más bella, sino también, y sobre todo, mucho más femenina. Su cabello corto y su mono de trabajo, tan de muchacho, acentuaban el efecto. Al estrecharla entre sus brazos, una oleada de violetas sintéticas invadió sus narinas. Recordó la penumbra de una cocina en un sótano y la boca cavernosa de una mujer. Era el mismo perfume, pero en aquel momento eso no parecía importar.

—¡Y también perfume! —dijo Winston.

—Sí, querido, perfume también. ¿Y sabes qué es lo siguiente que voy a hacer? Conseguiré en alguna parte un verdadero vestido de mujer, y me lo pondré en lugar de estos malditos pantalones. ¡Me pondré medias de seda y zapatos de tacón! En esta habitación seré una mujer, no una camarada del Partido.

Se quitaron la ropa a toda prisa y treparon a la gran cama de caoba. Era la primera vez que él se desnudaba completamente en su presencia. Hasta ahora había sentido demasiada vergüenza de su cuerpo magro y pálido, con las venas varicosas sobresaliendo en sus pantorrillas y el área descolorida por encima del tobillo. No había sábanas, pero la manta sobre la que yacían estaba raída y suave, y el tamaño y lo mullido de la cama los maravilló.

—Seguro que está llena de chinches —dijo Julia—, pero ¿a quién le importa?

Hoy en día no se veía nunca una cama doble salvo en las casas de los proletas. Alguna vez, de niño, Winston había dormido en una, pero no Julia, hasta donde ella podía recordar.

Se quedaron dormidos. Cuando Winston se despertó, las manecillas del reloj habían reptado hasta casi las nueve. No cambió de posición, porque Julia aún dormía con la cabeza apoyada en el hueco de su brazo. La mayor parte de su maquillaje se había trasladado al rostro de Winston o a la almohada, pero una leve mancha de colorete aún resaltaba la belleza de su pómulos. Un rayo

amarillo del sol poniente cayó a los pies de la cama e iluminó la chimenea, donde el agua hervía furiosamente en la cacerola. Abajo en el patio la mujer ya no cantaba, pero los gritos remotos de los niños llegaban flotando desde la calle. Se preguntó vagamente si en el abolido pasado habría sido una experiencia normal que un hombre y una mujer yacieran así, disfrutando del frescor de un atardecer de verano, desnudos, haciendo el amor cuando quisieran, hablando de lo que les viniera en gana, sin sentir el menor apremio por levantarse, simplemente allí acostados, escuchando los apacibles ruidos del exterior. ¿Podía ser que jamás hubiese existido una época en la que todo aquello era corriente? Julia se despertó, se frotó los párpados y se irguió sobre los codos para mirar el hornillo.

—Se ha evaporado la mitad del agua —dijo—. Dentro de un momento me levantaré a preparar café. Tenemos una hora. ¿Cuándo cortan las luces en tu edificio?

—A las veintitrés treinta.

—En el albergue es a las veintitrés. Pero hay que llegar antes, porque... ¡Eh! ¡Fuera, bicho asqueroso!

Repentinamente se retorció sobre la cama, tomó a tientas un zapato del suelo y, con una sacudida varonil del brazo, lo mandó volando a una esquina de la habitación, exactamente como Winston la había visto arrojar el diccionario contra Goldstein aquella mañana, durante los Dos Minutos de Odio.

—¿Qué era? —dijo, sorprendido.

—Una rata. La vi asomar su horrible hocico por el revestimiento de la pared. Hay un agujero ahí. Pero le he dado un buen susto.

—¡Ratas! —murmuró Winston—. ¡En esta habitación!

—Están por todas partes —dijo Julia con indiferencia, mientras volvía a acostarse—. Las hay hasta en la cocina del albergue. Algunos lugares de Londres son un hervidero de ratas. ¿Sabías que atacan a los niños? Sí, en serio. Hay calles en esta zona en las que ninguna mujer se atrevería a dejar solo a su bebé durante siquiera un par de minutos. Me refiero a las grandes y pardas. Y lo repugnante es que esos bichos siempre...

—¡No sigas! —dijo Winston, cerrando los ojos con fuerza.

—¡Oh, querido! Te has puesto pálido. ¿Qué sucede? ¿Te dan asco?

—De todos los horrores del mundo... ¡tenía que ser una rata!

Ella lo atrajo hacia sí y lo rodeó con brazos y piernas, como para tranquilizarlo con la tibieza de su cuerpo. Él no abrió los ojos de inmediato. Durante unos instantes se había sentido como si reviviese una pesadilla

recurrente a lo largo de su vida. Era siempre más o menos la misma. Estaba de pie frente a un muro de oscuridad y, del otro lado del muro, había algo insoportable, algo demasiado espantoso para enfrentarse a ello. Su sentimiento más profundo, en el sueño, siempre era el del autoengaño, porque en realidad sabía lo que había al otro lado del muro de oscuridad. Con un esfuerzo mortal, como si se arrancara un pedazo de su propio cerebro, incluso habría podido sacar a la luz aquella cosa. Se despertaba siempre sin descubrir qué era, pero sabía que tenía alguna conexión con lo que Julia estaba diciendo cuando la interrumpió.

—Lo siento —dijo—; no es nada. No me gustan las ratas, eso es todo.

—No te preocupes, querido, no vamos a dejar que esos bichos entren aquí. Antes de irnos voy a rellenar el agujero con un poco de arpillera. Y la próxima vez que vengamos traeré algo de yeso y lo taparé como es debido.

El negro instante de pánico quedó a medias olvidado. Un poco avergonzado de sí mismo, se incorporó hasta apoyar la espalda contra el cabecero. Julia salió de la cama, se puso el mono y preparó el café. El aroma que surgía de la cacerola era tan potente y excitante que tuvieron que cerrar la ventana, no fuese a notarlo alguien de fuera y le diera por curiosar. Lo que era aún mejor que el sabor del café era la textura sedosa que le daba el azúcar, algo que Winston ya casi había olvidado después de años de sacarina. Con una mano en el bolsillo y un trozo de pan con mermelada en la otra, Julia se paseaba por la habitación, echando una mirada indiferente a la pequeña biblioteca, explicando la mejor manera de reparar la mesa de alas abatibles, arrellanándose en el sillón para ver si era cómodo, examinando el absurdo reloj de doce horas con una especie de divertida tolerancia. Trajo a la cama el pisapapeles de vidrio para mirarlo bajo una luz mejor. Él se lo quitó de las manos, fascinado, como siempre, por la suave apariencia como de agua de lluvia del cristal.



—¿Qué crees que es? —preguntó Julia.

—No creo que sea nada... quiero decir que no creo que haya tenido nunca una utilidad. Eso es lo que me gusta. Es un pequeño trozo de historia que se olvidaron de alterar. Un mensaje de cien años atrás, si uno supiera cómo leerlo.

—¿Y ese cuadro de allá? —señaló con la cabeza el grabado de la pared de enfrente—, ¿tendrá también cien años?

—Más. Doscientos, diría yo. Quién sabe. Hoy en día es imposible saber la edad de las cosas.

Ella se acercó a mirarlo.

—Por aquí asomó la nariz el bicho ese —dijo, dando con el pie en el panel de madera situado inmediatamente bajo el cuadro—. ¿Qué plaza es esta? La he visto en alguna parte.

—Es una iglesia, o al menos lo era. St. Clement's Dane se llamaba.

Le volvió a la mente el fragmento del estribillo que le había enseñado el señor Charrington, y añadió, nostálgico:

—«Dos naranjas y un limón», desde St. Clement's dice el carrillón.

Para su perplejidad, ella remató el verso:

*«Y tú me debes tres fártings»,
responden las campanas de St. Martin's.
«¿Cuándo me vas a pagar?»,
Old Bailey no tardará en replicar.*

—No recuerdo cómo es lo que sigue. Pero estoy segura de que termina así: «Aquí traigo una vela para subir a tu pieza; y en la otra mano el hacha para cortar tu cabeza».

Eran como las dos mitades de un santo y seña. Pero debía de haber otra línea después de «Old Bailey no tardará en replicar». Tal vez podría ser desenterrada de la memoria del señor Charrington, si se lo estimulaba adecuadamente.

—¿Quién te enseñó eso? —dijo.

—Mi abuelo. Solía cantármelo cuando era niña. Lo vaporizaron cuando yo tenía ocho años... en cualquier caso, desapareció. Me pregunto cómo sería un limón —añadió sin solución de continuidad—. He visto naranjas. Son una especie de fruto redondo y amarillo con la piel gruesa.

—Yo me acuerdo de los limones —dijo Winston—. En los años cincuenta eran bastante comunes. Eran tan ácidos que solo con oler uno se te ponían los

pelos de punta.

—Seguro que hay chinches detrás de este cuadro —dijo Julia—. Un día de estos lo voy a descolgar y le voy a dar una buena limpieza. Supongo que ya casi debe de ser la hora de irse. Tengo que empezar a quitarme el maquillaje. ¡Qué fastidio! Después te quitaré el carmín de la cara.

Winston no se levantó hasta unos minutos más tarde. Estaba oscureciendo en la habitación. Se volvió en dirección a la luz y se quedó mirando el pisapapeles de vidrio. Lo inagotablemente interesante no era el fragmento de coral, sino el interior del vidrio en sí. Era muy grueso, y sin embargo casi tan transparente como el aire. Como si la superficie convexa fuese la bóveda del cielo, que encerraba un mundo diminuto con su atmósfera completa. Tenía la sensación de que habría podido introducirse allí, de que, de hecho, estaba en su interior, junto con la cama de caoba y la mesa de alas abatibles y el reloj y el grabado en acero y el propio pisapapeles. El pisapapeles era la habitación en la que se encontraban y el coral era la vida de Julia, también la suya propia, fijadas en una especie de eternidad en el corazón del cristal.

V

Syme había desaparecido. Una mañana no se presentó a trabajar; algunos irreflexivos comentaron su ausencia. Al día siguiente ya nadie lo mencionó. Al tercer día, Winston fue al vestíbulo del Departamento de Registros para mirar el tablón de anuncios. Uno de ellos contenía una lista impresa de los miembros del Comité de Ajedrez, entre los cuales había estado Syme. Lucía casi exactamente como antes —no había ninguna tachadura—, pero tenía un nombre menos. Con eso bastaba. Syme había cesado de existir; jamás había existido.

Hacía un calor de horno. En el laberíntico Ministerio, las salas sin ventanas y con aire acondicionado conservaban su temperatura normal, pero fuera las aceras quemaban los pies y, en hora punta, el hedor de las estaciones de metro era un horror. Los preparativos para la Semana del Odio estaban en su apogeo y el personal de todos los ministerios trabajaba horas extra. Procesiones, mítines, desfiles militares, conferencias, exhibiciones de figuras de cera, proyecciones de películas, programas de telepantalla: había que organizarlo todo; había que montar puestos, construir efigies, acuñar eslóganes, escribir canciones, poner en circulación rumores, falsificar fotografías. La unidad de Julia en el Departamento de Ficción había tenido que suspender la producción de novelas y consagraba sus esfuerzos a sacar a toda máquina una serie de panfletos sobre atrocidades. Winston pasaba largas horas, todos los días, además de su trabajo regular, revisando archivos del *Times* y alterando y embelleciendo noticias que iban a citarse en los discursos. De madrugada, cuando multitudes de proletas ruidosos deambulaban por las calles, la ciudad tenía un aire curiosamente febril. Los cohetes bomba impactaban más a menudo que nunca y, a veces, en la distancia, se oían inmensas explosiones que nadie sabía explicar y sobre las que corrían rumores delirantes.

Ya habían compuesto la nueva canción destinada a ser el himno musical de la Semana del Odio («Canción del Odio», se llamaba) y la retransmitían incesantemente por las telepantallas. Tenía un ritmo salvaje y demente que no podía considerarse propiamente música, aunque se parecía a un redoble de tambor. Aullada por cientos de voces al compás atronador de las botas, era terrorífica. Había tenido éxito entre los proletas y, a medianoche, competía en las calles con la todavía popular «Fue solo una ilusión sin esperanza». Los niños de los Parsons la tocaban día y noche, a todas horas, de manera insoportable, con un peine y un trozo de papel higiénico. Winston estaba más ocupado que nunca al finalizar la tarde. Escuadrones de voluntarios organizados por Parsons preparaban las calles para la Semana del Odio, cosían banderas, pintaban carteles, erigían mástiles sobre los tejados y tendían cables de un lado a otro de la calle, de forma peligrosa, para colgar los banderines. Parsons se jactaba de que solo el edificio Victoria desplegaría cuatrocientos metros de tela. Se encontraba en su elemento y estaba alegre como un pajarillo. El calor y el trabajo manual le habían dado un pretexto para volver a ponerse cada tarde los pantalones cortos y llevar la camisa abierta. Estaba en todas partes al mismo tiempo, empujando, arrastrando, aserrando, martillando, improvisando, dando ánimos a todos con exhortaciones de camaradería y distribuyendo a través de cada pliegue de su cuerpo un suministro aparentemente inagotable de sudor hediondo.

De repente, un nuevo cartel había aparecido por todo Londres. No contenía ninguna leyenda y representaba simplemente la figura monstruosa de un soldado eurasiático, de tres o cuatro metros de altura, avanzando a grandes zancadas con su inexpresivo rostro mongol y sus enormes botas, apuntando con una metralleta que sujetaba a la altura de la cadera. Cualquiera que fuese el ángulo desde el que se contemplara el cartel, el cañón de la metralleta, agrandado por el escorzo, parecía apuntar directamente al espectador. Lo habían pegado en los huecos libres de todos los muros, superando en número incluso a los carteles del Hermano Mayor. Estaban azuzando a los proletas, por lo común apáticos en lo que se refería a la guerra, para que entrasen en uno de sus periódicos arrebatos de patriotismo. Como para armonizar con el ánimo general, los cohetes bomba habían matado a más personas que de costumbre. Uno de ellos cayó en un cine de Stepney abarrotado de público, sepultando a varios cientos de víctimas entre los escombros. La población del barrio entero concurrió al largo cortejo fúnebre, que duró cuatro horas y que se convirtió, de hecho, en una concentración de indignados. Otra bomba cayó sobre un terreno baldío que se usaba como patio de recreo, haciendo volar en

pedazos a varias docenas de niños. Hubo nuevas manifestaciones de ira, la efigie de Goldstein fue quemada en una hoguera, se arrancaron cientos de carteles del soldado eurasiiano para arrojarlos a las llamas y varios negocios resultaron saqueados en el tumulto. Entonces corrió el rumor de que había espías infiltrados que dirigían los cohetes bomba mediante ondas inalámbricas. La turba prendió fuego a la casa de unos ancianos de quienes se sospechaba que eran de origen extranjero. Ambos murieron asfixiados.

En la habitación sobre la tienda del señor Charrington, siempre que conseguían encontrarse allí, Julia y Winston se acostaban uno junto al otro sobre la cama sin sábanas, bajo la ventana abierta, desnudos para así estar frescos. La rata no había vuelto a aparecer, pero con el calor las chinches se habían multiplicado espantosamente. A ellos no parecía importarles. La habitación, limpia o sucia, era un paraíso. Cada vez que llegaban, rociaban todo con pimienta comprada en el mercado negro, se arrancaban la ropa y hacían el amor con los cuerpos empapados en sudor, luego se dormían y al despertar descubrían que las chinches se habían recuperado y reunían sus escuadrones para el contraataque.

Cuatro, cinco, seis, hasta siete veces se vieron durante el mes de junio. Winston había abandonado su costumbre de beber ginebra a todas horas. Parecía haber dejado de necesitarla. Estaba menos delgado, su úlcera varicosa había disminuido y solo persistía una mancha marrón en la piel por encima del tobillo. Sus ataques de tos matinales desaparecieron. El proceso de la vida había dejado de ser intolerable, ya no sentía el impulso de hacerle muecas a la telepantalla o de gritar obscenidades a viva voz. Ahora que tenían un escondite seguro, casi un hogar, ya no parecía resultarles penoso el hecho de no poder encontrarse más que muy de tarde en tarde y apenas un par de horas cada vez. Lo que importaba era que la habitación de encima de la tienda de objetos de segunda mano existía. Saber que estaba ahí, intacta, era casi lo mismo que estar en ella. La habitación era un mundo, una burbuja del pasado donde los animales extinguidos podían volver a caminar. Winston pensó que el señor Charrington pertenecía también a una especie extinguida. Solía detenerse a conversar con él antes de subir las escaleras. Parecía que el anciano rara vez salía a la calle, quizás nunca. Por lo demás, no parecía que tuviera apenas clientela. Llevaba una existencia fantasmal entre la oscura y pequeña tienda y una cocina aún más diminuta donde preparaba sus comidas y que contenía, entre otras cosas, un gramófono increíblemente antiguo con una enorme bocina. Parecía alegrarse de tener la oportunidad de hablar. Caminando de un lado a otro entre las existencias carentes de valor de su

negocio, con su larga nariz, sus gruesos anteojos y los hombros encorvados bajo la chaqueta de terciopelo, tenía el vago aire de un coleccionista, más que el de un comerciante. Con una especie de entusiasmo apagado, toqueteaba alguna baratija —un tapón de porcelana, la tapa pintada de una cajita de rapé rota, un relicario de similor que contenía un mechón de cabello de algún bebé muerto hacía mucho tiempo— pero nunca sugería que Winston la comprara, sino que meramente la admirara. Conversar con él era como escuchar el tintineo de una cajita de música con las púas gastadas. Había logrado extraer de algún rincón de su memoria otros fragmentos de canciones perdidas. Uno hablaba de veinticuatro mirlos, otro trataba sobre una vaca con un cuerno doblado, otro sobre la muerte del pobre Petirrojo. «Se me ocurrió que podría interesarle», decía con una risita autocrítica cada vez que sacaba del olvido un nuevo fragmento. Pero nunca podía recordar más que unas pocas líneas de cada canción.

Winston y Julia sabían —en cierto modo, aquello estaba siempre presente en sus pensamientos— que lo que estaba ocurriendo ahora no podía durar mucho. Había momentos en que la muerte inminente parecía tan palpable como la cama sobre la que yacían, y entonces unían sus cuerpos con una especie de sensualidad desesperada, como un alma condenada que se aferra a su último bocado de placer cuando faltan cinco minutos para que el reloj dé la última hora. Pero había otros momentos en que tenían no solo la ilusión de hallarse a salvo, sino también la de que ese estado iba a perdurar. Mientras estuvieran en aquella habitación, les parecía que nada malo podía ocurrirles. Llegar era difícil y peligroso, pero la habitación era un santuario. Era como cuando Winston había contemplado el corazón del pisapapeles con la sensación de que habría sido posible entrar en ese mundo traslúcido y de que, una vez en su interior, se podría detener el tiempo. A menudo se abandonaban a ensoñaciones de fuga. Su suerte duraría indefinidamente y ellos seguirían adelante con su aventura, exactamente igual, durante el resto de sus largas vidas. O quizás Katharine moriría y, mediante sutiles maniobras, Winston y Julia lograrían casarse. O se suicidarían juntos. O desaparecerían, cambiarían de aspecto para tornarse irreconocibles, aprenderían a hablar con acento proletario, conseguirían empleo en una fábrica y vivirían sus vidas en algún barrio humilde, sin ser detectados. Era una completa estupidez y los dos lo sabían. En realidad no había escapatoria. Ni siquiera tenían intención de llevar a cabo el único de todos aquellos planes de veras realizable, el suicidio. Aguantar de un día al siguiente y de una semana a otra, estirando un presente

que carecía de futuro, era un instinto invencible, así como nuestros pulmones, mientras haya aire respirable, toman el siguiente aliento.

A veces, incluso, hablaban de implicarse en la rebelión activa contra el Partido, aunque no tenían la menor idea de cómo dar el primer paso. Aunque la fabulosa Hermandad fuese real, la dificultad de abrirse paso hasta ella seguía allí. Winston le habló sobre la extraña intimidad que existía, o parecía existir, entre O'Brien y él, y del impulso que a veces sentía de caminar simplemente hasta donde estaba O'Brien, anunciarle que él era un enemigo del Partido y pedirle ayuda. Curiosamente, aquello a Julia no le pareció totalmente descabellado. Estaba acostumbrada a juzgar a las personas por sus expresiones y le parecía natural que Winston creyera que se podía confiar en O'Brien basándose tan solo en un destello de su mirada. Por otra parte, daba por sentado que todo el mundo, o casi todo el mundo, odiaba secretamente al Partido y rompería las reglas si pensara que hacerlo era seguro. Pero se negaba a creer que pudiera existir una oposición organizada y extendida. Las historias sobre Goldstein y su ejército en las sombras, decía, no eran más que un montón de basura que el Partido había inventado para sus propios fines y en la que uno tenía que fingir que creía. Cuando tenían lugar los juicios públicos, ella participaba en los destacamentos de la Liga de Jóvenes que rodeaban los tribunales de la mañana a la noche, cantando a intervalos la consigna «¡Muerte a los traidores!». Durante los Dos Minutos de Odio, siempre superaba a todos los demás gritando insultos contra Goldstein. Y sin embargo apenas tenía la menor idea de quién era Goldstein y qué doctrinas se suponía que representaba. Se había criado después de la Revolución y era demasiado joven como para recordar las batallas ideológicas de los años cincuenta y sesenta. El concepto de un movimiento político independiente estaba más allá de su imaginación y, en todo caso, el Partido era invencible. Existiría siempre y siempre sería igual. Uno solo podía rebelarse contra él mediante una secreta desobediencia o, en el mejor de los casos, a través de actos aislados de violencia, como matar a alguien o volar algún edificio.

En algunos sentidos, ella era mucho más lúcida que Winston y mucho menos vulnerable a la propaganda del Partido. En una ocasión, cuando él mencionó de pasada la guerra contra Eurasia, ella lo sorprendió al decirle que en su opinión no había ninguna guerra. Los cohetes bomba que caían a diario sobre Londres probablemente los lanzaba el propio gobierno «solo para mantener a la gente atemorizada». Esa era una idea que a Winston literalmente jamás se le había ocurrido. También le despertó un cierto sentimiento de envidia cuando le dijo que, durante los Dos Minutos de Odio,

su mayor problema era no romper en carcajadas. Aun así, solo cuestionaba el adoctrinamiento del Partido cuando afectaba de alguna manera a su propia vida. A menudo se mostraba dispuesta a aceptar la mitología oficial por la simple razón de que la diferencia entre verdad y falsedad le parecía algo sin importancia. Por ejemplo, ella creía, pues lo había aprendido en la escuela, que el Partido había inventado el aeroplano. (Winston recordaba que en sus días de escuela, a finales de los años cincuenta, el Partido reivindicaba únicamente la invención del helicóptero; doce años más tarde, cuando Julia iba a la escuela, ya declaraba haber inventado el aeroplano; una generación más y estaría reclamando la autoría de la máquina de vapor). Cuando Winston le dijo que los aviones existían desde antes de que él naciera y desde mucho tiempo antes de la Revolución, el dato le pareció por completo carente de interés. Después de todo, ¿qué importancia tenía quién había inventado el aeroplano? Mayor fue la sorpresa de Winston cuando, por algún comentario casual, descubrió que ella no se acordaba de que Oceanía, cuatro años atrás, había estado en guerra con Estasia y en paz con Eurasia. Es cierto que ella contemplaba la guerra entera como una farsa, pero al parecer ni siquiera había advertido que el nombre del enemigo había cambiado.

—Pensé que siempre habíamos estado en guerra con Eurasia —dijo sin darle demasiada importancia.

Eso lo asustó un poco. La invención del aeroplano databa de mucho antes de que ella naciera, pero el drástico giro en la guerra había ocurrido apenas cuatro años atrás, cuando ella hacía tiempo que había entrado en la edad adulta. Discutió con ella al respecto durante más de un cuarto de hora. Finalmente consiguió que hurgara en su memoria hasta recordar vagamente que el enemigo era antes Estasia, y no Eurasia. Pero a ella el asunto seguía pareciéndole intrascendente.

—¿A quién le importa? —dijo impaciente—. No deja de ser una maldita guerra tras otra, y uno sabe que, en cualquier caso, las noticias son puras mentiras.

A veces él le hablaba del Departamento de Registros y de las impúdicas falsificaciones que se dedicaba a cometer allí. Esas cosas no parecían horrorizarla. No era capaz de percibir el abismo que se abría bajo sus pies ante el hecho de que las mentiras se volvieran verdades. Él le contó la historia de Jones, Aaronson y Rutherford y del papelito trascendental que una vez tuvo entre sus dedos. Aquello no provocó en Julia una gran impresión. Al principio, de hecho, no captaba la importancia del asunto.

—¿Eran amigos tuyos?

—No, nunca los conocí. Eran miembros del Partido Interior. Además, eran hombres mucho mayores que yo. Provenían de los viejos tiempos, de antes de la Revolución. Yo apenas los conocí de vista.

—Entonces, ¿por qué preocuparse? Asesinan a la gente todo el tiempo, ¿no es así?

Trató de hacerla comprender.

—Es un caso excepcional. No es solamente que asesinasen a alguien. ¿No te das cuenta de que el pasado, empezando por ayer mismo, ha sido realmente abolido? Si en alguna parte sobrevive, es en unos pocos objetos sólidos con los que no hay ninguna palabra asociada, como ese trozo de cristal de ahí. Para empezar, no sabemos casi nada sobre la Revolución ni sobre los años previos a la Revolución. Cada registro ha sido destruido o falsificado, cada libro ha sido reescrito, cada cuadro se ha repintado, se ha renombrado cada estatua, cada calle y cada edificio, no hay una sola fecha que no haya sido alterada.

Y ese proceso continúa día tras día y minuto a minuto. La historia se ha detenido. Solo existe un presente perpetuo en el que el Partido siempre tiene razón. Por supuesto, yo sé que el pasado está falsificado, pero nunca podría demostrarlo, a pesar de que yo mismo llevé a cabo la falsificación. Una vez que está hecho, no queda ninguna evidencia. La única evidencia está dentro de mi propia mente, y ni siquiera puedo saber con una mínima certeza que otro ser humano comparte mis recuerdos. Aquella ocasión fue la única vez en toda mi vida que estuve en posesión de una prueba real y concreta *después* de ocurrido el suceso... años después.

—¿Y qué tuvo eso de bueno?

—Nada, no tuvo nada de bueno, porque unos pocos minutos más tarde eliminé la prueba. Pero si hoy volviera a ocurrir lo mismo, la guardaría.

—¡Pues yo no! —dijo Julia—. Estoy del todo dispuesta a correr riesgos, pero solo por algo que valga la pena, no por viejos recortes de periódico. ¿Qué habrías podido hacer con eso, incluso si lo hubieses guardado?

—No mucho, tal vez. Pero era una prueba. Podría haber sembrado alguna que otra duda aquí y allá, suponiendo que me hubiese atrevido a mostrársela a alguien. No creo que podamos cambiar nada mientras vivamos. Pero es posible imaginar pequeños núcleos de resistencia que surjan aquí y allá... pequeños grupos de personas que hagan causa común y que, poco a poco, crezcan e incluso dejen tras ellos algún testimonio para que la siguiente generación pueda proseguir desde donde nosotros lo dejamos.

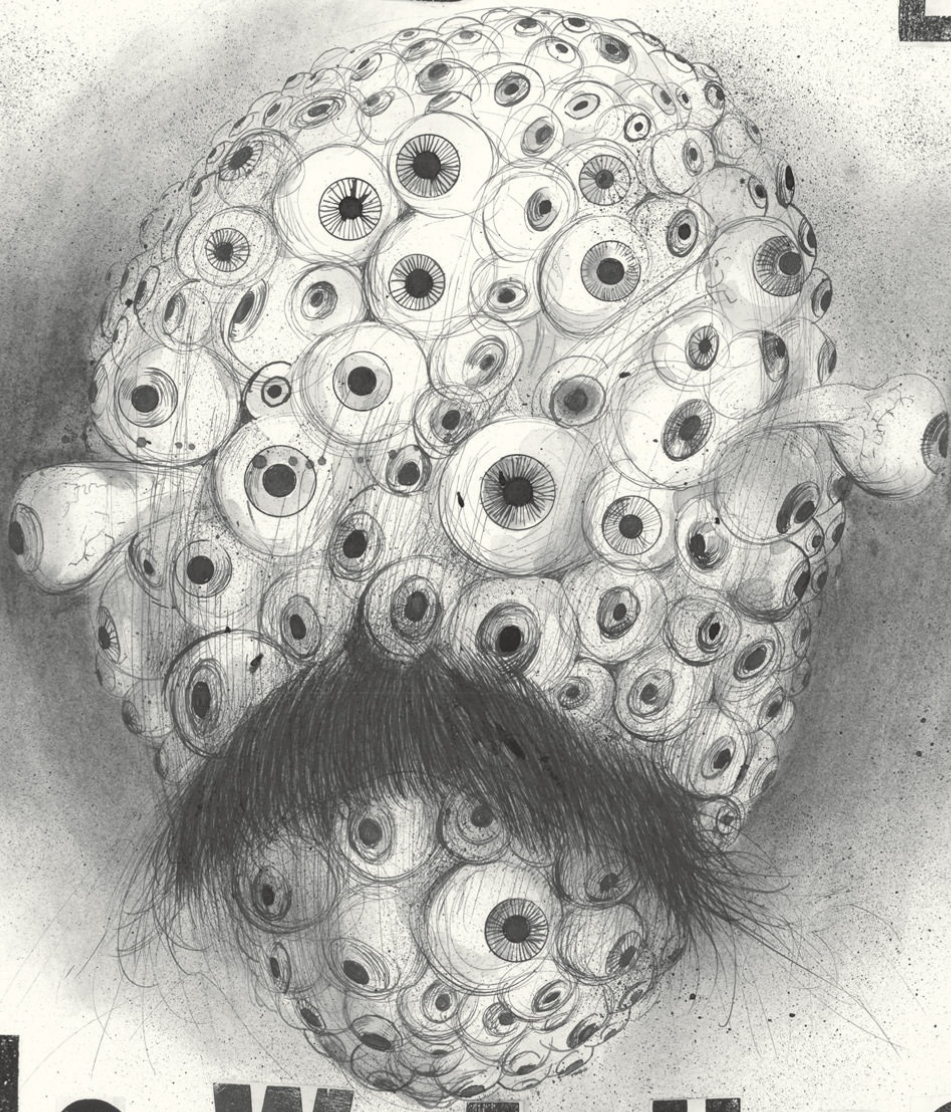
—No me interesa la siguiente generación, querido. Lo que me interesa somos *nosotros*.

—Tú solo eres rebelde de la cintura para abajo —le dijo él.

A ella aquel comentario le pareció brillantemente ingenioso y lo rodeó con sus brazos, encantada.

A Julia la tenían sin cuidado las ramificaciones de la doctrina del Partido. Cada vez que él se ponía a hablar de los principios del Socing, del doblepensar, de la mutabilidad del pasado y de la negación de la realidad objetiva, y a utilizar palabras en parlanueva, ella empezaba a aburrirse y a sentirse abrumada y decía que nunca prestaba atención a esa clase de cosas. Si uno sabía que era basura, ¿por qué preocuparse por ello? Ella sabía cuándo aclamar y cuándo abuchear, y eso era todo lo que se necesitaba saber. Cuando él insistía en hablar de aquellos asuntos, ella tenía la costumbre desconcertante de quedarse dormida. Era una de esas personas que pueden dormir a cualquier hora y en cualquier posición. Hablando con ella, Winston se daba cuenta de lo fácil que era ofrecer una apariencia de ortodoxia sin tener la menor idea de lo que significaba la ortodoxia. En cierto modo, la visión del mundo del Partido se imponía con más éxito en personas incapaces de comprenderla. Se las podía llevar a aceptar las violaciones más flagrantes de la realidad, porque nunca captaban en toda su dimensión la enormidad de lo que se les exigía ni se interesaban lo suficiente por las cuestiones públicas como para darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Permanecían cuerdas gracias a su falta de entendimiento. Simplemente se tragaban cualquier cosa, y lo que se tragaban no les hacía daño, porque no dejaba el menor residuo, del mismo modo que una semilla pasa a través del cuerpo de un pájaro sin ser digerida.

BIG BROTHER



IS WATCHING YOU

Refat

VI

Por fin había ocurrido. Había llegado el anhelado mensaje. Le parecía haber estado toda su vida esperando a que esto ocurriera.

Iba caminando por el largo pasillo del Ministerio y casi había llegado al sitio donde Julia le había deslizado su nota en la mano, cuando advirtió que alguien más corpulento que él se acercaba por detrás. La persona, quienquiera que fuese, emitió una suave tos, evidentemente como preludio a decir algo. Winston se detuvo en seco y giró sobre sus talones. Era O'Brien.

Ahora que por fin estaban cara a cara, parecía que su único impulso era salir corriendo. El corazón le latía con violencia. Habría sido incapaz de hablar. O'Brien, sin embargo, siguió adelante sin detenerse, apoyando por un momento una mano amistosa en el hombro de Winston, de modo que los dos quedaron caminando uno al lado del otro. O'Brien comenzó a hablar con la grave cortesía que le era peculiar y que lo distinguía de la mayoría de los miembros del Partido Interior.

—He estado esperando la oportunidad de hablarle —dijo—. El otro día leí en el *Times* uno de sus artículos en parlanueva. Tiene usted un interés erudito en la parlanueva, ¿me equivoco?

Winston había recuperado a medias su dominio de sí mismo.

—¡Oh!, no precisamente erudito —dijo—. Apenas soy un aficionado. No es mi especialidad. Nunca he tenido nada que ver con la verdadera construcción de la lengua.

—Pero la escribe con mucha elegancia —dijo O'Brien—. Y no es solo mi opinión. Hace poco estuve hablando con un amigo suyo que es ciertamente un experto. Su nombre se me escapa en este momento.

De nuevo el corazón de Winston se agitó penosamente. Aquello solo podía ser una alusión a Syme. Pero Syme no solo estaba muerto, había sido abolido, era una *impersona*. Cualquier alusión reconocible a él era mortalmente peligrosa. El comentario de O'Brien tenía obviamente que ser

una señal deliberada, una contraseña. Al compartir un pequeño acto de ideocrimen, los había colocado a los dos en una posición de complicidad. No habían dejado de caminar despacio por el pasillo, pero ahora O'Brien se detuvo. Con la curiosa y encantadora simpatía que solía imprimir a aquel gesto, se reacomodó las gafas sobre el puente de la nariz y dijo:

—Lo que en realidad me proponía decirle es que noté que en su artículo utiliza dos palabras que ya han quedado obsoletas. Aunque eso ocurrió hace poco. ¿Ha visto la décima edición del Diccionario de Parlanueva?

—No —dijo Winston—. Creí que no había salido aún. En el Departamento de Registros todavía utilizamos la novena.

—No está previsto que la décima aparezca hasta dentro de unos meses, creo. Pero ya circulan algunos ejemplares, a modo de anticipo. ¿Le interesaría echarle un vistazo?

—Sí, mucho —dijo Winston, que vio de inmediato hacia dónde se encaminaba aquello.

—Algunos de los nuevos desarrollos son de lo más ingeniosos. La reducción de la cantidad de verbos... ese es el punto que le va a resultar atractivo, pienso yo. Déjeme ver... ¿podría enviarle el diccionario con un mensajero? Aunque me temo que ese es el tipo de cosas que siempre se me olvidan. ¿Tal vez podría pasar a recogerlo por mi apartamento en algún momento que le convenga? Espere. Déjeme darle mi dirección.

Estaban detenidos justo delante de una telepantalla. Con gesto distraído, O'Brien palpó dos de sus bolsillos y sacó una pequeña libreta de cuero y un lápiz de tinta dorado. Debajo mismo de la telepantalla, en una posición tal que quienquiera que estuviese vigilando al otro lado podría leer lo que escribía, garabateó una dirección, arrancó la página y se la dio a Winston.

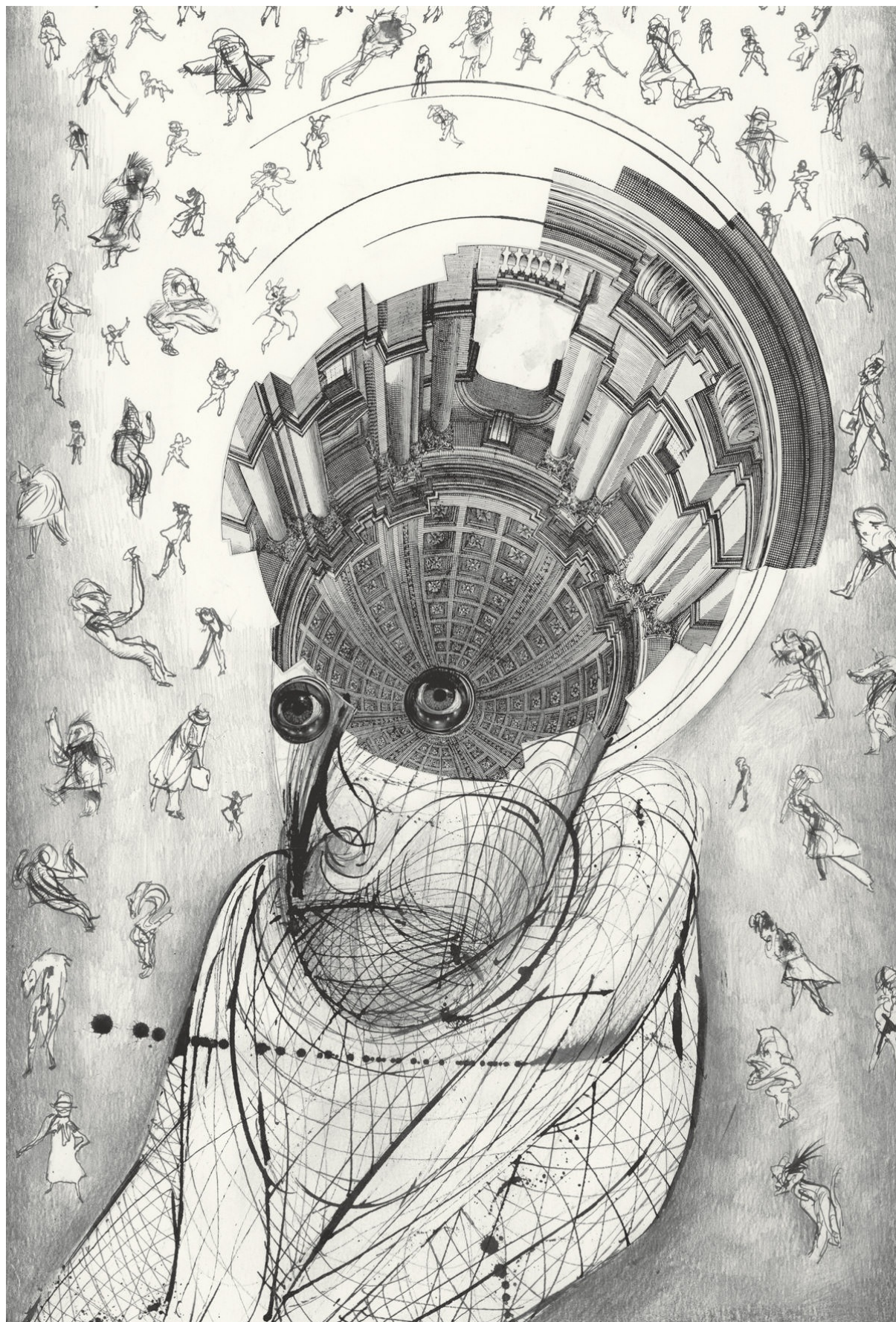
—Suelo estar en casa por las tardes —dijo—. Si no, mi sirviente le entregará el diccionario.

Se fue y dejó a Winston con el pequeño papel, que esta vez no había ninguna necesidad de ocultar. No obstante, memorizó cuidadosamente lo que tenía escrito y, unas horas más tarde, lo arrojó al agujero de memoria junto con una pila de otros papeles.

No habían hablado más que un par de minutos. Aquel episodio solo podía significar una cosa: había sido un medio para que Winston supiera la dirección de O'Brien. Esto era necesario porque no había manera de averiguar dónde vivía alguien a menos que se indagara de manera directa. No existían directorios de ninguna clase. «Si alguna vez quieres verme, aquí es donde me puedes encontrar», eso era lo que O'Brien le daba a entender. Incluso puede

que hubiera un mensaje oculto en algún lugar del diccionario. En cualquier caso, una cosa era segura: la conspiración con la que había soñado existía y él había llegado hasta su periferia.

Sabía que, tarde o temprano, acataría el requerimiento de O'Brien. Tal vez al día siguiente, tal vez después de darle largas... no estaba seguro. Lo que en este momento ocurría era el resultado de un proceso que se había iniciado años atrás. El primer paso había sido un pensamiento secreto e involuntario, el segundo había sido iniciar el diario. Había pasado de las ideas a las palabras y, ahora, de las palabras a los actos. El siguiente paso tendría lugar en el Ministerio del Amor. Ya lo había aceptado. El fin estaba contenido en el principio. Pero era aterrador, o, más exactamente, era como un anticipo de la muerte, como estar un poco menos vivo. Incluso mientras hablaba con O'Brien, cuando el significado de sus palabras se le hizo patente, un estremecimiento helado se apoderó de su cuerpo. Tuvo la sensación de entrar en la húmeda desolación de una tumba, y no era un gran consuelo el hecho de que siempre hubiese sabido que la tumba estaba ahí, esperándolo.



VII

Winston se había despertado con los ojos llenos de lágrimas. Julia giró hacia él, soñolienta, y se apretó contra su cuerpo, murmurando algo como «¿Qué ocurre?».

—He soñado que... —comenzó a decir él, pero no siguió. Era demasiado complicado para ponerlo en palabras. Estaba el sueño en sí, pero también un recuerdo con el que este se relacionaba y que había empezado a rondarle la cabeza segundos después de despertar.

Estaba boca arriba, con los ojos cerrados, empapado todavía en la atmósfera del sueño. Era un sueño vasto y luminoso en el que su vida entera parecía extenderse ante él como un paisaje después de la lluvia en un atardecer de verano. Todo había sucedido dentro del pisapapeles de cristal, pero la superficie del cristal era la cúpula del cielo y, dentro de la cúpula, todo estaba inundado por una luz clara y suave, bajo la cual la vista alcanzaba distancias interminables. El sueño también se hallaba subsumido —o, en cierto sentido, consistía— en un gesto del brazo de su madre que, treinta años después, repitió la mujer judía del noticiario al tratar de proteger al niño de las balas antes de que los helicópteros los volaran a ambos en pedazos.

—¿Sabes —dijo— que hasta este momento yo creía haber asesinado a mi madre?

—¿Por qué la asesinaste? —dijo Julia, casi dormida.

—No la asesiné. No físicamente.

En el sueño había recordado el último vislumbre que tuvo de su madre, y, en un lapso de pocos minutos después de despertar, el conjunto de los pequeños acontecimientos que lo habían rodeado fue retornando a su memoria. Era un recuerdo que durante muchos años debía de haber expulsado de su consciencia en forma deliberada. No estaba seguro de la fecha, pero cuando aquello sucedió él no debía de tener menos de diez años, posiblemente doce.

Su padre había desaparecido algún tiempo antes, no podía recordar cuándo. Se acordaba mejor de las circunstancias agitadas y turbias de aquel momento: los terrores periódicos por los bombardeos aéreos, las carreras apresuradas para refugiarse en las estaciones de metro, los montones de escombros por todas partes, las proclamas ininteligibles pegadas en las esquinas, las hordas de jóvenes con camisas del mismo color, las enormes colas delante de las panaderías, el fuego intermitente de las ametralladoras en la distancia... y, sobre todo, el hecho de que nunca había suficiente para comer. Se acordaba de las largas tardes que había pasado rebuscando en la basura con otros niños, recogiendo nervaduras de hojas de repollo, mondas de patata, incluso a veces cortezas de pan viejo, de las que había que desprender cuidadosamente las partes carbonizadas, o bien aguardando el paso de los camiones que viajaban por cierta ruta, de los que se sabía que transportaban alimento para ganado y que, cuando se zarandeaban al pasar sobre los baches mal remendados de la calzada, a veces dejaban caer fragmentos de tortas de prensa.

Cuando su padre desapareció, su madre no se mostró ni sorprendida ni muy apenada, pero sí se produjo en ella un cambio profundo. Era como si hubiera perdido todo ímpetu. Incluso para Winston era evidente que estaba esperando algo que ella sabía que iba a suceder. Realizaba todas las tareas necesarias —cocinaba, lavaba, cosía, hacía la cama, barría, quitaba el polvo de la repisa de la chimenea—, pero siempre muy despacio y con una curiosa ausencia de movimientos superfluos, como un maniquí de dibujo que se moviera por su propia cuenta. Su figura alta y bien proporcionada parecía recaer de manera natural en la quietud. Podía permanecer horas sentada en la cama, casi inmóvil, atendiendo a la hermanita de Winston, una niña de dos o tres años, diminuta, enfermiza y muy silenciosa, con una cara que su delgadez tornaba simiesca. De cuando en cuando, su madre tomaba a Winston entre sus brazos y lo estrechaba largo rato contra su cuerpo, sin decir nada. Él, a pesar de su juventud y de su egoísmo, era consciente de que aquello tenía alguna especie de conexión con el hecho que no se mencionaba y que estaba a punto de suceder.

Se acordaba de la habitación donde vivían, una habitación oscura y con olor a encierro en la que la cama, con su cobertor blanco, parecía ocupar toda una mitad. Había un fogón de gas dentro del guardafuegos, una pequeña alacena para la comida y, fuera, en el rellano, un lavabo de loza que compartían varias habitaciones. Recordaba el cuerpo imponente de su madre inclinado sobre el fogón para revolver algo en la cacerola. Pero sobre todo se

acordaba del hambre constante y de las sórdidas y feroces batallas a la hora de comer. Una y otra vez le preguntaba a su madre, de manera irritante, por qué no había más comida; le gritaba y la agredía (incluso recordaba el tono de su propia voz, que ya empezaba, prematuramente, a mudar, y que a veces resonaba de forma peculiar) o intentaba introducir una nota de patetismo plañidero en su esfuerzo por conseguir una ración mayor. Su madre estaba dispuesta a darle más de lo que le correspondía. Daba por sentado que él, «el varón», recibiría la porción más grande, pero, por mucho que le diese, él invariablemente reclamaba más. En cada comida, ella debía rogarle que no fuese egoísta, que recordara que su hermanita estaba enferma y también necesitaba comer, pero era inútil. En cuanto ella dejaba de servirle, se ponía a gritar hecho una furia, trataba de arrancarle la olla y el cucharón de las manos, agarraba trocitos de comida del plato de su hermana. Sabía que hacía pasar hambre a las dos, pero no podía evitarlo; incluso se sentía con derecho a hacerlo. El hambre que aullaba en su barriga parecía justificarlo. Entre comidas, cuando su madre no vigilaba, saqueaba constantemente las miserables reservas de la alacena.

Un día se distribuyó una ración de chocolate. No lo repartían desde hacía semanas o meses. Se acordaba muy claramente de aquel trocito de chocolate. Era una tableta de dos onzas para los tres (todavía se hablaba de onzas, por entonces). Obviamente, habría que dividirla en tres partes iguales. De pronto, como si las palabras brotaran de otra persona, Winston se oyó reclamar, con voz alta y estentórea, aquella tableta de chocolate entera para él solo. Su madre le dijo que no fuese egoísta. Siguió una larga y agobiante discusión que giraba en torno a lo mismo, con gritos, quejas, lágrimas, protestas y regateos. Su hermana, tan menudita, aferrada a su madre con las dos manos, exactamente como un pequeño mono, lo miraba con ojos grandes y afligidos por encima del hombro materno. Al final su madre separó tres cuartas partes del chocolate, se las entregó a Winston y el cuarto restante se lo dio a su hermana. La niña lo tomó y se quedó mirándolo alelada, quizá sin saber lo que era aquello. Durante un momento, Winston la observó. Luego, con un salto ágil y repentino, arrebató el trozo de chocolate de la mano de su hermana y salió disparado hacia la puerta.

—¡Winston, Winston! —lo llamó su madre—. ¡Vuelve aquí! ¡Devuélvele el chocolate a tu hermana!

Se detuvo, pero no regresó. Los ojos angustiados de la madre estaban fijos en su rostro. Incluso en aquel momento, Winston no dejaba de pensar en eso que no sabía qué era y que estaba a punto de ocurrir. Su hermana, consciente

de que le habían robado, se puso a gimotear débilmente. Su madre la rodeó con un brazo y le apretó el rostro contra su pecho. Algo en aquel gesto le dijo a Winston que su hermana se estaba muriendo. Se dio la vuelta y corrió escaleras abajo mientras el chocolate se le pegoteaba en la mano.

Nunca volvió a ver a su madre. Después de haber devorado el chocolate se avergonzó un poco de sí mismo y anduvo dando vueltas por las calles durante varias horas, hasta que el hambre lo llevó de vuelta a casa. Pero su madre había desaparecido. Por entonces, aquello se estaba volviendo normal. No faltaba nada en la habitación, solo su madre y su hermana. No se habían llevado ninguna prenda, ni siquiera el abrigo de su madre. Hasta el día de hoy, Winston no sabía con certeza si su madre había muerto. Era perfectamente posible que tan solo la hubiesen enviado a un campo de trabajos forzados. En cuanto a su hermana, quizá la habían transferido, como al propio Winston, a una de las colonias para niños sin hogar (Centros de Reformación, los llamaban) que surgieron como resultado de la guerra civil, o quizá la habían enviado al campo de trabajo junto con su madre, o puede que, sencillamente, la hubiesen dejado morir en alguna parte.

El sueño se conservaba vívido en su mente, en especial el gesto del brazo, envolvente y protector, en el que parecía concentrarse todo su significado. Su mente regresó a otro sueño de dos meses atrás. Exactamente igual que había estado sentada sobre el sucio edredón blanco de la cama, con la niña aferrada a ella, así vio a su madre sentada en el barco sumergido, muy por debajo de él y hundiéndose más y más a cada minuto, sin dejar de mirarlo a través de las aguas cada vez más oscuras.

Le contó a Julia la historia de la desaparición de su madre. Ella giró su cuerpo hacia él sin abrir los ojos y se acomodó en una posición más cómoda.

—No me extraña que fueras un pequeño cerdo cruel por aquel entonces —dijo en voz baja—. Todos los niños son unos cerdos.

—Sí. Pero, en realidad, lo importante de toda esta historia es...

Por su manera de respirar, era evidente que se había vuelto a quedar dormida. Le habría gustado seguir hablándole de su madre. Winston no creía, por lo que podía recordar de ella, que fuera una mujer excepcional, y mucho menos que fuera inteligente, pero, aun así, había poseído una especie de nobleza, una suerte de integridad, simplemente porque no había obedecido sino a sus propios valores privados. A ella jamás se le habría ocurrido que una acción, por el hecho de ser inútil, careciera necesariamente de todo significado. Si uno amaba a alguien, lo amaba y, si no tenía nada que darle, aun así le daba su amor. Cuando ya no quedaba más chocolate, la madre había

estrechado a la niña en sus brazos. Eso era perfectamente inútil, no cambiaba nada, no producía más chocolate, no evitaría la muerte de la niña ni la suya propia, pero hacerlo le parecía lo más natural. También la refugiada a bordo del bote había cubierto al niño con sus brazos, no más útiles contra las balas de lo que habría sido una hoja de papel. Lo más terrible que había hecho el Partido era persuadir a todos de que los meros impulsos, los simples sentimientos no significaban nada, mientras que al mismo tiempo los despojaba de todo poder sobre el mundo material. Una vez que el Partido te tenía entre sus garras, lo que sintieras o dejaras de sentir, lo que hicieras o te privaras de hacer, no suponía literalmente la menor diferencia. Pasara lo que pasara, ibas a desaparecer y nunca más se sabría nada más de ti ni de tus acciones. Te disipabas, borrado limpiamente de la corriente de la historia. Y, sin embargo, aquello no tenía demasiada importancia para la gente de tan solo dos generaciones atrás, puesto que no se proponían cambiar la historia. Se regían por lealtades privadas que no cuestionaban. Lo que contaba eran las relaciones individuales, y un gesto desesperadamente inútil, un abrazo, una lágrima, una palabra dicha a un moribundo, podían tener valor en sí mismos. Los proletas, se le ocurrió de pronto, habían permanecido en ese estado. No eran leales a un partido o a un país, y tampoco a una idea; eran leales unos a otros. Por primera vez en su vida no despreció a los proletas ni pensó en ellos meramente como una fuerza inerte que algún día despertaría y regeneraría el mundo. Los proletas habían seguido siendo humanos. No se habían endurecido por dentro. Se habían aferrado a las emociones primitivas que Winston, en cambio, debía volver a aprender mediante un esfuerzo consciente. Y al pensar en eso se acordó, sin que pareciera tener una conexión clara, de que unas semanas atrás había visto en la acera una mano cercenada y la había mandado de una patada a la alcantarilla, como si fuese un tallo de coliflor.

—Los proletas son seres humanos —dijo en voz alta—. Nosotros no somos humanos.

—¿Por qué no? —dijo Julia, que había vuelto a despertarse.

Se quedó pensativo un momento.

—¿Alguna vez se te ha ocurrido pensar —dijo— que lo mejor que podríamos hacer sería sencillamente salir de aquí antes de que sea demasiado tarde, y no volver a vernos nunca más?

—Sí, querido, se me ha ocurrido pensarlo muchas veces. Pero a pesar de todo no lo haré.

—Hemos tenido suerte —dijo él—, pero esto no puede durar mucho tiempo. Tú eres joven. Pareces una chica normal e inocente. Si te mantienes alejada de personas como yo, podrías seguir viviendo otros cincuenta años.

—No. Ya he pensado en todo eso. Lo que tú hagas, yo también lo haré. Y no te desanimes demasiado. Soy bastante buena en eso de seguir con vida.

—Puede que logremos seguir juntos otros seis meses... un año... no hay modo de saberlo. Podemos estar seguros de que al final nos separaremos. ¿Te das cuenta de lo absolutamente solos que estaremos? Una vez que nos descubran, ya no habrá nada, literalmente nada, que ninguno de los dos pueda hacer por el otro. Si yo confieso, te pegarán un tiro, y si me niego a confesar, te pegarán un tiro de todos modos. Nada que yo pueda hacer o decir, o evitar decir, postergará tu muerte más de cinco minutos. Ninguno de los dos sabrá siquiera si el otro está vivo o muerto. No tendremos absolutamente ningún poder de ninguna clase. Lo único que importa es que no nos traicionemos el uno al otro, aunque ni siquiera eso cambiará nada.

—Si te refieres a confesar —dijo ella—, confesaremos, te lo aseguro. Todo el mundo confiesa siempre. No se puede evitar. Ellos te torturan.

—No hablo de confesar. Confesar no es traición. Lo que digas o hagas no importa; solo los sentimientos importan. Si pudieran hacer que dejara de amarte... esa sería la verdadera traición.

Ella se quedó pensando en lo que él había dicho.

—No pueden hacer eso —dijo finalmente—. Es la única cosa que no pueden hacer. Pueden hacerte decir lo que sea. *Cualquier cosa*. Pero no pueden hacer que te la creas. No pueden meterse dentro de ti.

—No —dijo él, un poco más esperanzado—, no, eso es verdad. No pueden meterse dentro de ti. Si uno puede *sentir* que vale la pena seguir siendo humano, aunque eso no conduzca a nada, entonces los ha vencido.

Pensó en la telepantalla, en su oído que nunca dormía. Podían espiarte día y noche, pero si mantenías la calma aún podías burlarlos. A pesar de toda su astucia, jamás habían dominado el secreto de averiguar lo que otro ser humano estaba pensando. Quizás aquello no fuese tan cierto cuando te tenían realmente en sus manos. Nadie sabía lo que pasaba dentro del Ministerio del Amor, pero era posible adivinarlo: torturas, drogas, delicados instrumentos que registraban tus reacciones nerviosas, el gradual desgaste por la falta de sueño, la soledad, los interrogatorios interminables. En todo caso, no era posible ocultar los hechos. Si indagaban, podían descubrirlos, te los podían extraer mediante la tortura. Pero si el objetivo no era permanecer con vida sino mantener la propia humanidad, ¿qué podía importar, en última instancia,

todo aquello? No podían alterar tus sentimientos; de hecho, ni siquiera uno mismo podía alterarlos por más que quisiera. Por mucho que ellos desvelasen hasta el último detalle de lo que uno había hecho, dicho o pensado, el núcleo más íntimo del corazón, cuyos mecanismos eran misteriosos hasta para uno mismo, seguiría siendo inexpugnable.

VIII

¡Lo habían hecho, por fin lo habían hecho!

Estaban de pie en una sala alargada, suavemente iluminada. La telepantalla emitía un tenue murmullo; la suntuosidad de la alfombra azul marino le daba a uno la impresión de caminar sobre terciopelo. En el extremo más alejado de la sala, O'Brien estaba sentado ante una mesa bajo una lámpara de tonalidad verdosa, con una pila de papeles a cada lado. No se había molestado en levantar la vista cuando el sirviente hizo pasar a Julia y a Winston.

A Winston le palpitaba tan fuerte el corazón que se preguntaba si sería capaz de hablar. Lo habían hecho, por fin lo habían hecho, eso era lo único que podía pensar. En cualquier caso, venir había sido un acto impetuoso y llegar juntos una pura y simple locura, aunque es cierto que habían llegado por caminos diferentes y solo se habían encontrado ante la puerta de O'Brien. Pero el mero hecho de entrar en un lugar así había requerido una buena dosis de coraje. En muy raras ocasiones llegaba uno a ver por dentro la morada de un miembro del Partido Interior, ni siquiera a entrar en el barrio de la ciudad donde vivían. La atmósfera general del enorme edificio de apartamentos, el lujo y la espaciosidad de todo, los olores desconocidos de la buena comida y el buen tabaco, los ascensores increíblemente rápidos que se deslizaban arriba y abajo en total silencio, los criados de chaqueta blanca que se apresuraban de un lado a otro... todo era intimidante. Aunque tenía un buen pretexto para venir, a cada paso lo asaltaba el temor de que un guardia vestido de uniforme negro apareciese desde detrás de una esquina, le reclamase sus papeles y le ordenase volver sobre sus pasos. Sin embargo, el sirviente de O'Brien los había admitido sin ningún reparo. Era un hombre menudo, de cabello negro y vestido de blanco, con una cara en forma de diamante, completamente inexpresiva, que habría podido pertenecer a un chino. Hizo que lo siguieran a través de un pasillo cubierto por un mullido alfombrado, con paredes

empapeladas en color crema y paneles de madera blancos, todo exquisitamente limpio. También eso era intimidante. Winston no recordaba haber visto jamás un pasillo que no tuviese las paredes mugrientas por el contacto de los cuerpos humanos.

O'Brien parecía estar estudiando con atención un papelito que tenía entre los dedos. Su cara ancha, inclinada de forma que se podía ver la línea de la nariz, tenía un aspecto inteligente y magnífico. Permaneció en la misma posición, sin hacer el menor movimiento, durante unos veinte segundos. Luego atrajo el parlógrafo hacia sí y soltó un mensaje en la jerga híbrida de los ministerios:

Ítems uno coma cinco coma siete aprobados plenamente punto sugerencia contenida ítem seis dobleplús ridícula bordeando ideocrimen cancelar punto improceder construcción anteobtener estimación plusplena gastos maquinaria punto fin del mensaje.

Se levantó de la silla con parsimonia y caminó hacia ellos sobre la alfombra silenciosa. Algo de la atmósfera oficial parecía haberse desprendido de él junto con las palabras en parlanueva, pero su expresión era más adusta de lo habitual, como si no le agradase ser importunado. Con el terror que sentía Winston se mezcló una hebra de vergüenza. Le parecía muy posible haber cometido sencillamente una estúpida equivocación. En realidad, ¿qué evidencia tenía de que O'Brien fuese una especie de conspirador político? Tan solo un destello en los ojos y un único comentario equívoco; aparte de eso, nada más que sus propias elucubraciones secretas, basadas en un sueño. Ni siquiera podía valerse del pretexto de que había venido a tomar prestado el diccionario, porque en ese caso la presencia de Julia era imposible de explicar. O'Brien ya había pasado por delante de la telepantalla cuando una idea pareció asaltarlo. Se detuvo, se desvió de su camino y accionó un interruptor en la pared. Se escuchó un chasquido agudo. La voz cesó.

Julia emitió un pequeño sonido, una especie de chillido de sorpresa. Winston, incluso en medio de su pánico, estaba demasiado perplejo como para poder retener la lengua.

—¡Puede apagarla! —dijo.

—Sí —afirmó O'Brien—, podemos apagarla. Tenemos ese privilegio.

Ahora estaba frente a ellos. Su maciza figura se destacaba por encima de los dos y la expresión de su rostro seguía siendo indescifrable. Estaba esperando, con cierta severidad, a que Winston hablara... pero ¿sobre qué? Incluso ahora podía pensarse que era simplemente un hombre ocupado que se

preguntaba, con cierta irritación, por qué lo habían interrumpido. Nadie decía nada. Desde que la telepantalla había sido apagada, imperaba en la sala un silencio de muerte. Como si desfilaran, cada segundo era interminable. No sin dificultad mantuvo Winston los ojos fijos en los de O'Brien. Entonces, de repente, aquel rostro adusto se aflojó en lo que podía parecer el comienzo de una sonrisa. Con su gesto característico, O'Brien se reacomodó las gafas sobre el puente de la nariz.

—¿Lo digo yo o lo dice usted? —preguntó.

—Yo lo diré —respondió Winston con prontitud—. ¿De verdad está apagada esa cosa?

—Sí, todo está apagado. Estamos solos.

—Hemos venido porque...

Se detuvo al darse cuenta por primera vez de la vaguedad de sus propias motivaciones. Como en realidad no sabía qué clase de ayuda esperaba de O'Brien, no era fácil decir por qué habían venido. Prosiguió, consciente de que lo que decía debía de sonar a la vez pretencioso y poco convincente:

—Creemos que existe alguna clase de conspiración, cierta organización secreta que trabaja en contra del Partido, y que usted está involucrado en ella. Queremos unirnos y trabajar para ella. Somos enemigos del Partido. No creemos en los principios del Socing. Somos ideocriminales. Y además somos adúlteros. Le digo todo esto porque queremos ponernos bajo sus órdenes. Si quiere que nos comprometamos de alguna otra manera, estamos listos.

Dejó de hablar y miró por encima de su hombro al percibir que la puerta había vuelto a abrirse. En efecto, el pequeño criado de piel amarilla había entrado sin llamar. Winston vio que traía una bandeja con una licorera y copas.

—Martin es uno de los nuestros —dijo impasiblemente O'Brien—. Traiga eso aquí, Martin, colóquelo sobre la mesa redonda. ¿Tenemos suficientes sillas? Bien, podemos sentarnos y conversar cómodamente. Acerque una silla para usted, Martin. Se trata de algo importante. Puede dejar de ser un sirviente durante los próximos diez minutos.

El hombrecillo tomó asiento, muy a sus anchas y, aun así, con aire de criado, el aire de un ayuda de cámara que disfruta de un permiso. Winston lo miraba por el rabillo del ojo. Se le ocurrió que la vida entera de aquel hombre consistía en interpretar un papel y que consideraba peligroso abandonar siquiera por un instante su personalidad impostada. O'Brien tomó la licorera por el cuello y llenó las copas con un líquido de un rojo profundo. Surgió en Winston el vago recuerdo de algo visto en un muro, o en un panel

publicitario, hacía mucho tiempo: una enorme botella hecha de luces eléctricas que parecía moverse arriba y abajo y verter su contenido en una copa. El líquido, mirado desde arriba, parecía casi negro, pero dentro de la licorera resplandecía como un rubí. Tenía un aroma agri dulce. Vio que Julia alzaba su copa y lo olía con franca curiosidad.

—Esto se llama vino —dijo O'Brien, con una sonrisa—. Habrán leído sobre él en algún libro, sin duda. Me temo que no llega mucho a manos del Partido Exterior. —Su rostro adoptó un aire solemne. Alzó su copa:

—Creo que sería adecuado empezar con un brindis. A la salud de nuestro líder; por Emmanuel Goldstein.

Winston levantó su copa con cierta impaciencia. El vino era algo sobre lo que había leído y soñado. Al igual que el pisapapeles de cristal o los versos a medio recordar del señor Charrington, pertenecía a un pasado extinto y romántico, el tiempo antiguo, como le gustaba llamarlo en sus pensamientos secretos. Por alguna razón, siempre había pensado que el vino tendría un sabor intensamente dulce, como a mermelada de moras, y un inmediato efecto embriagador. En realidad, cuando por fin tragó aquello, le resultó claramente decepcionante. Lo cierto era que, después de años de beber ginebra, apenas podía sentirle el sabor. Volvió a apoyar la copa vacía sobre la mesa.

—¿Entonces existe una persona llamada Goldstein? —dijo.

—Sí, él existe, y está vivo. Dónde se encuentra, eso no lo sé.

—Y la conspiración... la organización, ¿es real? ¿No es solo una invención creada por la Policía del Pensamiento?

—No, es real. La Hermandad, así la llamamos. Nunca se enterarán de mucho más acerca de la Hermandad, salvo del hecho de que existe y de que ustedes pertenecen a ella. Ya volveré sobre este punto.

Miró su reloj de pulsera.

—Es imprudente, incluso para los miembros del Partido Interior, mantener apagada la telepantalla durante más de media hora. No deberían haber venido juntos, y tendrán que irse por separado. Usted, camarada —inclinó la cabeza hacia Julia—, se irá primero. Tienen que entender que debo empezar por hacerles ciertas preguntas. En términos generales, ¿qué están dispuestos a hacer?

—Cualquier cosa de la que seamos capaces —dijo Winston.

O'Brien había girado un poco sobre su silla, de manera que miraba de frente a Winston. Casi ignoraba a Julia. Parecía dar por sentado que Winston hablaba por ella. Por un momento cerró los párpados. Comenzó a hacer sus

preguntas en voz baja e inexpresiva, como si se tratara de una rutina, una especie de catecismo cuyas respuestas, en su mayoría, conocía de antemano.

—¿Están dispuestos a dar sus vidas?

—Sí.

—¿Están dispuestos a asesinar?

—Sí.

—¿A cometer actos de sabotaje que puedan causar la muerte de cientos de personas inocentes?

—Sí.

—¿A traicionar a la patria en favor de potencias extranjeras?

—Sí.

—¿Están dispuestos a engañar, falsificar, chantajear, corromper mentes infantiles, distribuir drogas adictivas, alentar la prostitución, diseminar enfermedades venéreas... a cualquier cosa que pueda desmoralizar y debilitar el poder del Partido?

—Sí.

—Si, por ejemplo, de alguna forma sirviera a nuestros intereses lanzar ácido sulfúrico al rostro de un niño... ¿estarían dispuestos a hacerlo?

—Sí.

—¿Están dispuestos a perder su identidad y a vivir el resto de sus vidas como camareros o estibadores?

—Sí.

—¿Están dispuestos a suicidarse, si se les ordena y cuando se les ordene?

—Sí.

—¿Están dispuestos, los dos, a separarse y a no volver a verse nunca más?

—¡No! —interrumpió Julia.

A Winston le pareció que pasaba un largo tiempo antes de que él mismo respondiese. Por un momento incluso creyó haber perdido la capacidad de hablar. Su lengua se movía sin emitir sonidos, formando las sílabas iniciales primero de una palabra, luego de otra, y así varias veces. Hasta que la pronunció, no supo qué palabra iba a decir.

—No —dijo por fin.

—Han hecho bien en decírmelo —prosiguió O'Brien—. Es necesario que lo sepamos todo.

Se volvió hacia Julia y añadió con una voz algo más expresiva:

—¿Se da cuenta de que, incluso si él sobrevive, podría ser como una persona diferente? Podríamos vernos obligados a darle una nueva identidad. Su cara, sus movimientos, la forma de sus manos, el color de su pelo... hasta

su voz sonaría distinta. Y usted misma podría verse convertida en otra persona. Nuestros cirujanos pueden modificar a las personas hasta volverlas irreconocibles. A veces es necesario. A veces hasta debemos amputar un miembro.

Winston no pudo evitar lanzar otra mirada de reojo al rostro mongol de Martin. No había cicatrices visibles. Julia había palidecido un poco, de modo que sus pecas se notaban aún más, pero mantenía la mirada de O'Brien con audacia. Murmuró algo que pareció un asentimiento.

—Bien. Entonces está decidido.

Había una caja de plata con cigarrillos sobre la mesa. Con aire distraído, O'Brien empujó la caja hacia los demás y él mismo tomó uno, luego se levantó y comenzó a caminar despacio, de un lado a otro de la sala, como si pudiese pensar mejor de pie. Eran unos cigarrillos muy buenos, gruesos y bien liados, con un papel de una sedosidad desconocida. O'Brien volvió a mirar su reloj.

—Deberías regresar a la antecocina, Martin —dijo—. Tendré que encender de nuevo dentro de un cuarto de hora. Echa un buen vistazo a los semblantes de estos camaradas. Los volverás a ver. Puede que yo no.

Los ojos del hombrecillo, tal como habían hecho cuando ellos entraron, parpadearon al mirar sus rostros. No había ni huella de simpatía en su comportamiento. Estaba memorizando su apariencia, pero no sentía el más mínimo interés por ellos, o eso parecía. A Winston se le ocurrió que tal vez un rostro sintético era incapaz de cambiar de expresión. Sin hablar ni despedirse de ninguna forma, Martin se retiró cerrando silenciosamente la puerta tras de sí. O'Brien no dejaba de deambular de un lado a otro, con una mano en el bolsillo de su mono de trabajo negro y sosteniendo con la otra el cigarrillo.

—Comprendan —dijo— que estarán luchando en la oscuridad. Siempre estarán en la oscuridad. Recibirán órdenes y las obedecerán sin saber por qué. Más adelante les enviaré un libro en el que aprenderán la verdadera naturaleza de la sociedad en la que vivimos, así como la estrategia mediante la cual hemos de destruirla. Cuando hayan leído el libro, serán miembros plenos de la Hermandad. Pero entre los objetivos generales por los que luchamos y las tareas inmediatas del momento, ustedes jamás sabrán lo que hay. Les digo que la Hermandad existe, pero no puedo decirles si sus miembros son un centenar o diez millones. Hasta donde personalmente han de saber, jamás estarán en condiciones de afirmar que el número de sus miembros asciende siquiera a una docena. Tendrán tres o cuatro contactos, que serán renovados de cuando en cuando a medida que desaparezcan. Dado que yo he sido su

primer contacto, seguiré siéndolo. Cuando reciban órdenes, estas provendrán de mí. Si tenemos necesidad de comunicarnos con ustedes, será a través de Martin. Cuando finalmente los atrapen, confesarán. Eso es inevitable. Pero tendrán muy poco que confesar, aparte de sus propias acciones. Solo podrán traicionar a un puñado de personas poco importantes. Probablemente ni siquiera me traicionen a mí. Para entonces, puede que yo esté muerto, o me haya convertido en otra persona, con un rostro diferente.

Seguía yendo de un lado a otro sobre la suave alfombra. A pesar de la robustez de su cuerpo, se movía con una gracia notable. Ello se manifestaba incluso en el gesto con el que hundía una mano en el bolsillo o manipulaba un cigarrillo. Transmitía una impresión, más que de fuerza, de confianza, de una comprensión teñida de ironía. Por muy seriamente que estuviese hablando, no tenía ni rastro de la determinación propia del fanático. Al hablar de asesinato, suicidio, enfermedades venéreas, miembros amputados o rostros modificados, era con un ligero aire de burla. «Es algo inevitable», parecía decir su voz; «esto es lo que tenemos que hacer, con total impavidez. Pero no es lo que haremos cuando la vida de nuevo valga la pena vivirse». Una ola de admiración, casi de veneración, fluía de Winston hacia O'Brien. Por el momento había olvidado la sombría figura de Goldstein. Al mirar los poderosos hombros de O'Brien y su rostro de rasgos rotundos, tan feos y sin embargo tan civilizados, era imposible creer que pudiera ser vencido. No había estratagema que no fuese capaz de sortear, no había peligro al que no pudiese anticiparse. Incluso Julia parecía impresionada. Había dejado que su cigarrillo se consumiese y escuchaba atentamente. O'Brien prosiguió:

—Habrán oído rumores sobre la existencia de la Hermandad. Sin duda se habrán formado su propia imagen de ella. Probablemente han imaginado un inmenso submundo de conspiradores ocultos en sótanos secretos, que garabatean mensajes en los muros y se reconocen unos a otros por señas o movimientos especiales de la mano. Nada de eso existe. Los miembros de la Hermandad no tienen modo de reconocerse unos a otros y a cualquiera de ellos le resulta imposible conocer la identidad de más de unos pocos camaradas. El propio Goldstein, si cayera en manos de la Policía del Pensamiento, no podría darles una lista completa de los miembros, ni ninguna información que los condujera a semejante lista. Esa lista no existe. La Hermandad no puede ser barrida porque no es una organización en el sentido ordinario. No hay nada que la mantenga unida, excepto una idea indestructible. Ustedes no dispondrán de nada que los sostenga, salvo esa idea. No contarán con ninguna camaradería, con ningún apoyo. Cuando por

fin los atrapen, no recibirán ayuda. Jamás ayudamos a nuestros miembros. Como mucho, en ocasiones, cuando es absolutamente necesario que alguien sea silenciado, logramos pasar de contrabando una hoja de afeitar al interior de la celda de un prisionero. Tendrán que acostumbrarse a vivir sin resultados y sin esperanza. Trabajarán durante un tiempo, los atraparán, confesarán y después morirán. Esos son los únicos resultados que han de ver. No hay ninguna posibilidad de que se produzca un cambio perceptible en el curso de nuestras vidas. Estamos muertos. Nuestra única vida verdadera está en el futuro. Participaremos de ella en forma de puñados de polvo y astillas de hueso. Pero no hay modo de saber cuán lejos está ese futuro. Podrían ser mil años. Por el momento, lo único que podemos hacer es extender poco a poco el área de la cordura. No podemos actuar colectivamente. Solamente podemos propagar nuestro conocimiento de individuo a individuo, de generación en generación. Contra la Policía del Pensamiento, no hay otra manera.

Se detuvo y miró por tercera vez su reloj de pulsera.

—Ya casi es hora de que se vaya, camarada —le dijo a Julia—. Espere. La licorera aún sigue medio llena.

Volvió a verter vino en las copas y alzó la suya por el tallo.

—¿Por qué brindamos esta vez? —dijo, sin abandonar aquella expresión ligeramente irónica—. ¿Por la confusión de la Policía del Pensamiento? ¿Por la muerte del Hermano Mayor? ¿Por la humanidad? ¿Por el futuro?

—Por el pasado —dijo Winston.

—El pasado es más importante —coincidió O'Brien con gravedad.

Vaciaron sus copas y, un momento después, Julia se levantó para marcharse. De la parte superior de un armario, O'Brien tomó una cajita y le dio a Julia una pastilla plana y blanca. Le indicó que se la pusiera en la lengua. Era importante, dijo, no salir oliendo a vino; los ascensoristas eran muy observadores. Tan pronto como la puerta se cerró tras ella, O'Brien pareció haber olvidado su existencia. Dio unos pasos más por la sala y luego se detuvo.

—Hay algunos detalles que ajustar —dijo—. Supongo que tienen... ¿alguna clase de escondite?

Winston le habló de la habitación que estaba sobre la tienda del señor Charrington.

—Eso servirá por el momento. Más tarde les proporcionaremos otra cosa. Es importante cambiar de escondite con frecuencia. Mientras tanto, tan pronto como sea posible les enviaré un ejemplar del *libro*... —incluso O'Brien, notó Winston, parecía pronunciar aquella palabra como si estuviera en letra cursiva

—, el libro de Goldstein, ya me entiende. Pueden pasar unos días hasta que lo consiga. No hay muchos en circulación, como se podrá imaginar. La Policía del Pensamiento los confisca y los destruye casi a la misma velocidad con la que podemos producirlos. Eso no tiene demasiada importancia. El libro es indestructible. Si se perdiera el último ejemplar, podríamos reproducirlo casi palabra por palabra. ¿Lleva usted un maletín al trabajo? —agregó.

—Por regla general, sí.

—¿Cómo es?

—Negro, muy gastado. Con dos correas.

—Negro, dos correas, muy gastado... bien. Un día, en un futuro más o menos próximo... no puedo darle una fecha... uno de los mensajes entre sus tareas de la mañana contendrá una palabra mal impresa; deberá usted pedir una reimpresión. Al día siguiente, iré a trabajar sin maletín. En algún momento de la jornada, en la calle, un hombre le tocará el brazo y dirá: «Me parece que se le ha caído el maletín». Entonces le dará uno que contendrá un ejemplar del libro de Goldstein. Deberá devolverlo antes de catorce días.

Permanecieron un instante en silencio.

—Quedan un par de minutos antes de que tenga que irse —dijo O'Brien—. La próxima vez nos encontraremos... si es que volvemos a encontrarnos...

Winston alzó la vista hacia él.

—¿En el lugar donde no hay oscuridad? —dijo, vacilante.

O'Brien asintió sin mostrar sorpresa.

—En el lugar donde no hay oscuridad —repuso, como si hubiese reconocido la alusión—. Y mientras tanto, ¿hay algo que quiera decir antes de irse? ¿Algún mensaje? ¿Alguna pregunta?

Winston pensó. Le pareció que no le quedaba ninguna pregunta por hacer; ni siquiera sentía el impulso de pronunciar alguna banalidad grandilocuente. En lugar de algo relacionado con O'Brien o con la Hermandad, le vino a la mente una especie de composición de imágenes, una mezcla del oscuro dormitorio donde su madre había pasado sus últimos días, la pequeña habitación sobre la tienda del señor Charrington, el pisapapeles de cristal y el grabado en acero en su marco de palisandro. Casi sin pensarlo, dijo:

—¿Alguna vez ha oído unos antiguos versos que empiezan así: «“Dos naranjas y un limón”, desde St. Clement's dice el carrillón»?

De nuevo O'Brien asintió. Con una especie de grave cortesía, completó la estrofa:

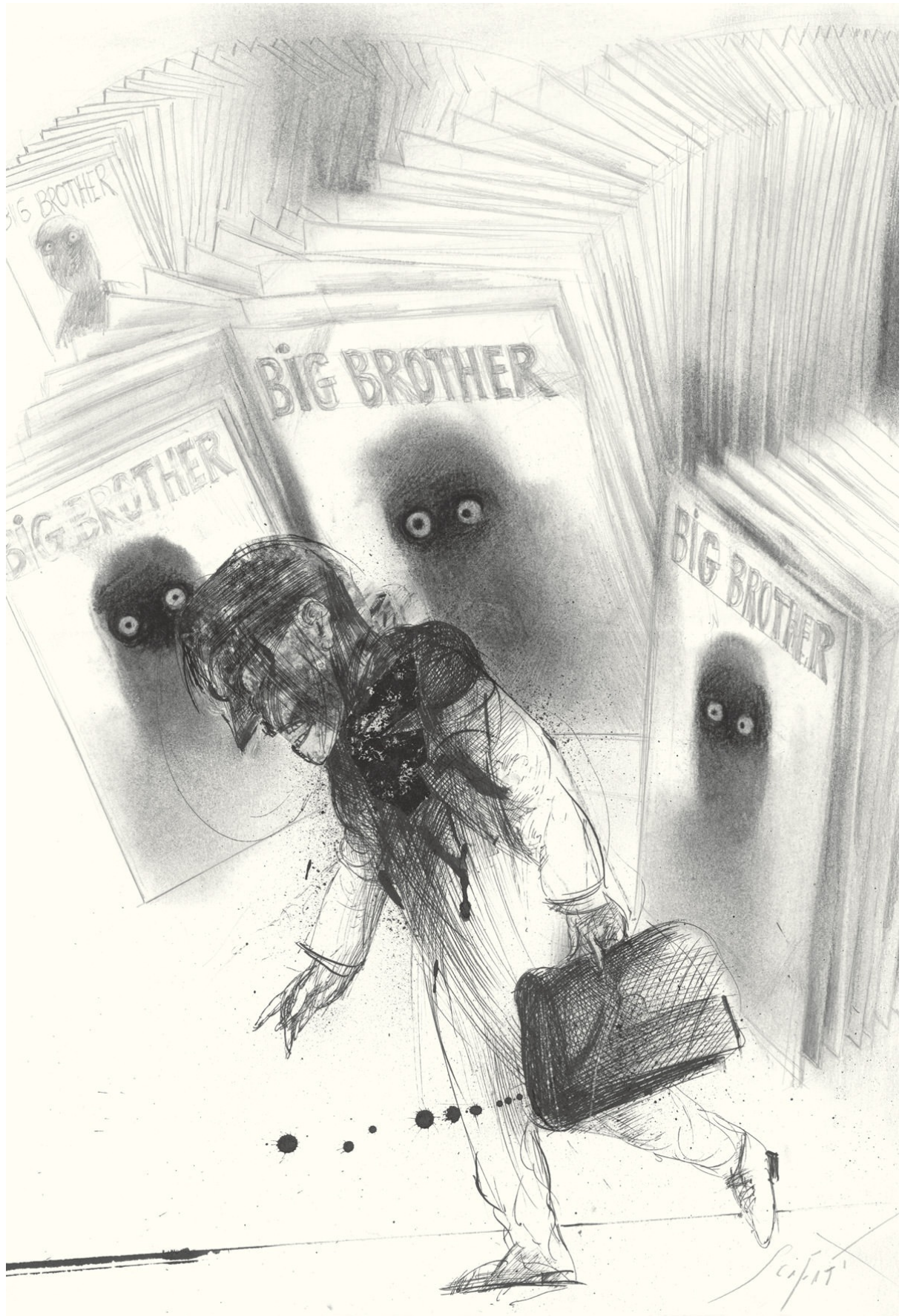
«Dos naranjas y un limón», desde St. Clement's dice el carrillón.

*«Y tú me debes tres fártings», responden las campanas
de St. Martin's.
«¿Cuándo me vas a pagar?», Old Bailey no tardará en replicar.
«Cuando me haga millonario», en Shoreditch dice el campanario.*

—¡Conoce el último verso! —dijo Winston.

—Sí, conozco el último verso. Y ahora, me temo que es hora de que se vaya. Pero espere. Déjeme darle una de estas pastillas.

Cuando Winston se puso de pie, O'Brien le tendió la mano. El poderoso puño le trituyó los huesos de la mano. Al llegar a la puerta, Winston se volvió, pero O'Brien parecía estar ya a punto de borrarlo de su mente. Estaba esperando con una mano en el interruptor de la telepantalla. Un poco más allá, Winston podía ver el escritorio con su lámpara de tonalidad verdosa, el parlógrafo, las bandejas de alambre repletas de papeles. El incidente había tocado a su fin. Dentro de treinta segundos, se le ocurrió pensar, O'Brien habría vuelto a su importante y momentáneamente abandonado trabajo para el Partido.



IX

Gelatinoso, así se sentía Winston de tan cansado. Gelatinoso era la palabra correcta. Le había venido espontáneamente a la cabeza. Su cuerpo parecía no solamente tan blando como la gelatina, sino, además, igualmente translúcido. Sentía que si levantase una mano podría ver la luz a través de ella. La ingente cantidad de trabajo lo había drenado de toda su sangre y de su linfa, dejando apenas una frágil estructura de nervios, huesos y piel. Todas las sensaciones parecían magnificadas. El mono de trabajo le irritaba los hombros, la acera le cosquilleaba los pies, incluso el esfuerzo de abrir y cerrar una mano hacía que le crujieran las articulaciones.

Había trabajado más de noventa horas en cinco días. Como el resto de los trabajadores del Ministerio. Ahora todo había terminado y literalmente no tenía nada que hacer, ningún trabajo de ningún tipo para el Partido hasta la mañana siguiente. Podría pasar seis horas en el escondite y otras nueve en su propia cama. Lentamente, a la suave luz del sol de la tarde, subió por una sórdida calle rumbo a la tienda del señor Charrington, en parte alerta por si pasaba alguna patrulla, pero irracionalmente convencido de que aquella tarde no había ningún peligro de que alguien se metiese en sus asuntos. El pesado maletín le golpeaba la rodilla a cada paso, produciendo una hormigueante sensación en toda la piel de su pierna. Allí dentro llevaba el libro, que estaba en su poder desde hacía seis días y que todavía no había abierto, ni siquiera mirado.

Al sexto día de la Semana del Odio, después de las procesiones, los discursos, los gritos, los cánticos, las pancartas, los carteles, las películas, las figuras de cera, el redoble de tambores y el toque de trompetas, el retumbar de las botas en los desfiles y el chirrido de las orugas de los tanques, el rugido de las escuadras aéreas y el estruendo de la artillería... tras seis días de todo aquello, cuando el gran orgasmo llegaba temblando a su clímax y el odio generalizado hacia Eurasia bullía con tal delirio que si la turba hubiese podido

ponerles la mano encima a los dos mil criminales de guerra eurasiáticos que iban a ser públicamente colgados durante el último día del proceso, sin duda los habrían despedazado... precisamente en ese momento se anunció que Oceanía, en realidad, no estaba en guerra con Eurasia. Oceanía estaba en guerra con Estasia. Eurasia era un aliado.

Por supuesto, no admitieron que hubiera tenido lugar el menor cambio. Simplemente se supo, de manera extremadamente repentina y en todas partes a la vez, que Estasia, y no Eurasia, era el enemigo. En el momento en que ocurrió, Winston estaba participando de una manifestación en una de las principales plazas de Londres. Era de noche y las caras blancas y las banderas escarlatas estaban violentamente iluminadas. Varios miles de personas abarrotaban la plaza, incluida una multitud de unos mil niños vestidos con el uniforme de los Espías. Encima de una plataforma revestida de escarlata, un orador del Partido Interior, un hombrecillo bajo y delgado con brazos desproporcionadamente largos y un gran cráneo calvo sobre el que resistían unos pocos mechones de pelo lacio, estaba arengando a la multitud. Con su figura de duende funesto, retorcido por el odio, aprisionaba con una mano el cuello del micrófono mientras con la otra, enorme en el extremo de un brazo huesudo, arañaba amenazadoramente el aire por encima de su cabeza. Su voz, que los altavoces hacían sonar con un tono metálico, bramaba un interminable catálogo de atrocidades, masacres, deportaciones, saqueos, violaciones, torturas a prisioneros, bombardeos sobre poblaciones civiles, propaganda engañosa, agresiones injustas, tratados incumplidos. Era casi imposible escucharlo sin quedar, primero, persuadido, y, enseguida, loco de ira. Cada pocos segundos, la furia de la multitud entraba en ebullición y la voz del orador quedaba ahogada bajo el bestial rugido que se alzaba incontrolable desde miles de gargantas. Los alaridos más salvajes provenían de los niños. El discurso llevaba ya unos veinte minutos cuando un mensajero se abrió paso a toda prisa hasta la plataforma y deslizó un trocito de papel en la mano del orador. Este lo desenrolló y lo leyó sin detener su discurso. No se produjo ningún cambio en su voz ni en su actitud, y tampoco en el contenido de lo que estaba diciendo, pero de pronto los nombres eran otros. Sin necesidad de palabras, una ola de comprensión se extendió entre la muchedumbre. ¡Oceanía estaba en guerra con Estasia!

Al momento siguiente se produjo una tremenda conmoción. ¡Las banderas y los carteles con los que habían decorado la plaza estaban todos mal! La mitad de ellos mostraban los rostros equivocados. ¡Sabotaje! ¡Los agentes de Goldstein habían vuelto a hacer de las suyas! Hubo un interludio de

desenfreno mientras los carteles eran arrancados de las paredes y las banderas despedazadas y pisoteadas. Los Espías desplegaron una actividad prodigiosa, trepando a las azoteas y cortando las hileras de banderines que colgaban de las chimeneas. Al cabo de dos o tres minutos todo había terminado. El orador, sin dejar de estrangular el micrófono, con los hombros encorvados y la mano libre arañando el aire, había seguido adelante con su discurso. Un minuto más y los salvajes rugidos de rabia estallaron otra vez desde la multitud. El Odio continuaba exactamente igual que antes, solo que su objetivo había cambiado.

Lo que impresionaba a Winston al repasar lo sucedido era que el orador había cambiado una línea expositiva por otra a mitad de una frase, no solo sin hacer la menor pausa, sino sin siquiera forzar la sintaxis. Sin embargo, por el momento tenía otras cosas de qué preocuparse. Fue durante el desorden, mientras eran arrancados los carteles, cuando un hombre cuya cara no había visto nunca le palmeó el hombro y le dijo: «Disculpe, me parece que se le ha caído el maletín». Tomó el maletín con gesto distraído, sin decir nada. Sabía que pasarían días antes de que tuviese oportunidad de mirar en su interior. En el instante mismo en que terminó la manifestación, se fue derecho al Ministerio de la Verdad, aunque ya eran casi las veintitrés horas. Todo el personal del Ministerio había hecho lo mismo. Apenas era necesaria la orden de regresar a sus puestos que ya emitían las telepantallas.

Oceanía estaba en guerra con Estasia; Oceanía siempre había estado en guerra con Estasia. Gran parte de la literatura política de los últimos cinco años había quedado obsoleta. Informes y registros de toda clase, periódicos, libros, panfletos, películas, grabaciones sonoras, fotografías: había que rectificarlo todo a la velocidad del rayo. Aunque no se había emitido ninguna directiva, se sabía que los jefes de departamento aspiraban a que, en el plazo de una semana, no quedara en ninguna parte la más remota referencia a la guerra con Eurasia o a la alianza con Estasia. El trabajo era abrumador, sobre todo porque los procesos que conllevaba no se podían llamar por sus verdaderos nombres. Todo el mundo en el Departamento de Registros trabajó dieciocho horas al día, con dos pausas de sueño de apenas tres horas. Trajeron colchones de los sótanos y los repartieron por los pasillos; las comidas consistían en sándwiches y café Victoria que los empleados de la cantina traían en carritos. Cada vez que Winston hacía una pausa para dormir un rato, procuraba dejar su escritorio despejado de trabajo. Cuando regresaba, a rastras, con los ojos pegados y el cuerpo dolorido, descubría que otro aluvión de cilindros de papel había vuelto a cubrir su escritorio como una nevada, sepultando a medias el parlógrafo y rebosando hasta el suelo, de manera que

la primera tarea consistía en amontonarlos en una pila lo bastante prolija como para dejarle algo de espacio a fin de trabajar. Lo peor de todo era que no era en absoluto un trabajo puramente mecánico. A veces bastaba con sustituir un nombre por otro, pero el reporte detallado de cada acontecimiento exigía cuidado e imaginación. Se necesitaba incluso un considerable conocimiento geográfico para trasladar la guerra de una parte a otra del mundo.

Al tercer día le dolían los ojos de forma insoportable y tenía que limpiar sus gafas cada pocos minutos. Era como lidiar con una tarea física demoledora, algo que uno tenía derecho a rechazar pero que estaba neuróticamente ansioso por hacer. Ni siquiera lo molestaba, cuando tenía tiempo de recordarlo, que cada palabra que murmuraba en el parlógrafo, cada trazo de su lápiz de tinta, fuera una mentira deliberada. Estaba tan deseoso de que la falsificación resultase perfecta como el resto del Departamento. La mañana del sexto día, el goteo de cilindros amainó. Durante una media hora, nada brotó del tubo neumático; luego, un cilindro más. Y después, nada. El trabajo empezó a aflojar más o menos a la misma hora en todas partes. Un suspiro profundo y secreto recorrió el Departamento de un extremo a otro. Acababan de llevar a cabo una hazaña imponente que jamás podrían mencionar a nadie. Ahora era imposible para ningún ser humano demostrar mediante documentada evidencia que la guerra contra Eurasia había tenido lugar. A las mil doscientas se anunció inesperadamente que todos los trabajadores del Ministerio quedaban libres hasta la mañana siguiente. Winston, que seguía llevando el maletín que contenía el libro, el cual había permanecido entre sus pies mientras trabajaba y debajo de su cuerpo mientras dormía, se fue a casa, se afeitó y casi se quedó dormido en la bañera a pesar de que el agua estaba apenas algo más que tibia.

Con un voluptuoso crujir de las articulaciones, subió las escaleras que llevaban a la parte de arriba de la tienda del señor Charrington. Estaba cansado, pero ya no tenía sueño. Abrió la ventana, encendió el pequeño y sucio hornillo de queroseno y puso una cacerola de agua para hacer café. Julia estaba a punto de llegar; mientras tanto, tenía el libro. Se sentó en el mugriento sillón y desabrochó las correas del maletín.

Era un pesado volumen negro, encuadernado de manera poco profesional, sin nombre ni título en la cubierta. La impresión era ligeramente irregular. Las páginas estaban gastadas en los bordes y se desprendían con facilidad, como si el libro hubiese pasado por muchas manos. La inscripción de la portada rezaba:

TEORÍA Y PRÁCTICA
DEL COLECTIVISMO OLIGÁRQUICO
por Emmanuel Goldstein

Winston comenzó a leer:

Capítulo I
La ignorancia es fuerza

Desde que existe documentación histórica, y probablemente ya desde el final de la Era Neolítica, ha habido en el mundo tres clases de personas, los de Arriba, los del Medio y los de Abajo. Se las ha subdividido de muchas maneras, han tenido incontables nombres diferentes y tanto su número relativo como las actitudes de unas hacia otras han variado de un período a otro, pero la estructura esencial de la sociedad no se ha alterado jamás. Incluso después de enormes convulsiones y de cambios aparentemente irrevocables, el mismo patrón se ha reafirmado una y otra vez, del mismo modo que un giróscopo retorna siempre al equilibrio por mucho que se lo empuje en una dirección u otra.

Los objetivos de estos tres grupos son totalmente irreconciliables...



Winston dejó de leer, sobre todo para poder apreciar el hecho de que efectivamente *estaba leyendo* con toda comodidad y seguridad. Estaba solo; ni telepantalla, ni ojo en la cerradura, ni ese impulso nervioso de echar vistazos por encima del hombro o de tapar la página con una mano. El dulce aire de verano acariciaba sus mejillas. Desde algún lugar lejano llegaban flotando, apenas perceptibles, los gritos de unos niños; en la pieza misma no había sonido alguno, salvo por la voz de insecto del reloj. Se hundió un poco más en el sillón y apoyó los pies sobre el guardafuegos. Era la gloria, era la eternidad. De pronto, como hace uno a veces con un libro del que sabe que acabará leyendo y releiendo cada palabra, lo abrió por una página diferente y se encontró en el tercer capítulo. Siguió leyendo:

Capítulo III

La guerra es paz

La separación del mundo en tres grandes superestados fue un acontecimiento que podía vaticinarse y que, de hecho, se vaticinó antes de mediados del siglo xx. Con la absorción de Europa por parte de Rusia y del Imperio británico por parte de Estados Unidos, dos de los tres poderes existentes, Eurasia y Oceanía, cobraron entidad real. El tercero, Estasia, no llegó a surgir como unidad diferenciada hasta después de otra década de confusos enfrentamientos. Las fronteras de los tres superestados son en algunos lugares arbitrarias y, en otros, fluctúan de acuerdo con los avatares de la guerra, pero en general están determinadas por la geografía. Eurasia abarca la totalidad de la parte norte de las masas continentales europea y asiática, desde Portugal hasta el estrecho de Bering. Oceanía abarca las Américas, las islas del Atlántico —incluidas las Islas Británicas—, Australasia y la porción meridional de África. Estasia, más pequeño que los otros dos y con una frontera occidental menos definida, abarca China y los países al sur de la misma, las islas del Japón y una porción amplia pero fluctuante de Manchuria, Mongolia y el Tíbet.

En una u otra combinación, estos tres superestados están en guerra permanente y lo han estado durante los últimos veinticinco años. La guerra, no obstante, ya no es la lucha desesperada y aniquiladora que había sido durante las primeras décadas del siglo xx. Es un tipo de guerra con objetivos limitados entre contendientes que son incapaces de destruirse unos a otros, que carecen de toda causa material para combatir

y a los que no divide ninguna diferencia ideológica genuina. Aun así, la forma en que se lleva a cabo la guerra o la actitud predominante hacia ella no se han vuelto menos sangrientas o más caballerosas. Por el contrario, la historia de la guerra es universal y continua en todos los países, y actos como la violación, el saqueo, la matanza de niños y la reducción a la esclavitud de poblaciones enteras, así como represalias contra los prisioneros, que llegan incluso al extremo de hervirlos o enterrarlos vivos, son consideradas prácticas normales y, cuando los comete el propio ejército y no el del enemigo, meritorias. Sin embargo, en un sentido físico, la guerra involucra a un número muy reducido de personas, en su mayoría especialistas altamente entrenados, y provoca comparativamente pocas bajas. Los combates, cuando los hay, se desarrollan o bien en vagas fronteras cuya ubicación el hombre común apenas adivina, o bien en torno a las Fortalezas Flotantes que custodian puntos estratégicos a lo largo de las rutas marítimas. En los núcleos de civilización, la guerra solo significa escasez de bienes de consumo y la ocasional explosión de algún cohete bomba que puede causar algunas decenas de muertos. De hecho, la guerra ha cambiado su carácter. Más exactamente, las razones por las que se emprende han cambiado en lo que respecta a su orden de importancia. Motivos que se hallaban ya presentes, en pequeña medida, en las grandes guerras de comienzos del siglo xx se han vuelto ahora los motivos dominantes, se los reconoce conscientemente como tales y se actúa en consecuencia.

Para comprender la naturaleza de la guerra actual —pues, a pesar del reagrupamiento que tiene lugar cada pocos días, es siempre la misma guerra—, uno debe, ante todo, advertir que es imposible que dicha guerra sea decisiva. Ninguno de los tres superestados puede ser conquistado definitivamente, ni siquiera mediante una alianza de los otros dos. Las fuerzas de los tres están demasiado equilibradas y sus defensas naturales son demasiado formidables. Eurasia está protegida por sus vastos territorios; Oceanía, por la amplitud del Atlántico y el Pacífico; Estasia, por la fecundidad y la laboriosidad de sus habitantes. Por otra parte, ya no hay, en sentido material, nada por lo que combatir. Con la instauración de economías autosuficientes en las que la producción y el consumo se regulan mutuamente, la pugna por los mercados, que fue una de las causas principales de las guerras precedentes, ha dejado de existir, mientras que la competencia por las materias primas ya no es cuestión de vida o muerte. En cualquier caso, cada uno de los tres superestados es tan vasto que puede extraer prácticamente todos los materiales que necesita dentro de los límites de su propio territorio. Si en alguna medida la guerra

tiene un propósito económico directo, no es otro que el acopio de fuerza de trabajo. Entre las fronteras de los superestados, que van cambiando erráticamente de manos, se extiende un espacio que tiene aproximadamente la forma de un cuadrilátero cuyos vértices coinciden con Tánger, Brazzaville, Darwin y Hong Kong, y que contiene en su interior alrededor de una quinta parte de la población de la Tierra. Es por la posesión de esas regiones densamente pobladas y del casquete polar norte por lo que se enfrentan constantemente los tres superestados. En la práctica, ninguno de los tres poderes controla íntegramente el área en disputa. Hay porciones de ella que cambian constantemente de manos; lo que dicta los interminables cambios en las alianzas es la oportunidad de apoderarse de este o aquel fragmento mediante un repentino ataque a traición.

Todos los territorios en disputa contienen valiosos minerales, y algunos de ellos disponen de importantes productos vegetales como el caucho que, en climas más fríos, es necesario sintetizar mediante métodos comparativamente más caros. Por encima de todo, cada uno de ellos contiene inagotables reservas de mano de obra barata. Cualquiera que sea la potencia que controle el África ecuatorial, los países de Oriente Medio, el sur de la India o el archipiélago indonesio, dispone también de los cuerpos de decenas o cientos de millones de culis muy trabajadores y mal remunerados. Los habitantes de estas áreas, reducidos a la esclavitud de forma más o menos abierta, pasan continuamente de manos de un conquistador a otro y son consumidos como carbón o petróleo en la carrera por producir más armamento, capturar más territorio, controlar más fuerza de trabajo y así hasta el infinito. Conviene hacer notar que la lucha nunca se desplaza realmente más allá de los límites de las áreas en disputa. Las fronteras de Eurasia fluctúan entre la cuenca del Congo y la costa norte del Mediterráneo; las islas del océano Índico y el océano Pacífico son capturadas y recapturadas constantemente por Oceanía o Estasia; en Mongolia, la línea divisoria entre Eurasia y Estasia jamás se mantiene estable; alrededor del Polo, las tres potencias reivindican enormes territorios que, en su mayor parte, se hallan deshabitados e inexplorados... pero el equilibrio de poder permanece siempre más o menos igual y el territorio que conforma el núcleo central de cada superestado se mantiene siempre intacto. Además, el trabajo de los pueblos explotados en torno al ecuador no es en realidad necesario para la economía mundial. No aporta nada al bienestar del mundo, puesto que lo que producen se usa solo con fines bélicos, y el objetivo de entablar una guerra no es otro que lograr un mejor posicionamiento para entablar una

nueva guerra. Mediante su trabajo, las poblaciones esclavas facilitan que se acelere el ritmo de la guerra permanente, pero si no existiesen, la estructura de la sociedad mundial y el proceso mediante el cual dicha sociedad se perpetúa a sí misma no serían esencialmente diferentes.

El objetivo primordial de la guerra moderna (objetivo que, de acuerdo con los principios del *doblepensar*, es y a la vez no es reconocido por los cerebros que dirigen el Partido Interior) consiste en utilizar los productos de la máquina sin elevar el nivel general de vida. Desde fines del siglo XIX, el problema de qué hacer con el excedente de bienes de consumo ha estado latente en la sociedad industrial. Actualmente, cuando pocos seres humanos tienen siquiera lo suficiente para comer, obviamente este problema no es urgente y no lo sería incluso si no se hubiese llevado a cabo un proceso de destrucción. El mundo de hoy, comparado con el mundo que existía antes de 1914, es un lugar yermo, hambriento y dilapidado, y aún más si se lo compara con el futuro imaginario que la gente de aquel período anhelaba. A comienzos del siglo XX, la visión de una sociedad futura increíblemente rica, relajada, ordenada y eficiente — un mundo esplendoroso y aséptico de acero, cristal y hormigón blanco como la nieve— formaba parte de la consciencia de cualquier persona cultivada. La ciencia y la tecnología se estaban desarrollando a una velocidad prodigiosa y parecía natural asumir que seguirían haciéndolo. Pero esto no sucedió; en parte debido al empobrecimiento causado por una larga serie de guerras y revoluciones y, en parte, porque el progreso científico y técnico depende de los hábitos empíricos de pensamiento, que no pueden sobrevivir en una sociedad rígidamente reglamentada. En conjunto, el mundo es más primitivo ahora que hace cincuenta años. Se ha avanzado en algunas áreas muy atrasadas y se han desarrollado diversos dispositivos —siempre conectados de alguna manera con la guerra y el espionaje policial—, pero la experimentación y la invención se han detenido en gran medida y los estragos de la guerra nuclear de los años cincuenta no han sido plenamente reparados. No obstante, siguen presentes los peligros inherentes a la máquina. Desde el momento en que la máquina hizo su aparición, se hizo evidente para todas las personas pensantes que el arduo trabajo humano y, en gran medida, la desigualdad entre los seres humanos ya no eran necesarios. Si las máquinas fuesen deliberadamente empleadas para tal fin, el hambre, la explotación laboral, la suciedad, el analfabetismo y la enfermedad podrían erradicarse en el curso de pocas generaciones. De hecho, sin usarlas para dichos propósitos, sino por una especie de proceso automático —al producir una riqueza que a veces era imposible no distribuir—, durante un período de

unos cincuenta años, entre finales del siglo XIX y principios del XX, las máquinas sin duda elevaron el nivel de vida del promedio de los seres humanos.

Pero también estaba claro que un incremento generalizado de la riqueza amenazaba con destruir —de hecho, en cierto modo era la destrucción de— aquel modelo de sociedad jerarquizada. En un mundo en el que todos los individuos trabajaran pocas horas, tuvieran lo suficiente para comer, vivieran en una casa con baño y refrigerador y poseyeran un automóvil, e incluso un aeroplano, la forma de desigualdad más obvia y acaso más importante habría desaparecido. Si alguna vez llegara a generalizarse, la riqueza, ya no otorgaría ninguna distinción. Sin duda era posible imaginar una sociedad en la que la *riqueza*, en el sentido de posesiones y lujos personales, se distribuyese de forma equitativa mientras que el *poder* permaneciera en manos de una casta privilegiada. En la práctica, sin embargo, semejante sociedad no podría mantenerse estable por mucho tiempo. Pues si todos disfrutasen por igual de ocio y seguridad, la gran masa de los seres humanos, a los que normalmente la pobreza embrutece, adquiriría instrucción y cada individuo aprendería a pensar por sí mismo, y, una vez hecho esto, tarde o temprano se darían cuenta de que la minoría privilegiada carece de toda función y arrasaría con ella.

A largo plazo, una sociedad jerarquizada solamente era posible sobre la base de la pobreza y la ignorancia. Regresar al pasado agrícola, como soñaban con hacer algunos pensadores de comienzos del siglo XX, no era una solución practicable. Entraba en conflicto con la tendencia a la mecanización, que se había tornado prácticamente instintiva en casi la totalidad del mundo, y, además, cualquier país que se hubiese quedado industrialmente atrasado se hallaba indefenso en términos militares y estaba destinado a ser dominado, de forma directa o indirecta, por sus rivales más avanzados.

Tampoco podía ser una solución satisfactoria mantener a las masas en la pobreza restringiendo la producción de bienes. Esto es en gran medida lo que ocurrió durante la fase final del capitalismo, entre 1920 y 1940, aproximadamente. Se permitió que la economía de muchos países se estancara, que la tierra permaneciera sin cultivar y que no se incorporaran bienes de capital, por lo que grandes sectores de la población se quedaron sin trabajo y a duras penas se mantuvieron con vida por obra de la caridad estatal. Pero esto también conllevaba debilidad militar y, puesto que las privaciones que esta situación acarrea eran manifiestamente innecesarias, que surgiera una oposición era inevitable. El problema era

cómo mantener los engranajes de la industria en movimiento sin incrementar la riqueza real del mundo. Había que producir bienes, pero no distribuirlos. En la práctica, la única manera de conseguirlo era a través de la guerra continua.

El acto esencial de la guerra es la destrucción, no necesariamente de vidas humanas, sino de los productos del trabajo humano. La guerra es una manera de despedazar, lanzar a la estratosfera y hundir en las profundidades del mar materiales que, en caso contrario, podrían usarse para hacer que las masas se volvieran demasiado cómodas y, por lo tanto, a largo plazo, demasiado inteligentes. Aun cuando en realidad no se destruyan armas de guerra, su fabricación sigue siendo una forma conveniente de expandir la fuerza de trabajo sin producir nada que pueda consumirse. Una Fortaleza Flotante, por ejemplo, acapara el trabajo necesario para construir varios cientos de barcos de carga. Finalmente, se vuelve obsoleta, se desecha y, mediante nuevos y colosales esfuerzos, se construye una nueva. En principio, el esfuerzo bélico se planea de tal manera que engulle cualquier excedente que pueda quedar tras atender las necesidades básicas de la población. En la práctica, las necesidades de la población se subestiman siempre, lo que provoca una escasez crónica de la mitad de los bienes necesarios para la vida; esto se considera una ventaja. Mantener al borde de la privación incluso a los grupos favorecidos es una medida deliberada, puesto que un estado general de carestía incrementa la importancia de los pequeños privilegios y, de este modo, magnifica la diferencia entre un grupo y otro. En comparación con los niveles de vida de comienzos del siglo xx, incluso un miembro del Partido Interior lleva una vida austera y laboriosa. Aun así, los escasos lujos de los que disfruta —su amplio y bien amueblado apartamento; el tejido superior de sus ropas; la mejor calidad de su comida, su bebida y su tabaco; sus dos o tres sirvientes; su automóvil o helicóptero particular— lo sitúan en un mundo diferente al de un miembro del Partido Exterior, y los miembros del Partido Exterior gozan, a su vez, de ventajas similares con respecto a las masas sumergidas a las que denominamos «proletas». La atmósfera social es la de una ciudad sitiada, en la que la posesión de un trozo de carne de caballo marca la diferencia entre la riqueza y la pobreza. Al mismo tiempo, la conciencia de estar en guerra y, por lo tanto, en peligro, hace que la entrega del poder a una pequeña casta parezca una condición natural e inevitable de la supervivencia.

La guerra, como podrá verse, no solo lleva a cabo la necesaria destrucción, sino que lo hace de forma psicológicamente aceptable. En principio, sería muy fácil gastar el excedente de trabajo del mundo

realizando templos y pirámides, excavando agujeros y volviéndolos a llenar o incluso produciendo vastas cantidades de bienes para luego prenderles fuego. Pero esto solo proporcionaría la base económica de la sociedad jerárquica, no la base emocional. De lo que se trata no es de la moral de las masas, cuya actitud carece de importancia con tal de que sigan trabajando, sino de la moral del Partido mismo. Se espera que incluso el más humilde miembro del Partido sea competente, industrial e incluso inteligente dentro de unos estrechos límites, pero también es necesario que sea un fanático ignorante y crédulo en quien predominen el miedo, el odio, la adulación y el triunfalismo orgiástico. En otras palabras, es preciso que tenga la mentalidad apropiada para un estado de guerra. No importa si la guerra realmente tiene lugar. Y, puesto que no es posible ninguna victoria decisiva, tampoco importa si la guerra marcha bien o mal. Lo único que hace falta es que exista un estado de guerra. La escisión de la inteligencia que el Partido exige de sus miembros, y que se logra más fácilmente en una atmósfera bélica, es hoy prácticamente universal; cuanto más se asciende en las filas, más marcada se torna. Es precisamente en el Partido Interior donde la histeria de guerra y el odio al enemigo son más fuertes. A menudo es necesario que un miembro del Partido Interior, en su condición de administrador, sepa que esta o aquella noticia de guerra es falsa, y a menudo puede ser consciente de que la guerra en su totalidad es espuria y que, o bien no está sucediendo, o bien se lleva a cabo con fines muy distintos de lo que se declara; pero ese conocimiento se neutraliza fácilmente mediante la técnica del doblepensar. Al mismo tiempo, ningún miembro del Partido Interior flaquea ni un instante en su mística creencia de que la guerra es real y está destinada a terminar victoriosamente, con Oceanía como el amo indiscutido del mundo entero.

Todos los miembros del Partido Interior creen en esta conquista venidera como en un artículo de fe. Ha de lograrse bien, mediante la adquisición gradual de más y más territorio para, de esa forma, acumular un abrumador predominio, o bien mediante el descubrimiento de un arma nueva e invencible. La búsqueda de armas nuevas prosigue de forma incesante y es una de las poquísimas actividades que quedan en las que una mente de tipo inventivo o especulativo puede hallar su válvula de escape. En la actualidad, en Oceanía, la ciencia, en el antiguo sentido de la palabra, casi ha dejado de existir. No hay ninguna palabra para «ciencia» en parlanueva. El método empírico de pensamiento, sobre cuya base se alcanzaron todos los logros científicos del pasado, está en contradicción con los principios fundamentales del Socing. E incluso el

progreso tecnológico se da solamente cuando sus productos pueden utilizarse de alguna manera para reducir la libertad humana. En lo que respecta a las técnicas aplicadas, el mundo se ha detenido o está retrocediendo. Los campos se cultivan con arados de tracción animal, mientras que los libros los escriben máquinas. Sin embargo, en asuntos de vital importancia —la guerra y el espionaje policial— el enfoque empírico se sigue estimulando o, al menos, tolerando. Los dos objetivos del Partido son la conquista de la totalidad de la superficie de la Tierra y la extinción, de una vez por todas, de la posibilidad de pensamiento independiente. Hay, por tanto, dos problemas que el Partido tiene interés en resolver. Uno es cómo descubrir lo que otro ser humano está pensando, y el otro es cómo matar a varios cientos de millones de personas en pocos segundos y sin previo aviso. Si la investigación científica persiste en alguna medida, ese es su objeto de estudio. El científico de hoy es, o bien una mezcla de psicólogo e inquisidor que estudia con extraordinaria minuciosidad el significado de las expresiones faciales, los gestos y los tonos de voz e investiga la eficacia de drogas, terapias de choque, hipnosis y torturas físicas para desvelar la verdad; o bien es un químico, físico o biólogo que se ocupa únicamente de aquellas ramas de estudio específico relevantes para quitar la vida. En los vastos laboratorios del Ministerio de la Paz y en los centros de investigación ocultos en las selvas del Brasil, en el desierto australiano o en ciertas islas perdidas de la Antártida, trabajan infatigablemente equipos de expertos. Algunos simplemente se ocupan de planificar la logística de guerras futuras; otros idean cohetes bomba cada vez más grandes, explosivos cada vez más potentes y blindajes cada vez más impenetrables; otros estudian gases nuevos y más letales, o venenos solubles que puedan producirse a una escala tal que podrían destruir la vegetación de continentes enteros, o cepas de bacterias patógenas inmunizadas contra cualquier anticuerpo; otros se afanan por producir un vehículo que se abra paso bajo la tierra como un submarino bajo el agua, o aviones tan independientes de su base como un velero; otros exploran posibilidades aún más remotas, como la de enfocar los rayos del sol a través de lentes suspendidas a miles de kilómetros de distancia en el espacio o producir terremotos y maremotos artificiales mediante el aprovechamiento del calor del centro de la Tierra.

Pero ninguno de estos proyectos llega nunca a realizarse, y ninguno de los tres superestados toma nunca la delantera sobre los otros. Lo más notable es que las tres potencias ya poseen la bomba atómica, un arma mucho más poderosa de lo que cualquiera de las actuales investigaciones

pueda descubrir. Aunque el Partido, según su costumbre, se adjudica su invención, las bombas atómicas aparecieron a comienzos de los años cuarenta y se utilizaron por primera vez a gran escala unos diez años después. En esa época, se lanzaron cientos de bombas sobre centros industriales, principalmente en la Rusia europea, en Europa occidental y en Norteamérica. Esto tuvo como efecto convencer a los grupos gobernantes de todos los países de que unas cuantas bombas atómicas más provocarían el fin de la sociedad organizada y, por ende, de su propio poder. Desde entonces, aunque no se ha establecido ni insinuado ningún acuerdo formal, no se han vuelto a lanzar bombas atómicas. Las tres potencias se limitaron a seguir produciendo bombas y a almacenarlas en previsión de una oportunidad decisiva, que las tres creen que llegará tarde o temprano. Mientras tanto, el arte de la guerra ha permanecido casi estancado durante treinta o cuarenta años. Los helicópteros se usan más que antes, los bombarderos han sido ampliamente superados por proyectiles autopropulsados y los frágiles e inestables acorazados dieron paso a las Fortalezas Flotantes insumergibles; aparte de esto, el desarrollo ha sido escaso. El tanque, el submarino, el torpedo, la ametralladora, incluso el rifle y la granada de mano, siguen usándose. Y a pesar de las interminables masacres de las que informan la prensa y las telepantallas, nunca más se han repetido las batallas desesperadas de las guerras de antaño, en las que morían cientos de miles o incluso millones de hombres en pocas semanas.

Ninguno de los tres superestados intenta siquiera una maniobra que implique el riesgo de una seria derrota. Si se emprende alguna operación de envergadura, suele ser un ataque sorpresa contra un aliado. La estrategia que siguen las tres potencias, o que fingen ante sí mismas estar siguiendo, es en realidad la misma. Mediante una combinación de combates, negociación y traiciones bien calculadas, el plan consiste en apoderarse de un anillo de bases que rodeen por completo un estado rival y, luego, firmar con ese rival un pacto de no agresión y respetar la paz el tiempo suficiente para apaciguar las suspicacias. Mientras tanto, se pueden montar cohetes cargados con ojivas atómicas en cada punto estratégico; finalmente, se detonarán todos de forma simultánea, con efectos tan devastadores que harán imposible cualquier represalia. Entonces será el momento de firmar un pacto de no agresión con la superpotencia restante y prepararse para otro ataque. Este plan, huelga decirlo, no es más que una fantasía imposible de realizar. Es más, a excepción de las áreas en disputa alrededor del ecuador y del polo, nunca se produce ningún combate ni se emprende una invasión del territorio

enemigo. Esto explica el hecho de que, en ciertos lugares, las fronteras entre los superestados sean arbitrarias. Eurasia, por ejemplo, podría conquistar fácilmente las Islas Británicas, que son geográficamente parte de Europa; por otra parte, a Oceanía le sería posible extender sus fronteras hasta el Rin, o incluso hasta el Vístula. Pero esto violaría el principio de integridad cultural, seguido por todos los bandos aunque jamás enunciado de forma expresa. Si Oceanía emprendiese la conquista de las áreas antaño conocidas como Francia y Alemania, sería necesario o bien exterminar a sus habitantes, una tarea de gran dificultad material, o bien asimilar a una población de unos cien millones de personas que, en lo que se refiere al desarrollo técnico, se encuentran aproximadamente al nivel de Oceanía. El problema es el mismo para los tres superestados. Resulta absolutamente necesario para sus estructuras que no haya contacto alguno con extranjeros, excepto, hasta cierto límite, con prisioneros de guerra y con esclavos de color. Incluso el aliado oficial del momento siempre es mirado con la más negra suspicacia. A excepción de los prisioneros de guerra, el ciudadano medio de Oceanía no pone jamás los ojos sobre un ciudadano de Eurasia o de Estasia, y se le prohíbe el conocimiento de lenguas extranjeras. Si se le permitiese el contacto con extranjeros, descubriría que son criaturas similares a él mismo y que la mayor parte de lo que le han dicho sobre ellos es mentira. El mundo estanco en el que vive se resquebrajaría y el miedo, el odio y las pretensiones de superioridad de los que depende su moral podrían evaporarse. De uno y otro lado está claro, por tanto, que no importa con cuánta frecuencia cambien de manos Persia, Egipto, Java o Ceilán: las principales fronteras solo pueden ser cruzadas por las bombas.

A esto subyace un hecho que nunca se menciona en voz alta, pero que se comprende tácitamente y se actúa en consecuencia; a saber, que las condiciones de vida en los tres superestados son prácticamente idénticas. La filosofía preponderante se llama Socing en Oceanía y Neobolchevismo en Eurasia, mientras que en Estasia recibe un nombre chino que se suele traducir por Adoración de la Muerte, pero que quizá la fórmula Obliteración del Yo refleje mejor. Al ciudadano de Oceanía no le está permitido saber nada sobre las doctrinas de las otras dos filosofías, pero se le enseña a execrarlas como si se tratara de salvajes atentados contra la moralidad y el sentido común. En realidad, apenas es posible distinguir las tres filosofías unas de otras, y los sistemas sociales que sustentan son absolutamente indistinguibles. En unos y otros se trata de la misma estructura piramidal, la misma adoración de un líder semidivino, la misma economía que existe por y para la guerra continua. De ello se

sigue que los tres superestados no solo no pueden conquistarse unos a otros, sino que, además, si lo hicieran no obtendrían la más mínima ventaja. Por el contrario, en la medida en que permanecen en conflicto, se apuntalan unos a otros, como tres gavillas de cereal. Y, como suele ocurrir, los grupos gobernantes de las tres potencias son a la vez conscientes e inconscientes de lo que hacen. Sus vidas están dedicadas a la conquista del mundo, pero también saben que es necesario que la guerra continúe para siempre, sin una victoria. Mientras tanto, el hecho de que no existe peligro alguno de conquista hace posible la negación de la realidad, característica específica del Socing y de sus sistemas rivales de pensamiento. Es necesario repetir aquí lo que se ha afirmado más arriba, es decir, que la guerra, al volverse continua, ha cambiado fundamentalmente de carácter.

En épocas pasadas, una guerra, casi por definición, era algo que tarde o temprano tocaba a su fin, normalmente con una victoria o una derrota inconfundibles. Además, la guerra era en el pasado uno de los principales instrumentos a través de los cuales las sociedades humanas se mantenían en contacto con su realidad física. Todos los gobernantes, en todas las épocas, han tratado de imponer a sus vasallos una visión falsa del mundo, pero no podían permitirse alentar ninguna ilusión que tendiera a perjudicar la eficacia militar. En la medida en que la derrota significaba la pérdida de la independencia o algún otro resultado por lo general considerado indeseable, había que tomar serias precauciones contra la derrota. Los hechos físicos no podían ser ignorados. En filosofía, en religión, en ética o en política, podía ser que dos más dos fueran cinco, pero, cuando uno estaba diseñando una ametralladora para un aeroplano, dos más dos tenían que ser cuatro. Tarde o temprano, las naciones ineficaces siempre acababan siendo conquistadas y la lucha por la eficacia era enemiga de las ilusiones. Además, para ser eficaz, era necesario ser capaz de aprender del pasado, lo que significaba poseer una idea bastante ajustada de lo que había sucedido a lo largo del tiempo. Por supuesto, los periódicos y los libros de historia siempre habían sido tendenciosos y sesgados, pero el tipo de falsificación que se practica hoy habría sido entonces imposible. La guerra era una salvaguarda inequívoca de la cordura y, en lo que concernía a las clases gobernantes, quizá la más importante de todas las salvaguardas. Mientras las guerras podían ganarse o perderse, ninguna clase gobernante podía ser completamente irresponsable.

Pero cuando la guerra se vuelve literalmente continua, también cesa de ser peligrosa. Cuando la guerra es continua, no existe la necesidad

militar. El progreso técnico puede detenerse y se pueden negar o ignorar los hechos más palpables. Como hemos visto, aún se llevan a cabo, con propósitos bélicos, investigaciones que podríamos llamar científicas, pero en esencia no son más que fantasías, y su fracaso a la hora de arrojar resultados carece de toda importancia. La eficiencia, incluso la eficiencia militar, ha dejado de ser necesaria. Nada es eficiente en Oceanía a excepción de la Policía del Pensamiento. Puesto que cada uno de los tres superestados es inconquistable, cada uno es en realidad un universo separado dentro del cual puede practicarse, sin riesgo alguno, casi cualquier perversión del pensamiento. La realidad solamente ejerce presión a través de las necesidades de la vida cotidiana: la necesidad de comer y beber, de tener un techo sobre la cabeza y ropa que ponerse, de evitar ingerir venenos o saltar por la ventana del último piso, etcétera. Sigue habiendo una distinción entre la vida y la muerte y entre el placer físico y el dolor físico, pero eso es todo. El ciudadano de Oceanía, aislado del contacto con el mundo exterior, así como del pasado, es como un hombre en el espacio interestelar, que no tiene manera de saber dónde es arriba y dónde es abajo. Los que gobiernan un estado como ese son soberanos absolutos, de una forma que ni siquiera los faraones o los césares podían serlo. Están obligados a evitar que sus vasallos se mueran de hambre, al menos en cantidades demasiado grandes como para que resulten convenientes, y también están obligados a mantenerse en un nivel de técnica militar tan bajo como el de sus rivales, pero, una vez alcanzado ese mínimo, pueden retorcer la realidad hasta darle la forma que deseen.

Comparada con las guerras anteriores, por tanto, la guerra actual es una mera impostura. Es como las batallas entre ciertos animales rumiantes cuyos cuernos están dispuestos en un ángulo tal que no pueden hacerse daño el uno al otro. Pero, aunque sea irreal, no carece de importancia. La guerra devora el excedente de bienes de consumo y ayuda a preservar la atmósfera mental específica que necesita una sociedad jerarquizada. La guerra, como se verá, es hoy un asunto puramente interno. En el pasado, los grupos gobernantes de todos los países, aunque pudiesen reconocer su común interés y, por lo tanto, limitar la destructividad de la guerra, realmente luchaban los unos contra los otros y el vencedor siempre despojaba al vencido. En nuestros días, no luchan en absoluto unos contra otros. Cada grupo gobernante les hace la guerra a sus propios súbditos y el propósito de la guerra no es efectuar o evitar conquistas de territorio, sino mantener intacta la estructura de la sociedad. La misma palabra «guerra», por tanto, se ha vuelto engañosa.

Probablemente sería exacto afirmar que la guerra, al volverse continua, ha cesado de existir. La peculiar presión que ejerció sobre los seres humanos entre la Era Neolítica y los comienzos del siglo xx ha desaparecido y fue reemplazada por algo totalmente diferente. El efecto sería virtualmente el mismo si los tres superestados, en lugar de combatirse los unos a los otros, se pusiesen de acuerdo para vivir en perpetua paz, intacto cada uno de ellos en el interior de sus fronteras. Pues en ese caso cada uno seguiría siendo un universo autosuficiente, liberado para siempre de la sensatez que infunde el peligro exterior. Una paz realmente permanente sería lo mismo que una guerra perpetua. Aunque la gran mayoría de los miembros del Partido tan solo lo entienden en un sentido superficial, ese es el significado profundo del eslogan del Partido: «La guerra es paz».

Winston dejó de leer por un momento. En algún lugar distante tronó un cohete bomba. No se le había pasado el maravilloso sentimiento de estar a solas con el libro prohibido en una habitación sin telepantalla. La soledad y la seguridad eran sensaciones físicas, mezcladas de alguna manera con el cansancio de su cuerpo, la blandura del sillón, el contacto de la suave brisa que entraba por la ventana y acariciaba su mejilla. El libro lo fascinaba o, más exactamente, lo tranquilizaba. En cierto sentido, no le decía nada nuevo, pero eso formaba parte de su atractivo. Decía lo que él habría dicho si fuese capaz de poner en orden sus ideas dispersas. Era el producto de una mente semejante a la suya pero inmensamente más poderosa, más sistemática, menos agobiada por el miedo. Los mejores libros, se dio cuenta, son aquellos que te dicen lo que ya sabes. Acababa de regresar al capítulo I cuando oyó los pasos de Julia en la escalera y saltó del sillón para ir a su encuentro. Ella dejó caer al suelo su bolsa de herramientas marrón y se arrojó en sus brazos. Hacía más de una semana desde la última vez que se habían visto.

—Tengo el libro —le dijo cuando sus cuerpos se desenlazaron.

—Oh, ¿así que lo tienes? Bien —dijo ella sin mucho interés, y casi enseguida se arrodilló junto al hornillo para hacer el café.

No volvieron sobre el asunto hasta después de haber pasado media hora en la cama. Al caer la tarde había refrescado justo lo suficiente como para necesitar cubrirse con la colcha. Desde abajo llegaba el sonido familiar de una voz que cantaba y un roce de botas sobre las piedras. La fornida mujer de los brazos de color rojizo que Winston había visto en su primera visita parecía formar parte del mobiliario del patio. Era como si no hubiera una hora del día en que no estuviera caminando de aquí para allá entre el barreño y la cuerda de la ropa, a ratos amordazándose a sí misma con pinzas para la ropa o

poniéndose a cantar con renovado ímpetu. Julia se había acomodado en su lado de la cama y ya parecía estar a punto de quedarse dormida. Él estiro el brazo para alcanzar el libro, que estaba en el suelo, y se incorporó para recostarse contra el cabecero.

—Tenemos que leerlo —dijo—. Tú también. Todos los miembros de la Hermandad tienen que leerlo.

—Léelo tú —dijo ella con los ojos cerrados—. Será mejor así. Luego podrás explicármelo a medida que avances.

Las agujas del reloj marcaban las seis, es decir, las dieciocho. Tenían tres o cuatro horas por delante. Apoyó el libro sobre sus rodillas y comenzó a leer:

Capítulo I

La ignorancia es fuerza

Desde que existe documentación histórica, y probablemente ya desde el final de la Era Neolítica, ha habido en el mundo tres clases de personas, los de Arriba, los del Medio y los de Abajo. Se las ha subdividido de muchas maneras, han tenido incontables nombres diferentes y tanto su número relativo como las actitudes de unas hacia otras han variado de un período a otro, pero la estructura esencial de la sociedad no se ha alterado jamás. Incluso después de enormes convulsiones y de cambios aparentemente irrevocables, el mismo patrón se ha reafirmado una y otra vez, del mismo modo que un giróscopo retorna siempre al equilibrio por mucho que se lo empuje en una dirección u otra.

—Julia, ¿estás despierta? —dijo Winston.

—Sí, mi amor, te estoy escuchando. Sigue. Es maravilloso.

Winston continuó leyendo:

Los objetivos de estos tres grupos son totalmente irreconciliables. El objetivo de los de Arriba es mantenerse donde están. El objetivo de los del Medio es intercambiar lugares con los de Arriba. El objetivo de los de Abajo, cuando tienen un objetivo —puesto que una característica pertinaz de los de Abajo es que están demasiado aplastados por el trabajo arduo y monótono, por lo que no tienen más que una intermitente consciencia de cualquier cosa que no sean sus vidas cotidianas—, es abolir toda distinción y crear una sociedad en la que todos los hombres sean iguales. Así, tiene lugar a lo largo de la historia una lucha que, en sus rasgos principales, es una y otra vez la misma. Durante largos períodos, los de

Arriba parecen bien instalados en el poder, pero tarde o temprano llega un momento en el que pierden la fe en ellos mismos, la capacidad para gobernar de manera eficiente o ambas cosas a un tiempo. Entonces son derrocados por los del Medio, quienes ponen de su parte a los de Abajo, fingiendo ante ellos estar luchando por la libertad y la justicia. Tan pronto como alcanzan su objetivo, los del Medio empujan a los de Abajo nuevamente a su antigua posición de servidumbre y se convierten en los de Arriba. A continuación, un nuevo grupo del Medio emerge de uno de los otros dos grupos, o de ambos, y la lucha comienza de nuevo. De los tres grupos, solamente los de Abajo no han conseguido nunca alcanzar sus objetivos, ni siquiera de forma temporal. Sería una exageración decir que no ha habido progreso material a lo largo de la historia. Incluso hoy, en un período de decadencia, el ser humano medio está mejor desde el punto de vista de las condiciones físicas de vida que unos siglos atrás. Pero ningún avance en cuanto a riqueza, ninguna moderación en las costumbres, ninguna reforma o revolución ha conseguido acercarse siquiera un milímetro a la igualdad humana. Desde el punto de vista de los de Abajo, ningún cambio histórico ha acarreado otra cosa que un cambio de nombre de sus amos.

Hacia finales del siglo XIX, la recurrencia de este patrón se había vuelto obvia para muchos observadores. Surgieron entonces escuelas de pensadores que interpretaron la historia como un proceso cíclico y afirmaron poder demostrar que la desigualdad es una ley inalterable de la vida humana. Esta doctrina siempre había tenido sus adeptos, desde luego, pero hubo un cambio significativo en la manera en que empezó a postularse. En el pasado, la necesidad de una sociedad jerarquizada había sido específicamente la doctrina de los de Arriba, preconizada por reyes y aristócratas, así como por sacerdotes, abogados y demás, que dependían de ellos como parásitos; doctrina por lo general suavizada con la promesa de recompensas en un imaginario mundo de ultratumba. Los del Medio, con tal de llevar adelante la lucha por el poder, siempre habían hecho uso de términos como libertad, justicia y fraternidad. Ahora, en cambio, el concepto de hermandad humana empezó a ser atacado por personas que aún no se hallaban en posiciones de mando pero que anhelaban encontrarse muy pronto en ellas. En el pasado, los del Medio habían llevado a cabo revoluciones bajo la bandera de la igualdad y, a continuación, tan pronto como la antigua tiranía era derrocada, establecían una nueva. Los nuevos grupos del Medio proclamaban su tiranía de antemano. El socialismo, teoría que apareció a comienzos del siglo XIX como último eslabón en una cadena de pensamiento que se

remontaba a las rebeliones de esclavos de la Antigüedad, seguía estando profundamente infectado por el utopismo de épocas pasadas. Pero en todas las variantes del socialismo aparecidas aproximadamente desde 1900 en adelante, el objetivo de instaurar la libertad y la igualdad se fue abandonando de manera cada vez más abierta. Los nuevos movimientos que aparecieron en los años centrales del siglo —Socing en Oceanía, Neobolchevismo en Eurasia, Adoración de la Muerte (como se la llama comúnmente) en Estasia— tenían el objetivo consciente de perpetuar la *il*ibertad y la *des*igualdad. Por supuesto, estos nuevos movimientos surgían de los movimientos anteriores y tendían a conservar sus nombres y a invocar su ideología de labios para afuera. Sin embargo, el propósito de todos ellos era paralizar el progreso y congelar la historia en un momento determinado. El familiar movimiento de péndulo debía ocurrir una vez más y, después, detenerse. Como de costumbre, los de Arriba debían ser expulsados por los del Medio, que entonces se convertirían en los de Arriba, pero esta vez, mediante un acto de estrategia consciente, los de Arriba conservarían su posición de manera permanente.

Las nuevas doctrinas surgieron en parte debido a la acumulación de conocimiento histórico y al incremento del sentido histórico, que apenas había existido antes del siglo XIX. El movimiento cíclico de la historia era ahora inteligible, o parecía serlo, y, si era inteligible, era por ende alterable. Pero la causa subyacente y principal fue que, ya a principios del siglo XX, la igualdad humana se había vuelto técnicamente posible. Seguía siendo cierto que los hombres no eran iguales en cuanto a sus talentos innatos y que era necesario especializar sus funciones de modo que favorecieran a ciertos individuos por encima de otros, pero ya no había ninguna necesidad real de mantener las distinciones de clases ni las grandes diferencias de riqueza. En épocas anteriores, las distinciones de clase eran no solamente inevitables, sino también deseables. La desigualdad era el precio que había que pagar por la civilización. Eso cambió, sin embargo, con el desarrollo de la producción mecanizada. Aunque seguía siendo necesario que los seres humanos realizaran diferentes tipos de trabajos, ya no era necesario que viviesen en niveles sociales o económicos diferentes. Por lo tanto, desde el punto de vista de los nuevos grupos que estaban a punto de tomar el poder, la igualdad humana ya no era un ideal por el que hubiera que esforzarse, sino un peligro a evitar. En épocas más primitivas, cuando una sociedad justa y pacífica no era en realidad posible, era bastante fácil creer que sí lo era. La idea de un paraíso terrenal en el que los hombres conviviesen en estado de hermandad, sin leyes y sin trabajos pesados, había rondado la

imaginación humana desde hacía miles de años. Y esta visión había tenido un cierto arraigo incluso en los grupos que en realidad se aprovechaban de cada cambio histórico. Los herederos de las revoluciones francesa, inglesa y estadounidense se habían creído en parte sus propias frases sobre los derechos del hombre, la libertad de expresión, la igualdad ante la ley, etcétera, e incluso habían permitido que dichas frases influyeran hasta cierto punto en sus conductas. Sin embargo, hacia el cuarto decenio del siglo xx, todas las principales corrientes de pensamiento político eran autoritarias. El paraíso terrenal quedó desacreditado en el momento mismo en que se volvió realizable. Cada nueva teoría política, cualquiera que fuese su nombre, conducía nuevamente a la jerarquización y el autoritarismo. Y, en el marco del endurecimiento general de las posturas, en torno a 1930, prácticas que se habían abandonado hacía mucho tiempo, cientos de años en algunos casos —como el encarcelamiento sin juicio, el uso de prisioneros de guerra como esclavos, las ejecuciones públicas, la tortura para extraer confesiones, el uso de rehenes y la deportación de poblaciones enteras—, no solamente se volvieron comunes nuevamente, sino que fueron toleradas y hasta defendidas por personas que se consideraban a sí mismas ilustradas y progresistas.

No fue sino tras una década de guerras nacionales, guerras civiles, revoluciones y contrarrevoluciones en todo el mundo que el Socing y sus ideologías rivales surgieron como teorías políticas elaboradas. Pero ya estaban prefiguradas en varios sistemas, generalmente llamados totalitarios, que aparecieron a principios de siglo, y los contornos principales del mundo que emergería del caos reinante eran desde hacía mucho tiempo evidentes. También era obvio qué tipo de personas controlarían ese mundo. La nueva aristocracia estaba compuesta, en su mayor parte, por burócratas, científicos, técnicos, dirigentes sindicales, expertos en publicidad, sociólogos, docentes, periodistas y políticos profesionales. Estas personas, cuyos orígenes se encontraban en la clase media asalariada y en los peldaños superiores de la clase trabajadora, fueron modeladas y aglutinadas por el árido mundo de los monopolios industriales y los gobiernos centralizados. Comparados con sus grupos antagónicos de épocas pasadas, eran menos codiciosos, estaban menos tentados por el lujo, tenían más hambre de puro poder y, sobre todo, eran más conscientes de sus actos y estaban más resueltos a aplastar cualquier oposición. Esta última diferencia era crucial. En comparación con la tiranía actual, todas las tiranías del pasado fueron tibias e ineficientes. Los grupos gobernantes siempre estaban en cierta medida infectados por

ideas liberales y se resignaban a dejar cabos sueltos por todas partes, a preocuparse solo por los actos manifiestos y a no preocuparse por lo que pensaban sus súbditos. Hasta la Iglesia católica de la Edad Media era tolerante en comparación con los patrones actuales. En parte, la razón era que ningún gobierno del pasado tenía el poder de mantener a sus ciudadanos bajo constante vigilancia. La invención de la imprenta hizo más fácil la manipulación de la opinión pública, y el cine y la radio llevaron más lejos ese proceso. Con el desarrollo de la televisión y los avances técnicos que hicieron posible recibir y transmitir simultáneamente información a través del mismo instrumento, la vida privada tocó a su fin. Cada ciudadano, o al menos cada ciudadano que valiese la pena vigilar, podía estar las veinticuatro horas del día bajo los ojos de la policía y expuesto al ruido de la propaganda oficial y, al mismo tiempo, tener cerrados todos los demás canales de comunicación. Por primera vez existía la posibilidad de imponer, no solo una completa obediencia a la voluntad del Estado, sino también una completa uniformidad de opinión en todos y cada uno de sus súbditos.

Después del período revolucionario de los años cincuenta y sesenta, la sociedad se reagrupó, como siempre, en los de Arriba, los del Medio y los de Abajo. Pero el nuevo grupo de Arriba, a diferencia de sus predecesores, no actuaba por instinto, sino que sabía lo que era necesario hacer para salvaguardar su posición. Hacía mucho tiempo, había comprendido que la única base segura para la oligarquía es el colectivismo. La riqueza y el privilegio se defienden más fácilmente cuando se poseen de forma mancomunada. La llamada «abolición de la propiedad privada» que tuvo lugar a mediados de siglo significó en realidad la concentración de la propiedad en muchas menos manos que antes, pero con la diferencia de que los nuevos propietarios eran un grupo en lugar de una masa de individuos. Individualmente, ningún miembro del Partido es dueño de nada, exceptuando algunas pequeñas pertenencias personales. Colectivamente, el Partido es dueño de todo en Oceanía, porque lo controla todo y dispone de los productos como le parece. En los años que siguieron a la Revolución, el Partido pudo instalarse en esta posición prácticamente sin resistencia, pues el proceso en su totalidad fue presentado como un acto de colectivización. Siempre se había asumido que, si la clase capitalista era alguna vez expropiada, se impondría el socialismo, y ahora era incuestionable que se había expropiado a los capitalistas. Fábricas, minas, tierra, casas, transporte... los habían despojado de todo y, puesto que estas cosas ya no eran propiedad privada, de ello se infería que debían de ser propiedad pública. El Socing, que

surgió del primitivo movimiento socialista y heredó su fraseología, llevó a efecto el punto principal del programa socialista, con el resultado, previsto y planeado de antemano, de que la desigualdad económica se ha vuelto permanente.



Pero la perpetuación de una sociedad jerarquizada presenta problemas más profundos. Solamente hay cuatro maneras de que un grupo gobernante se derrumbe y pierda el poder. O es conquistado desde el exterior, o gobierna de forma tan ineficaz que las masas se ven impulsadas a una revuelta, o permite que se forme un grupo del Medio fuerte y descontento, o bien pierde la confianza en sí mismo y la voluntad de gobernar. Estas causas no operan por separado y, por regla general, todas se encuentran presentes en mayor o menor grado. Una clase gobernante que lograra salvaguardarse contra las cuatro permanecería en el poder de forma permanente. En última instancia, el factor determinante es la actitud mental de la propia clase gobernante.

Desde mediados del presente siglo, el primer peligro había desaparecido, pues cada una de las tres potencias que hoy se reparten el mundo es de hecho inexpugnable y solamente podría ser conquistada mediante lentos cambios demográficos que un gobierno con amplios poderes puede prevenir con facilidad. El segundo peligro, por su parte, es meramente teórico. Las masas jamás se rebelan por propia iniciativa y nunca se rebelan por el mero hecho de ser oprimidas. Las crisis económicas recurrentes de tiempos pasados eran totalmente innecesarias y ya no se permite que ocurran, pero pueden producirse y, de hecho, se producen otras perturbaciones de importancia similar sin que tengan consecuencias políticas, ya que no hay forma de articular ese descontento. En cuanto al problema de la sobreproducción, latente en nuestra sociedad desde el desarrollo de la máquina, se resuelve mediante el recurso a la guerra continua (véase el capítulo III), la cual, además, es útil para elevar la moral pública hasta el grado necesario. Desde el punto de vista de nuestros gobernantes actuales, por tanto, los únicos peligros auténticos serían, por una parte, la escisión de un nuevo grupo de personas capaces, subempleadas y hambrientas de poder, y, por otra, el aumento del liberalismo y el escepticismo entre sus propias filas. El problema, en una palabra, es de educación. Es un problema que requiere un continuo modelado de la conciencia, tanto del grupo directivo como del más vasto grupo ejecutivo que se halla inmediatamente por debajo. Solo se necesita influir de forma negativa en la conciencia de las masas.

Dado este contexto, uno podría inferir —si no la conociera ya— la estructura general de la sociedad de Oceanía. En la cúspide de la pirámide está el Hermano Mayor. El Hermano Mayor es infalible y todopoderoso. Se considera que cada éxito, cada logro, cada victoria y cada descubrimiento científico, así como todo conocimiento, toda sabiduría,

toda felicidad y toda virtud, emanan directamente de su liderazgo e inspiración. Nadie ha visto jamás al Hermano Mayor. Es una cara en las vallas publicitarias, una voz en la telepantalla. Podemos estar razonablemente seguros de que nunca morirá y existen ya bastantes dudas sobre cuándo nació. El Hermano Mayor es la apariencia con la que el Partido se presenta ante el mundo. Su función es actuar como punto de enfoque para el amor, el miedo y la reverencia, emociones que es más fácil concentrar en un individuo que en una organización. Debajo del Hermano Mayor se encuentra el Partido Interior, que no tiene más de seis millones de miembros, es decir, menos del dos por ciento de la población de Oceanía. Debajo del Partido Interior se halla el Partido Exterior. Si el primero puede describirse como el cerebro del Estado, con toda justicia el segundo puede compararse con las manos del Estado. Debajo están las muchedumbres anodinas que solemos llamar los «proletas», que abarcan quizás el ochenta y cinco por ciento de la población. En términos de nuestra clasificación anterior, los proletas son los de Abajo. En cuanto a las poblaciones esclavas de las tierras ecuatoriales, que pasan continuamente de manos de un conquistador a otro, no constituyen una parte permanente o necesaria de la estructura.

En principio, la pertenencia a uno de estos tres grupos no es hereditaria. El hijo de padres del Partido Interior no nace, en teoría, formando parte del Partido Interior. La admisión en cualquier rama del Partido se realiza a través de un examen que tiene lugar a la edad de dieciséis años. Tampoco hay discriminación racial alguna, ni predominio claro de una provincia sobre otra. Entre las filas más altas del partido hay judíos, negros y sudamericanos de pura ascendencia india, y los administradores de un área siempre son reclutados entre los habitantes de esa área. En ningún lugar de Oceanía sus habitantes tienen el sentimiento de ser una población colonial, gobernada desde una capital distante. Oceanía no tiene capital, y su líder manifiesto es una persona cuyo paradero nadie conoce. Salvo porque el inglés es su lengua franca principal y la parlanueva su idioma oficial, Oceanía no está centralizada en modo alguno. Sus gobernantes no están unidos por ningún lazo de sangre, sino por la adhesión a una doctrina compartida. Lo cierto es que nuestra sociedad se halla estratificada, y muy rígidamente estratificada, en lo que a simple vista parecen dinastías hereditarias. Hay muchísima menos movilidad entre los diferentes grupos de lo que solía haber bajo el capitalismo o incluso en la era preindustrial. Entre las dos ramas del Partido tienen lugar ciertos intercambios, pero no más de lo indispensable para garantizar que los debiluchos queden excluidos del Partido Interior y

neutralizar mediante un ascenso el peligro que puedan suponer los miembros más ambiciosos del Partido Exterior. En la práctica, a los proletarios no les está permitido graduarse para ingresar en el Partido. Los más dotados de entre ellos, que podrían llegar a convertirse en núcleos de descontento, sencillamente son fichados por la Policía del Pensamiento y eliminados. Pero este estado de cosas no tiene que ser necesariamente permanente, ni es una cuestión de principio. El Partido no es una clase en el antiguo sentido de la palabra. No pretende transmitir el poder a sus propios hijos en cuanto tales y, si no hubiera ninguna otra manera de mantener en la cima a las personas más aptas, estaría perfectamente dispuesto a reclutar a una nueva generación entera de entre las filas del proletariado. En los años cruciales, el hecho de que el Partido no fuese un cuerpo hereditario contribuyó en gran medida a neutralizar la oposición. Los socialistas chapados a la antigua, que habían aprendido a combatir contra algo llamado «clase privilegiada», asumieron que aquello que no es hereditario no puede ser permanente. No vieron que la continuidad de una oligarquía no tiene por qué ser física, ni se detuvieron a pensar que las aristocracias hereditarias han sido siempre efímeras, mientras que organizaciones adoptivas, como la Iglesia católica, han durado cientos o miles de años. La esencia del gobierno oligárquico no es la herencia de padre a hijo, sino la persistencia de una cierta visión del mundo y de un cierto modo de vida que los muertos imponen a los vivos. Un grupo gobernante lo es a condición de poder nombrar a sus sucesores. Al Partido no le preocupa perpetuar su linaje, sino perpetuarse a sí mismo. *Quién* ejerce el poder no es importante siempre que la estructura jerárquica siga siendo la misma.

Todas las creencias, hábitos, gustos, emociones, actitudes mentales que caracterizan nuestro tiempo están diseñadas, en realidad, para respaldar la mística del Partido y evitar que se perciba la verdadera naturaleza de la sociedad de hoy. La rebelión física, o cualquier movimiento que la preceda, son hoy imposibles. De los proletarios no hay nada que temer. Se los deja en paz y ellos continuarán trabajando, criándose y muriendo de generación en generación y de siglo en siglo, no solamente desprovistos del menor impulso de rebelión, sino también de la capacidad de comprender que el mundo podría ser diferente. Tan solo podrían tornarse peligrosos si el avance de la técnica industrial hiciera necesario dotarlos de una educación más elevada, pero, puesto que la rivalidad militar y comercial ya no es importante, el nivel de la educación popular se encuentra en declive. Las opiniones que las masas sostienen o dejan de sostener se consideran totalmente irrelevantes. Se les puede

conceder libertad intelectual porque carecen de intelecto. En un miembro del Partido, por el contrario, no puede tolerarse ninguna desviación de opinión, por pequeña que sea, ni siquiera en los asuntos de menor importancia.

Un miembro del Partido vive desde su nacimiento hasta su muerte bajo la mirada de la Policía del Pensamiento. Incluso cuando está solo, nunca puede estar seguro de estarlo. Dondequiera que se encuentre, dormido o despierto, trabajando o descansando, en el baño o en la cama, pueden inspeccionarlo sin previo aviso y sin que sepa que lo están inspeccionando. Nada de lo que hace es indiferente. Sus amistades, sus relaciones, su comportamiento hacia su esposa y sus hijos, la expresión de su rostro cuando está solo, las palabras que murmura en sueños, incluso el movimiento característico de su cuerpo, son sometidos a un celoso escrutinio. No solo cualquier falta real, sino cualquier excentricidad, por pequeña que sea, cualquier cambio en sus costumbres, cualquier gesto nervioso que pueda ser síntoma de un conflicto interior, se detecta de forma infalible. Un miembro del Partido no tiene libertad de elección en ningún sentido. Por otra parte, sus acciones no están reguladas por la ley ni por un código de comportamiento claramente formulado. En Oceanía no hay ley. Aquellos pensamientos y acciones que, al ser detectados, significan una muerte segura no están oficialmente prohibidos, y las interminables purgas, arrestos, torturas, encarcelamientos y vaporizaciones no son un castigo infligido por crímenes que realmente se cometen, sino una mera limpieza de personas que podrían cometer un crimen en algún momento del futuro. De un miembro del Partido se exige que tenga no solo las opiniones correctas, sino también los instintos correctos. Muchas de las creencias y actitudes que se exigen de él jamás son expresadas de forma directa y no podrían serlo sin dejar al desnudo las inherentes contradicciones del Socing. Si se trata de una persona naturalmente inclinada a la ortodoxia (en parlanueva, un *buenideante*), sabrá en toda circunstancia, sin necesidad de pensarlo, cuál es la creencia verdadera o la emoción deseable. Pero, en cualquier caso, el elaborado entrenamiento mental al que ha sido sometido durante la niñez, en torno a las palabras en parlanueva *frenacrimen*, *negroblanco* y *doblepensar*, lo ha vuelto reticente a —e incapaz de— reflexionar profundamente sobre ningún asunto.

De un miembro del Partido, se espera que no tenga emociones privadas y que no se tome el menor respiro en su entusiasmo. Se lo supone en un continuo frenesí de odio hacia los enemigos extranjeros y hacia los traidores internos, de exaltación de cada victoria y de perpetua

humillación ante el poder y la sabiduría del Partido. Los sinsabores causados por su vida vacía e insatisfactoria se internalizan y se disipan deliberadamente mediante estrategias como los Dos Minutos de Odio, y las especulaciones que podrían potencialmente inducir una actitud escéptica o rebelde son eliminadas de antemano a través de la disciplina interna que cada miembro ha adquirido desde el comienzo de su vida. La primera fase, y la más sencilla, de esta disciplina, que se puede enseñar incluso a niños pequeños, se llama en parlanueva *frenacrimen*. *Frenacrimen* significa la facultad de frenarse en seco, como por instinto, en el umbral de cualquier pensamiento peligroso. Incluye la capacidad de no captar analogías, de no percibir errores puntuales, de malentender los argumentos más simples si son hostiles al Socing y de aburrirse o sentir repulsión ante cualquier razonamiento capaz de conducir a una dirección herética. *Frenacrimen*, en resumen, quiere decir estupidez protectora. Pero la estupidez no es suficiente. Por el contrario, la ortodoxia en sentido pleno exige un control tan completo sobre los propios procesos mentales como el de un contorsionista sobre su cuerpo. La sociedad de Oceanía, en última instancia, descansa sobre la creencia de que el Hermano Mayor es omnipotente y el Partido infalible. Pero, puesto que ni el Hermano Mayor es omnipotente ni el Partido es infalible en realidad, a cada momento se requiere una inagotable flexibilidad en el tratamiento de los hechos. La palabra clave es *negroblanco*. Como tantas palabras en parlanueva, esta tiene dos significados mutuamente contradictorios. Aplicada a un oponente, significa la costumbre de proclamar sin pudor que lo negro es blanco en contradicción con los hechos manifiestos. Aplicada a un miembro del Partido, significa la leal disposición a decir que lo negro es blanco cuando la disciplina del Partido así lo exige. Pero también significa la capacidad de *creer* que lo negro es blanco y, más aún, de *saber* que lo negro es blanco y de olvidar que alguna vez se ha creído lo contrario. Esto requiere una alteración continua del pasado, posibilitada por un sistema de pensamiento que en realidad abarca todo lo demás y que en parlanueva se llama *doblepensar*.

La alteración del pasado es necesaria por dos razones, una de las cuales es subsidiaria y, por así decirlo, preventiva. La razón subsidiaria es que el miembro del Partido, al igual que el proletario, tolera las condiciones actuales debido, en buena medida, a que carece de modelos de comparación. Debe estar desconectado del pasado y desconectado asimismo de todo país extranjero, pues necesita creer que su situación es mejor que la de sus ancestros y que el nivel medio de las comodidades materiales se encuentra en constante ascenso. Pero la razón más

importante, y con mucho, del reajuste del pasado es la necesidad de salvaguardar la infalibilidad del Partido. No es solamente que discursos, estadísticas y registros de toda clase deban actualizarse constantemente a fin de mostrar que las predicciones del Partido eran correctas en todos los casos. Se trata también de no admitir jamás que se ha producido un cambio en la doctrina o en la orientación política, puesto que modificar la propia manera de pensar, o incluso la propia política, es una confesión de debilidad. Si, por ejemplo, Eurasia o Estasia (cualquiera de las dos) es hoy el enemigo, entonces ese país tiene que haber sido el enemigo siempre. Y si los hechos dicen otra cosa, entonces es preciso alterar los hechos. Así, la historia se reescribe constantemente, y esta cotidiana falsificación del pasado, llevada a cabo por el Ministerio de la Verdad, es tan necesaria para la estabilidad del régimen como el trabajo de represión y de espionaje realizado por el Ministerio del Amor.

La mutabilidad del pasado es el principio central del Socing. Los acontecimientos pasados, según se argumenta, no tienen existencia objetiva, sino que sobreviven únicamente en los registros escritos y en las memorias humanas. El pasado es aquello en lo que concuerdan los registros y las memorias. Y, puesto que el Partido tiene pleno control sobre todos los registros y controla de forma igualmente total las mentes de sus miembros, de ello se infiere que el pasado es lo que el Partido decida. También se deduce que, aunque el pasado es alterable, jamás ha sido alterado en ninguna instancia específica. Pues, una vez que se lo ha recreado en la forma que dicta la necesidad del momento, esa nueva versión es el pasado y no puede haber existido un pasado diferente. Esto se aplica incluso cuando, como sucede a menudo, un mismo acontecimiento debe alterarse varias veces en un mismo año hasta que se torna irreconocible. El Partido se halla en todo momento en posesión de la verdad absoluta, y está claro que lo absoluto jamás ha podido ser diferente de lo que es ahora. Como se apreciará, el control del pasado depende, por encima de todo, del entrenamiento de la memoria. Asegurarse de que todos los registros escritos coinciden con la ortodoxia del momento es un acto meramente mecánico. Pero, además, es necesario recordar que los acontecimientos sucedieron de la manera deseada. Y si es necesario reorganizar la propia memoria o amañar los registros escritos, entonces es necesario *olvidar* que se ha realizado dicha operación. El truco para lograr esto puede aprenderse, como cualquier otra técnica mental. La mayoría de los miembros del Partido la aprenden, y también todos aquellos que, además de ortodoxos, son inteligentes. En parlantigua se lo llama, de forma bastante franca, «control de la realidad».

Su denominación en parlanueva es *doblepensar*, aunque el *doblepensar* abarca también muchas otras cosas.

Doblepensar significa la capacidad de sostener en la propia mente, de forma simultánea, dos creencias contradictorias y de aceptar las dos. El intelectual del Partido sabe en qué dirección debe alterar sus recuerdos y, por tanto, sabe que está jugando con la realidad, pero, mediante el ejercicio del *doblepensar*, se convence de que la realidad está siendo violada. El proceso tiene que ser consciente, pues de lo contrario no se llevaría a cabo con suficiente precisión, pero también debe ser inconsciente, pues si no lo fuera acarrearía un sentimiento de falsedad y, por tanto, de culpa. El *doblepensar* se halla en el corazón mismo del Soting, ya que el acto esencial del Partido consiste en utilizar el engaño consciente y, al mismo tiempo, retener la firmeza de propósito consustancial a la absoluta honestidad. Contar mentiras deliberadas y, al mismo tiempo, creerlas genuinamente; olvidar cualquier hecho que haya devenido inconveniente y, después, cuando vuelva a ser necesario, recuperarlo del olvido durante el tiempo que haga falta; negar la existencia de la realidad objetiva sin dejar por un momento de tomar en cuenta la realidad que uno niega... todo esto es indispensablemente necesario. Incluso para utilizar la palabra *doblepensar* es preciso un ejercicio del *doblepensar*. Pues al usar la palabra, uno admite estar amañando la realidad; mediante un nuevo acto de *doblepensar*, uno borra ese conocimiento y así sucesiva e indefinidamente, con la mentira siempre un paso por delante de la verdad. En última instancia, solo por medio del *doblepensar* ha logrado el Partido —y, por lo que sabemos, podría seguir lográndolo durante miles de años más— detener el curso de la historia.

En el pasado, todas las oligarquías fueron desplazadas del poder porque se anquilosaron o porque se ablandaron. O bien se volvieron estúpidas y arrogantes, no supieron adaptarse a las circunstancias cambiantes y acabaron siendo derrocadas, o bien se tornaron liberales y cobardes, hicieron concesiones cuando deberían haber usado la fuerza y, una vez más, fueron derrocadas. Cayeron, en pocas palabras, por conciencia o por inconsciencia. El gran logro del Partido es haber producido un sistema de pensamiento en el que ambas condiciones existen simultáneamente. Esa, y no otra, es la base intelectual sobre la cual ha sido posible que el dominio del Partido se hiciera permanente. Si uno quiere gobernar y continuar gobernando, debe ser capaz de dislocar el sentido de la realidad. Pues el secreto del arte de gobernar es combinar

la creencia en la propia infalibilidad con el poder de aprender de los errores pasados.

No hace falta decir que los practicantes más sutiles del *doblepensar* son precisamente aquellos que inventaron el *doblepensar* y que saben que es un vasto sistema de engaño mental. En nuestra sociedad, quienes poseen el mejor conocimiento de lo que sucede son también los que están más lejos de ver el mundo tal como es. En términos generales, cuanto mayor es el entendimiento, mayor es el delirio; cuanta más inteligencia, menos cordura. Claro ejemplo de ello es el hecho de que la histeria bélica aumenta a medida que subimos en la escala social. Aquellos cuya actitud hacia la guerra se acerca más a la racionalidad son los pueblos oprimidos de los territorios en disputa. Para esas personas, la guerra es sencillamente una calamidad constante que barre sin cesar sus cuerpos, una y otra vez, como un maremoto. Les resulta por completo indiferente qué bando lleva ventaja sobre el otro. Saben que un cambio de supremacía tan solo significa que han de hacer el mismo trabajo que hacían antes para unos amos nuevos que los tratarán de la misma manera que los anteriores. Los trabajadores ligeramente más favorecidos, a los que llamamos «proletas», solo son conscientes de la guerra de forma intermitente. Cuando es necesario, es posible empujarlos a un frenesí de miedo y odio, pero, cuando se los deja sin control, son capaces de olvidar durante largos períodos que hay una guerra. Es dentro de las filas del Partido, y sobre todo en el Partido Interior, donde se encuentra el verdadero entusiasmo bélico. Nadie cree tan firmemente en la conquista del mundo como aquellos que saben que es imposible. Esta peculiar conjunción de opuestos —conocimiento con ignorancia, cinismo con fanatismo— es una de las marcas distintivas primordiales de la sociedad de Oceanía. La ideología oficial abunda en contradicciones, incluso allí donde no hay ninguna razón práctica para ello. Así, el Partido rechaza y vilipendia todos y cada uno de los principios que el movimiento socialista defendió originalmente, y lo hace precisamente en nombre del socialismo. Predica un desprecio hacia la clase trabajadora sin precedentes en siglos anteriores y viste a sus miembros con un uniforme antaño característico de los trabajadores manuales y que ha adoptado por ese motivo. Socava sistemáticamente la solidaridad de la familia y da a su líder un nombre que apela directamente al sentimiento de lealtad familiar. Incluso los nombres de los cuatro ministerios que nos gobiernan muestran una especie de desvergüenza en su deliberada inversión de los hechos. El Ministerio de la Paz se ocupa de la guerra; el Ministerio de la Verdad, de las mentiras; el Ministerio del amor, de la tortura, y el Ministerio de la

Abundancia, de la inanición. Estas contradicciones no son accidentales, y tampoco son el resultado de una hipocresía ordinaria; son ejercicios deliberados de *doblepensar*. Pues solo reconciliando las contradicciones se puede retener indefinidamente el poder. El antiguo círculo no habría podido romperse de ninguna otra manera. Si la igualdad humana ha de evitarse para siempre —si los de Arriba, como los hemos llamado, han de conservar su posición de forma permanente—, la condición mental dominante tiene que ser la locura controlada.

Pero hay una cuestión que casi hemos ignorado hasta este momento. Y es la siguiente: ¿*por qué* la igualdad humana debería evitarse? Suponiendo que se haya descrito correctamente la mecánica del proceso, ¿cuál es el motivo de este gigantesco esfuerzo, minuciosamente planificado, por congelar la historia en un momento particular del tiempo?

Llegamos aquí al secreto central. Como hemos visto, la mística del Partido, y sobre todo del Partido Interior, depende del *doblepensar*. Pero hay algo que subyace más profundamente a ello, un motivo original, el instinto nunca cuestionado que condujo a la toma del poder y que, a continuación, dio lugar al *doblepensar*, a la Policía del Pensamiento, a la guerra continua y a todo el resto de la ineludible parafernalia. Este motivo consiste en realidad en...

Winston cobró conciencia del silencio del mismo modo que uno cobra conciencia de un sonido nuevo. Le pareció que Julia había estado muy quieta durante un buen rato. Yacía de lado, desnuda de la cintura para arriba, con la mejilla apoyada sobre su mano y un mechón negro cayéndole sobre los ojos. Su pecho se alzaba y descendía lenta y regularmente.

—Julia.

No hubo respuesta.

—Julia, ¿estás despierta?

No hubo respuesta. Estaba dormida. Winston cerró el libro, lo puso cuidadosamente en el suelo, se acostó y estiró la colcha sobre los dos.

Todavía no había descubierto el secreto último, pensó. Entendía *cómo*; no entendía *por qué*. El capítulo I, al igual que el capítulo III, no le había dicho en realidad nada que no supiera, tan solo había sistematizado el conocimiento que él ya poseía. Pero, después de leerlo, sabía mejor que antes que no estaba loco. Ser una minoría, incluso una minoría de un solo hombre, no lo convertía a uno en loco. Existía la verdad y existía lo falso, y si uno se aferraba a la verdad, incluso en contra de todo el mundo, no era uno el loco. Un rayo

amarillo del sol poniente atravesaba oblicuamente la ventana y caía sobre la almohada. Winston cerró los ojos. El sol en el rostro y el cuerpo suave de la muchacha rozando el suyo le provocaban una soñolienta sensación de fuerza, de confianza. Estaba a salvo, todo estaba bien. Se quedó dormido mientras murmuraba: «La cordura no es estadística», con el sentimiento de que aquella observación contenía una profunda sabiduría.

X

Despertó con la sensación de haber dormido mucho tiempo, pero un vistazo al anticuado reloj le informó de que eran solo las veinte treinta. Se quedó dormitando un rato más; luego, la poderosa voz que solía cantar en el patio irrumpió desde abajo:

*Fue solo una ilusión sin esperanza,
fugaz como es fugaz el sol de abril,
pero los sueños que encendió con su mirada
¡me hurtaron para siempre el corazón!*

Al parecer, aquella canción absurda seguía siendo popular. Uno no dejaba de oírla por todas partes. Había sobrevivido a la Canción del Odio. Julia se despertó con su sonido, se estiró voluptuosamente y salió de la cama.

—Tengo hambre —dijo—. Vamos a hacer un poco de café. ¡Caramba! El hornillo se ha apagado y el agua está fría.

Levantó el hornillo y lo sacudió.

—Ya no le queda queroseno.

—A lo mejor el viejo Charrington nos puede dar un poco.

—Lo raro es que antes comprobé que estuviera lleno. Voy a ponerme algo de ropa —añadió ella—. Parece que se ha puesto más frío.

Winston también se levantó y se vistió. La infatigable voz siguió cantando:

*Dicen que el tiempo cura toda herida,
dicen que siempre se puede olvidar;
los años pasan, y los llantos y sonrisas
me siguen desgarrando el corazón.*

Mientras se ajustaba el cinturón del mono de trabajo, Winston se acercó a la ventana. El sol debía de haberse ocultado detrás de las casas; ya no brillaba en el patio. El pavimento estaba húmedo, como si acabaran de lavarlo, y parecía que también habían lavado el cielo, tan fresco y pálido se veía el azul entre las chimeneas. La mujer caminaba incansablemente de un lado para otro, tapaba y destapaba su boca, cantando y quedándose en silencio y colgando más pañales, más y más pañales. Winston se preguntó si lavaría para ganarse el sustento o si sencillamente era la esclava de veinte o treinta nietos. Julia se había puesto a su lado y juntos, con cierta fascinación, contemplaron la robusta figura del patio. Mientras observaba a la mujer, con su postura característica, sus gruesos brazos alzándose hacia la cuerda, sus poderosas y protuberantes nalgas de yegua, Winston se dio cuenta por primera vez de que era hermosa. Nunca antes se le había ocurrido que el cuerpo de una mujer de cincuenta años, hinchado hasta adquirir dimensiones monstruosas debido a los partos y endurecido y áspero por el trabajo como un nabo pasado, pudiera ser hermoso. Y sin embargo lo era. Después de todo, pensó, ¿por qué no? Aquel cuerpo macizo y sin curvas, como un bloque de granito, de piel rugosa y rojiza, era, en relación con el cuerpo de una muchacha, lo que el escaramujo es a una rosa. ¿Por qué había de considerarse al fruto inferior a la flor?



—Es hermosa —murmuró.

—Las caderas deben de tener por lo menos un metro de ancho —dijo Julia.

—Ese es su estilo de belleza —respondió Winston.

Tenía el brazo en torno a la fina cintura de Julia. El cuerpo de ella se pegaba al de él desde la cadera hasta la rodilla. De sus cuerpos nunca saldría un hijo. Eso era algo que jamás podrían hacer. Su secreto solo podía pasar de boca en boca, de mente a mente. Aquella mujer de abajo no tenía mente, solo brazos fuertes, un cálido corazón y un vientre fértil. Se preguntó cuántos niños habría dado a luz. Podían haber sido quince, fácilmente. Había tenido su florecer momentáneo, un año tal vez, con la belleza de una rosa silvestre, y luego había empezado a hincharse como un fruto fecundado y se había vuelto dura, roja y tosca, y desde entonces su vida había consistido en lavar, fregar, zurcir, cocinar, barrer, lustrar, remendar, fregar, volver a lavar, primero para los hijos, luego para los nietos, ininterrumpidamente, a lo largo de cincuenta años. Y después de todo eso, seguía cantando. La mística reverencia que sentía por ella se mezclaba de algún modo con el aspecto del cielo, pálido y sin nubes, que se extendía por detrás de las chimeneas hacia la distancia interminable. Era curioso pensar que el cielo era el mismo para todos, en Eurasia, en Estasia, el mismo que aquí; en todas partes, en todo el mundo, cientos de miles de millones de personas como ella, personas que ignoraban la existencia las unas de las otras, separadas por muros de odio y de mentiras y, sin embargo, exactamente iguales; personas que jamás habían aprendido a pensar pero que almacenaban en sus corazones, en sus vientres y en sus músculos la fuerza que algún día cambiaría el mundo. ¡Si había esperanza, estaba en los proletas! Aunque no había leído el libro hasta la última página, sabía que ese tenía que ser el mensaje final de Goldstein. El futuro pertenecía a los proletas. ¿Y podía estar seguro de que el mundo que ellos construirían cuando llegara su hora no le sería tan ajeno a él, Winston Smith, como el mundo del Partido? Sí, porque al menos sería un mundo de cordura. Donde hay igualdad puede haber cordura. Tarde o temprano sucedería, la fuerza se convertiría en consciencia. Los proletas eran inmortales, no cabía ninguna duda cuando uno miraba a aquella valiente figura en el patio. Su despertar llegaría finalmente. Y hasta que eso ocurriera, aunque fuera dentro de mil años, se mantendrían vivos contra toda lógica, como los pájaros, pasando de un cuerpo a otro cuerpo la vitalidad que el Partido no poseía y que no podía matar.

—¿Te acuerdas —dijo— del zorzal que cantó para nosotros, aquel primer día, en el linde del bosque?

—No cantaba para nosotros —dijo Julia—. Cantaba para sí mismo. Ni siquiera eso. Simplemente cantaba.

Los pájaros cantaban, los proletas cantaban, el Partido no cantaba. Alrededor del mundo, en Londres y Nueva York, en África, en Brasil, en las misteriosas, prohibidas tierras más allá de las fronteras, en las calles de París y de Berlín, en las aldeas de la interminable planicie rusa, en los bazares de la China y de Japón... en todas partes se alzaba aquella misma figura maciza e invencible que el trabajo y la maternidad habían vuelto monstruosa, deslomándose desde el nacimiento a la muerte y, aun así, cantando. De aquellas poderosas entrañas debía surgir un día una raza de seres conscientes. Era uno el que estaba muerto; el futuro era de ellos. Pero se podía compartir ese futuro si uno mantenía viva la mente, tal como ellos mantenían vivo el cuerpo, y transmitía la doctrina secreta de que dos más dos son cuatro.

—Nosotros somos los muertos —dijo.

—Nosotros somos los muertos —asintió Julia, diligentemente.

—Vosotros sois los muertos —dijo una voz de hierro detrás de ellos.

Se separaron de un salto. A Winston se le habían helado las tripas. Podía ver el blanco alrededor de los iris de Julia. Su rostro se había puesto de un amarillo lechoso. Las dos manchas de colorete que quedaban sobre sus pómulos destacaban de forma nítida, como si estuvieran despegadas de la piel.

—Vosotros sois los muertos —repitió la voz de hierro.

—Detrás del cuadro —dijo Julia en un susurro.

—Detrás del cuadro —dijo la voz—. Quedaos exactamente donde estáis. No hagáis ningún movimiento hasta que se os ordene.

¡Ya empezaba, finalmente estaba empezando! No podían hacer nada salvo seguir mirándose a los ojos. Huir para salvar sus vidas, salir de la casa antes de que fuera demasiado tarde... la idea ni siquiera se les pasó por la mente. Era impensable desobedecer a la voz de hierro de la pared. Hubo un chasquido, como si hubieran girado un pestillo, y un ruido de vidrios rotos. El cuadro había caído al suelo, descubriendo la telepantalla que había detrás.

—Ahora pueden vernos —dijo Julia.

—Ahora podemos veros —dijo la voz—. Permaneced en el centro de la habitación. Espalda contra espalda. Las manos detrás de la nuca. Sin tocarse uno al otro.

No se estaban tocando, pero a Winston le pareció que podía sentir el cuerpo de Julia temblar. O quizás era el temblor de su propio cuerpo. Logró evitar que le castañetearan los dientes, pero las rodillas escapaban a su control. Abajo resonaron las botas, dentro y fuera de la casa. El patio parecía estar lleno de hombres. Estaban arrastrando algo sobre las piedras. El canto de la mujer había cesado abruptamente. Se oyó que algo rodaba con un largo estruendo, como si hubieran lanzado el barreño al otro lado del patio, y luego una confusión de voces coléricas que terminaron en un grito de dolor.

—Han rodeado la casa —dijo Winston.

—Hemos rodeado la casa —dijo la voz.

Oyó a Julia entrechocar los dientes.

—Supongo que deberíamos decirnos adiós —dijo ella.

—Deberíais decirnos adiós —dijo la voz.

Después se oyó otra voz muy diferente, una voz suave y cultivada que Winston tuvo la impresión de haber oído antes:

—A propósito, ya que viene a cuento: «¡Aquí traigo una vela, para subir a tu pieza; y en la otra mano el hacha, para cortar tu cabeza!».

Algo se rompió sobre la cama, detrás de Winston. Habían apoyado la parte superior de una escalerilla contra la ventana y habían reventado el cristal. Alguien estaba entrando por la ventana. Se oyeron botas subiendo las escaleras. La habitación estaba llena de hombres fornidos en uniforme negro, calzando botas de punteras de acero y con porras en las manos.

Winston ya no temblaba. Ni siquiera sus ojos se movían casi. Solo una cosa importaba: ¡mantenerse quieto, mantenerse quieto y no darles una excusa para que lo golpeasen! Un hombre con suaves quijadas de boxeador, y cuya boca era apenas una ranura, se detuvo frente a él balanceando pensativamente su porra entre el índice y el pulgar. Sus ojos se encontraron con los de Winston. El sentimiento de desnudez, con las manos detrás de la cabeza y la cara y el cuerpo completamente expuestos, era casi insoportable. El hombre asomó la punta de su blanca lengua, lamió el lugar donde deberían haber estado sus labios y siguió su camino. Hubo otro ruido de algo haciéndose pedazos. Alguien había agarrado de la mesa el pisapapeles de cristal y lo había reventado contra el hogar.

El fragmento de coral, una diminuta arruga rosada, como la rosa de azúcar de un pastel, rodó sobre la alfombra. ¡Qué pequeño, pensó Winston, qué pequeño había sido siempre! Se escuchó un jadeo y un ruido sordo detrás de él y Winston sintió un violento golpe en un tobillo que casi le hizo perder el equilibrio. Uno de los hombres le había dado a Julia un puñetazo en el plexo

solar, haciendo que se doblase como una regla de bolsillo. Se estaba revolcando por el suelo, luchando por respirar. Winston no se atrevió a girar la cabeza siquiera un milímetro, pero por momentos la cara de Julia, jadeante y lívida, entraba en su campo de visión. A pesar del terror, era como si pudiera sentir el dolor de ella en su propio cuerpo, un dolor mortal que, sin embargo, era menos urgente que la lucha por recuperar el aliento. Podía sentirlo: el terrible, agónico dolor que estaba allí pero que aún no podía sentirse, pues antes había que ser capaz de respirar. Entonces dos de los hombres la alzaron por las rodillas y los hombros y se la llevaron de la habitación como si fuera un costal. Por un segundo, Winston alcanzó a ver su cara, cabeza abajo, crispada y amarilla, con los ojos cerrados y dos manchas de colorete sobre los pómulos; y esa fue la última visión que tuvo de ella.

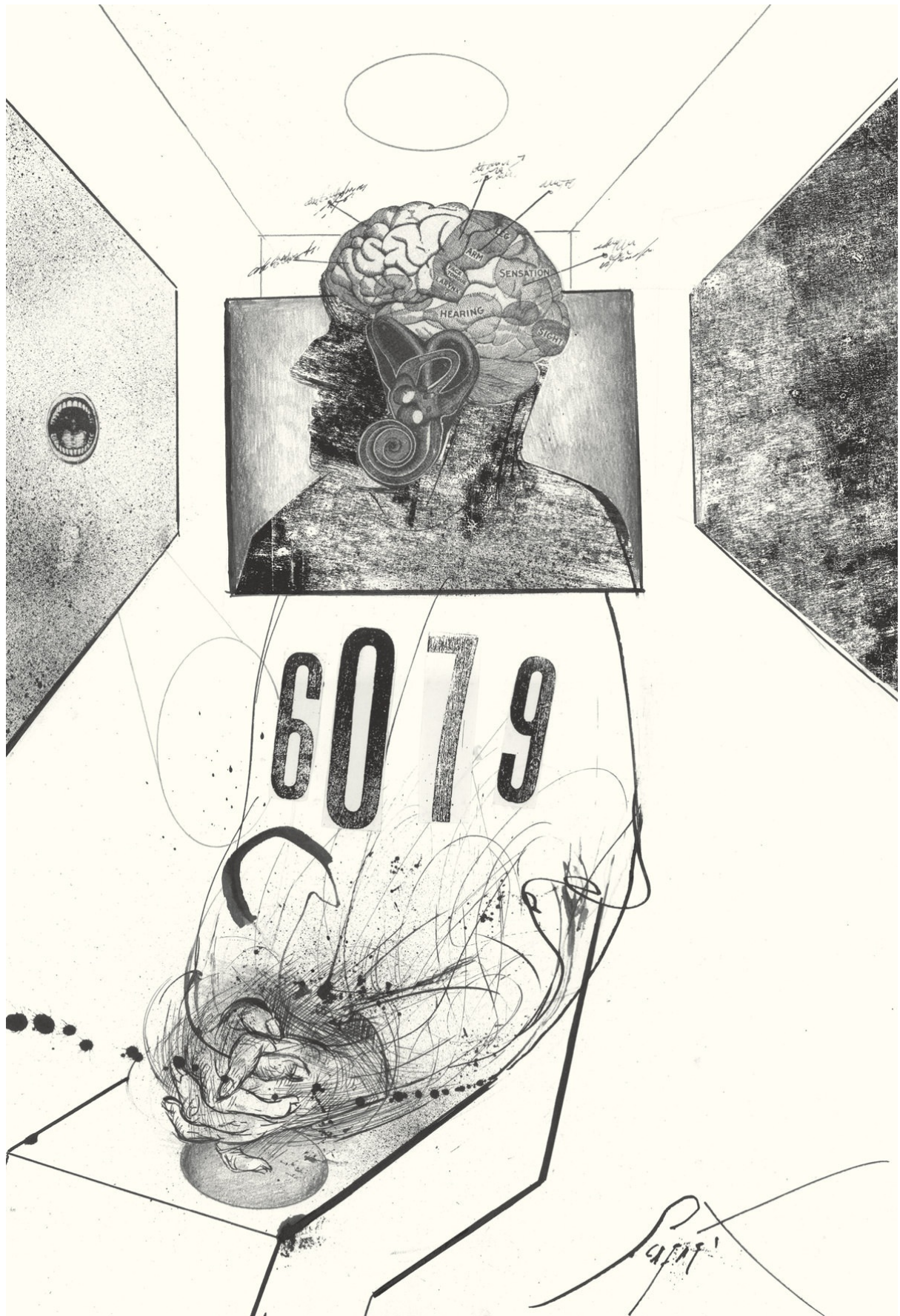


Winston estaba completamente inmóvil. Nadie lo había golpeado todavía. Por su mente revoloteaban pensamientos que parecían venir por cuenta propia y que estaban totalmente desprovistos de interés. Se preguntó si habrían detenido al señor Charrington. Se preguntó qué le habrían hecho a la mujer del patio. Se dio cuenta de que tenía unas ganas terribles de orinar, y esto le produjo una ligera sorpresa, porque había orinado apenas dos o tres horas atrás. Notó que el reloj sobre la repisa de la chimenea daba las nueve, es decir las veintiuna, pero la luz era demasiado intensa. ¿No debería estar declinando a las veintiuna horas de una noche de agosto? Se preguntó si él y Julia no se habrían equivocado con la hora; quizás habían dormido toda la noche y habían creído que eran las veinte treinta cuando en realidad eran las ocho treinta de la mañana siguiente. Pero prefirió no seguir aquel razonamiento. Era irrelevante.

Se oyeron nuevos pasos en el pasillo, esta vez más ligeros. El señor Charrington entró en la habitación. El comportamiento de los hombres uniformados se hizo de pronto más contenido. Algo había cambiado también en el aspecto del señor Charrington. Sus ojos se detuvieron en los fragmentos del pisapapeles de cristal.

—Recoged esos trozos de vidrio —dijo bruscamente.

Un hombre se inclinó para obedecer. El acento cockney había desaparecido de la voz del señor Charrington; súbitamente, Winston supo de quién era la voz que había oído en la telepantalla hacía unos minutos. El señor Charrington llevaba su vieja chaqueta de terciopelo, pero su cabello, que antes era casi blanco, se había vuelto negro. Tampoco llevaba puestas sus gafas. Dirigió a Winston una única y afilada mirada, como para verificar su identidad, y luego dejó de prestarle atención. Todavía se lo podía reconocer, pero ya no era la misma persona. Su cuerpo estaba erguido y daba la impresión de ser más alto que antes. Su rostro había experimentado tan solo pequeños cambios, los cuales, sin embargo, operaban una transformación completa. Las cejas negras estaban menos pobladas, las arrugas habían desaparecido, la forma completa de su cara parecía haberse modificado; incluso su nariz parecía más corta. Era el rostro alerta y frío de un hombre de unos treinta y cinco años. Winston pensó de pronto que, por primera vez en su vida, estaba contemplando conscientemente a un miembro de la Policía del Pensamiento.



TERCERA PARTE

I

No sabía dónde estaba. Presumiblemente, en el Ministerio del Amor, pero no había forma de estar seguro.

Era una celda sin ventanas, con el techo muy alto y paredes de reluciente porcelana blanca. Lámparas ocultas la inundaban de una luz fría y había un zumbido continuo que supuso tendría algo que ver con el suministro de aire. Un banco, o estante, apenas lo suficientemente ancho como para sentarse en él, corría a lo largo de la pared, solamente interrumpido por la puerta y, en la pared opuesta a la puerta, por un inodoro sin asiento de madera. Había cuatro telepantallas, una en cada pared.

Tenía un dolor sordo en el vientre. Lo tenía desde que lo arrojaron como un fardo al interior de un furgón cerrado y se lo llevaron. Pero también tenía hambre, un hambre insistente y malsana. Habían pasado quizás veinticuatro horas desde la última vez que había comido, quizás treinta y seis. Seguía sin saber si lo habían arrestado a la mañana o a la noche, y probablemente nunca lo sabría. Desde su arresto no le habían dado de comer. Estaba sentado tan quieto como podía sobre el estrecho banco, con las manos cruzadas sobre la rodilla. Ya había aprendido a estarse quieto. Si hacía cualquier movimiento, le vociferaban desde la telepantalla. Pero su desesperación por comer crecía sin cesar. Lo que anhelaba más que nada en el mundo era un pedazo de pan. Se le ocurrió que quizás tuviera unas migajas de pan en el bolsillo del mono. Incluso era posible —pues de vez en cuando le parecía que algo le cosquilleaba la pierna— que hubiese allí un trozo de corteza de tamaño considerable. Al final, la tentación de averiguarlo pudo más que el miedo; deslizó una mano en su bolsillo.

—¡Smith! —gritó la voz desde la telepantalla—. ¡6079 Smith W! ¡Las manos fuera de los bolsillos en las celdas!

Volvió a quedarse bien quieto, con las manos cruzadas sobre la rodilla. Antes de que lo trajesen allí, lo habían llevado a otro lugar que debía de ser una prisión ordinaria o unos calabozos provisionales utilizados por las patrullas. No sabía cuánto tiempo había estado en aquel otro lugar; varias horas como mínimo; sin relojes y sin la luz del día era difícil estimar la hora. Era un lugar ruidoso y maloliente. Lo habían puesto en una celda similar a aquella en la que estaba ahora, pero asquerosamente sucia y ocupada todo el tiempo por diez o quince personas. La mayoría eran criminales comunes, pero entre ellos había unos pocos prisioneros políticos. Él se había quedado sentado contra la pared, sin decir palabra, demasiado absorto en el miedo y el dolor de vientre como para interesarse por lo que lo rodeaba, pero, aun así, se fijó en la asombrosa diferencia de comportamiento entre los prisioneros del Partido y los demás. Los prisioneros del Partido estaban siempre silenciosos y aterrorizados, mientras que a los criminales comunes parecía no importarles nada ni nadie. Gritaban insultos contra los guardias, oponían una feroz resistencia cuando les incautaban sus pertenencias, escribían palabras obscenas en el suelo, comían alimentos de contrabando que llevaban ocultos en misteriosos escondrijos de sus ropas e incluso abucheaban a la telepantalla cuando esta trataba de restaurar el orden. Por otra parte, algunos de ellos parecían estar en buenos términos con los guardias, los llamaban por sus apodos e intentaban ablandarlos para que les pasaran cigarrillos a través de la mirilla de la puerta. Los guardias, por su parte, trataban a los criminales comunes con cierta paciencia, incluso cuando tuvieran que tratarlos con dureza. Se hablaba mucho de los campos de trabajos forzados a los que la mayoría de los prisioneros daban por descontado que serían enviados. Según entendió, en los campos todo marchaba «de primera» siempre que uno tuviese buenos contactos y conociera los trucos. Había sobornos, favoritismo y toda clase de amenazas y extorsiones, había homosexualidad y prostitución, había incluso alcohol ilegal destilado de patatas. Los puestos de confianza solo se otorgaban a criminales comunes, especialmente a gánsteres y asesinos, que constituían una especie de aristocracia. Todas las tareas inmundas las realizaban los criminales políticos.

Era un constante entrar y salir de prisioneros de toda laya: ladrones, bandidos, traficantes de drogas, estraperlistas, borrachos, prostitutas. Algunos de los borrachos eran tan violentos que los otros prisioneros tenían que ponerse de acuerdo para dominarlos. Una enorme ruina de mujer, de unos sesenta años, con grandes pechos caídos y espesos bucles de pelo blanco que se le habían soltado del moño en el forcejeo, llegó pataleando y gritando

arrastrada por cuatro guardias que la sostenían de piernas y brazos. Le arrancaron las botas con las que había estado tratando de patearlos y la echaron sobre Winston; por poco le rompe los fémures. La mujer se enderezó gritándoles, mientras salían:

—¡Malditos hijos de puta!

Después, advirtiéndole que estaba sentada sobre una superficie irregular, se deslizó de las rodillas de Winston al banco.

—Perdóname, cariñito —dijo—. No me habría sentado encima, fueron esos maricones que me empujaron. No saben cómo tratar a una dama, ¿o sí? —Se interrumpió para darse una palmadita en el pecho y eructar—. Perdón —dijo—, hoy no soy del todo yo misma.

Se inclinó hacia delante y vomitó copiosamente en el suelo.

—Así está mejor —dijo, reclinándose hacia atrás con los ojos cerrados—. Nunca te lo guardes dentro, es lo que siempre digo. Sácalo fuera mientras todavía lo tienes fresco en el estómago.

De pronto revivió, se giró hacia Winston para echarle otro vistazo e inmediatamente pareció quedar prendada de él. Le pasó un grueso brazo alrededor del hombro y lo atrajo hacia sí, echándole en la cara su aliento a cerveza y vómito.

—¿Cómo te llamas, cariñito? —dijo.

—Smith —dijo Winston.

—¿Smith? —dijo la mujer—. Eso sí que es gracioso. Yo también soy Smith. Vaya —dijo con aire sentimental—, ¡si hasta podría ser tu madre!

En efecto, pensó Winston, podría ser su madre. Tenía más o menos la edad y el físico adecuados, y era probable que la gente cambiase no poco después de veinte años en un campo de trabajos forzados.

Nadie más había hablado con él. Los criminales comunes ignoraban a los prisioneros del Partido hasta un punto sorprendente. *Polits*, los llamaban, con un desprecio indiferente. Los prisioneros del Partido parecían tener terror de hablar con cualquier persona y, sobre todo, de hablar entre ellos. Una sola vez, cuando dos mujeres miembros del Partido quedaron apretadas codo con codo sobre el banco, Winston llegó a oír, en medio del alboroto de voces, unas pocas palabras susurradas a toda prisa, y en particular una referencia a algo llamado «habitación uno cero uno» que no comprendió.

Hacía quizás dos o tres horas que lo habían traído a esta celda. El dolor sordo en el vientre no había cesado en ningún momento, pero a veces mejoraba un poco y otras veces empeoraba, y sus pensamientos se expandían o contraían al compás. Cuando empeoraba, no era capaz de pensar más que en

el dolor mismo, y en su deseo de comer. Cuando mejoraba, el pánico se apoderaba de él. Había momentos en que anticipaba las cosas que iban a sucederle con tanto realismo que su corazón le empezaba a galopar en el pecho y se quedaba sin aliento. Le parecía sentir el impacto de las porras en sus codos y las botas con punteras de acero en sus espinillas; se veía a sí mismo retorciéndose en el suelo, implorando piedad a gritos a través de los dientes rotos. Apenas pensaba en Julia. No lograba fijar su mente en ella. La amaba y no iba a traicionarla; pero eso era tan solo un dato, algo que conocía como se conocen las reglas de la aritmética. Pero no sentía su amor por ella, y apenas se preguntaba qué estaría sucediéndole. Pensaba con más frecuencia en O'Brien, con un destello de esperanza. O'Brien debía de saber que lo habían arrestado. La Hermandad, había dicho, jamás trataba de salvar a sus miembros. Pero estaba el asunto de la hoja de afeitar: si podían, le harían llegar una hoja de afeitar. Tendría quizás cinco segundos antes de que los guardias se precipitaran dentro de la celda. La hoja mordería su carne con una especie de ardiente frialdad, e incluso se cortaría hasta el hueso los dedos que la sostenían. Todo se reducía a su cuerpo enfermo, que se encogía temblando ante el menor dolor. No estaba seguro de que fuera a usar la hoja de afeitar, incluso si llegaba a tener la oportunidad. Era más natural existir de instante en instante, aceptando otros diez minutos de vida aun con la certeza de que a su término le aguardaba la tortura.

A veces trataba de calcular el número de baldosas de porcelana de las paredes de la celda. Debería haber sido fácil, pero siempre llegaba un momento en el que perdía la cuenta. Con mayor frecuencia se preguntaba dónde estaba y qué hora era. Un momento tenía la certeza de que fuera era pleno día y al momento siguiente estaba igual de convencido de que era noche cerrada. Sabía instintivamente que allí jamás se apagaban las luces. Era el lugar donde no había oscuridad. Ahora entendía por qué O'Brien había reconocido la alusión. En el Ministerio del Amor no había ventanas. Su celda podía estar en el corazón del edificio o pegada al muro exterior; podía estar diez pisos bajo tierra o treinta por encima. Se desplazó mentalmente de un sitio a otro y trató de determinar, por las sensaciones de su cuerpo, si se encontraba elevado en el aire o sepultado en lo profundo de la tierra.

Afuera se oyó un retumbar de botas que se acercaban. La puerta de acero se abrió estrepitosamente. Atravesó el umbral con elegancia la esbelta figura de un joven oficial, cuyo uniforme negro refulgía por todas partes con el brillo del cuero lustrado y cuyo rostro adusto y pálido era como una máscara de cera. Con un gesto indicó a los guardias que esperaban fuera que trajesen

al prisionero al que habían conducido hasta allí. El poeta Ampleforth entró en la celda arrastrando los pies. La puerta volvió a cerrarse con estrépito.

Ampleforth dio uno o dos pasos inseguros a uno y otro lado, como si le pareciera que había otra puerta por la que salir de allí; luego comenzó a deambular por la celda de un lado a otro. Aún no había advertido la presencia de Winston. Sus ojos atribulados contemplaban la pared a un metro por encima de la cabeza de Winston. No llevaba zapatos; sus dedos gruesos y sucios asomaban por los agujeros de sus calcetines. Llevaba varios días sin afeitarse. Una barba desaliñada cubría su rostro hasta los pómulos, dándole un aire de rufián que desentonaba con su figura corpulenta y débil y sus movimientos nerviosos.

Winston despertó un poco de su letargo. Tenía que conversar con Ampleforth a riesgo de recibir un grito desde la telepantalla. Incluso era concebible que Ampleforth fuese el portador de la hoja de afeitar.

—Ampleforth —dijo.

De la telepantalla no brotó ningún grito. Ampleforth se detuvo, ligeramente sobresaltado. Sus ojos se enfocaron lentamente en Winston.

—¡Ah, Smith! —dijo—. ¡Tú también!

—¿Por qué estás adentro?

—A decir verdad... —Se sentó torpemente en el banco frente a Winston—. Existe solamente un delito, ¿no es así? —dijo.

—¿Y tú lo cometiste?

—Al parecer, sí.

Se llevó una mano a la frente y se presionó las sienes durante un momento, como si tratase de acordarse de algo.

—Cosas que pasan —dijo vagamente—. Solo he podido recordar una ocasión... una ocasión posible. Fue una imprudencia por mi parte, de eso no hay duda. Estábamos a punto de sacar una edición definitiva de los poemas de Kipling. Mantuve la palabra *Dios* al final de un verso. ¡No pude evitarlo! —añadió casi indignado, alzando la cara para mirar a Winston—. Era imposible cambiar ese verso. Tenía que mantener la rima. ¿Te das cuenta de que en toda la lengua inglesa hay tan solo doce palabras que rimen con *God* y *connecting-rod*?^[2] Me exprimí los sesos durante días. *No había* otra rima.

La expresión de su rostro cambió. Se disipó de ella la irritación y, por un momento, pareció casi satisfecho. Una especie de calidez intelectual, la alegría del pedante que ha descubierto algún dato inútil, brilló a través de la mugre y el pelo desaliñado.

—¿Alguna vez se te ha ocurrido pensar —dijo— que la historia completa de la poesía inglesa está determinada por el hecho de que en la lengua inglesa escasean las rimas?

No, a Winston nunca se le había ocurrido ese pensamiento en particular. Ni tampoco le resultaba de mucha importancia o interés en las presentes circunstancias.

—¿Sabes qué hora es? —dijo.

Ampleforth pareció nuevamente asustado.

—No había pensado en eso. Me arrestaron... puede que haga dos días... o tal vez tres. —Sus ojos recorrían las paredes, como si una parte de él esperase encontrar alguna ventana—. En este sitio no hay ninguna diferencia entre el día y la noche. No veo cómo podría uno calcular la hora.

Conversaron de forma intermitente durante unos minutos y, de pronto, sin razón aparente, un bramido desde la telepantalla los mandó guardar silencio. Winston se quedó sentado en silencio, con las manos cruzadas. Ampleforth, demasiado corpulento para estar cómodo en el estrecho banco, no paraba de cambiar de postura, sujetándose una rodilla y luego la otra con sus manos lánguidas. La telepantalla le ladró que se quedara quieto. Pasó el tiempo. Veinte minutos, una hora; era difícil saberlo. Fuera volvió a oírse un ruido de botas. A Winston se le contrajeron las tripas. Pronto, muy pronto, tal vez en cinco minutos, quizás ahora mismo, el retumbar de las botas significaría que había llegado su turno.

La puerta se abrió. El joven oficial de cara impávida entró en la celda. Señaló a Ampleforth con un breve movimiento de la mano.

—Habitación 101 —dijo.

Ampleforth, flanqueado por los guardias, salió con paso torpe, el rostro solo vagamente alterado, pero perplejo.

Transcurrió lo que pareció un largo rato. El dolor en el vientre de Winston volvió a avivarse. Su mente recorría siempre un único camino, como una bola que se mete una y otra vez en los mismos casilleros. Solo tenía seis pensamientos. El dolor de vientre; un trozo de pan; la sangre y los gritos; O'Brien; Julia; la hoja de afeitar. Tuvo otro espasmo en los intestinos; las botas se acercaban pesadamente. Cuando se abrió la puerta, la ola de aire que empujó trajo consigo un olor espeso a sudor frío. Parsons dio unos pasos dentro de la celda. Llevaba puestos unos pantalones cortos color caqui y una camiseta de deporte.

Esta vez, Winston se sobresaltó tanto que se olvidó de sí mismo.

—¡Tú aquí! —dijo.

Parsons le dirigió una mirada en la que no había ni interés ni sorpresa, tan solo miseria. Se puso a caminar nerviosamente de un lado a otro, incapaz de quedarse quieto. Cada vez que enderezaba sus rodillas regordetas, se hacía evidente cuánto le temblaban. En los ojos, muy abiertos, tenía una mirada escrutadora, como si no pudiera evitar observar alguna cosa a mediana distancia.

—¿Por qué estás adentro? —dijo Winston.

—¡Ideocrimen! —dijo Parsons, casi lloriqueando.

El tono de su voz implicaba al mismo tiempo la admisión completa de su culpabilidad y una especie de incrédulo horror de que semejante palabra pudiese aplicársele a él. Se detuvo frente a Winston y se puso a hablar de forma suplicante y ansiosa.

—No crees que vayan a pegarme un tiro, ¿verdad, muchacho? No te pegan un tiro si en realidad no has hecho nada... solo tener pensamientos que no se pueden evitar... Yo sé que te conceden una audiencia justa. ¡Sí, estoy seguro de eso! Conocen mi historial, ¿verdad? *Tú sabes* qué clase de tipo era yo. Yo era un buen tipo, a mi manera. No muy sesudo, claro está, pero entusiasta. Traté de hacer todo lo que pude por el Partido, ¿o no es así? Seguro que no me caen más de cinco años, ¿tú qué piensas? ¿O tal vez diez? Un tipo como yo podría resultar muy útil en un campo de trabajo. ¡No irán a pegarme un tiro por salirme del camino una sola vez!

—¿Eres culpable? —dijo Winston.

—¡Por supuesto que soy culpable! —gritó Parsons, mirando servilmente a la telepantalla—. No creerás que el Partido iba a arrestar a un hombre inocente, ¿o sí?

Su cara de sapo pareció calmarse un poco y hasta adoptó un aire ligeramente santurrón.

—El ideocrimen es una cosa espantosa, muchacho —declaró sentenciosamente—. Es algo insidioso. Se puede apoderar de ti sin que te des cuenta. ¿Sabes cómo se apoderó de mí? ¡Mientras dormía! Sí, como te lo digo. Ahí estaba yo, trabajando sin parar, tratando de poner mi granito de arena... sin darme cuenta de que tenía algo malo en la cabeza. Y entonces comencé a hablar en sueños. ¿Y sabes lo que me oyeron decir?

Bajó la voz, como alguien que por razones médicas se ve obligado a pronunciar una obscenidad.

—«¡Abajo el Hermano Mayor!». ¡Sí, eso es lo que dije! Según parece, lo dije una y otra vez. Entre tú y yo, muchacho, me alegra que me hayan pescado antes de que la cosa se pusiera peor. ¿Sabes lo que les voy a decir

cuando me encuentre ante el tribunal? «Gracias», eso les voy a decir, «gracias por salvarme antes de que fuese demasiado tarde».

—¿Quién te denunció? —dijo Winston.

—Fue mi hijita —dijo Parsons con una especie de orgullo abatido—. Estaba escuchando a través de la cerradura. Oyó lo que decía y al día siguiente, sin esperar, corrió a buscar a las patrullas. Bastante lista para una enana de siete años, ¿eh? No le guardo ningún rencor por lo que hizo. De hecho, estoy orgulloso de ella. En todo caso, esto demuestra que la críe como es debido.

Otra vez se puso a moverse nerviosamente de aquí para allá; de vez en cuando lanzaba anhelantes miradas en dirección al inodoro. De pronto, se bajó los pantalones cortos.

—Discúlpame, muchacho —dijo—. No puedo más. Es por la espera.

Plantó su grueso trasero en el inodoro. Winston se tapó la cara con las manos.

—¡Smith! —gritó la voz en la telepantalla—. ¡6079 Smith W! Descúbrase la cara. ¡Nada de caras tapadas en las celdas!

Winston se descubrió la cara. Parsons utilizó el inodoro sonora y abundantemente. Luego resultó que el tapón de la cisterna estaba estropeado y la celdaapestó durante horas de forma abominable.

Se llevaron a Parsons a otro lugar. Otros prisioneros llegaban y se iban misteriosamente. Entre ellos una mujer a la que enviaron a la «habitación 101»; Winston vio que la mujer, al oír esas palabras, se puso a temblar y empalideció. Llegó un momento en que supo que, si lo habían traído a la mañana, ya era la tarde y, si lo había traído a la tarde, entonces ya era medianoche. En la celda había seis prisioneros, hombres y mujeres. Estaban todos sentados muy quietos. Enfrente de Winston había un hombre de rostro dentado y sin barbilla, exactamente como un roedor grande e inofensivo. Sus mejillas gordas y pecosas abultaban tanto por la parte de abajo que era difícil no creer que tenía allí pequeñas reservas ocultas de comida. Sus ojos, de un gris desvaído, revoloteaban tímidamente de un rostro a otro y se apartaban de inmediato cuando se encontraban con otra mirada.

Se abrió la puerta y trajeron a otro prisionero, cuya apariencia le provocó a Winston un escalofrío momentáneo. Era un hombre común y corriente, de aspecto miserable, quizás un ingeniero o alguna clase de técnico. Lo que causaba alarma era lo demacrado que estaba su rostro. Era como una calavera. Debido a su extrema delgadez, la boca y los ojos parecían llenos de un odio asesino e implacable hacia alguien o algo.

El hombre se sentó en el banco cerca de Winston. Winston no se volvió a mirarlo, pero aquel atormentado rostro de calavera persistía tan vívidamente en su mente como si lo tuviese directamente ante sus ojos. De repente se dio cuenta de lo que pasaba. El hombre se estaba muriendo de inanición. A todos en la celda pareció ocurrírseles esa idea al mismo tiempo. Una vaga agitación recorrió el banco. Los ojos del hombre sin barbilla eran atraídos sin cesar hacia el hombre de la cara de calavera y enseguida emprendían la retirada, llenos de culpa, y de nuevo eran arrastrados por una irresistible atracción. Al rato empezó a moverse de forma inquieta en su asiento. Por último, se puso de pie, atravesó la celda balanceándose como un pato, escarbó en el bolsillo de su mono y, con aire avergonzado, le tendió al hombre de la cara de calavera un trozo mugriento de pan.

Desde la telepantalla brotó un bramido feroz, ensordecedor. El hombre sin barbilla retrocedió bruscamente. El hombre de la cara de calavera se había llevado rápidamente las manos a la espalda, como para demostrar a todo el mundo que rechazaba el regalo.

—¡Bumstead! —bramó la voz— ¡2713 Bumstead J! Deje caer al suelo ese pedazo de pan.

El hombre sin barbilla tiró el trozo de pan al suelo.

—Quédese de pie donde está —dijo la voz—. De cara a la puerta. No haga ningún movimiento.



El hombre sin barbilla obedeció. Sus grandes mejillas abultadas temblaban incontrolablemente. La puerta se abrió con estrépito. El joven oficial se hizo a un lado en cuanto entró y tras él apareció un guardia bajo y corpulento, con brazos y hombros enormes. Se plantó justo enfrente del hombre sin barbilla y, a una señal del oficial, descargó un terrible puñetazo, con todo el peso de su cuerpo, en plena boca del hombre sin mentón. La fuerza del golpe pareció levantarlo del suelo. Su cuerpo salió despedido a través de la celda y fue a dar contra la base del inodoro. Por un momento quedó como sin sentido, con sangre brotándole, oscura, de la boca y la nariz. Un gimoteo o un chillido muy débil, que parecía inconsciente, surgía de él. Luego se puso boca abajo en el suelo y se levantó de forma inestable sobre manos y rodillas. En medio de un reguero de sangre y saliva, las dos mitades de una dentadura postiza cayeron de su boca.

Los prisioneros permanecían sentados muy quietos, con las manos cruzadas sobre las rodillas. El hombre sin barbilla volvió a trepar hasta su sitio. En uno de los lados de su cara la carne se estaba poniendo morada. La boca, hinchada por el golpe, se había convertido en una masa informe de color cereza con una abertura negra en el medio. De vez en cuando le goteaba sangre sobre la pechera del mono. Sus ojos grises seguían saltando de un rostro a otro, con expresión más culpable que nunca, como si tratase de descubrir cuánto lo despreciaban los demás por su humillación.

Se abrió la puerta. El oficial, con un gesto mínimo, señaló al hombre de la cara de calavera.

—Habitación 101 —dijo.

Winston pudo sentir la respiración ahogada y la agitación del hombre, que estaba sentado a su lado. Se tiró al suelo de rodillas, con las manos juntas:

—¡Camarada! ¡Oficial! —suplicó—. ¡No tenéis por qué llevarme a ese lugar! ¿No os he contado todo ya? ¿Qué más queréis saber? ¡No hay nada que no esté dispuesto a confesar, nada! Solo decidme qué es y lo confesaré ya mismo. Escribidlo y lo firmaré... ¡cualquier cosa! ¡Pero la habitación 101 no!

—Habitación 101 —dijo el oficial.

El rostro del hombre, que ya estaba muy pálido, adoptó un color que Winston no habría creído posible. Era, indudable e inconfundiblemente, una tonalidad del gris.

—¡Hacedme lo que queráis! —gritó—. Me habéis estado matando de hambre durante semanas. Terminad con esto y dejadme morir. Pegadme un tiro. Ahorcadme. Sentenciadme a veinticinco años. ¿Hay alguien más a quien queréis que delate? Solo decidme quién es y os contaré lo que queráis. No me

importa quién sea ni qué vayan a hacerle. Tengo esposa y tres hijos. El mayor no ha cumplido aún seis años. Apresadlos a todos y cortadles el cuello delante de mis ojos, y yo lo contemplaré impasible. ¡Pero a la habitación 101 no!

—Habitación 101 —dijo el oficial.

Desesperadamente, el hombre recorrió con la mirada a los otros prisioneros, como si estuviese pensando en la manera de poner a otra víctima en su lugar. Sus ojos se posaron en el rostro reventado del hombre sin barbilla. Levantó hacia él un brazo escuálido.

—¡A ese os tendríais que llevar, no a mí! —gritó—. No oísteis lo que estaba diciendo después de que le partierais la cara. Dadme una oportunidad y os lo contaré todo con pelos y señales. *Él* es el que está en contra del Partido, no yo.

Los guardias entraron en la celda. La voz del hombre se elevó hasta convertirse en un chillido.

—¡No lo habéis oído! —repitió—. Algo falló en la telepantalla. Es *a él* a quien tenéis que llevaros. ¡Lleváoslo a él, no a mí!

Los dos robustos guardias se habían detenido para agarrarlo de los brazos. Pero en aquel momento el hombre se lanzó al suelo y se aferró a una de las patas de hierro que sostenían el banco. Estaba lanzando un aullido sin palabras, como un animal. Los guardias lo asieron para soltarlo de la pata del banco, pero el hombre se aferraba con una fuerza asombrosa. Estuvieron tirando de él durante quizás veinte segundos. Los prisioneros seguían sentados en silencio, con las manos cruzadas sobre las rodillas, mirando fijamente hacia delante. El aullido cesó; al hombre no le quedaba aliento más que para seguir aferrándose. Entonces lanzó un grito diferente. Una patada de la bota de un guardia le había roto los dedos de una mano. Lo pusieron en pie a la fuerza.

—Habitación 101 —dijo el oficial.

Se llevaron al hombre, que caminaba de forma vacilante, con la cabeza baja, sujetándose la mano destrozada con la otra, abandonado ya por todo espíritu de lucha.

Pasó un largo período. Si había sido medianoche cuando se llevaron al hombre con cara de calavera, entonces ya era de mañana; si había sido a la mañana, entonces ya era la tarde. Winston estaba solo, llevaba horas solo. Era tal el dolor de estar sentado en aquel banco estrecho que a menudo se ponía de pie y caminaba, sin que la telepantalla lo increpara. El trozo de pan seguía donde lo había dejado caer el hombre sin mentón. Al principio tenía que hacer un gran esfuerzo para no mirarlo, pero ahora el hambre había cedido el paso a

la sed. Tenía un sabor desagradable en la boca y la notaba pegajosa. El zumbido y la invariable luz blanca inducían una especie de desfallecimiento, una sensación de vacío en el interior de la cabeza. Se levantaba porque el dolor de huesos era insoportable y enseguida volvía a sentarse porque estaba demasiado mareado para mantenerse en pie. Cada vez que lograba tener bajo control sus sensaciones físicas, retornaba el terror. A veces pensaba con frágil esperanza en O'Brien y en la hoja de afeitar. Era concebible que la hoja de afeitar llegara oculta en su comida, si es que alguna vez le daban de comer. En Julia pensaba más vagamente. Ella estaba sufriendo en alguna parte, acaso mucho más que él. Quizás en aquel instante estaba aullando de dolor. Pensó: «Si pudiese salvar a Julia duplicando mi dolor, ¿lo haría? Sí, lo haría». Pero aquella era una decisión meramente intelectual, que tomaba porque sabía que debía tomarla. No la sentía. En aquel lugar no se podía sentir nada excepto dolor y el conocimiento anticipado del dolor. Además, ¿era posible desear que el dolor se incrementase, por la razón que fuera, en el momento mismo en que uno lo estaba sufriendo? Pero esa pregunta no podía aún tener respuesta.

Las botas se aproximaban nuevamente. Se abrió la puerta. O'Brien entró en la celda.

Winston se puso en pie de un salto. La conmoción de verlo allí lo había despojado de toda cautela. Por primera vez en muchos años se olvidó de la presencia de la telepantalla.

—¡Lo tienen a usted también! —gritó.

—Me tienen desde hace mucho tiempo —dijo O'Brien, con una suave, casi arrepentida ironía.

Se hizo a un lado. Detrás de él apareció un guardia de espaldas anchas, con una larga porra negra en la mano.

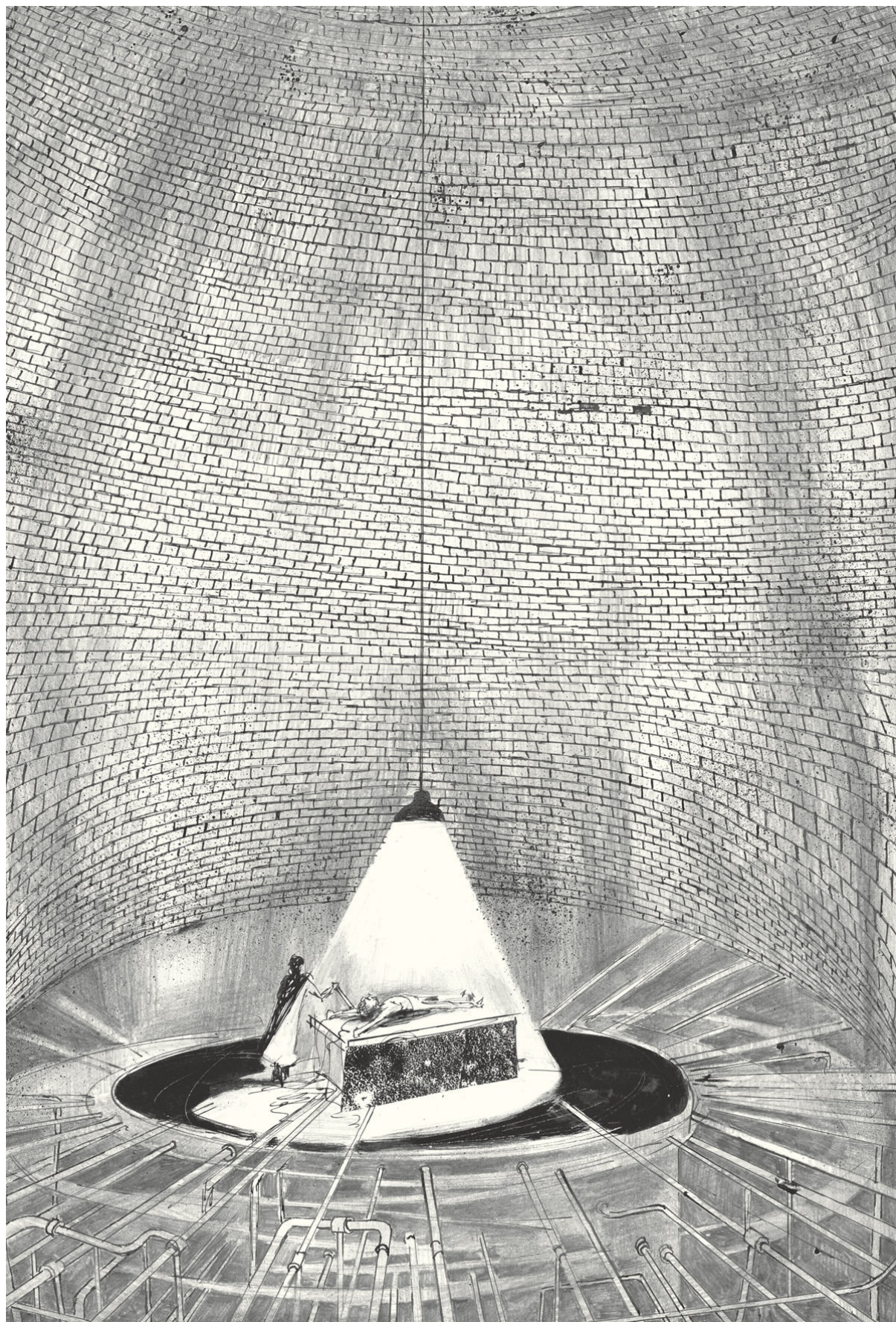
—Tú sabías esto, Winston —dijo O'Brien—. No te engañes. Tú lo sabías... lo has sabido siempre.

Sí, ahora lo veía, siempre lo había sabido. Pero no había tiempo para pensar en eso. Solo tenía ojos para la porra en la mano del guardia. Podía descargarse en cualquier lugar: en la coronilla, en la punta de la oreja, en el brazo, en el codo...

¡El codo!

Cayó de rodillas, casi paralizado, agarrándose con la otra mano el codo maltrecho. Todo había explotado en una luz amarilla. ¡Inconcebible, inconcebible que un solo golpe pudiese causar semejante dolor! El guardia se reía de sus contorsiones. En todo caso, había una pregunta que había recibido su respuesta. Nunca, por nada del mundo, se podía desear un incremento del

dolor. Del dolor, lo único que podías desear era que cesara. No había nada sobre la tierra peor que el dolor físico. Ante el dolor no hay héroes, no hay héroes, pensó una y otra vez mientras se retorció en el suelo sujetando en vano su inutilizado brazo izquierdo.



II

Estaba acostado sobre algo que parecía un catre, aunque a más distancia del suelo y amarrado de manera que no podía moverse. Una luz más fuerte de lo habitual le daba en la cara. O'Brien estaba de pie a su lado, mirándolo atentamente. En el lado opuesto había un hombre con bata blanca que sostenía una jeringuilla.

Incluso después de abrir los ojos, solo muy gradualmente fue asimilando su entorno. Tenía la impresión de estar emergiendo hasta aquella habitación desde un mundo completamente diferente, una especie de mundo subacuático situado muy por debajo. Cuánto tiempo había estado allá abajo, no lo sabía. Desde el momento en que lo arrestaron, no había visto ni la oscuridad ni la luz del día. Además, sus recuerdos eran discontinuos. Había habido momentos en que la consciencia, incluso la clase de consciencia que uno tiene mientras duerme, había parado en seco y vuelto a comenzar después de un intervalo en blanco. Pero no había forma de saber si aquellos intervalos habían sido de días o semanas o solo de segundos.

Con aquel primer golpe en el codo, había comenzado la pesadilla. Más tarde se daría cuenta de que todo lo que sucedió entonces eran apenas los preliminares, un interrogatorio de rutina al que eran sometidos casi todos los prisioneros. Había una extensa gama de crímenes —espionaje, sabotaje y demás— que todo el mundo tenía que confesar como parte de la rutina. La confesión era una formalidad, pero la tortura era real. No recordaba cuántas veces le habían pegado, ni cuánto había durado cada paliza. Siempre había cinco o seis hombres de uniforme negro ocupándose de él al mismo tiempo. Unas veces con los puños, otras con las porras, otras con unas varas de acero, otras con las botas. Había momentos en que rodaba por el suelo, despojado de vergüenza como un animal, retorciendo el cuerpo hacia un lado y otro en un esfuerzo interminable y desesperado por eludir las patadas: en las costillas, en el vientre, en los codos, en las espinillas, en la entrepierna, en los testículos,

en la base de la columna vertebral. Había veces en que aquello seguía y seguía hasta que le parecía que lo cruel, lo perverso, lo imperdonable no era el hecho de que los guardias continuaran golpeándolo, sino que él no pudiese forzarse a perder la consciencia. Había momentos en que el coraje lo abandonaba hasta tal punto que se ponía a gritar implorando piedad aún antes de que recomenzaran los golpes, cuando la mera visión de un puño que retrocedía para descargar un golpe bastaba para hacer que confesara toda clase de crímenes reales e imaginarios. Había otros momentos en que comenzaba con la firme determinación de no confesar nada y había que arrancarle cada palabra entre jadeos de dolor, y también había momentos en que trataba débilmente de llegar a un acuerdo consigo mismo: «Confesaré, pero todavía no», se decía. «Tengo que aguantar hasta que el dolor se torne insoportable. Tres patadas más, dos patadas más, y entonces les diré lo que quieran». A veces le pegaban hasta que apenas si podía mantenerse en pie y lo arrojaban como un saco de patatas sobre el suelo de piedra de una celda, donde dejaban que se repusiera unas horas, y después volvían a sacarlo y le pegaban de nuevo. También había largos períodos de recuperación. Los recordaba vagamente, porque los pasaba casi todo el tiempo durmiendo o en un estado de aletargamiento. Recordaba una celda con un camastro de tablones —una especie de estante que sobresalía de la pared—, con una tina de lata para lavarse, con sopa caliente y pan, y a veces café. Recordaba a un hosco barbero que llegaba para raparle la cabeza y rasurarle el mentón, y hombres eficientes e insensibles con bata blanca que venían a tomarle el pulso, a comprobar sus reflejos, a levantarle los párpados, a recorrer su cuerpo con ásperos dedos en busca de huesos rotos, a clavarle agujas en el brazo para hacerlo dormir.

Las palizas se fueron haciendo menos frecuentes y se convirtieron más que nada en una amenaza, en un horror al cual podían enviarlo de nuevo en cualquier momento en caso de que sus respuestas fueran insatisfactorias. Ahora sus interrogadores no eran rufianes con uniforme negro, sino intelectuales del Partido, hombrecillos rechonchos de movimientos rápidos y gafas brillantes, que lo trabajaban por turnos, durante períodos que duraban —eso le parecía a él, aunque no podía estar seguro— diez o doce horas seguidas. Estos otros interrogadores se aseguraban de que se hallara en un estado de sufrimiento leve pero constante, si bien el dolor no era su principal recurso. Le abofeteaban la cara, le retorcían las orejas, le tiraban del pelo, lo hacían permanecer sobre un pie, le denegaban el permiso para ir a orinar, dirigían luces deslumbrantes contra su rostro hasta que los ojos se le llenaban

de lágrimas; el objetivo de todo aquello era humillarlo y destruir su capacidad de discutir y razonar. Su verdadera arma era el interrogatorio despiadado, que seguía y seguía hora tras hora, confundiéndolo, tendiéndole trampas, distorsionando todo lo que decía, acusándolo a cada paso de mentir o de contradecirse, hasta que se ponía a sollozar de vergüenza y de fatiga nerviosa. A veces llegaba a llorar media docena de veces en una única sesión. La mayoría de las veces le vociferaban insultos y, ante cada vacilación, lo amenazaban con entregarlo de nuevo a los guardias; pero a veces cambiaban repentinamente de tono, lo llamaban camarada, le rogaban en nombre del Socing y del Hermano Mayor y le preguntaban, afligidos, si ni siquiera ahora le quedaba la suficiente lealtad al partido como para desear enmendar todo el mal que había causado. Cuando ya tenía los nervios hechos jirones después de horas de interrogatorio, bastaba ese ruego para hacer que llorara desconsoladamente. Al final, el asedio de esas voces lo quebraba de manera más completa que las botas y los puños de los guardias. Se convirtió en una mera boca que declaraba, una mano que firmaba lo que le pedían. Su única preocupación era averiguar qué querían que confesara y confesarlo rápido, antes de que volviese a empezar la intimidación. Confesó asesinatos de miembros eminentes del Partido, distribución de panfletos sediciosos, malversación de fondos públicos, venta de secretos militares, sabotajes de todo tipo. Confesó que desde 1968 era un espía pagado por el gobierno de Estasia. Confesó que era un creyente religioso, un admirador del capitalismo y un pervertido sexual. Confesó que había asesinado a su esposa, aunque él sabía, y sus interrogadores debían de saberlo también, que su esposa seguía con vida. Confesó que había tenido contacto personal con Goldstein durante años y que había sido miembro de una organización clandestina entre cuyas filas estaba prácticamente cada ser humano que había conocido en su vida. Era fácil confesarlo todo e involucrar a todo el mundo. Además, en cierto sentido, todo era verdad. Era verdad que había sido enemigo del Partido y, a ojos del Partido, no había ninguna diferencia entre pensamiento y acto.

También había recuerdos de otra clase. Destacaban en su mente de manera inconexa, como fotografías rodeadas de tiniebla.

Estaba en una celda que podía haber estado iluminada o a oscuras, no lo sabía, pues él solo veía un par de ojos. Muy cerca se oía el tictac lento y regular de algún instrumento. Los ojos aumentaban de tamaño y se volvían más luminosos. De pronto, Winston se elevaba flotando de la silla, se hundía en aquellos ojos y era engullido por ellos.

Estaba atado con correas a una silla rodeada de indicadores de control, bajo luces deslumbrantes. Un hombre en bata blanca leía los niveles de los indicadores. Afuera resonaban pasos de botas pesadas. La puerta se abría con estruendo. El oficial del rostro de cera entraba con gesto marcial, seguido por dos guardias.

—Habitación 101 —decía el oficial.

El hombre de la bata blanca ni siquiera se daba la vuelta. Tampoco miraba a Winston; se limitaba a observar los controles.

Luego Winston estaba avanzando por un pasillo inmenso, de un kilómetro de ancho, lleno de una gloriosa luz dorada, aullando de la risa y gritando confesiones a voz en grito. Lo confesaba todo, incluso las cosas que había logrado ocultar bajo la tortura. Estaba relatando la historia completa de su vida a una audiencia que ya la conocía. Con él estaban los guardias, los otros interrogadores, los hombres de bata blanca, O'Brien, Julia, el señor Charrington, todos avanzando juntos por el pasillo y aullando de la risa. De algún modo, se había logrado evitar algo horrible que había estado incrustado en el futuro y que, finalmente, no había llegado a suceder. Todo estaba bien, no había más dolor, hasta el último detalle de su vida había sido puesto al desnudo, comprendido, perdonado.

Se estaba incorporando en su camastro de madera con la semicertidumbre de haber oído la voz de O'Brien. A lo largo de su interrogatorio, aunque nunca lo había visto, había tenido la sensación de que O'Brien estaba junto a él, aunque fuera del alcance de su visión. Era O'Brien quien lo dirigía todo. Era él quien lanzaba a los guardias sobre Winston y quien impedía que lo mataran. Era él quien decidía cuándo Winston debía aullar de dolor, cuándo había que darle un respiro, cuándo había que darle de comer, cuándo había que dejarlo dormir, y cuándo había que inyectarle drogas en el brazo. Era él quien hacía las preguntas y quien sugería las respuestas. Era el torturador, el protector, el inquisidor, el amigo. Y una vez —Winston no lograba recordar si había sido en un sueño narcótico o mientras dormía normalmente, o incluso en un momento de vigilia— una voz le murmuró al oído: «No te preocupes, Winston. Estás bajo mi custodia. Llevo siete años vigilándote. Ahora hemos llegado al punto de inflexión. Voy a salvarte y a hacerte perfecto». No estaba seguro de que fuese la voz de O'Brien, pero era la misma voz que, en aquel otro sueño de hacía siete años, le había dicho: «Nos encontraremos en el lugar donde no hay oscuridad».

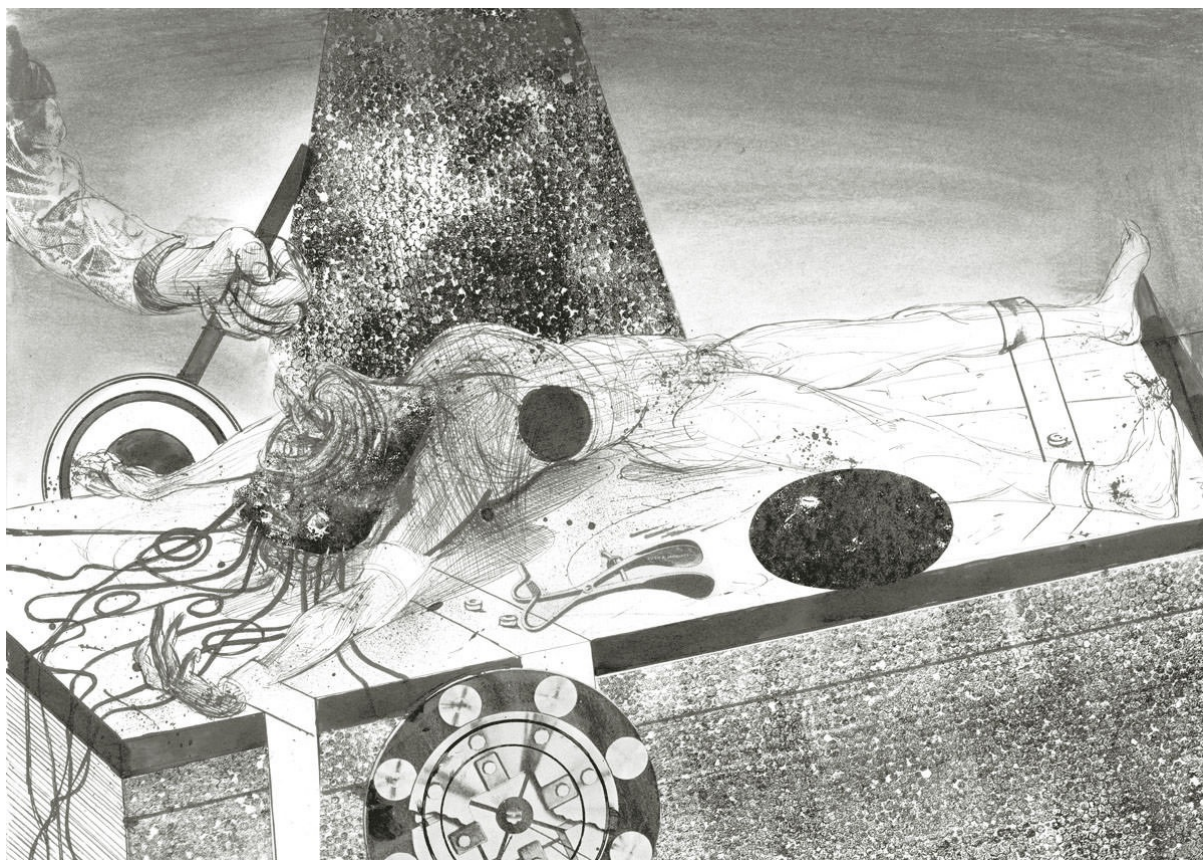
No recordaba que su interrogatorio hubiese terminado. Hubo un período de oscuridad y luego la celda o habitación en la que ahora se encontraba se

había materializado gradualmente a su alrededor. Yacía casi horizontal sobre su espalda y era incapaz de moverse. Tenía amarrado el cuerpo por cada uno de sus puntos esenciales. Incluso la nuca estaba atenazada de alguna forma. O'Brien estaba inclinado sobre él, mirándolo gravemente y de forma más bien triste. Su rostro, visto desde abajo, tenía un aspecto tosco y gastado, con bolsas bajo los ojos y arrugas de cansancio desde la nariz hasta el mentón. Era mayor de lo que Winston había creído; puede que tuviera unos cuarenta y ocho o cincuenta años. Su mano descansaba sobre un dial con una palanca en la parte de arriba y números inscritos.

—Te lo advertí —dijo O'Brien—, te dije que si volvíamos a encontrarnos sería aquí.

—Sí —dijo Winston.

Sin ninguna advertencia aparte de un leve movimiento de la mano de O'Brien, una oleada de dolor inundó su cuerpo. Era un dolor aterrador, porque él no veía qué estaba pasando y le parecía que le estaban infligiendo una herida mortal. No sabía si realmente estaba sucediendo o si era un efecto inducido eléctricamente, pero, fuera lo que fuese, le estaba desfigurando el cuerpo, desgarrándole lentamente las articulaciones. El dolor era tan intenso que se le cubrió la frente de sudor, pero lo peor era el miedo a que se le rompiese la columna vertebral. Apretó los dientes y respiró con fuerza por la nariz, tratando de mantenerse en silencio todo lo posible.



—Tienes miedo —dijo O'Brien, observando su rostro— de que algo vaya a romperse en cualquier momento. En concreto temes que sea tu columna vertebral. Tienes una vívida imagen mental de las vértebras rompiéndose y del líquido espinal saliendo. Eso es lo que estás pensando, ¿verdad, Winston?

Winston no respondió. O'Brien hizo retroceder la palanca de control. La oleada de dolor cesó casi tan rápidamente como había llegado.

—Eso han sido cuarenta —dijo O'Brien—. Como puedes ver, los números de este indicador de control llegan a cien. Te ruego que recuerdes, a lo largo de toda esta conversación, que está en mi poder infligirte dolor en cualquier momento y en el grado que yo decida. Si me dices una mentira o si intentas responder con cualquier clase de evasiva, o incluso si tu nivel de inteligencia cae por debajo de lo habitual, instantáneamente aullarás de dolor. ¿Has entendido?

—Sí —dijo Winston.

Las maneras de O'Brien se volvieron menos severas. Se acomodó las gafas pensativamente y dio unos pasos de un lado a otro. Cuando volvió a hablar, su voz sonaba paciente y amable. Tenía aires de doctor, de maestro, incluso de sacerdote; parecía ansioso por explicar y persuadir, más que por castigar.

—Me tomo estas molestias contigo, Winston —le dijo—, porque vales la pena. Tú sabes perfectamente cuál es el problema contigo. Lo has sabido durante años, aunque te has debatido contra ese conocimiento. Estás mentalmente trastornado. Padeces de una memoria defectuosa. Eres incapaz de recordar los hechos reales y te convences de que recuerdas otros acontecimientos que nunca han sucedido. Afortunadamente, eso tiene remedio. No te has curado nunca porque no has querido. Había que hacer un pequeño esfuerzo de voluntad que no estabas dispuesto a hacer. Incluso ahora, lo sé muy bien, te aferras a tu enfermedad creyendo que se trata de una virtud. Tomemos un ejemplo. En este momento, ¿con qué potencia se halla en guerra Oceanía?

—Cuando me arrestaron, Oceanía estaba en guerra con Estasia.

—Con Estasia. Bien. Y Oceanía siempre ha estado en guerra con Estasia, ¿no es así?

Winston contuvo el aliento. Abrió la boca para hablar pero no dijo nada. No podía apartar los ojos del dial.

—La verdad, Winston. Tu verdad. Dime lo que crees recordar.

—Recuerdo que apenas una semana antes de que me arrestaran, no estábamos en absoluto en guerra con Estasia. La guerra era contra Eurasia. Eso había durado cuatro años. Antes de eso...

O'Brien lo detuvo con un movimiento de la mano.

—Otro ejemplo —dijo—. Hace unos años, fuiste presa de un delirio muy grave. Creíste que tres hombres que habían sido en otro tiempo miembros del Partido, llamados Jones, Aaronson y Rutherford, tres hombres que fueron ejecutados por traición y sabotaje después de realizar la más completa confesión posible, no eran culpables de los crímenes de los que se los acusaba. Creías haber visto una evidencia documental inequívoca que demostraba que sus confesiones eran falsas. Tuviste una alucinación con cierta fotografía. De hecho creíste haberla sostenido en tu mano. Era una fotografía parecida a esta.

Entre los dedos de O'Brien apareció un trozo de papel oblongo. Estuvo dentro del ángulo de visión de Winston quizás unos cinco segundos. Era una fotografía y no había duda de cuál se trataba. Era *aquella* fotografía. Otra copia de la fotografía de Jones, Aaronson y Rutherford en el acto del Partido en Nueva York, con la que por casualidad se había encontrado él hacía once años y que en seguida había destruido. La tuvo ante los ojos tan solo un instante y después volvió a quedar fuera de su campo visual. ¡Pero la había visto, no cabía duda de que la había visto! Hizo un esfuerzo desesperado,

agónico por arrancar de sus ataduras la parte superior del cuerpo. Era imposible moverse siquiera un centímetro en ninguna dirección. Por un instante, incluso se olvidó del dial. Todo lo que quería era volver a sostener aquella fotografía entre los dedos, o al menos verla de nuevo.

—¡Existe! —gritó.

—No —dijo O'Brien.

Se alejó algunos pasos. Había un agujero de memoria en la pared opuesta. O'Brien alzó la rejilla. Antes de que llegase a verlo, el frágil trozo de papel fue arrastrado por un remolino de aire caliente; se desvaneció en un destello de fuego. O'Brien se dio la vuelta desde la pared.

—Cenizas —dijo—. Ni siquiera cenizas identificables. Polvo. No existe. Nunca ha existido.

—¡Pero sí ha existido! ¡Sí existe! Existe en mi memoria. Yo lo recuerdo. Tú lo recuerdas.

—Yo no lo recuerdo —dijo O'Brien.

A Winston se le cayó el alma a los pies. Aquello era doblepensar. Tuvo una mortal sensación de impotencia. Si hubiese podido estar seguro de que O'Brien mentía, le habría parecido que no importaba. Pero era perfectamente posible que O'Brien hubiese realmente olvidado la fotografía. Y, en tal caso, ya habría olvidado su negativa a recordarla, y habría olvidado también el acto de olvidarla. ¿Cómo se podía estar seguro de que no era una simple artimaña? Tal vez aquella demencial dislocación mental podía ocurrir realmente, esa era la idea que más lo desanimaba.

O'Brien estaba inclinado sobre él y lo miraba pensativamente. Tenía más que nunca el aspecto de un maestro que se toma molestias con un niño caprichoso pero prometedor.

—Hay un eslogan del Partido que trata sobre el control del pasado —dijo—. Repítelo, si eres tan amable.

—«Quien controla el pasado controla el futuro; quien controla el presente controla el pasado» —repitió Winston obedientemente.

—«Quien controla el presente controla el pasado» —dijo O'Brien, asintiendo con la cabeza en señal de lenta aprobación—. En tu opinión, Winston, ¿tiene el pasado una existencia real?

Una vez más, un sentimiento de impotencia se apoderó de Winston. Sus ojos giraron hacia el dial. No solo no sabía si la respuesta que lo salvaría del dolor era «sí» o «no»; ni siquiera sabía cuál creía él que era la respuesta verdadera.

O'Brien sonrió ligeramente.

—No eres ningún metafísico, Winston —dijo—. Hasta este momento nunca habías reflexionado sobre lo que significa existir. Lo plantearé en términos más precisos. ¿El pasado existe de manera concreta, en el espacio? ¿En alguna parte hay un lugar, un mundo de objetos sólidos donde el pasado continúa sucediendo?

—No.

—Entonces, ¿dónde existe el pasado, si es que existe?

—En los registros. Está escrito.

—En los registros. ¿Y...?

—En la mente. En las memorias humanas.

—En la memoria. Muy bien. Nosotros, el Partido, controlamos todos los registros y controlamos todas las memorias. De manera que controlamos el pasado, ¿no es así?

—¿Pero cómo podéis impedir que las personas recuerden las cosas? —gritó Winston, volviendo a olvidar por un instante el dial—. Es involuntario. ¿Cómo podéis controlar la memoria? ¡No pudisteis controlar la mía!

O'Brien volvió a adoptar un aire severo. Apoyó la mano en la palanca del indicador.

—Al contrario —dijo—, fuiste *tú* quien no pudo controlarla. Eso es lo que te trajo hasta aquí. Estás aquí porque te faltó humildad, autodisciplina. No estabas dispuesto al acto de sumisión que es el precio de la cordura. Preferiste ser un lunático, una minoría de un solo hombre. Solo la mente disciplinada puede ver la realidad, Winston. Tú crees que la realidad es algo objetivo, externo, que existe por derecho propio. Crees, además, que la naturaleza de lo real es manifiesta. Cuando te engañas pensando que ves una cosa, asumes que todo el mundo ve lo mismo que tú. Pero déjame decirte, Winston, que la realidad no es algo externo. Lo real existe en la mente humana y en ninguna otra parte. No en la mente individual, que puede cometer errores, y en todo caso parece pronto, sino solo en la mente del Partido, que es colectiva e inmortal. Lo que el Partido sostiene que *es* verdad *es* verdad. Es imposible ver la realidad a menos que uno mire a través de los ojos del Partido. Ese es el hecho que tienes que volver a aprender, Winston. Requiere un acto de autodestrucción, un esfuerzo de la voluntad. Debes humillarte para volverte cuerdo.

Se detuvo un momento, como para permitir que calara lo que había dicho.

—¿Recuerdas —continuó— haber escrito en tu diario: «La libertad es libertad de decir que dos más dos son cuatro»?

—Sí —dijo Winston.

O'Brien levantó su mano izquierda con el dorso hacia Winston, el pulgar oculto y los otros cuatro dedos extendidos.

—¿Cuántos dedos hay aquí, Winston?

—Cuatro.

—Y si el Partido dice que no son cuatro sino cinco... entonces, ¿cuántos hay?

—Cuatro.

La palabra terminó en un grito ahogado de dolor. La aguja del dial había saltado hasta el cincuenta y cinco. El cuerpo de Winston se cubrió de sudor. El aire se abría paso dolorosamente hasta sus pulmones y volvía a salir en forma de profundos gemidos que no podía detener ni siquiera apretando los dientes. O'Brien lo observaba con los cuatro dedos aún extendidos. Hizo descender la palanca. Esta vez el dolor solo disminuyó ligeramente.

—¿Cuántos dedos, Winston?

—Cuatro.

La aguja subió a sesenta.

—¿Cuántos dedos, Winston?

—¡Cuatro! ¡Cuatro! ¿Qué otra cosa puedo decir? ¡Cuatro!

La aguja debía de haber subido otra vez, pero él no miró. El rostro grueso y severo de O'Brien y sus cuatro dedos llenaban su campo de visión. Los dedos se alzaban ante sus ojos como pilares, enormes y borrosos, y parecían vibrar, pero eran inequívocamente cuatro.

—¿Cuántos dedos, Winston?

—¡Cuatro! ¡Para, para! ¿Cómo puedes seguir? ¡Cuatro! ¡Cuatro!

—¿Cuántos dedos, Winston?

—¡Cinco! ¡Cinco! ¡Cinco!

—No, Winston, eso no vale. Estás mintiendo. Sigues creyendo que son cuatro. ¿Cuántos dedos, por favor?

—¡Cuatro! ¡Cinco! ¡Cuatro! Lo que tú quieras. ¡Pero para ya, detén este dolor!

De pronto estaba sentado junto a O'Brien, que le había pasado un brazo por los hombros. Tal vez había perdido la consciencia unos segundos. Le habían aflojado las correas que le impedían moverse. Tenía mucho frío, temblaba de manera incontrolable, las lágrimas le corrían por las mejillas. Por un momento se aferró a O'Brien como un bebé, curiosamente reconfortado por el pesado brazo que tenía sobre los hombros. Tenía la sensación de que O'Brien era su protector, de que el dolor era algo que venía de afuera, de alguna otra fuente, y de que era O'Brien quien lo salvaría de él.

—Aprendes despacio, Winston —dijo O'Brien suavemente.

—¿Cómo puedo evitarlo? —lloriqueó—. ¿Cómo puedo evitar ver lo que tengo delante de los ojos? Dos y dos son cuatro.

—A veces sí, Winston. Otras veces son cinco. Otras veces son tres. Y otras veces son todo a la vez. Debes esforzarte más. No es fácil recuperar la cordura.

Recostó a Winston en la camilla. Otra vez las correas apretaban sus miembros, pero el dolor se había desvanecido y el temblor había cesado, dejándolo tan solo débil y aterido. O'Brien le hizo un gesto con la cabeza al hombre de la bata blanca, que había permanecido inmóvil durante todo el proceso. El hombre de la bata blanca se inclinó y miró de cerca los ojos de Winston, le tomó el pulso, apoyó un oído sobre su pecho, dio unos golpecitos aquí y allá; luego hizo un gesto de asentimiento hacia O'Brien.

—Otra vez —dijo O'Brien.

El dolor fluyó por su cuerpo. La aguja debía de marcar setenta, setenta y cinco. Esta vez cerró los ojos. Sabía que los dedos seguían allí y continuaban siendo cuatro. Todo lo que importaba era mantenerse de alguna manera con vida hasta que el espasmo terminara. Había dejado de saber si estaba gritando o no. El dolor se redujo otra vez. Abrió los ojos. O'Brien había hecho retroceder la palanca.

—¿Cuántos dedos, Winston?

—Cuatro. Supongo que hay cuatro. Vería cinco si pudiera. Estoy tratando de ver cinco.

—¿Cuál de las dos cosas deseas, persuadirme de que ves cinco o ver cinco de verdad?

—Verlos de verdad.

—Otra vez —dijo O'Brien.

Tal vez la aguja marcaba ochenta... noventa. Solo intermitentemente recordaba Winston por qué ocurría el dolor. Detrás de sus párpados apretados había un bosque de dedos que se movía en una especie de danza, entrelazándose, desapareciendo unos detrás de los otros y volviendo a aparecer. Él trataba de contarlos, no recordaba por qué. Solo sabía que contarlos era imposible y que eso se debía de alguna manera a la misteriosa identidad entre el cinco y el cuatro. El dolor se apagó otra vez. Cuando abrió los ojos descubrió que seguía viendo lo mismo. Innumerables dedos, como árboles movedizos, continuaban circulando en todas direcciones, cruzándose una y otra vez. Volvió a cerrar los ojos.

—¿Cuántos dedos hay aquí, Winston?

—No lo sé. No lo sé. Si vuelves a hacer eso me vas a matar. Cuatro, cinco, seis... honestamente, no lo sé.

—Eso está mejor —dijo O'Brien.

Una aguja se hundió en el brazo de Winston. Casi en ese mismo instante, una calidez maravillosa y sanadora se difundió por todo su cuerpo. El dolor ya estaba casi olvidado. Abrió los ojos y los alzó hacia O'Brien con gratitud. Al ver el rostro tosco y surcado de arrugas, feo y al mismo tiempo inteligente, el corazón le dio un vuelco. Si hubiese podido moverse, habría extendido una mano y la habría apoyado en el brazo de O'Brien. Jamás lo había amado tan profundamente como en aquel momento, y no solo porque hubiese detenido el dolor. Aquel viejo sentimiento de que en el fondo no importaba si O'Brien era amigo o enemigo había regresado. O'Brien era una persona con la que se podía hablar. Es posible que uno no deseara tanto ser amado como ser comprendido. O'Brien lo había torturado hasta el filo de la locura, y estaba seguro de que dentro de poco lo enviaría a la muerte. Eso no cambiaba nada. En un cierto sentido aún más profundo que la amistad, los dos eran amigos íntimos; en alguna parte, aunque las palabras concretas nunca llegasen a ser pronunciadas, había un lugar en el que podían encontrarse y dialogar. O'Brien lo estaba mirando con una expresión que sugería que en su propia mente anidaba ese mismo pensamiento. Luego habló en tono sereno e informal:

—¿Sabes dónde estás, Winston? —dijo.

—No lo sé, pero me lo imagino. En el Ministerio del Amor.

—¿Sabes cuánto tiempo llevas aquí?

—No sé. Días, semanas, meses... Creo que han sido meses.

—¿Y por qué crees que traemos a la gente a este lugar?

—Para hacerlos confesar.

—No, esa no es la razón. Haz otro intento.

—Para castigarlos.

—¡No! —exclamó O'Brien. En su voz se había producido un cambio extraordinario, y de golpe su cara se había vuelto al mismo tiempo severa y divertida—. ¡No! No es solamente para extraerte una confesión, ni para castigarte. ¿Tengo que decirte por qué te hemos traído aquí? ¡Para curarte! ¡Para volverte cuerdo! ¿Comprendes, Winston, que nadie a quien traemos a este lugar sale de él sin curarse? No nos interesan esos estúpidos crímenes que cometiste. El Partido no tiene el menor interés por los actos manifiestos; solo nos importa el pensamiento. No nos limitamos a destruir a nuestros enemigos, los modificamos. ¿Entiendes lo que quiero decir con eso?

Estaba inclinado sobre Winston. Visto desde esa posición, su rostro era inmenso y horriblemente feo. Además, estaba habitado por una especie de exaltación, de intensidad demencial. A Winston se le encogió otra vez el corazón. De haber sido posible, se habría hecho más pequeño en la camilla. Tenía la certeza de que O'Brien estaba a punto de girar la palanca por pura perversidad. En ese momento, sin embargo, O'Brien se dio la vuelta. Dio algunos pasos de un lado a otro de la habitación. Después continuó, con menos vehemencia:

—Lo primero que tienes que entender es que este no es sitio para mártires. Habrás leído sobre las persecuciones religiosas del pasado. En la Edad Media existió la Inquisición. Aquello fue un fracaso. Se fundó para erradicar la herejía y terminó perpetuándola. Por cada hereje que quemaban en la hoguera, surgían otros miles. ¿Y por qué? Porque la Inquisición mataba a sus enemigos abiertamente, y los mataba cuando aún no se habían arrepentido; de hecho, los mataba porque no se arrepentían. Los hombres morían porque no abandonaban sus verdaderas creencias. Naturalmente, toda la gloria recaía sobre la víctima y toda la vergüenza sobre el inquisidor que lo había quemado vivo. Más tarde, en el siglo xx, llegaron los totalitarismos, como los llamaban. Los nazis alemanes y los comunistas rusos. Los rusos persiguieron la herejía con mayor crueldad que la Inquisición. Y pensaban que habían aprendido de los errores del pasado; sabían, en todo caso, que no había que producir mártires. Antes de exponer a sus víctimas a un juicio público, se esforzaban deliberadamente por destruir su dignidad. Los agotaban mediante la tortura y la soledad hasta reducirlos a despojos despreciables e infelices que confesaban todo lo que les ponían en la boca, que se cubrían a sí mismos de insultos, acusándose y amparándose unos en otros, lloriqueando para suplicar piedad. Y sin embargo, a los pocos años volvía a ocurrir lo mismo. Los muertos se convertían en mártires y su degradación era olvidada. Una vez más, ¿por qué? En primer lugar, porque sus confesiones les habían sido arrancadas y eran falsas. Nosotros no cometemos esa clase de errores. Todas las confesiones pronunciadas aquí son verdaderas. Hacemos que sean verdaderas. Y, por encima de todo, no permitimos que los muertos se levanten contra nosotros. Debes dejar de imaginar, Winston, que la posteridad te reivindicará. La posteridad jamás oírás hablar de ti. Serás limpiamente extraído del flujo de la historia. Te convertiremos en gas y te lanzaremos a la estratosfera. No quedará nada de ti; ni un nombre en un registro, ni un recuerdo en un cerebro vivo. Serás aniquilado, tanto en el pasado como en el futuro. No habrás existido nunca.

¿Entonces por qué molestarse en torturarme?, pensó Winston con momentánea amargura. O'Brien se detuvo, como si aquellas palabras Winston las hubiese pronunciado en voz alta. Su rostro ancho y feo se acercó con los ojos entrecerrados.

—Estás pensando —dijo— que, puesto que nos proponemos destruirte por completo de modo que nada de lo que digas o hagas tenga la menor importancia... ¿por qué, si tal es el caso, nos tomamos tantas molestias interrogándote? Es lo que estabas pensando, ¿no es cierto?

—Sí —dijo Winston.

O'Brien sonrió levemente.

—Eres un defecto en la trama, Winston. Eres una mancha que debe ser eliminada. ¿No acabo de decirte hace apenas un momento que somos diferentes de los perseguidores del pasado? No nos conformamos con la obediencia negativa, ni siquiera con la sumisión más abyecta. Cuando por fin te rindas a nosotros, debe ser por tu propia y libre voluntad. No destruimos al hereje porque se nos resista; jamás lo destruimos mientras se nos resiste. Lo convertimos, capturamos lo profundo de su mente, lo reformamos. Disolvemos todo mal y toda aberración en él, lo traemos de nuevo a nuestro bando, no en apariencia, sino genuinamente, en cuerpo y alma. Lo convertimos en uno de nosotros antes de matarlo. Nos resulta intolerable que pueda existir un pensamiento erróneo en cualquier lugar del mundo, por secreto e inofensivo que sea. No podemos permitir ninguna desviación, ni siquiera en el instante de la muerte. En los viejos tiempos, el hereje caminaba hacia la hoguera sin dejar de ser hereje, proclamando su herejía, exultante de herejía. Incluso la víctima de las purgas rusas podía llevar la rebelión encerrada en su cráneo mientras recorría el pasillo a la espera de la bala. Nosotros, en cambio, hacemos que el cerebro sea perfecto antes de reventarlo. El mandato del antiguo despotismo era «No harás tal o cual cosa». El mandato de los totalitarios era «Harás tal o cual cosa». Nuestro mandato es «*Eres esto*». Nadie que haya pasado por este lugar se rebela contra nosotros. Lo dejamos limpio. Incluso a aquellos miserables traidores en cuya inocencia alguna vez creíste... Jones, Aaronson y Rutherford... al final los doblegamos a los tres. Yo mismo participé en sus interrogatorios. Los vi desgastarse paulatinamente, los vi gimotear, hincarse de rodillas, echarse a llorar... y al final no era con dolor, ni con miedo, solo con penitencia. Cuando terminamos con ellos, eran apenas unas cáscaras vacías en forma de hombres. No quedaba nada en su interior aparte de pena por lo que habían hecho y amor por el

Hermano Mayor. Era conmovedor ver cómo lo amaban. Suplicaban que les disparasen enseguida para así morir mientras sus mentes estaban limpias.

Su voz tenía ahora un tono casi soñador. En su rostro persistía aquella exaltación, aquel demencial entusiasmo. No está fingiendo, pensó Winston; no es un hipócrita; cree en cada una de las palabras que dice. Lo que más lo agobiaba era la conciencia de su propia inferioridad intelectual. Observaba la figura pesada y sin embargo grácil de O'Brien deambular de aquí para allá, entrar y salir de su campo de visión. Era un ser más grande que él en todos los sentidos. No había ninguna idea que Winston hubiese tenido, o pudiese llegar a tener, que O'Brien no hubiera considerado, examinado y rechazado largo tiempo atrás. Su mente *contenía* la mente de Winston. Pero, en ese caso, ¿cómo podía ser cierto que O'Brien estuviera loco? Debía de ser él, Winston, quien estaba loco. O'Brien se detuvo y se inclinó a mirarlo. Su voz se había tornado otra vez severa.

—No pienses que vas a salvarte, Winston, por muy completamente que te rindas a nosotros. Nadie que se haya descarriado alguna vez es perdonado. E incluso si decidiéramos dejarte vivir hasta el término natural de tu vida, aun así jamás escaparías de nosotros. Lo que aquí te está ocurriendo es para siempre. Entiéndelo de antemano. Vamos a aplastarte hasta un punto desde el que ya no hay retorno. Te van a suceder cosas de las que no podrías recuperarte aunque vivieras mil años. Nunca más vas a poder tener sentimientos humanos, ni siquiera los más corrientes. Todo estará muerto dentro de ti. No serás capaz de sentir amor, ni amistad, ni alegría de vivir, ni de reírte, ni de sentir curiosidad, coraje o integridad. Estarás hueco por dentro. Te exprimiremos hasta vaciarte y luego te llenaremos de nosotros mismos.

Se detuvo y le hizo una seña al hombre de la bata blanca. Winston se percató de que estaban empujando un pesado aparato hasta situarlo detrás de su cabeza. O'Brien se había sentado junto a la camilla, de manera que su cara estaba casi a la altura de la de Winston.

—Tres mil —indicó, dirigiéndose, por encima de la cabeza de Winston, al hombre de la bata blanca.

Dos blandas almohadillas, que daban la sensación de estar ligeramente húmedas, se apretaron contra las sienes de Winston. Se estremeció. Se avecinaba más dolor, un nuevo tipo de dolor. O'Brien posó una mano sobre la suya como para tranquilizarlo, casi con amabilidad.

—Esta vez no dolerá —dijo—. Mantén los ojos fijos en los míos.

En ese momento hubo una explosión devastadora, o lo que pareció una explosión, aunque Winston no estaba seguro de haber oído ningún ruido. Lo

indudable es que hubo un relámpago de luz cegadora. Winston no sintió dolor, tan solo postración. Aunque ya estaba acostado boca arriba cuando aquello ocurrió, tuvo la curiosa sensación de que lo habían derribado. Un golpe terrible pero indoloro lo había dejado en aquella posición. Algo había sucedido también dentro de su cabeza. A medida que sus ojos volvían a poder enfocar, fue recordando quién era y dónde estaba, y reconoció el rostro que lo observaba inclinado sobre el suyo, pero en alguna parte había una gran franja de vacío, como si le hubiesen retirado un pedazo del cerebro.

—Esto no durará mucho —dijo O'Brien—. Mírame a los ojos. ¿Con qué país se encuentra en guerra Oceanía?

Winston pensó. Sabía lo que significaba Oceanía y que él mismo era un ciudadano de Oceanía. Se acordaba también de Eurasia y Estasia; pero no tenía ni idea de quién estaba en guerra con quién. De hecho no estaba enterado de que hubiese una guerra.

—No me acuerdo.

—Oceanía está en guerra con Estasia. ¿Te acuerdas?

—Sí.

—Oceanía ha estado siempre en guerra con Estasia. Desde el inicio de tu vida, desde el inicio del Partido, desde el inicio de la historia, la guerra ha proseguido sin interrupción, siempre la misma guerra. ¿Te acuerdas?

—Sí.

—Hace once años, creaste una leyenda sobre tres hombres que fueron condenados a muerte por traición. Fingiste haber visto un papel que demostraba su inocencia. Ese papel jamás existió. Tú te lo inventaste y más tarde llegaste a creértelo. Ahora te acuerdas del momento preciso en que inventaste aquello. ¿Te acuerdas?

—Sí.

—Hace un momento te mostré los dedos de mi mano. Viste cinco dedos. ¿Te acuerdas?

—Sí.

O'Brien le mostró los dedos de su mano, con el pulgar oculto.

—Aquí hay cinco dedos. ¿Ves cinco dedos?

—Sí.

Y, en efecto, los vio durante un momento fugaz, antes de que el escenario de su mente cambiara. Vio cinco dedos y no había ninguna deformidad. Luego todo volvió a ser normal, y el viejo miedo, el odio y el desconcierto comenzaron a hostigarlo otra vez. Pero había tenido un momento de luminosa certeza —no sabía cuánto había durado, quizás treinta segundos— en el que

cada sugestión de O'Brien había llenado una parcela de vacío y se había convertido en la verdad absoluta, en el que dos y dos podían haber sido tanto tres como cinco si fuera necesario. Aquel momento había pasado antes de que O'Brien bajase la mano, pero, aunque no podía volver a captarlo, podía recordarlo, tal como uno recuerda una vívida experiencia de un período remoto de su vida, cuando era en realidad una persona distinta.

—Ya lo ves —dijo O'Brien—, al fin y al cabo es posible.

—Sí —dijo Winston.

O'Brien se levantó con aire satisfecho. A su izquierda, Winston vio al hombre de la bata blanca romper una ampolla y extraer el émbolo de una jeringuilla. O'Brien se volvió hacia Winston con una sonrisa. Casi como solía hacerlo antaño, se acomodó las gafas sobre el puente de la nariz.

—¿Recuerdas haber escrito en tu diario —dijo— que no importaba si yo era amigo o enemigo, puesto que al menos era una persona que te comprendía y con la que podías hablar? Tenías razón. Disfruto hablando contigo. Tu mente me atrae. Se parece a mi propia mente, excepto que tú estás loco. Antes de dar por terminada esta sesión puedes hacerme algunas preguntas si quieres.

—¿Cualquier pregunta que quiera?

—Cualquiera. —Vio que los ojos de Winston se dirigían al dial—. Está apagado. ¿Cuál es tu primera pregunta?

—¿Qué habéis hecho con Julia? —dijo Winston.

O'Brien volvió a sonreír.

—Ella te traicionó, Winston. Inmediatamente; sin reservas. Rara vez he visto a alguien pasarse a nuestro bando con tal prontitud. Si la vieras, te costaría trabajo reconocerla. De toda su rebeldía, su falsedad, su capricho, su sucia mente... no quedó nada. Fue una conversión perfecta, un caso de manual.

—¿La torturasteis?

O'Brien dejó aquello sin respuesta.

—Siguiente pregunta —dijo.

—¿Existe el Hermano Mayor?

—Por supuesto que existe. Existe el Partido. El Hermano Mayor es la personificación del Partido.

—¿Existe de la misma manera que existo yo?

—Tú no existes —dijo O'Brien.

Una vez más lo asaltó aquel sentimiento de impotencia. Conocía, o podía imaginar, los argumentos que probaban su propia inexistencia, pero eran disparates, meros juegos de palabras. ¿Acaso la afirmación «Tú no existes»

no contenía un absurdo lógico? Y sin embargo, ¿de qué serviría decirlo? Se le secaba el cerebro de solo pensar en los argumentos demenciales e irrefutables con los que O'Brien lo demolería.

—Yo creo que existo —dijo con cansancio—. Soy consciente de mi propia identidad. Nací y voy a morir. Tengo brazos y piernas. Ocupo un punto particular en el espacio. Ningún otro objeto sólido puede ocupar simultáneamente el mismo punto. En ese sentido, ¿el Hermano Mayor existe?

—Eso no tiene importancia. Él existe.

—¿Morirá alguna vez el Hermano Mayor?

—Por supuesto que no. ¿Cómo podría morir? Siguiendo preguntando.

—¿Existe la Hermandad?

—Eso, Winston, nunca lo sabrás. Si decidiéramos dejarte libre cuando hayamos terminado contigo, y si llegaras a vivir hasta los noventa años, aun así nunca sabrías si la respuesta a esa pregunta es sí o no. Mientras vivas, será en tu mente un enigma sin resolver.

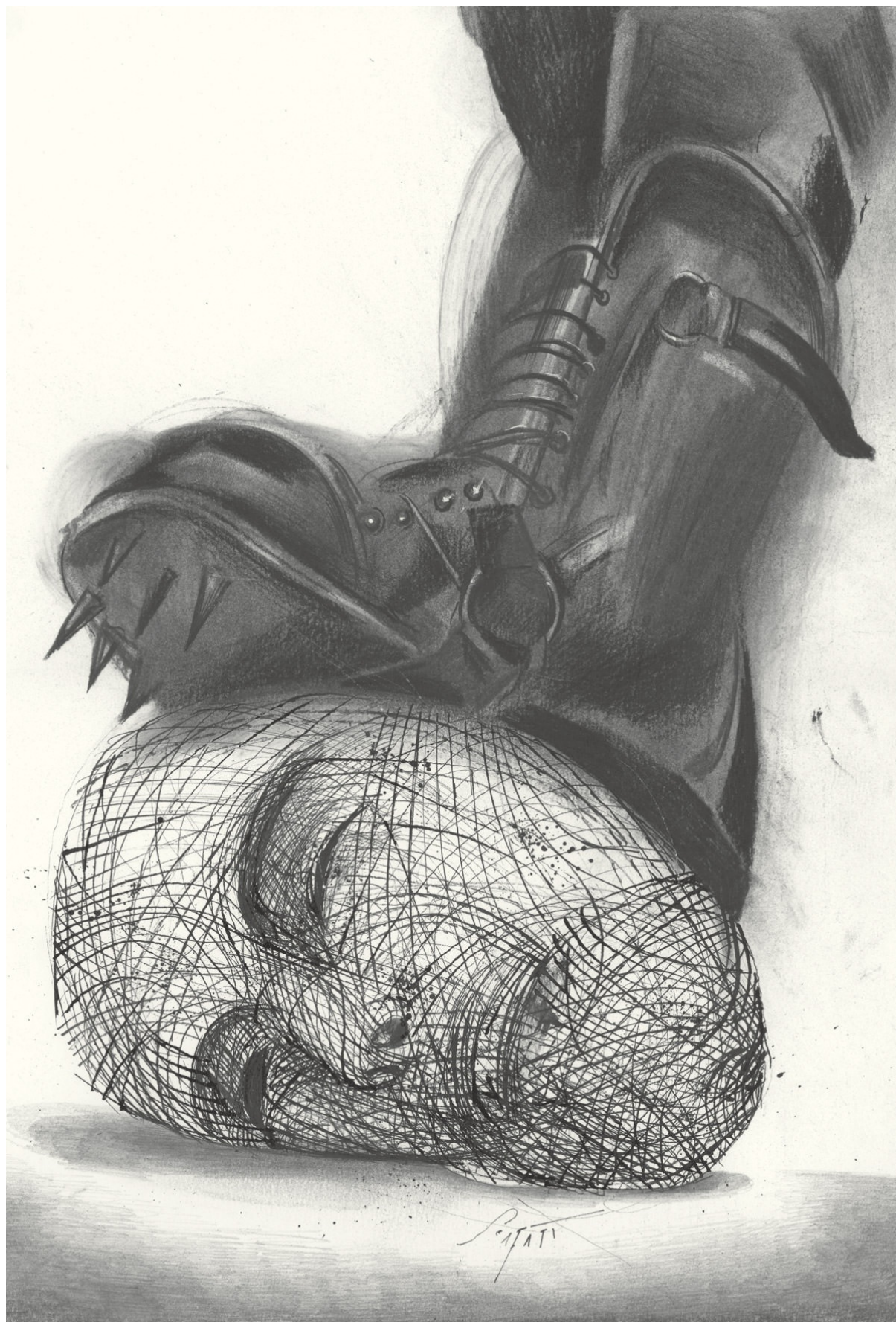
Winston permaneció en silencio. Su pecho subía y bajaba un poco más agitadamente. Todavía no había planteado la primera pregunta que le había venido a la mente. Tenía que formularla y, sin embargo, era como si su lengua se negase a pronunciarla. Había una expresión levemente divertida en el rostro de O'Brien. Hasta sus gafas parecían relucir con un resplandor irónico. Lo sabe, pensó de pronto Winston, ¡sabe lo que voy a preguntar! Ante esta idea, por fin brotaron de él las palabras:

—¿Qué hay en la habitación 101?

La expresión en la cara de O'Brien no cambió. Respondió secamente:

—Tú ya sabes lo que hay en la habitación 101, Winston. Todo el mundo sabe lo que hay en la habitación 101.

Levantó un dedo hacia el hombre de la bata blanca. Era evidente que la sesión había terminado. Una aguja se clavó en el brazo de Winston. Casi de inmediato, se hundió en un profundo sueño.



III

—Tu reintegración tendrá tres etapas —dijo O’Brien—. Primero, aprendizaje; después, comprensión; por último, aceptación. Ya es hora de que pases a la segunda etapa.

Como siempre, Winston estaba acostado boca arriba. Aunque últimamente las correas estaban menos apretadas. Lo seguían sujetando a la cama, pero podía mover un poco las rodillas, girar la cabeza hacia un lado y otro y levantar los brazos a partir del codo. Además, el dial ya no lo aterrorizaba tanto. Podía evitar sus sacudidas si era lo bastante listo; O’Brien accionaba la palanca sobre todo cuando Winston se comportaba de forma estúpida. A veces transcurría toda una sesión sin usar el dial. Winston no recordaba por cuántas sesiones había pasado. Todo el proceso parecía haberse extendido a lo largo de un período prolongado e indefinido —quizás semanas—, y los intervalos entre sesiones eran unas veces de días y otras veces de una hora o dos.

—Ahí tumbado —dijo O’Brien—, a menudo te has preguntado, e incluso me has preguntado, por qué el Ministerio del Amor se toma tanto tiempo y tantas molestias por ti. Y cuando eras libre te intrigaba algo que esencialmente era la misma pregunta. Podías captar los mecanismos de la sociedad en que vivías, pero no sus motivaciones subyacentes. ¿Recuerdas haber escrito en tu diario «Entiendo *cómo*; no entiendo *por qué*»? Cuando pensabas en el porqué, dudabas de tu propia cordura. Has leído *el libro*, el libro de Goldstein, o al menos algunas partes. ¿Te dijo algo que no supieras ya desde antes?

—¿Tú lo has leído?

—Yo lo escribí. Es decir, colaboré en su escritura. Ningún libro lo produce un solo individuo, como bien sabes.

—¿Es verdad lo que dice el libro?

—Como descripción, sí. Lo que es un disparate es el programa que establece. La secreta acumulación de conocimiento... una difusión gradual del esclarecimiento... finalmente, una rebelión proletaria... el derrocamiento del Partido. Tú mismo adivinabas que era eso lo que decía el libro. Es todo un disparate. Los proletarios no se rebelarán jamás, ni en mil años ni en un millón. No pueden. No necesito decirte por qué; tú ya lo sabes. Si alguna vez has acariciado el sueño de una insurrección violenta, tienes que abandonarlo. No hay forma de que el Partido sea derrocado. El poder del Partido es para siempre. Que ese sea el punto de partida de tus pensamientos.

Se acercó un poco más a la camilla.

—¡Para siempre! —repitió—. Y ahora regresemos a la cuestión del «cómo» y el «porqué». Tú comprendes suficientemente bien *cómo* se mantiene el Partido en el poder. Ahora dime *por qué* nos aferramos al poder. ¿Cuál es nuestra motivación? ¿Por qué queremos el poder? Adelante, habla —añadió, pues Winston permanecía en silencio.

Aun así, Winston siguió unos instantes sin hablar. Lo abrumaba una sensación de cansancio. El demencial resplandor de entusiasmo había regresado al rostro de O'Brien. Winston ya sabía lo que O'Brien iba a decir. Que el Partido no buscaba el poder para sus propios fines, sino tan solo para el bien de la mayoría. Que buscaba el poder porque los hombres de la masa son criaturas frágiles y cobardes que no pueden soportar la libertad ni mirar la verdad cara a cara, y que otros más fuertes que ellos debían gobernarlos y engañarlos de forma sistemática. Que la única opción de la humanidad era elegir entre libertad y felicidad y que, para la gran masa de la humanidad, la felicidad era preferible. Que el Partido era el eterno guardián de los débiles, una secta dedicada a ejercer el mal para que pudiese sobrevenir el bien, sacrificando su propia felicidad por la de los demás. Lo terrible, pensó Winston, lo terrible era que O'Brien lo creería al decirlo. Se podía ver en su rostro. O'Brien lo sabía todo. Sabía mil veces mejor que Winston cómo era el mundo real, la degradación en que vivían los seres humanos y mediante qué mentiras y atrocidades los mantenía así el Partido. O'Brien lo había comprendido todo, sopesado todo, y le daba igual; todo lo justificaba el fin último. ¿Qué se puede hacer, pensaba Winston, contra un lunático que es más poderoso que tú, que oye tus argumentos de modo imparcial y luego, sencillamente, persiste en su locura?

—Ustedes nos gobiernan por nuestro propio bien —dijo débilmente—. Ustedes creen que los seres humanos no son capaces de gobernarse a sí mismos, y por tanto...

Se estremeció y y estuvo a punto de gritar. Una sacudida de dolor le había atravesado el cuerpo. O'Brien había llevado la palanca del dial a treinta y cinco.

—¡Eso ha sido una estupidez, Winston, una estupidez! —dijo—. A estas alturas deberías tener las cosas más claras.

Volvió a bajar la palanca a cero y prosiguió:

—Ahora voy a darte la respuesta a mi pregunta. Es esta. El Partido busca el poder por el poder mismo. No nos interesa el bien de los demás; nos interesa exclusivamente el poder. Ni la riqueza, ni el lujo, ni la longevidad, ni la felicidad; tan solo el poder, el poder puro. Enseguida vas a entender lo que significa el poder puro. Lo que nos hace diferentes de todas las oligarquías del pasado es que nosotros sabemos lo que hacemos. Todos los demás, incluso aquellos que se parecían a nosotros, eran cobardes e hipócritas. Los nazis alemanes y los comunistas rusos se nos acercaron bastante en lo que respecta a los métodos, pero nunca tuvieron el coraje de reconocer sus propias motivaciones. Fingían, tal vez incluso creían, que habían tomado el poder contra su voluntad y durante un tiempo limitado y que, a la vuelta de la esquina, había un paraíso en el que los seres humanos serían felices e iguales. Nosotros no somos así. Sabemos que nadie toma jamás el poder con la intención de renunciar a él. El poder no es un medio, es un fin. Uno no establece una dictadura a fin de salvaguardar una revolución; uno hace la revolución a fin de establecer esa dictadura. El objeto de la persecución es la persecución. El objeto de la tortura es la tortura. El objeto del poder es el poder. ¿Empiezas ahora a entenderme?

A Winston lo sorprendió, como lo había sorprendido en otras ocasiones, el cansancio en el rostro de O'Brien. Era un rostro fuerte, carnoso y brutal, estaba lleno de inteligencia y de una especie de pasión controlada ante las cuales Winston se sentía indefenso, pero estaba cansado. Tenía bolsas bajo los ojos, la piel estaba flácida bajo los pómulos. O'Brien se inclinó sobre él, acercando deliberadamente su gastado rostro.

—Estás pensando —dijo O'Brien— que mi rostro es un rostro viejo y cansado. Estás pensando que hablo del poder y que, sin embargo, no soy siquiera capaz de evitar la decadencia de mi propio cuerpo. ¿Acaso no entiendes, Winston, que el individuo no es más que una célula? El desgaste de la célula es el vigor del organismo. ¿Acaso uno se muere cuando se corta las uñas?

Se apartó de la camilla y empezó a deambular otra vez de un lado a otro con una mano en el bolsillo.

—Somos los sacerdotes del poder —dijo—. El poder es Dios. Pero en lo que a ti respecta, el poder es solo una palabra. Es hora de que te formes una idea de lo que significa el poder. Lo primero de lo que debes darte cuenta es de que el poder es colectivo. El individuo tan solo tiene poder en la medida en que cesa de ser un individuo. Ya conoces el eslogan del Partido: «La libertad es esclavitud». ¿Alguna vez se te ha ocurrido pensar que es reversible? La esclavitud es libertad. El ser humano solo, libre, siempre acaba derrotado. Así tiene que ser, puesto que todo ser humano está condenado a morir, que es la mayor de todas las derrotas. Pero si es capaz de lograr una sumisión completa, absoluta, si puede escapar de su identidad, si puede fundirse con el Partido hasta el punto de *ser* el Partido, entonces es todopoderoso e inmortal. Lo segundo de lo que debes darte cuenta es de que el poder es poder sobre los seres humanos. Sobre el cuerpo, pero, por encima de todo, sobre la mente. El poder sobre la materia... sobre la realidad externa, como tú la llamarías... no es importante. Nuestro control sobre la materia ya es absoluto.

Por un momento Winston ignoró el dial. Hizo un violento esfuerzo por sentarse, pero solo consiguió sacudir dolorosamente su cuerpo.

—Pero ¿cómo se puede controlar la materia? —exclamó—. Ni siquiera controláis el clima, ni la ley de gravedad. Y luego están la enfermedad, el dolor, la muerte...

O'Brien lo hizo callar con un movimiento de la mano.

—Controlamos la materia porque controlamos la mente. La realidad está dentro del cráneo. Poco a poco aprenderás, Winston. No hay nada que no podamos hacer. Invisibilidad, levitación... lo que sea. Si quisiera, podría elevarme del suelo flotando como una burbuja de jabón. No quiero hacerlo porque el Partido no quiere que lo haga. Debes deshacerte de esas ideas decimonónicas sobre las leyes de la naturaleza. Nosotros dictamos las leyes de la naturaleza.

—¡Eso no es así! Ni siquiera sois dueños de este planeta. ¿Qué hay de Eurasia y Estasia? Todavía no los habéis conquistado.

—Eso carece de importancia. Los conquistaremos cuando nos convenga. Y si no lo hiciéramos, ¿qué importancia podría tener? Podemos excluirlos de la existencia. Oceanía es el mundo.

—Pero el mundo mismo no es más que una mota de polvo. Y el hombre es diminuto... ¡un ser indefenso! ¿Cuánto hace que existe? La Tierra estuvo deshabitada durante millones de años.

—Tonterías. La tierra es solo tan antigua como nosotros, no más. ¿Cómo podría ser más antigua? Nada existe si no es a través de la consciencia

humana.

—Pero las rocas están llenas de huesos de animales extintos... mamuts, mastodontes, reptiles enormes que vivieron aquí mucho antes de que se supiera nada del hombre.

—¿Alguna vez has visto esos huesos, Winston? Por supuesto que no. Los inventaron los biólogos del siglo XIX. Antes del hombre no había nada. Después del hombre, si alguna vez llega su fin, no habrá nada. No hay nada fuera del hombre.

—Pero el universo entero está fuera de nosotros. ¡Basta mirar las estrellas! Algunas de ellas están a un millón de años luz de distancia. Están fuera de nuestro alcance para siempre.

—¿Qué son las estrellas? —dijo O'Brien indiferente—. Son trocitos de fuego a unos pocos kilómetros de distancia. Si quisiéramos podríamos alcanzarlas. O podríamos eliminarlas. La Tierra es el centro del universo. El Sol y las estrellas giran alrededor de la Tierra.

Winston hizo otro movimiento convulso. Esta vez no dijo nada. O'Brien, como si respondiese a una objeción, continuó:

—Para algunos propósitos, desde luego, eso no es verdad. Cuando navegamos por el océano o cuando predecimos un eclipse, a menudo nos resulta conveniente asumir que la Tierra gira alrededor del Sol y que las estrellas están a millones de kilómetros de distancia. ¿Y qué? ¿Supones que producir un sistema astronómico dual está más allá de nuestro alcance? Las estrellas pueden estar cerca o lejos según dónde necesitemos que estén. ¿Supones que nuestros matemáticos no están a la altura? ¿Has olvidado el doblepensar?

Winston volvió a derrumbarse sobre la camilla. Dijera lo que dijese, la veloz respuesta lo aplastaba como una maza. Y sin embargo sabía, *sabía* que él estaba en lo cierto. La creencia de que nada existe fuera de la propia mente... tenía que haber una manera de demostrar que era falsa... ¿No había sido denunciada hacía mucho tiempo como una falacia? Incluso había, para eso, un nombre que no lograba recordar. Una ligera sonrisa crispó las comisuras de O'Brien mientras se inclinaba a mirarlo.

—Ya te he dicho, Winston —dijo—, que la metafísica no es tu fuerte. La palabra que estás buscando es solipsismo. Pero estás equivocado. Esto no es solipsismo. Solipsismo colectivo, si quieres. Pero eso es otra cosa; de hecho, es lo contrario. Todo esto es una digresión —añadió en un tono diferente—. El verdadero poder, el poder por el que tenemos que luchar día y noche, no es el poder sobre las cosas, sino sobre los hombres.

Hizo una pausa y por un momento volvió a asumir sus aires de maestro de escuela que formula preguntas a un alumno prometedor:

—¿Cómo afirma un hombre su poder sobre otro, Winston?

Winston pensó.

—Haciéndolo sufrir —dijo.

—Exacto. Haciéndolo sufrir. La obediencia no es suficiente. A menos que esté sufriendo, ¿cómo puedes estar seguro de que obedece tu voluntad y no la suya propia? El poder reside en infligir dolor y humillación. El poder reside en romper en pedazos las mentes humanas y volver a reunir esos pedazos en formas nuevas que uno elige. ¿Empiezas a ver ahora la clase de mundo que estamos creando? Es el opuesto exacto de las estúpidas utopías hedonísticas que imaginaron los viejos reformistas. Un mundo de temor, de traición, de tormento, un mundo hecho de pisotear y de ser pisoteado, un mundo que ha de tornarse no menos despiadado, sino *más* despiadado a medida que se vaya refinando. El progreso en nuestro mundo será progreso hacia más dolor. Las antiguas civilizaciones proclamaban estar basadas en el amor y la justicia. La nuestra se basa en el miedo. En nuestro mundo no habrá más emociones que el miedo, la rabia, el triunfo y la autodegradación. Todo lo demás lo destruiremos. Todo. Ya estamos quebrantando los hábitos de pensamiento que sobreviven de la era anterior a la Revolución.

Hemos cortado los lazos entre padres e hijos, entre hombre y hombre, entre hombre y mujer. Ya nadie se atreve a confiar en su esposa, ni en su hijo, ni en su amigo. Pero en el futuro no habrá ni esposas ni amigos. Los niños serán sustraídos a sus madres en el momento de nacer, tal como uno toma los huevos de una gallina. Se erradicará el instinto sexual. La procreación será una formalidad anual, como la renovación de una tarjeta de racionamiento. Aboliremos el orgasmo. Nuestros neurólogos ya están trabajando en ello. No habrá lealtad excepto la lealtad al Partido. Tampoco habrá amor, salvo el amor al Hermano Mayor.

No habrá risa, excepto la risa de triunfo sobre un enemigo derrotado. No habrá arte, ni literatura, ni ciencia. Cuando seamos omnipotentes, ya no tendremos necesidad de ciencia. No habrá distinción entre la belleza y la fealdad. No habrá curiosidad, ni disfrute del proceso de la vida. Todos los demás placeres serán destruidos. Pero siempre... nunca lo olvides, Winston... siempre existirá la embriaguez de poder, cada vez más grande y más sutil. Siempre, a cada momento, existirá la excitación de la victoria, la sensación de pisotear a un enemigo indefenso. Si quieres un cuadro del futuro, imagina una bota aplastando un rostro humano... para siempre.

Se detuvo como si esperara que Winston dijese algo. De nuevo Winston trataba de encogerse sobre la camilla. No podía decir palabra. Le parecía que su corazón estaba congelado. O'Brien continuó:

—Y recuerda que es para siempre. El rostro estará siempre ahí para ser aplastado. El hereje, el enemigo de la sociedad, estará siempre ahí para ser vencido y humillado una y otra vez. Todo lo que has soportado desde que caíste en nuestras manos... todo eso continuará, y cosas peores. El espionaje, las traiciones, los arrestos, las torturas, las ejecuciones, las desapariciones, no cesarán nunca. Será un mundo de terror tanto como un mundo de triunfo. Cuanto más poderoso sea el Partido, menos tolerante será; cuanto más débil sea la oposición, más estricto el despotismo. Goldstein y sus herejías vivirán para siempre. Cada día, a cada momento, serán derrotadas, desacreditadas, ridiculizadas, se escupirá sobre ellas... y sin embargo vivirán para siempre. Este drama que he interpretado contigo durante siete años será representado una y otra vez, generación tras generación, de formas cada vez más sutiles. Y siempre tendremos al hereje a nuestra merced, aquí, aullando de dolor, quebrantado, despreciable y, al final, absolutamente arrepentido, salvado de sí mismo, arrastrándose a nuestros pies por su propia voluntad. Ese es el mundo que estamos preparando, Winston. Un mundo de victoria tras victoria, triunfo tras triunfo tras triunfo; un infinito apretar, apretar, apretar sobre el nervio del poder. Veo que estás empezando a comprender cómo será ese mundo. Pero al final harás algo más que comprenderlo. Lo aceptarás, lo acogerás, serás parte de él.

Winston se había recuperado lo suficiente para hablar:

—¡No podéis! —dijo débilmente.

—¿Qué quieres decir con ese comentario, Winston?

—No podéis crear un mundo como el que acabas de describir. Es solo un sueño. Es imposible.

—¿Por qué?

—Es imposible fundar una civilización sobre el miedo, el odio y la crueldad. Jamás perduraría.

—¿Por qué no?

—No tendría vitalidad. Se desintegraría. Se suicidaría.

—Tonterías. Te has forjado la idea de que el odio es más agotador que el amor. ¿Por qué? Y aunque lo fuera, ¿qué importaría? Supón que decidiéramos gastarnos más rápidamente. Supón que aceleráramos el ritmo de la vida humana hasta hacer que los hombres llegaran a la senilidad a los treinta. Aun

así, ¿qué importaría? ¿No puedes entender que la muerte del individuo no es la muerte? El Partido es inmortal.

Como de costumbre, la voz había abatido a Winston hasta dejarlo indefenso. Por otro lado, tenía miedo de que, si persistía en su desacuerdo, O'Brien accionaría de nuevo el dial. Y, aun así, no podía quedarse callado. Débilmente, sin argumentos, sin nada en lo que apoyarse excepto su mudo horror a lo que O'Brien había dicho, volvió al ataque:

—No lo sé... no me importa. De alguna manera caeréis. La vida os derrotará.

—Nosotros controlamos la vida, Winston, en todos los niveles. Tú te imaginas que hay algo llamado naturaleza humana que se sentirá agraviado por lo que hacemos y se volverá contra nosotros. Pero somos nosotros quienes creamos la naturaleza humana. Los hombres son infinitamente maleables. ¿O acaso has vuelto a tu vieja idea de que los proletarios o los esclavos se alzarán para derrocarlos? Mejor sácatelo de la cabeza. Ellos están tan indefensos como los animales. La humanidad es el Partido. Los demás están fuera, son irrelevantes.

—No me importa. Al final os vencerán. Tarde o temprano os verán tal como sois y entonces os harán pedazos.

—¿Tú ves alguna evidencia de que eso esté ocurriendo? ¿O alguna razón por la que deba ocurrir?

—No. Pero es lo que creo. Yo sé que caeréis. Hay algo en el universo... no sé, un espíritu, un principio... al que nunca podréis vencer.

—¿Crees en Dios, Winston?

—No.

—¿Entonces qué principio es ese que va a derrotarnos?

—No lo sé. El espíritu del hombre.

—¿Y tú te consideras a ti mismo un hombre?

—Sí.

—Si eres un hombre, Winston, eres el último. Tu especie está extinguida; nosotros somos los herederos. ¿Comprendes que estás *solo*? Estás fuera de la historia, no existes.

Su tono cambió y dijo, con más aspereza:

—¿Y tú te consideras moralmente superior a nosotros, con nuestras mentiras y nuestra crueldad?

—Sí, me considero superior.

O'Brien no dijo nada. Había otras dos voces hablando. Tras un momento, Winston reconoció en una de ellas su propia voz. Era el registro sonoro de la

conversación que había tenido con O'Brien la noche en que se había alistado en la Hermandad. Se oyó a sí mismo prometiendo mentir, robar, falsificar, asesinar, alentar el consumo de drogas y la prostitución, diseminar enfermedades venéreas, lanzar ácido sulfúrico a la cara de un niño. O'Brien hizo un pequeño gesto de impaciencia, como diciendo que apenas tenía sentido molestarse en aquella demostración. Después giró un interruptor y las voces cesaron.

—Levántate de la camilla —dijo.

Las correas se habían aflojado por sí solas. Winston puso los pies en el suelo y se irguió, inestable.

—Eres el último hombre —dijo O'Brien—. Eres el guardián del espíritu humano. Vas a verte tal como eres. Quítate la ropa.

Winston deshizo el nudo que sujetaba su mono. Hacía mucho que le habían arrancado la cremallera. No recordaba si alguna vez desde su arresto se había quitado toda la ropa. Por debajo del mono, su cuerpo estaba envuelto en unos harapos amarillentos y repulsivos, apenas reconocibles como restos de ropa interior. Al dejarlos resbalar hacia el suelo, vio que en el extremo más alejado de la habitación había un espejo de tres lunas. Se acercó a él, pero se detuvo en seco. Se le había escapado un grito involuntario.

—Adelante —dijo O'Brien—. Ponte entre las alas del espejo. Así podrás ver también tus costados.

Se había detenido por el miedo. Un ser encorvado, gris, parecido a un esqueleto, venía caminando a su encuentro. Solo su apariencia ya era aterradora, no solo el hecho de que Winston sabía que se trataba de él mismo. Se acercó un poco más al espejo. La cara de la criatura parecía sobresalir, debido a su postura encorvada. Era el rostro desesperado de un convicto, con una frente protuberante que retrocedía hasta unirse a un cráneo calvo, con una nariz ganchuda y pómulos de aspecto contuso bajo unos ojos feroces y vigilantes. Las mejillas estaban arrugadas, la boca parecía hundida. Sin duda era su propia cara, pero le pareció que había cambiado más de lo que él había cambiado por dentro. Las emociones que registraba serían diferentes de las que él sentía. Se había quedado parcialmente calvo. En un primer momento creyó que le habían salido canas, pero era solo su cráneo, que se había vuelto gris. Excepto por sus manos y el círculo de su cara, tenía el cuerpo gris de mugre vieja e incrustada. Aquí y allá, por debajo de la roña, había cicatrices de heridas, y la úlcera varicosa encima del tobillo era una masa inflamada de la que se desprendían escamas de piel. Pero lo verdaderamente aterrador era la delgadez de su cuerpo. La caja torácica era tan estrecha como la de un

esqueleto; las piernas habían adelgazado tanto que las rodillas eran más gruesas que los muslos. Entonces se dio cuenta de a qué se refería O'Brien con lo de verse de lado. La curvatura de la columna era pasmosa. Los hombros escuálidos se encorvaban hasta tal punto que creaban una cavidad en el pecho, y el cuello demacrado parecía doblarse bajo el peso del cráneo. Habría dicho que estaba ante el cuerpo de un hombre de sesenta años aquejado de alguna enfermedad maligna.

—Algunas veces has pensado —dijo O'Brien— que mi rostro, el rostro de un miembro del Partido Interior, tiene un aspecto avejentado y marchito. ¿Qué te parece tu propio rostro?

Agarró a Winston del hombro y lo hizo girar hasta que quedaron frente a frente.

—¡Mira el estado en que estás! —dijo—. Mira esta mugre inmundada que te cubre todo el cuerpo. Mira la suciedad entre los dedos de tus pies. Mira esa llaga repulsiva que supura en tu pierna. ¿Sabías que apestas como un chivo? Probablemente ya no te das cuenta. Mira lo delgado que estás. ¿Ves? Puedo rodear tu bíceps con una mano y hacer que mi índice y mi pulgar se toquen. Podría partirte el cuello como si fuese una zanahoria. ¿Sabías que has perdido veinticinco kilos desde que estás en nuestras manos? Incluso se te cae el cabello a puñados. ¡Mira! —Le tiró del pelo y le arrancó un mechón—. Abre la boca —dijo—. Te quedan nueve, diez, once dientes. ¿Cuántos tenías cuando viniste a nosotros? Y los pocos que te quedan se te están cayendo de la boca. ¡Mira esto!

Agarró uno de los incisivos que le quedaban a Winston con sus poderosos dedos pulgar e índice. Una punzada de dolor atravesó la mandíbula de Winston. O'Brien había arrancado de raíz el diente flojo. Lo arrojó hacia el otro lado de la celda.

—Te estás pudriendo —dijo—, te caes a pedazos. ¿Qué eres? Un saco de inmundicia. Ahora date la vuelta y mírate otra vez en el espejo. ¿Ves a este ser que tienes enfrente? Esto es el último hombre. Si tú eres humano, esto es la humanidad. Ahora vístete.

Winston comenzó a ponerse la ropa con movimientos lentos y rígidos. Hasta ahora no había notado lo delgado y débil que estaba. Una sola idea se agitaba en su mente: que debía de haber pasado en aquel lugar bastante más tiempo del que imaginaba. Y de pronto, mientras se sujetaba aquellos harapos miserables, lo invadió un sentimiento de piedad por su cuerpo arruinado. Sin saber lo que estaba haciendo, se derrumbó sobre un taburete junto a la camilla y rompió a llorar. Era consciente de su fealdad, de su torpeza, de que no era

más que un manojo de huesos envueltos en ropa interior inmunda que lloraba sentado bajo una rigurosa luz blanca... pero no podía evitarlo. O'Brien le apoyó una mano en el hombro, casi con amabilidad.



—No va a durar para siempre —dijo—. Puedes escapar de esto en cuanto lo decidas. Todo depende de ti mismo.

—¡Esto lo has hecho tú! —sollozó Winston—. Tú me has reducido a este estado.

—No, Winston, fuiste tú el que lo hizo. Esto es lo que aceptaste cuando te pusiste en contra del Partido. Todo estaba ya contenido en el primer acto. No ha sucedido nada que no hayas previsto.

Hizo una pausa y después continuó:

—Te hemos vencido, Winston. Te hemos quebrantado. Ya has visto en qué se ha convertido tu cuerpo. Tu mente está en el mismo estado. No creo que te quede mucho orgullo. Has sido pateado, vapuleado, insultado. Has aullado de dolor, has rodado por el suelo sobre tu propia sangre y tu propio vómito. Has gimoteado implorando piedad, has traicionado a todos y a todo. ¿Se te ocurre una sola degradación por la que no hayas pasado?

Winston había dejado de llorar, pero seguían fluyendo lágrimas de sus ojos. Alzó la mirada hacia O'Brien.

—No he traicionado a Julia —dijo.

O'Brien lo miró, pensativo.

—No —dijo—, no lo hiciste; eso es totalmente cierto. No traicionaste a Julia.

La peculiar admiración que sentía por O'Brien y que nada parecía capaz de destruir inundó una vez más el corazón de Winston. ¡Qué inteligente!, pensó, ¡qué inteligente es! O'Brien nunca dejaba de comprender lo que se le decía. Cualquiera otra persona sobre la tierra habría respondido inmediatamente que sí, que Winston había traicionado a Julia. Pues, bajo tortura, ¿qué podía haber que no hubiesen exprimido ya de él? Les había contado todo lo que sabía de ella, sus costumbres, su carácter, su vida pasada; había confesado con todos sus detalles, hasta los más triviales, lo que había ocurrido en sus encuentros, todo lo que él le había dicho a ella y ella a él, sus comidas del mercado negro, sus actos de adulterio, sus vagos complots contra el Partido; todo. Y, sin embargo, en el sentido en el que él utilizaba la palabra, no la había traicionado. No había dejado de amarla; sus sentimientos por ella seguían siendo los mismos. O'Brien había visto a qué se refería sin necesidad de explicación.

—Dime, ¿cuánto falta para que me peguen un tiro?

—Podría tardar mucho —dijo O'Brien—. Eres un caso difícil. Pero no pierdas la esperanza. Tarde o temprano todos se curan. Al final te pegaremos un tiro.

IV

Se encontraba mucho mejor. Cada día —si es que era adecuado hablar de días— iba engordando y poniéndose más fuerte.

La luz blanca y el zumbido seguían como siempre, pero la celda era un poco más cómoda que las otras. Había una almohada y un colchón sobre el camastro y un taburete para sentarse. Tenía un baño y le permitían lavarse con bastante frecuencia en una palangana de latón. Hasta le daban agua caliente para el aseo. Le habían dado ropa interior nueva y un mono limpio. Le habían aplicado ungüento balsámico en la úlcera varicosa y se la habían vendado. Le habían extraído los dientes que le quedaban y le habían dado una dentadura postiza nueva.

Debieron de pasar semanas o meses. Habría podido llevar la cuenta de haber tenido interés en hacerlo, puesto que ahora le daban de comer a intervalos que parecían regulares. Según juzgaba, le daban tres comidas cada veinticuatro horas; a veces se preguntaba vagamente si se las daban de noche o de día. La comida era sorprendentemente buena y una de cada tres veces incluía carne. En una ocasión incluso le dieron un paquete de cigarrillos. No tenía cerillas, pero el guardia que le traía la comida, y que jamás pronunciaba palabra, le daba fuego. La primera vez que trató de fumar sintió náuseas, pero perseveró y, fumando medio cigarrillo después de cada comida, alargó bastante tiempo el paquete.

Le habían proporcionado una pizarra blanca con un lápiz gastado sujeto a una de las esquinas. Al principio no lo usó. Aun cuando estaba despierto, se hallaba totalmente aletargado. Solía quedarse acostado entre las comidas, casi sin moverse, a veces durmiendo, otras veces despierto pero envuelto en vagas ensoñaciones, sin fuerzas para abrir los ojos. Hacía tiempo que se había acostumbrado a dormir con una luz potente sobre la cara. No parecía importar, aunque los sueños eran más coherentes. Durante todo ese período soñó mucho, y eran siempre sueños felices. Estaba en el País Dorado, o

sentado entre unas ruinas enormes y gloriosas iluminadas por el sol, con su madre, con Julia, con O'Brien... sin hacer nada, sentados simplemente al sol, conversando sobre cosas apacibles. Si tenía algún pensamiento estando despierto, era sobre todo acerca de sus sueños. Ahora que le habían retirado el estímulo del dolor, parecía haber perdido la capacidad para el esfuerzo intelectual. No se aburría, no tenía el menor deseo de conversación o de distracción. El mero hecho de estar solo, de que no lo golpearan o lo interrogaran, de tener bastante para comer y el cuerpo limpio, era completamente satisfactorio.

Poco a poco fue pasando menos tiempo dormido, pero seguía sin sentir el menor impulso por salir de la cama. Lo único que le interesaba era estar tranquilamente tumbado y sentir cómo las fuerzas retornaban a su cuerpo. Se tocaba con un dedo aquí y allá, tratando de asegurarse de que no era una ilusión el que sus músculos se iban poniendo más redondos y su piel más tersa. Finalmente, constató, más allá de toda duda, que estaba engordando: sus muslos eran claramente más gruesos que sus rodillas. Después, al principio con renuencia, comenzó a hacer ejercicio regularmente. En poco tiempo, fue capaz de caminar tres kilómetros, medidos por pasos en la celda, y sus hombros vencidos se fueron enderezando. Intentó hacer ejercicios más complicados y se sintió sorprendido y humillado al comprobar las cosas que no era capaz de hacer. No conseguía hacer otros movimientos aparte de caminar: no podía sostener el taburete a la altura del brazo, no podía quedarse sobre una sola pierna sin caerse. Se ponía en cuclillas sobre sus talones y descubría que solo con agónicos dolores en los muslos y las pantorrillas podía volver a ponerse de pie. Se acostaba boca abajo y trataba de levantar su peso con las manos. Era inútil, no era capaz de alzarse un solo centímetro. Pero después de unos días más —de unas comidas más—, pudo realizar incluso aquella hazaña. Llegó un momento en que podía hacerlo seis veces seguidas. Comenzó a sentirse realmente orgulloso de su cuerpo y a creer, intermitentemente, que también su rostro estaba volviendo a la normalidad. Solo cuando alguna vez se llevaba la mano al cráneo calvo se acordaba de la cara arrugada y ruinosa que le había devuelto la mirada en el espejo.

Su mente se volvió más activa. Se sentaba en su camastro con la espalda contra la pared y la pizarra sobre las rodillas y se ponía a trabajar deliberadamente en la tarea de reeducarse.

Había capitulado, eso estaba claro. En realidad, tal como ahora lo veía, había estado dispuesto a capitular mucho tiempo antes de tomar la decisión. Desde el momento mismo en que estuvo dentro del Ministerio del Amor —y,

sí, incluso durante aquellos minutos mientras Julia y él esperaban, impotentes, y la voz de hierro de la telepantalla les decía lo que debían hacer—, había comprendido la frivolidad, la vanidad de su intento de ponerse en contra del Partido. Ahora sabía que la Policía del Pensamiento lo había estado vigilando durante siete años como a un escarabajo bajo una lupa. No había ni un solo acto físico, ni una sola palabra dicha en voz alta, que ellos no hubieran registrado, ni un solo razonamiento que no hubieran estado en condiciones de inferir. Hasta la mota de polvo blanquecino sobre la cubierta de su diario había sido cuidadosamente reemplazada. Le habían hecho escuchar grabaciones, le habían mostrado fotografías. Algunas era fotografías de Julia y de él. Sí, incluso de... Ya no podía luchar contra el Partido. Además, el Partido estaba en lo cierto. Tenía que ser así; ¿cómo podía equivocarse aquel cerebro inmortal, colectivo? ¿Con qué ejemplo externo podía uno cotejar sus juicios? La cordura era estadística. Pensar como pensaban ellos era una mera cuestión de aprendizaje. ¡Y sin embargo...!

El lápiz entre sus dedos le resultaba grueso e incómodo. Empezó a anotar los pensamientos que le venían a la cabeza. Primero escribió en letras mayúsculas, grandes y torpes:

LA LIBERTAD ES ESCLAVITUD

Luego, casi inmediatamente, escribió debajo:

DOS Y DOS SON CINCO

Pero después hubo una especie de bloqueo. Su mente, como si estuviese rehuendo algo, parecía incapaz de concentrarse. Supo que él mismo sabía lo que venía a continuación pero, por un momento, no fue capaz de recordarlo. Cuando por fin recordó, fue tan solo mediante un razonamiento consciente, no porque le viniera por sí mismo. Escribió:

EL PODER ES DIOS

Lo aceptaba todo. El pasado era alterable. El pasado jamás había sido alterado. Oceanía estaba en guerra con Estasia. Oceanía siempre había estado en guerra con Estasia. Jones, Aaronson y Rutherford eran culpables de los crímenes de que se los había acusado. Él nunca había visto la fotografía que desacreditaba su culpabilidad. Esa fotografía nunca había existido, él se la había inventado. Se recordaba recordando cosas contrarias, pero eran recuerdos falsos, productos del autoengaño. ¡Qué fácil era todo! Bastaba con

rendirse y lo demás venía por añadidura. Era como haber nadado contra una corriente que, por muy fieramente que batallase, lo arrastraba hacia atrás y luego de pronto darse la vuelta e ir con la corriente en lugar de oponerse a ella. Nada había cambiado excepto su propia actitud; en cualquier caso, estaba ocurriendo lo que estaba destinado a suceder. Apenas sabía por qué alguna vez se había rebelado. Todo era fácil, ¡excepto...!



Cualquier cosa podía ser verdad. Las llamadas leyes de la naturaleza eran un disparate. La ley de la gravedad era un disparate. «Si quisiera», había dicho O'Brien, «podría elevarme del suelo flotando como una burbuja de jabón». Winston elaboró un poco la idea. «Si él cree que se eleva flotando del suelo y si yo simultáneamente creo que lo hace, entonces ocurre». De pronto, como un resto de naufragio sumergido que aflora a la superficie, una idea irrumpía en su mente: «En realidad eso no ocurre. Nosotros nos lo imaginamos. Es una alucinación». Volvía a empujar ese pensamiento hacia abajo y lo hundía al instante. Era una falacia evidente. Presuponía que en alguna parte, fuera de uno mismo, había un mundo «real» donde sucedían cosas «reales». Pero ¿cómo podía existir un mundo así? ¿Qué conocimiento tenemos de algo si no es a través de nuestras propias mentes? Todos los sucesos ocurren en la mente. Lo que sucede en todas las mentes sucede de verdad.

No tuvo dificultad en deshacerse de aquella falacia y no había peligro de sucumbir a ella. Se daba cuenta, no obstante, de que nunca debía habersele ocurrido. La mente debía desarrollar un punto ciego cada vez que se presentara un pensamiento peligroso. El proceso debía ser automático, instintivo. *Frenacrimen*, se decía en parlanueva.

Se puso a trabajar para ejercitarse en el frenacrimen. Se proponía a sí mismo enunciados —«el Partido dice que la Tierra es plana», «el Partido dice que el hielo es más pesado que el agua»— y se entrenaba en no ver o no entender los argumentos que los contradecían. No era fácil. Requería un gran poder de razonamiento y de improvisación. Los problemas aritméticos que surgían de enunciados como, por ejemplo, «dos y dos son cinco» estaban más allá de su alcance intelectual. También requerían una especie de atletismo mental, la habilidad para usar en un momento la lógica de la forma más delicada y, al siguiente, ser inconsciente de los errores lógicos más groseros. La estupidez era tan necesaria como la inteligencia, e igual de difícil de adquirir.

Mientras tanto, una parte de su mente se preguntaba cuánto faltaba para que le pegaran un tiro. «Todo depende de ti», había dicho O'Brien, pero él sabía que no podía acortar la espera mediante ningún acto consciente. Podía ocurrir en diez minutos o en diez años. Podían mantenerlo años en confinamiento solitario, podían enviarlo a un campo de trabajo, podían dejarlo libre un tiempo, a veces hacían eso. Era perfectamente posible que, antes de que lo liquidaran, se representase una vez más, desde el comienzo, todo el drama de su arresto y su interrogatorio. Lo único seguro era que la

muerte nunca llegaba cuando uno lo esperaba. La tradición —una tradición tácita de la que uno de alguna manera se enteraba aunque no oyese a nadie mencionarla— era que te disparaban por la espalda, siempre en la nuca, siempre sin previo aviso, mientras uno caminaba por un pasillo entre una celda y otra.

Un día —pero «un día» no era la expresión correcta; era igual de probable que fuera en mitad de la noche: *una vez*— cayó en una extraña y maravillosa ensoñación. Iba caminando por el pasillo, esperando la bala. Sabía que vendría de un momento a otro. Todo estaba en orden, allanado, reconciliado. Ya no había más dudas, ni discusiones, ni dolor, ni miedo. Su cuerpo estaba fuerte y saludable. Caminaba con facilidad, con alegría en sus movimientos y con la sensación de caminar bajo el sol. Ya no iba por los estrechos pasillos blancos del Ministerio del Amor; estaba en el inmenso pasillo soleado, de un kilómetro de ancho, por el que le había parecido caminar durante el delirio inducido por las drogas. Se encontraba en el País Dorado, siguiendo el sendero a través del prado comido por los conejos. Podía sentir la hierba corta y mullida bajo los pies y la suave luz del sol en la cara. En el linde del prado estaban los olmos, que se movían ligeramente, y en alguna parte, un poco más allá, había un arroyo donde, en los verdes remansos bajo los sauces, nadaban los albures.

De repente se incorporó con una sacudida de horror. El sudor le corría por la espalda. Se había oído a sí mismo sollozar en voz alta:

—¡Julia! ¡Julia! ¡Julia, mi amor! ¡Julia!

Por un momento había tenido la abrumadora alucinación de su presencia. Era como si ella estuviera no solamente con él, sino dentro de él, como si se le hubiese metido en la trama de su piel. En ese momento la amó mucho más de lo que jamás la había amado mientras estuvieron juntos y en libertad. Supo, además, que en algún lugar, ella estaba viva y necesitaba su ayuda.

Volvió a recostarse en la cama y trató de recomponerse. ¿Qué había hecho? ¿Cuántos años había añadido a su servidumbre por aquel instante de debilidad?

De un momento a otro oiría acercarse el retumbar de las botas. Ellos no podían permitir que aquel exabrupto quedara impune. Ahora sabrían, si es que no lo sabían ya antes, que él estaba rompiendo el acuerdo que había cerrado con ellos. Obedecía al Partido, pero seguía odiando al Partido. En los viejos tiempos escondía su mente herética bajo una apariencia de conformismo. Ahora había retrocedido un paso: se había rendido en su mente pero había anhelado conservar intacto su núcleo más íntimo. Sabía que se hallaba en el

error, pero era allí donde prefería estar. Ellos comprenderían eso perfectamente... O'Brien lo comprendería. Lo había confesado todo con aquel único grito estúpido.

Tendría que empezar todo otra vez. Podría llevarle años. Se pasó una mano por la cara, tratando de familiarizarse con su nueva forma. Había surcos profundos en las mejillas, sentía los pómulos puntiagudos, la nariz aplastada. Además, desde la última vez que se había mirado en el espejo, le habían proporcionado una nueva dentadura postiza completa. Era difícil adoptar una expresión inescrutable cuando uno no sabía qué aspecto tenía su rostro. En cualquier caso, el mero control de los rasgos no bastaba. Por primera vez se daba cuenta de que para guardar un secreto había que ocultárselo antes que nada a uno mismo. Todo el tiempo había que saber que el secreto estaba ahí, pero hasta que no fuera necesario no había que permitir que emergiese a la consciencia en ninguna forma que pudiese nombrarse. De ahora en adelante, no solo debía pensar correctamente; debía sentir correctamente, soñar correctamente. Y todo ese tiempo debía mantener el odio encerrado en su interior, como un grumo de materia que fuese parte de él y que, sin embargo, no tuviese conexión con el resto de él mismo, como una especie de quiste.

Un día decidirían pegarle un tiro. Imposible saber cuándo sucedería, pero, unos segundos antes, le sería posible adivinarlo. Era siempre por la espalda, caminando por un pasillo. Bastarían diez segundos. En ese espacio de tiempo, el mundo en su interior podría darse la vuelta. Y entonces, súbitamente, sin pronunciar una sola palabra, sin que su paso vacilase, sin el menor cambio en la expresión de su rostro... súbitamente, sí, se despojaría del camuflaje y ¡bang!, la artillería de su odio abriría fuego. El odio llenaría su ser como una enorme llama rugiente. Y casi en el mismo instante, ¡bang!, saldría la bala, demasiado tarde o demasiado pronto. Le habrían volado el cerebro en pedazos antes de que pudiesen reapropiárselo. El pensamiento herético quedaría impune, impenitente, para siempre fuera del alcance de ellos. Habrían horadado un boquete en su propia perfección. Morir odiándolos, eso era la libertad. Cerró los ojos. Era más difícil que aceptar una disciplina intelectual. Se trataba de degradarse, de mutilarse a uno mismo. Había tenido que sumergirse en la más inmundicia de las abyecciones. ¿Qué era lo más horrible, lo más nauseabundo de todo? Pensó en el Hermano Mayor. El enorme rostro (por haberlo visto constantemente en los carteles, siempre pensaba en él como si tuviera un metro de ancho), parecía flotar por cuenta propia dentro de su mente, con su espeso bigote negro y los ojos que lo seguían a uno de un lado a otro. ¿Cuáles eran sus verdaderos sentimientos hacia el Hermano Mayor?

Desde el pasillo llegaba el pesado retumbar de las botas. La puerta de acero se abrió con estrépito. O'Brien entró en la celda. Detrás venían el oficial de la cara de cera y los guardias con uniforme negro.

—Levántate —dijo O'Brien—. Ven aquí.

Winston se puso de pie frente a él. O'Brien agarró a Winston de los hombros con sus fuertes manos y lo miró de cerca.

—Has estado pensando en engañarme —dijo—. Eso ha sido una estupidez. Ponte más derecho. Mírame a la cara.

Hizo una pausa y luego continuó, en un tono más amable:

—Estás mejorando. Intelectualmente, ya queda muy poco por corregir en ti. Es en el nivel emocional donde no has conseguido progresar. Dime, Winston... y recuerda, sin mentiras, ya sabes que siempre soy capaz de detectar una mentira... dime, ¿cuáles son tus verdaderos sentimientos hacia el Hermano Mayor?

—Lo odio.

—Lo odias. Bien. Entonces ha llegado el momento de que des el último paso. Debes amar al Hermano Mayor. No es suficiente con obedecerlo, debes amarlo.

Con un pequeño empujón envió a Winston hacia los guardias.

—Habitación 101 —dijo.



V

En cada etapa de su encarcelamiento había sabido aproximadamente, o creído saber, en qué lugar del edificio sin ventanas se encontraba. Posiblemente había ligeras diferencias en la presión de aire. Las celdas en las que los guardias lo habían golpeado estaban por debajo del nivel del suelo. La habitación en la que O'Brien lo había interrogado estaba en los pisos más altos, cerca de la cúspide. Este nuevo lugar estaba muchos metros bajo tierra, tan abajo como era posible ir.

Era más grande que la mayoría de las celdas en las que había estado. Pero apenas si tenía conciencia de lo que lo rodeaba. Lo único que percibía era que había dos mesas pequeñas justo enfrente de él. Una estaba tan solo a un metro o dos de distancia, la otra se encontraba algo más lejos, cerca de la puerta. Él estaba atado a una silla, bien erguido, con las correas tan apretadas que no podía mover nada, ni siquiera la cabeza. Una especie de almohadilla le atenazaba la cabeza por atrás, obligándolo a mirar hacia delante.

Por un momento estuvo solo; luego se abrió la puerta y entró O'Brien.

—Una vez me preguntaste —dijo O'Brien—, qué había en la habitación 101. Te dije que tú ya sabías la respuesta. Todo el mundo la sabe. Lo que hay en la habitación 101 es la peor cosa del mundo.

La puerta se abrió otra vez. Un guardia entró trayendo un objeto hecho de alambre, una especie de caja o canasto. Lo instaló sobre la mesa más alejada. Debido a la posición en la que se encontraba O'Brien, Winston no podía ver qué era.

—La peor cosa del mundo —dijo O'Brien— varía de un individuo a otro. Puede ser el enterramiento en vida, la muerte por incineración, por ahogamiento, por empalamiento u otros cincuenta tipos de muerte. En algunos casos se trata de algo de lo más trivial, algo que ni siquiera es mortal.

Se había desplazado un poco hacia un costado, para que Winston tuviese una visión más completa de aquella cosa encima de la mesa. Era una jaula de

alambre alargada, con un asa en la parte superior para transportarla. Fijado a la parte frontal había algo que se parecía a una careta de esgrima, con el lado cóncavo hacia fuera. Aunque se hallaba a unos tres o cuatro metros de él, podía ver que la jaula estaba dividida a lo largo en dos compartimentos, y que había alguna especie de criatura en cada uno de ellos. Eran ratas.

—En tu caso —dijo O'Brien—, resulta que lo peor del mundo son las ratas.

Una especie de temblor premonitorio, un miedo no sabía exactamente a qué, se había apoderado de Winston tan pronto como vio la jaula. En ese momento, el significado del accesorio en forma de máscara se le hizo patente. Se le encogieron las tripas.

—¡No puedes hacer eso! —gritó con voz aguda y quebrada—. ¡No puedes, no puedes! ¡Es imposible!

—¿Recuerdas —dijo O'Brien— el momento de pánico que solía sobrevenirte en sueños? Había una pared de negrura frente a ti y un sonido rugiente en tus oídos. Había algo terrible al otro lado del muro. Tú sabías que sabías lo que era, pero no te atrevías a sacarlo a la luz. Lo que había al otro lado del muro eran ratas.

—¡O'Brien! —dijo Winston, haciendo un esfuerzo por controlar su voz—. Sabes que esto no es necesario. ¿Qué es lo que quieres que haga?

O'Brien no respondió directamente. Cuando volvió a hablar, lo hizo con el tono de maestro de escuela que afectaba en ocasiones. Miró pensativo a la distancia, como si se dirigiese a una audiencia situada en algún lugar a espaldas de Winston.

—El dolor por sí mismo —dijo— no siempre es suficiente. Hay ocasiones en las que un ser humano es capaz de afrontar el dolor, incluso hasta la muerte. Pero para todos existe algo insoportable... algo cuya mera contemplación no son capaces de soportar. No tiene nada que ver con el coraje o la cobardía. Si estás cayendo desde una altura, no es cobardía aferrarte a una soga. Si acabas de emerger de aguas profundas, no es cobardía llenar tus pulmones de aire. Es simplemente un instinto que no puede ser destruido. Ocurre lo mismo con las ratas. Para ti, son insoportables. Son una forma de presión que no puedes aguantar, aunque te lo propusieras. Harás lo que se te diga.

—¿Pero qué es, qué es? ¿Cómo puedo hacerlo si no sé qué es?

O'Brien levantó la jaula y la trajo hasta la mesa más cercana. La apoyó cuidadosamente sobre el mantel de paño. Winston podía oír su propia sangre zumbándole en los oídos. Tenía la sensación de estar completamente solo. Se

hallaba en medio de una gran llanura desolada, un desierto plano inundado de sol, en el que todos los sonidos llegaban hasta él desde distancias inmensas. Y sin embargo la jaula con las ratas estaba a menos de dos metros de distancia. Eran unas ratas enormes. Tenían esa edad en la que el hocico se les vuelve romo y feroz y la piel es marrón en lugar de gris.

—La rata —dijo O'Brien, sin dejar de dirigirse a su audiencia invisible—, aunque es un roedor, es carnívora. Tú lo sabes bien. Habrás oído las cosas que pasan en los distritos pobres de esta ciudad. En algunas calles, una mujer no se atreve a dejar siquiera cinco minutos a su bebé solo en la casa. Si lo hace, las ratas sin duda lo atacarán. En muy poco tiempo lo roerán hasta los huesos. Las ratas atacan también a las personas enfermas o moribundas. Demuestran una asombrosa inteligencia para reconocer cuándo una persona está indefensa.

Desde la caja brotó una explosión de chillidos. Aquel sonido parecía llegar hasta Winston desde muy lejos. Las ratas se estaban peleando; trataban de alcanzarse la una a la otra a través del tabique que las separaba. También oía un profundo gemido de desesperación que parecía llegarle igualmente desde fuera de él mismo.

O'Brien levantó la jaula y, al hacerlo, pulsó algo en ella. Hubo un chasquido seco. Winston hizo un esfuerzo frenético por soltarse de la silla. Era inútil, cada parte de su cuerpo, incluso su cabeza, estaba firmemente sujeta. O'Brien acercó la jaula un poco más. Winston la tenía a menos de un metro de su cara.

—He pulsado la primera palanca —dijo O'Brien—. Seguramente comprendes cómo está construida esta jaula. La máscara se ajusta perfectamente a tu rostro, sin dejar ninguna salida. Cuando yo pulse esta otra palanca, la compuerta de la jaula se deslizará hacia arriba. Estas bestias hambrientas saldrán disparadas como balas. ¿Alguna vez has visto a una rata saltar por el aire? Te saltarán a la cara y se pondrán a horadar directamente en ella. A veces atacan primero los ojos. A veces escarban a través de las mejillas y devoran la lengua.

La jaula estaba más cerca; se aproximaba. Winston oyó una sucesión de chillidos estridentes que parecían provenir del aire sobre su cabeza.

Luchó furiosamente contra el pánico. Pensar, pensar, incluso si le quedaba una fracción de segundo... pensar era la única esperanza. De repente el fétido olor rancio de aquellos animales golpeó sus fosas nasales. Una violenta arcada lo sacudió desde dentro y estuvo a punto de perder el conocimiento. Todo se había puesto negro. Durante un instante se volvió loco, se volvió un

animal que aullaba. Y sin embargo salió de aquella negrura aferrándose a una idea. Había una y solo una manera de salvarse. Debía interponer a otro ser humano, el *cuerpo* de otro ser humano, entre las ratas y él mismo.

El círculo de la máscara ya estaba lo bastante cerca como para borrar la visión de todo lo demás. La compuerta de alambre estaba ya a unos pocos centímetros de su cara. Las ratas sabían lo que iba a ocurrir. Una de ellas saltaba arriba y abajo; la otra, un viejo abuelo escamoso de las cloacas, estaba de pie, con sus manitas rosadas contra los barrotes, olfateando fieramente el aire. Winston podía ver los bigotes y los dientes amarillos. De nuevo el pánico negro se apoderó de él. Estaba ciego, indefenso, con la mente vacía.

—Era un castigo común en la China Imperial —dijo O'Brien, siempre didáctico.

La máscara se estaba acercando a su rostro. El alambre le rozaba la mejilla. Y entonces... no, no fue ningún alivio, tan solo esperanza, un diminuto fragmento de esperanza. Demasiado tarde, tal vez demasiado tarde. Pero de repente había comprendido que solo había *una* persona en todo el mundo a quien podía transferir su castigo... *un* cuerpo que podía interponer entre las ratas y él. Y de pronto estaba gritando, frenético, una y otra vez:

—¡Hacédsele a Julia! ¡Hacédsele a Julia! ¡No a mí! ¡A Julia! No me importa lo que le hagáis. Arrancadle la cara, despellejadla hasta los huesos. ¡A mí no! ¡A Julia! ¡No a mí!

Estaba cayendo hacia atrás, hundiéndose en profundidades insondables, lejos de las ratas. Seguía atado a la silla, pero había caído atravesando el suelo, atravesando las paredes del edificio, la tierra, los océanos, la atmósfera, hacia el espacio exterior, hasta internarse en abismos interestelares... siempre más lejos, más y más lejos de las ratas. Estaba a años luz de distancia, pero O'Brien continuaba de pie a su lado. Seguía sintiendo el frío contacto de los alambres de la jaula contra sus mejillas. Sin embargo, a través de la oscuridad que lo envolvía, pudo oír otro chasquido metálico y supo que la compuerta de la jaula se había cerrado, no abierto.



VI

El Viejo Castaño estaba casi vacío. Un rayo de sol atravesaba oblicuamente una ventana y caía, amarillo, sobre las mesas polvorientas. Eran las quince, hora solitaria. Música metálica brotaba de las telepantallas.

Winston estaba sentado en su rincón habitual, contemplando un vaso vacío. De vez en cuando echaba una mirada hacia un rostro ancho que lo escrutaba desde la pared opuesta. «EL HERMANO MAYOR TE VIGILA», rezaba la leyenda al pie. Sin que él se lo pidiera, vino un camarero y le llenó el vaso de ginebra Victoria, dejando caer unas gotas de otra botella con una espita en el corcho. Era sacarina aromatizada con clavos de olor, una especialidad de la casa.

Winston estaba escuchando la telepantalla. En aquel instante solo brotaba música, pero era posible que en cualquier momento hubiera un boletín especial del Ministerio de la Paz. Las noticias del frente africano eran en extremo inquietantes. Llevaba todo el día preocupado por eso, unas veces más y otras veces menos. Un ejército eurasiático (Oceanía estaba en guerra con Eurasia; Oceanía siempre había estado en guerra con Eurasia) avanzaba hacia el sur con aterradora velocidad. El boletín del mediodía no había mencionado un área definida, pero era probable que la desembocadura del Congo ya fuese un campo de batalla. Brazzaville y Leopoldville corrían peligro. No hacía falta fijarse en un mapa para ver lo que aquello significaba. No se trataba solo de perder África Central; por primera vez en toda la guerra, el territorio de Oceanía estaba amenazado.

Una emoción violenta, no exactamente miedo, sino una especie de exaltación indiferenciada, brotaba en su interior y luego volvía a desaparecer. Dejó de pensar en la guerra. Últimamente no lograba fijar su mente en ningún asunto durante más de unos instantes. Tomó su vaso y lo vació de un trago. Como siempre, le provocó un estremecimiento e incluso una leve arcada. Era horrible. Los clavos de olor y la sacarina, ya bastante repugnantes a su modo

empalagoso, no conseguían disimular el olor grasiento e insulso; y lo peor de todo era que el olor de la ginebra, que lo habitaba noche y día, estaba inextricablemente mezclado en su mente con el olor de aquellas...

Jamás las nombraba, ni siquiera en sus pensamientos, y, hasta donde le era posible, nunca las visualizaba. Eran algo de lo que era consciente a medias, algo que merodeaba cerca de su cara, un olor que se le adhería a las fosas nasales. Cuando la ginebra ascendió en su interior, eructó a través de los labios amoratados. Desde que lo soltaron, había engordado y había recuperado su antiguo color; más que recuperarlo, en realidad. Sus facciones se habían vuelto gruesas, tenía la piel de la nariz y los pómulos de un rojo áspero, incluso su cráneo calvo era de un rosa demasiado oscuro. De nuevo sin que él lo pidiera, un camarero le trajo el tablero de ajedrez y la edición del *Times* de aquel día, con la página doblada por el problema de ajedrez. Luego, al ver que el vaso de Winston estaba vacío, trajo la botella de ginebra y se lo volvió a llenar. No había necesidad de pedir nada. Ya conocían sus hábitos. El tablero de ajedrez estaba siempre esperándolo, su mesa del rincón, siempre reservada; incluso cuando el lugar estaba lleno, disponía de esa mesa para él, ya que nadie tenía ganas de ser visto en su cercanía. Ni siquiera se molestaba en contar los vasos que tomaba. A intervalos regulares, le mostraban un papelito mugriento que, según decían, era la cuenta, pero a él le parecía que le cobraban de menos. Si hubiera sido al revés, tampoco le habría importado. Ahora tenía siempre mucho dinero. Hasta tenía un trabajo, una sinecura, mejor pagado que su antigua tarea.

En la telepantalla la música se interrumpió y fue sustituida por una voz. Winston alzó la cabeza para escuchar. No era un boletín del frente. Tan solo un breve anuncio del Ministerio de la Abundancia. Al parecer, la producción de cordones de zapatos había superado la previsión del Décimo Plan Trienal para el último trimestre en un noventa y ocho por ciento.

Examinó el problema de ajedrez y colocó las piezas. Era un final complicado, que tenía que ver con un par de caballos. «Blancas juegan y dan mate en dos movimientos». Winston levantó la vista hacia el retrato del Hermano Mayor. Las blancas siempre dan mate, pensó con una suerte de nebuloso misticismo. Siempre, sin excepción, así es como está dispuesto. En ningún problema de ajedrez, desde el principio del mundo, han ganado las negras. ¿No simbolizaba eso el eterno e invariable triunfo del Bien sobre el Mal? El enorme rostro, lleno de sereno poder, le devolvió la mirada. Las blancas siempre dan mate.

La voz en la telepantalla hizo una pausa y añadió, en un tono diferente y mucho más grave:

—Se les advierte que permanezcan atentos a un importante anuncio a las quince treinta. ¡A las quince treinta! Se trata de una noticia de la mayor importancia. Asegúrense de no perdérsela. ¡A las quince treinta!

La música tintineante irrumpió una vez más.

El corazón de Winston se estremeció. Era el boletín del frente; el instinto le decía que venían malas noticias. Todo el día, con pequeños arranques de excitación, la idea de una aplastante derrota en África le había estado rondando la cabeza de forma intermitente. Le parecía estar viendo realmente cómo el ejército eurasiano penetraba a través de la nunca violada frontera y asolaba hasta el último confín de África como una columna de hormigas. ¿Por qué no había sido posible flanquearlos de algún modo? El contorno de la costa occidental de África resaltaba vívido en su mente. Levantó el caballo blanco y lo movió sobre el tablero. *Esa* era la casilla correcta. A pesar de que veía la horda negra apresurándose en dirección al sur, ya vislumbraba otra fuerza, misteriosamente reunida, que se plantaba repentinamente en su retaguardia, cortándole toda vía de comunicación por tierra y por mar. Sintió que, a través del poder de su voluntad, estaba dando existencia a aquella otra fuerza. Pero era necesario actuar con rapidez. Si conseguían tomar el control de la totalidad de África, si instalaban campos aéreos y bases para submarinos en el cabo de Buena Esperanza, partirían Oceanía en dos. Eso podría significar cualquier cosa: derrota, división, un nuevo reparto del mundo, ¡la destrucción del Partido! Respiró profundamente. Una mezcla extraordinaria de sentimientos luchaba dentro de él... pero no era exactamente una mezcla, eran más bien sucesivas capas de sentimientos de las cuales no era posible decir cuál era la más interna.

El espasmo pasó. Volvió a poner el caballo blanco en su lugar, pero por el momento no podía concentrarse con calma en el estudio serio del problema de ajedrez. Una vez más, sus pensamientos divagaban. Casi inconscientemente, trazó con un dedo en el polvo sobre la mesa:

$$2 + 2 = 5$$

«No pueden meterse dentro de ti», había dicho ella. Pero podían, podían meterse. «Lo que aquí te está ocurriendo es *para siempre*», había dicho O'Brien. Eso sí era verdad. Había cosas, los propios actos, de las que uno no

podía recuperarse. Dentro de su pecho algo estaba muerto, quemado hasta consumirse, cauterizado.

Se habían visto; incluso habían hablado. No había ningún peligro en eso. Él sabía, como por instinto, que al Partido lo que hiciera ya casi no le interesaba en absoluto. Podrían haber quedado una segunda vez si alguno de los dos hubiera querido. Se habían encontrado por casualidad. Fue en el parque, un frío y desapacible día de marzo; la tierra estaba dura como el acero, toda la hierba parecía muerta y no había una sola flor por ninguna parte excepto unos azafranes silvestres que habían logrado erguirse para ser desmembrados por el viento. Winston iba con prisa, con las manos congeladas y lágrimas de frío en los ojos, cuando la vio a menos de diez metros de él. Enseguida se dio cuenta de que había cambiado de una manera difícil de definir. Estuvieron a punto de pasar uno junto al otro sin hacerse siquiera un gesto; después Winston se dio la vuelta y la siguió sin mucho entusiasmo. Sabía que no había ningún peligro, nadie se interesaba por ellos. Ella no dijo nada. Caminaba cruzando la hierba en diagonal, como si tratara de desembarazarse de él, después pareció resignarse a tenerlo a su lado. Momentos más tarde, se hallaban en medio de unas matas de arbustos deshojados y astrosos, tan inútiles para ocultarse como para protegerse del viento. Se detuvieron. Hacía un frío cruel. El viento silbaba entre las ramas y agitaba los escasos azafranes de aspecto mugriento. Él le rodeó la cintura con el brazo.

No había ninguna telepantalla, pero debía de haber micrófonos ocultos; además, alguien podía verlos. Eso no importaba, nada importaba. Habrían podido echarse en el suelo y hacer *hacerlo* si hubieran querido. De solo pensar en eso la carne se le heló de horror. Ella no respondió de ninguna forma al contacto de su brazo; ni siquiera trató de soltarse. Su rostro estaba más cetrino y una larga cicatriz, en parte oculta por el pelo, le surcaba la frente y la sien, pero ese no era el cambio. Era que su cintura se había vuelto más ancha y, sorprendentemente, también más rígida. Winston se acordó de una vez, después de la explosión de un cohete bomba, en que había ayudado a sacar un cadáver de entre los escombros y se había quedado perplejo no solamente por el peso increíble de aquello, sino por su rigidez y por lo difícil que era manipularlo, lo cual lo acercaba más a la piedra que a la carne. Esa era la sensación que el cuerpo de ella le provocó. Pensó que la textura de su piel debía de ser muy diferente a la de antes.

Winston no intentó besarla y no se dijeron nada. Cuando cruzaban la hierba para volver, ella lo miró directamente por primera vez. Fue solo una

mirada fugaz, llena de desprecio y aversión. Él se preguntó si aquel desprecio provenía puramente del pasado o si también lo inspirarían su cara abotargada y las lágrimas que el viento le hacía brotar de los ojos. Se sentaron en dos sillas de hierro, uno al lado del otro pero no muy cerca. Winston vio que Julia iba a decir algo. Ella movió torpemente el zapato unos centímetros y aplastó una ramita con deliberación. Sus pies parecían haberse vuelto más anchos, notó Winston.

—Te traicioné —dijo ella sin rodeos.

—Y yo te traicioné a ti —dijo él.

Ella le echó otra breve mirada de aversión.

—A veces —dijo—, te amenazan con algo... algo que no puedes soportar, algo en lo que ni siquiera puedes pensar. Y entonces dices: «No me hagan eso, háganselo a otro, háganselo a este o a aquel». Y luego tal vez una puede fingir que solo fue un truco, que solo lo dijo para lograr que se detuvieran, que no lo dijo en serio. Pero no es verdad. En el momento en que ocurre, lo dices totalmente en serio. Piensas que no hay ninguna otra manera de salvarte y estás dispuesta a salvarte de esa manera. *Quieres* que eso le pase a la otra persona. Te importa un comino lo que esa persona pueda sufrir. No piensas más que en tu propia persona.

—No piensas más que en tu propia persona —repitió Winston.

—Y después ya no sientes lo mismo hacia el otro.

—No —dijo él—, no sientes lo mismo.

No parecía haber nada más que decir.

El viento azotaba los finos monos contra sus cuerpos. Casi enseguida se volvió embarazoso estar ahí sentados sin decir nada; además, hacía demasiado frío para quedarse quietos. Ella dijo algo sobre tomar el metro y se levantó para irse.

—Tenemos que volver a vernos —dijo él.

—Sí —dijo ella—, tenemos que volver a vernos.

Él la siguió una corta distancia, indeciso, medio paso por detrás. No volvieron a hablar. Ella no trató de librarse de él, pero caminaba a la velocidad justa para evitar que él se pusiese a su altura. Había decidido acompañarla hasta la estación de metro, pero de pronto el proceso de caminar tras ella con aquel frío le pareció algo insufrible y sin sentido. Lo embargó un deseo no tanto de alejarse de Julia como de regresar al Café del Viejo Castaño, que jamás le había parecido tan atractivo como en aquel momento. Tuvo una visión nostálgica de su mesa en el rincón, con el periódico, el tablero de ajedrez y la ginebra fluyendo sin límite. Por encima de todo, allí

haría calor. Un momento después, no del todo por accidente, dejó que un pequeño cúmulo de gente lo separase de ella. Hizo un tímido intento de alcanzarla, luego aminoró la marcha, se dio la vuelta y se marchó deprisa en la dirección contraria. Había caminado unos cincuenta metros cuando se volvió a mirar. La calle no estaba muy poblada, pero ya no podía distinguirla. Cualquiera entre una docena de siluetas presurosas podría haber sido la suya. Acaso su cuerpo, ahora más grueso y más rígido, ya no era reconocible desde atrás.

«En el momento en que ocurre», había dicho ella, «lo dices totalmente en serio». Él lo había dicho en serio. No lo había dicho tan solo por decir, realmente lo había deseado. Había deseado que fuese a ella, y no a él, a quien le soltasen las...

Algo cambió en la música que surgía de la telepantalla. Una nota cascada y burlona, una nota amarilla, surgió de ella. Y luego —quizás aquello no estaba ocurriendo, quizás era solo un recuerdo que adoptaba la apariencia de un sonido— una voz cantó:

*Bajo este viejo castaño en flor,
tú me vendiste, yo te vendí...*

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Un camarero que pasaba notó que su vaso estaba vacío y regresó con la botella de ginebra.

Winston tomó su vaso y lo olfateó. Aquella sustancia, lejos de mejorar, se tornaba más horrible a cada trago que bebía. Sin embargo, se había convertido en el elemento en el que nadaba. Era su vida, su muerte y su resurrección. Era la ginebra lo que lo hundía todas y cada una de sus noches en el estupor y lo que lo revivía cada mañana. Cuando se despertaba, rara vez antes de las once, con los párpados pegados, la boca ardiente y la sensación de que se había roto la espalda, le habría sido imposible siquiera incorporarse de no ser por la botella y la taza que ponía cada noche junto a la cama. Se quedaba hasta pasado el mediodía sentado con la mirada vidriosa, la botella al alcance de la mano, escuchando la telepantalla. Desde las quince hasta la hora del cierre, era parte del mobiliario del Viejo Castaño. A nadie le importaba ya lo que él hiciera, ningún silbido lo despertaba, ninguna telepantalla lo amonestaba. Ocasionalmente, tal vez un par de veces por semana, acudía a una oficina polvorienta y de aspecto abandonado en el Ministerio de la Verdad y trabajaba un poco, o hacía algo a lo que llamaban trabajar. Había sido designado en el subcomité de un subcomité que era la escisión de uno de

los innumerables comités que se ocupaban de las dificultades menores surgidas durante la compilación de la undécima edición del Diccionario de Parlanueva. Se hallaban embarcados en elaborar algo llamado Informe Provisional, aunque él nunca había sabido de qué debían informar. Tenía algo que ver con la cuestión de si las comas debían colocarse dentro o fuera del paréntesis. Había otros cuatro miembros en el comité, todos ellos personas como él. Algunos días se reunían y enseguida se volvían a despedir, tras confesarse unos a otros con franqueza que en realidad no tenían nada que hacer. Pero había otros días en que se ponían manos a la obra casi con entusiasmo, haciendo un gran despliegue de actas labradas y de memorandos cuya redacción iniciaban pero nunca terminaban y, días en que la discusión acerca de qué discutían se volvía extraordinariamente enrevesada y abstrusa, con sutiles discrepancias sobre las definiciones, enormes digresiones y disputas... e incluso, en ocasiones, la amenaza de llevar el asunto a una autoridad superior. Y luego, de repente, la vida volvía a abandonarlos y se sentaban alrededor de la mesa mirándose con ojos apagados, como fantasmas que se desvanecen al llegar el alba.

La telepantalla quedó en silencio unos instantes. Winston volvió a alzar la cabeza. ¡El boletín! Pero no, simplemente estaban cambiando la música. Detrás de sus párpados se desplegaba el mapa de África. El movimiento de tropas era un diagrama: una flecha negra disparada verticalmente hacia el sur y una flecha blanca disparada horizontalmente hacia el este, cortando la cola de la primera. Como para darse seguridad, contempló el rostro imperturbable del retrato. ¿Era posible que la segunda flecha ni siquiera existiese?

Su interés volvió a flaquear. Bebió otro trago de ginebra, levantó el caballo blanco e hizo un movimiento tentativo. Jaque. Pero obviamente no era el movimiento correcto porque...

Un recuerdo entró flotando en su mente. Vio una habitación iluminada por una vela, una cama enorme con un cobertor blanco, y se vio a sí mismo, un niño de nueve o diez años, sentado en el suelo, agitando un cubilete y riendo muy excitado. Su madre estaba sentada frente a él y también reía.

Debió de ser un mes antes de que ella desapareciese. Era un momento de reconciliación, en el que el hambre constante estaba olvidada y su antiguo afecto por ella había revivido. Recordaba bien el día, un día de lluvia torrencial, de diluvio; el agua formaba cascadas en el cristal de la ventana y, en el interior, la luz era demasiado tenue como para leer. El aburrimiento de los dos niños en la habitación oscura y estrecha se volvió insoportable. Winston gimoteaba y lloriqueaba, reclamando comida inútilmente, daba

vueltas por la habitación sacando todas las cosas de su sitio y dando patadas a los paneles de madera que recubrían las paredes, hasta que los vecinos empezaron a golpear del otro lado, mientras su hermana menor berreaba de forma intermitente. Al final, su madre había dicho: «Sé bueno y te compraré un juguete. Un juguete precioso... te va a encantar», y entonces salió bajo la lluvia hasta un pequeño bazar que todavía abría de vez en cuando en el barrio, y regresó con una caja de cartón que contenía un juego de serpientes y escaleras. Aún podía recordar el olor del cartón mojado. Era un objeto miserable. El tablero estaba todo agrietado y los pequeños dados de madera estaban tan mal cortados que apenas se quedaban de pie sobre sus lados. Winston le echó una mirada malhumorada y sin interés. Pero entonces su madre encendió una vela y se sentaron en el suelo a jugar. Enseguida estaba de lo más entretenido, riéndose a gritos mientras las fichas ascendían con optimismo las escaleras y luego volvían a bajar culebreando serpiente abajo, retrocediendo casillas casi hasta el punto de salida. Jugaron ocho partidas y ganaron cuatro cada uno. La hermanita de Winston, demasiado pequeña para comprender de qué trataba el juego, se había recostado contra una almohada y se reía porque los otros se reían. Durante toda una tarde habían sido felices juntos, como en su primera infancia.

Arrancó aquella imagen de su mente. Era un falso recuerdo. Ocasionalmente lo perturbaban falsos recuerdos. No importaba, siempre que uno los reconociera como lo que eran. Algunas cosas habían sucedido, otras no habían sucedido. Volvió al tablero de ajedrez y alzó nuevamente el caballo blanco. Casi en ese mismo instante lo soltó ruidosamente sobre el tablero. Winston se había sobresaltado como si lo hubiesen pinchado con un alfiler.

Un estridente toque de trompeta había perforado el aire. ¡Era el boletín! ¡Victoria! Un toque de trompeta precediendo a las noticias siempre significaba victoria. Una especie de entusiasmo recorrió el café. Hasta los camareros se habían puesto alerta y escuchaban atentamente.

El toque de trompeta había desencadenado un enorme volumen de ruido. Una voz muy excitada parloteaba ya desde la telepantalla, pero fue ahogada casi desde el comienzo por el clamor de los vítores que venía de afuera. La noticia se había extendido por las calles como por arte de magia. A Winston le bastó oír apenas lo esencial de lo que brotaba de la telepantalla para entender que todo había sucedido tal como él había previsto: una vasta armada marítima reunida en secreto, un repentino ataque a la retaguardia enemiga, la flecha blanca atravesando la cola de la flecha negra. Fragmentos de frases triunfales se abrían paso en medio del barullo: «Vasta maniobra

estratégica... perfecta coordinación... retirada total... medio millón de prisioneros... desmoralización completa... control sobre la totalidad del África... que conduce la guerra a una distancia mensurable de su anhelado fin... victoria... la mayor victoria en la historia de la humanidad... ¡Victoria, victoria, victoria!».

Los pies de Winston hacían movimientos compulsivos bajo la mesa. No había abandonado su silla, pero en su mente iba corriendo, corriendo a toda velocidad, estaba fuera con la multitud, vitoreando hasta ensordecen. Alzó otra vez la vista hacia el Hermano Mayor. ¡El coloso que dominaba el mundo! ¡La roca contra la que se estrellaban en vano las hordas de Asia! Pensó en que diez minutos antes —sí, tan solo diez minutos— el error todavía anidaba en su corazón, cuando se preguntaba si las noticias del frente serían de victoria o de derrota. ¡Ah, era más que un ejército eurasiático lo que había perecido! Muchas cosas habían cambiado en él desde aquel primer día en el Ministerio del Amor, pero el cambio, la cura definitiva e indispensable, no había ocurrido hasta aquel momento.

De la telepantalla seguía manando el relato sobre los prisioneros, sobre el botín, sobre la gran matanza, pero el griterío afuera ya se había apagado un poco. Los camareros retornaban a su trabajo. Uno de ellos se acercó con la botella de ginebra. Winston, sumido en un sueño beatífico, no prestó atención mientras le llenaba el vaso. Ya no corría ni vitoreaba. Se encontraba otra vez en el Ministerio del Amor y todo estaba olvidado, su alma era blanca como la nieve. Estaba en el banquillo del acusado, confesándolo todo, implicando a todo el mundo. Caminaba por el pasillo de azulejos blancos con la sensación de caminar bajo el sol y con un guardia armado a sus espaldas. La bala tan largamente añorada estaba penetrando en su cerebro.

Contempló el enorme rostro. Había tardado cuarenta años en descubrir qué clase de sonrisa se escondía detrás del bigote negro. ¡Oh, malentendido cruel e innecesario! ¡Oh, terco exilio autoimpuesto lejos del amoroso pecho! Dos lágrimas con aroma a ginebra rodaron a ambos lados de su nariz. Pero todo estaba bien, cada cosa estaba en su lugar, la lucha había terminado. Había alcanzado la victoria sobre sí mismo. Amaba al Hermano Mayor.



APÉNDICE

LOS PRINCIPIOS DE LA PARLANUEVA

La parlanueva era la lengua oficial de Oceanía y fue concebida para satisfacer las necesidades del Socing, o Socialismo Inglés. En el año 1984, nadie utilizaba aún la parlanueva como único medio de comunicación, ni en el lenguaje oral ni en el escrito. En esa lengua se escribían los editoriales del *Times*, pero se trataba de un *tour de force* que tan solo un especialista podía realizar. Se esperaba que la parlanueva terminaría por imponerse a la parlantigua (o inglés estándar, como deberíamos llamarlo) hacia el año 2050. Mientras tanto, iba ganando terreno a buen ritmo, ya que todos los miembros del Partido tendían a utilizar cada vez más palabras y construcciones gramaticales en parlanueva para el habla cotidiana. La versión en uso en 1984, comprendida en las ediciones novena y décima del Diccionario de Parlanueva, era provisional y contenía muchas palabras superfluas y fórmulas arcaicas que debían suprimirse más tarde. Aquí nos ocuparemos de la versión perfeccionada y definitiva tal como quedó plasmada en la undécima edición del diccionario.

El propósito de la parlanueva no era solo proporcionar un medio de expresión a la visión del mundo y a los hábitos mentales propios de los devotos del Socing, sino también volver imposible cualquier otra manera de pensar. Se aspiraba a que, para cuando finalmente se adoptase la parlanueva y se olvidase la parlantigua, cualquier pensamiento herético —es decir, cualquier pensamiento divergente de los principios del Socing— resultaría literalmente impensable, al menos en la medida en que el pensamiento mantiene una relación de dependencia con las palabras. Su vocabulario estaba ensamblado con el fin de ofrecer una expresión exacta y a menudo sutil para cada significado que un miembro del Partido pudiese desear expresar adecuadamente, al tiempo que excluía cualquier otro significado y la posibilidad de llegar a este por métodos indirectos. Esto se conseguía en parte

mediante la invención de nuevas palabras, pero principalmente eliminando palabras indeseables y despojando las palabras que quedaran de sentidos no ortodoxos y, en la medida de lo posible, de cualquier significación secundaria. Por ilustrar esto con un ejemplo sencillo, la palabra *libre* todavía existía en parlanueva, pero únicamente se podía usar en proposiciones como «Este perro está libre de pulgas» o «Este prado está libre de maleza». No se podía emplear en su antiguo sentido de «políticamente libre» o «intelectualmente libre», puesto que la libertad política y la libertad intelectual ya no existían como conceptos y, por lo tanto, carecían de denominación. Aparte de la supresión de palabras definitivamente heréticas, la reducción del vocabulario se consideraba un fin en sí mismo, y ninguna palabra de la que pudiese prescindirse tenía derecho a sobrevivir. La parlanueva no se diseñó para extender sino para *disminuir* el campo del pensamiento, y este propósito se reforzaba de forma indirecta al reducir al mínimo la selección de palabras.

La parlanueva se fundaba en la lengua inglesa tal como la conocemos hoy, aunque muchas oraciones en parlanueva, incluso cuando no contenían palabras especialmente creadas, habrían sido apenas inteligibles para un angloparlante de nuestros días. Las palabras de parlanueva se dividían en tres clases diferenciadas, llamadas vocabulario A, vocabulario B (o palabras compuestas) y vocabulario C. Será más simple discutir cada clase por separado, pero las particularidades gramaticales de la lengua se abordarán únicamente en la sección dedicada al vocabulario A, puesto que las reglas son las mismas para las tres categorías.

El vocabulario A. El vocabulario A consistía en las palabras necesarias para los asuntos de la vida cotidiana: como por ejemplo comer, beber, trabajar, ponerse la ropa, subir y bajar escaleras, conducir vehículos, cuidar el jardín, cocinar y cosas por el estilo. Estaba casi enteramente compuesto por palabras que ya poseemos —como *golpear*, *correr*, *perro*, *árbol*, *casa*, *campo* —, pero, en comparación con el vocabulario inglés de nuestros días, su número era extremadamente pequeño y sus significados estaban definidos con mucha mayor rigidez. Se las había purgado de todas las ambigüedades y matices de sentido. Hasta donde era posible, una palabra de esta clase era simplemente un sonido aislado que expresaba *un* concepto de clara comprensión. Habría sido del todo imposible utilizar el vocabulario A con propósitos literarios o para una discusión política o filosófica. Estaba dirigido únicamente a expresar pensamientos simples e intencionados que, por lo general, tenían que ver con objetos concretos o acciones físicas.

La gramática de la parlanueva tenía dos peculiaridades sobresalientes. La primera es que las diferentes categorías gramaticales eran casi perfectamente intercambiables. Cualquier palabra (en principio, esto se aplicaba incluso a palabras muy abstractas como *si* o *cuando*) podía usarse como verbo, sustantivo, adjetivo o adverbio. Entre la forma verbal y la sustantiva, cuando tenían la misma raíz, no había la menor variación. Esta regla suponía, por sí sola, la destrucción de numerosas formas arcaicas. La palabra *pensamiento*, por ejemplo, no existía en parlanueva. Su lugar había sido ocupado por *idear*, que hacía el papel tanto de sustantivo como de verbo. En esto no se seguía ningún principio etimológico: en algunos casos se mantenía el sustantivo original y en otros casos el verbo. Aun cuando un sustantivo y un verbo de significados similares no tuviesen conexión etimológica alguna, a menudo se suprimía uno de los dos. No existía, por ejemplo, la palabra *cortar*, puesto que su significado se hallaba cubierto de manera suficiente por el sustantivo-verbo *knife* [«cuchillo/acuchillar»]. Los adjetivos se formaban añadiendo el sufijo *-ante* al sustantivo-verbo, y los adverbios, añadiendo *-mente*. Así, por ejemplo, *prisante* significaba «apresurado» y *prisamente* significaba «pronto». Se conservaron algunos adjetivos que existen en nuestra época, como *bueno*, *fuerte*, *grande*, *negro* o *suave*, pero su número total era muy reducido. Apenas se necesitaban, pues se podía expresar casi cualquier significado adjetival mediante la adición del sufijo *-ante* a un sustantivo-verbo. No se mantuvo ninguno de los adverbios que existen hoy en día, excepto unos pocos que ya terminaban en *-mente*; esa terminación era invariable. La palabra *bien*, por ejemplo, fue reemplazada por *buenamente*.

Por otra parte, cualquier palabra —una vez más, esto se aplicaba en principio a todas las palabras de parlanueva— podía convertirse en su opuesto añadiendo el prefijo *in-* o *im-*, o bien podía reforzarse mediante el prefijo *plus-* o, para mayor énfasis aún, *dobleplus-*. Así, por ejemplo, *infrío* significaba «cálido», y *plusfrío* y *dobleplusfrío* significaban, respectivamente, «muy frío» y «extremadamente frío». También era posible, al igual que en inglés actual, modificar los significados de casi cualquier palabra mediante prefijos preposicionales como *ante-* o *post-*, o bien con prefijos como *bajo-* o *alto-*, etc. Estos métodos permitieron llevar a cabo una enorme reducción del vocabulario. Dada la palabra *bueno*, por ejemplo, no había necesidad de una palabra como *malo*, puesto que el significado requerido se expresaba igual de bien —o en realidad mejor— por medio de *imbueno*. Lo único que se necesitaba, en los casos en que dos palabras formaran un par natural de

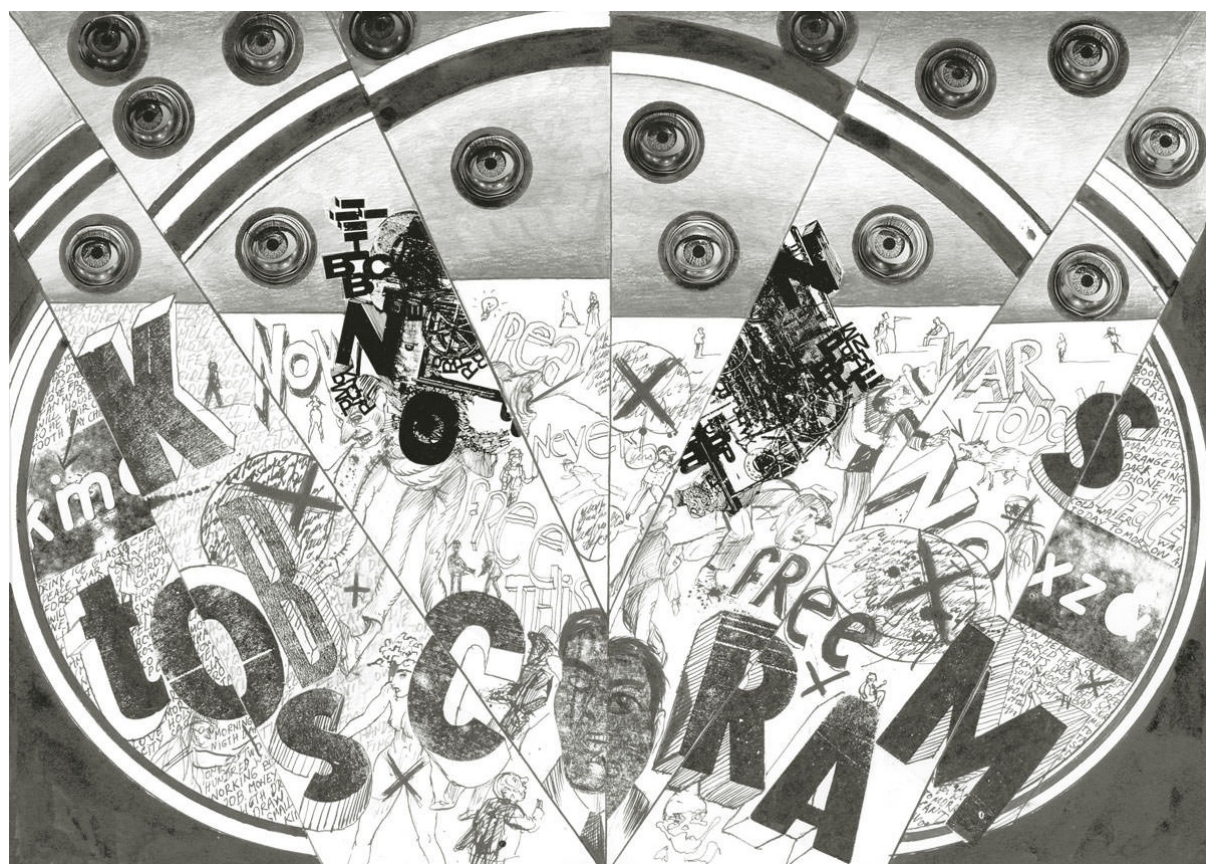
opuestos, era decidir cuál de ellas se suprimía. *Oscuridad*, por ejemplo, podía reemplazarse por *inluz*, o *luz* por *inoscuridad*, según se prefiriera.

El segundo rasgo gramatical distintivo de la parlanueva era su regularidad. Exceptuando los pocos casos que se mencionan más abajo, todas las inflexiones se regían por las mismas reglas. Así, en todos los verbos, el pretérito y el participio eran iguales y terminaban en *-ado*. El pretérito de *ir* era *irado*, el pretérito de *dar*, *darado*, y así sucesivamente hasta abarcar toda la lengua, pues formas tales como *nadó*, *dio*, *trajo*, *habló*, *tomó* habían sido abolidas. Todos los plurales se construían mediante la adición de *-s* o *-es*, según los casos. Los plurales de *man* [hombre], *ox* [buey] y *life* [vida] eran *mans*, *oxes*, *lifes*, en lugar de *men*, *oxen*, *lives*. Los adjetivos comparativos se construían invariablemente mediante la adición de *-er*, *-est* (*good*, *gooder*, *goodest* [bueno, más bueno, el mejor]), y todas las formas irregulares, al igual que todas las fórmulas generadas a partir de *more* [más] y *most* [el más], habían sido suprimidas.

Las únicas clases de palabras a las que se permitía alguna inflexión irregular eran los pronombres personales, los pronombres relativos, los adjetivos demostrativos y los verbos auxiliares. Todos ellos mantenían su antiguo uso, salvo *whom* [a quien], que se había desechado por innecesario, y se omitían verbos auxiliares como *shall* o *should*, puesto que todos sus usos quedaban cubiertos por *will* y *would*. Había también algunas irregularidades en la formación de palabras, que surgían de la necesidad de agilizar y simplificar el habla. Cualquier palabra que fuese difícil de pronunciar o susceptible de ser malinterpretada se consideraba *ipso facto* incorrecta; de manera ocasional, por tanto, y en aras de la eufonía, se insertaban letras adicionales en una palabra o se conservaba una configuración arcaica. Pero esta necesidad se dejaba sentir principalmente en conexión con el vocabulario B. El *porqué* de que se asignara una importancia tan grande a la facilidad de pronunciación es algo que dilucidaremos más adelante en este ensayo.

El vocabulario B. El vocabulario B consistía en palabras ensambladas con fines políticos, es decir, palabras que no solamente tenían, en todos los casos, una implicación política, sino que estaban concebidas para imponer la actitud mental deseable en la persona que las usaba. Era difícil usar estas palabras sin una plena comprensión de los principios del Socing. En algunos casos, podían traducirse a parlantigua, o incluso sustituirse por palabras tomadas del vocabulario A, pero esto normalmente requería largas paráfrasis y siempre implicaba la pérdida de algún matiz. Las palabras B eran una especie de

En todos los casos, las palabras B eran palabras compuestas^[3]. Consistían en dos o más palabras o porciones de palabras fusionadas en una forma fácil de pronunciar. La amalgama resultante era siempre un sustantivo-verbo que se declinaba según las reglas corrientes. Por mencionar solo un ejemplo: la palabra *buenidear*, que significaba, aproximadamente, «ortodoxia» o, si se prefiere considerarla como verbo, «pensar de manera ortodoxa», se declinaba de la siguiente manera: sustantivo-verbo, *buenidear*; pretérito y participio, *buenideado*; gerundio, *buenideando*; adjetivo, *buenideante*; adverbio, *buenidealmente*; sustantivo verbal, *buenideasta*.



Página 305

garantizar la eufonía, las fórmulas irregulares eran más comunes en el vocabulario B que en el vocabulario A.

Por ejemplo, las formas adjetivales *Miniver*, *Minipax* y *Minamor* eran, respectivamente, *Miniverante*, *Minipazante* y *Minamable*, porque era ligeramente incómodo decir *-veral*, *-paxal* y *-amoral*. En principio, sin embargo, las palabras B podían ser declinadas y todas se declinaban exactamente de la misma manera.

Algunas palabras B tenían significados muy sutiles, apenas inteligibles para alguien que no dominara la lengua por completo. Considérese, por ejemplo, una frase tan típica de la columna editorial del *Times* como «*Viejopensastas insentripan Socing*». La versión más corta que uno puede formular en parlantigua sería: «Aquellos cuyas ideas se formaron antes de la Revolución no pueden tener una plena comprensión emocional de los principios del Socialismo Inglés». Pero esta no es una traducción adecuada. Para empezar, a fin de captar el significado completo de la frase en parlanueva citada más arriba, uno tendría que tener una idea clara de lo que significa *Socing*. Además, solamente una persona perfectamente instruida en el *Socing* podía apreciar la fuerza total de la palabra *sentripar*, que implicaba una aceptación ciega y entusiasta hoy difícil de imaginar; o de la palabra *viejopensar*, que estaba inextricablemente imbricada con la noción de perversidad y decadencia. Pero la función especial de ciertas palabras en parlanueva, una de las cuales era *viejopensar*, era no tanto expresar significados como destruirlos. El significado de estas palabras, necesariamente escasas, se había extendido hasta contener series completas de palabras que, al hallarse cubiertas por un único término abarcador, podían ahora descartarse y olvidarse. La mayor dificultad a la que tenían que hacer frente los compiladores del Diccionario de Parlanueva no consistía en inventar palabras nuevas, sino en, una vez inventadas, asegurarse de lo que significaban, es decir, cerciorarse de qué listas de palabras cancelaban con su existencia.

Como ya hemos visto en el caso de la palabra *libre*, algunas palabras que antes habían acarreado un significado herético se retenían en ocasiones por razones de conveniencia, aunque purgadas de su significado indeseable. Incontables palabras, como *honor*, *justicia*, *moralidad*, *internacionalismo*, *democracia*, *ciencia* y *religión*, simplemente cesaron de existir. Habían sido abarcadas por unas pocas palabras comodín que, por el hecho mismo de abarcarlas, las abolían. Todas las palabras que giran en torno a los conceptos de libertad e igualdad, por ejemplo, estaban contenidas en una única palabra,

ideocrimen, mientras que todas las palabras que giran en torno a los conceptos de objetividad y racionalidad estaban contenidas en la palabra *viejopensar*. Una precisión mayor habría sido peligrosa. Lo que se requería de un miembro del Partido era un punto de vista similar al de un antiguo hebreo, que sabía que las naciones que no eran la suya adoraban a «falsos dioses», aunque ignorase de ellas todo lo demás. No necesitaba saber que esos dioses se llamaban Baal, Osiris, Moloch, Astaroth y demás; cuanto menos supiera sobre ellos, mejor para su ortodoxia. Conocía a Jehová y los mandamientos de Jehová; sabía, por lo tanto, que todos los dioses con otros nombres u otros atributos eran falsos dioses. De forma análoga, un miembro del Partido conocía aquello que constituía la conducta correcta y, en términos extremadamente vagos y generales, sabía qué clases de desviaciones eran posibles. Su vida sexual, por ejemplo, estaba íntegramente regulada por dos palabras en parlanueva, *sexcrimen* (inmoralidad sexual) y *sexbueno* (castidad). El *sexcrimen* abarcaba todas las infracciones sexuales, cualesquiera que fuesen. Incluía la fornicación, el adulterio, la homosexualidad y otras perversiones, y también las relaciones normales practicadas únicamente por placer. No había necesidad de enumerarlas por separado, puesto que todas eran igualmente culpables y, por principio, punibles con la muerte. En el vocabulario C, que consistía en palabras científicas y técnicas, podría ser necesario dar nombres especializados a ciertas aberraciones sexuales, pero el ciudadano ordinario no tenía ninguna necesidad de ellos. Sabía lo que significaba *sexbueno*, es decir, relaciones normales entre el hombre y la mujer con la única finalidad de engendrar hijos y sin placer físico por parte de la mujer; cualquier otra cosa era *sexcrimen*. Rara vez era posible, en parlanueva, llevar un pensamiento herético más allá de la percepción de que, efectivamente, era herético; las palabras que habrían sido necesarias pasado ese punto no existían.

Ninguna palabra del vocabulario B era ideológicamente neutra. Un gran número de ellas eran eufemismos. Por ejemplo, palabras como *gozocampo* (campo de trabajos forzados) o *Minipax* (Ministerio de la Paz, esto es, Ministerio de Guerra) significaban casi exactamente lo contrario de aquello que aparentaban significar. Algunas palabras, por otra parte, desplegaban una comprensión franca y desdeñosa de la verdadera naturaleza de la sociedad de Oceanía. Ejemplo de ello era *vulgordar*, referida al entretenimiento barato y las noticias espurias que el Partido proporcionaba a las masas. Otras palabras eran ambivalentes y tenían la connotación de «bueno» cuando se aplicaban al Partido y de «malo» cuando se aplicaban a sus enemigos. Pero, además, había

un gran número de palabras que a primera vista parecían meras abreviaturas y cuyo sesgo ideológico no se derivaba de su significado, sino de su estructura.

Hasta donde era posible, todo lo que tuviera o pudiera tener algún significado político de cualquier índole debía encajar en el vocabulario B. El nombre de cualquier organización, corporación colectiva, doctrina, país, institución o edificio público era invariablemente recortado para adoptar la forma familiar, es decir, una única palabra fácil de pronunciar, con el menor número de sílabas y que preservara la raíz original. En el Ministerio de la Verdad, por ejemplo, el Departamento de Registros, en el que trabajaba Winston Smith, se llamaba *Deprec*, el Departamento de Ficción se llamaba *Depfic*, el Departamento de Teleprogramas se llamaba *Deptel*, etcétera. Esto no se hacía únicamente con el propósito de ahorrar tiempo. Incluso en las primeras décadas del siglo xx, las palabras y frases construidas por contracción habían sido una de las características del lenguaje político, y se ha observado que la tendencia a utilizar abreviaturas de esta clase era más marcada en las organizaciones y países totalitarios. Ejemplo de ello eran palabras como *nazi*, *Gestapo*, *Comintern*, *Inprecor*, *Agitprop*. Al principio se adoptó esta práctica de manera instintiva, pero en parlanueva se utilizaba de forma intencionada. Se percibía claramente que, al abreviar de esta manera un sustantivo, se reducía y se alteraba sutilmente su significado, impidiendo la mayoría de las asociaciones que de otro modo habrían podido hacerse. Las palabras *Internacional Comunista*, por ejemplo, evocaban una especie de compuesto de fraternidad humana internacional, banderas rojas, barricadas, Karl Marx y la Comuna de París. La palabra *Comintern*, en cambio, tan solo sugiere una organización férreamente cohesionada y un cuerpo doctrinal muy definido. Se refiere a algo casi tan fácilmente reconocible, y tan limitado en sus propósitos, como una silla o una mesa. *Comintern* es una palabra que puede ser pronunciada casi sin pararse a pensar, mientras que con *Internacional Comunista* uno está obligado a detenerse, aunque sea un momento. Del mismo modo, las asociaciones que evocaba una palabra como *Miniver* eran menos numerosas y más controlables que las evocadas por *Ministerio de la Verdad*. Esto explica no solamente el hábito de abreviar siempre que fuera posible, sino también la exagerada atención concedida a que cada palabra fuese fácilmente pronunciable.

En parlanueva, la eufonía tenía más peso que cualquier otra consideración a excepción de la exactitud del significado. La regularidad gramatical se sacrificaba en aras de la eufonía siempre que era necesario. Y con razón, pues lo que se requería, sobre todo para fines políticos, eran palabras abreviadas de

significado inequívoco, que pudieran pronunciarse rápidamente y que suscitaran la menor cantidad de asociaciones en la mente del hablante. Las palabras del vocabulario B adquirirían más fuerza aún por el hecho de parecerse bastante entre sí. Casi invariablemente, estas palabras —*buenidear*, *Minipax*, *vulgordar*, *sexcrimen*, *gozocampo*, *Socing*, *sentripar*, *ideopol* y muchísimas más— eran palabras de pocas sílabas, con los acentos tónicos parejamente distribuidos entre la penúltima sílaba y la última. Como estilo de habla, su uso alentaba una suerte de parloteo a la vez monótono y *staccato*. Y esto era precisamente a lo que se aspiraba. La intención era que el discurso, y en especial el discurso sobre cualquier asunto que no fuese ideológicamente neutro, se volviera independiente de la consciencia en la medida de lo posible. Para los propósitos de la vida diaria, era sin duda necesario, al menos en ocasiones, reflexionar antes de hablar, pero un miembro del Partido llamado a emitir un juicio político o ético debía ser capaz de lanzar opiniones correctas tan automáticamente como una ametralladora escupe balas. Su entrenamiento lo habilitaba para hacerlo, la lengua le proporcionaba un instrumento casi infalible, y la textura de las palabras, con su sonido áspero y una cierta fealdad deliberada en consonancia con el espíritu del Socing, colaboraba en el proceso.

Otro tanto ocurría con el hecho de disponer de muy pocas palabras entre las cuales elegir. Comparado con el nuestro, el vocabulario de la parlanueva era minúsculo, y todo el tiempo se ideaban nuevas maneras de reducirlo. De hecho, la parlanueva difería de casi todas las otras lenguas en que su vocabulario disminuía año tras año en lugar de aumentar. Cada reducción era un progreso, dado que, cuanto más pequeña era el área de elección, más pequeña era también la tentación de reflexionar. A la larga, se aspiraba a que el lenguaje articulado surgiera de la laringe sin la más mínima intervención de los centros cerebrales superiores. Este propósito era francamente admitido a través de la palabra en parlanueva *cuacuablar*, que significaba «graznar como un pato». Como otras palabras del vocabulario B, el significado de *cuacuablar* era ambivalente. Siempre que las opiniones graznadas fuesen ortodoxas, implicaba un elogio, y cuando el *Times* se refería a uno de los oradores del partido como un dobleplusbueno *cuacuablante*, le estaba dedicando un caluroso y laudatorio cumplido.

El vocabulario C. El vocabulario C complementaba a los otros dos y estaba compuesto en su integridad por términos científicos y técnicos. A estos vocablos, parecidos a los términos científicos en uso hoy y contruidos a

partir de las mismas raíces, se les aplicaba el celo habitual a la hora de definirlos rígidamente y limpiarlos de significados indeseables. Seguían las mismas reglas gramaticales que las palabras de los otros dos vocabularios. Muy pocas palabras C tenían alguna aplicación en el habla cotidiana o en el discurso político. Cualquier trabajador científico o técnico podía encontrar todas las palabras que necesitaba en la lista de su especialidad, pero rara vez tenía algo más que una noción rudimentaria de las palabras de las otras listas. Había tan solo unas pocas palabras que eran comunes a todas las listas y no existía ningún vocabulario que expresara la función de la ciencia como hábito mental o como método de pensamiento con independencia de sus ramas particulares. No había, en realidad, ninguna palabra para *ciencia*, pues cualquier significado que pudiera implicar estaba ya suficientemente cubierto por la palabra *Socing*.

De lo dicho hasta ahora se desprende que, por encima de un nivel muy rudimentario, la expresión en parlanueva de opiniones heterodoxas era prácticamente imposible. Por supuesto, era posible pronunciar herejías de un tipo muy básico, una especie de blasfemias. Habría sido posible decir, por ejemplo: «*El Hermano Mayor es imbueno*». Pero esta declaración, que para un oído ortodoxo se limitaba a comunicar un absurdo manifiesto, no podía ser sustentada por argumentos razonados, porque las palabras necesarias no estaban disponibles. Solo de manera vaga y sin palabras se podía llegar a concebir alguna idea que fuese adversa al Socing, y únicamente se la podía nombrar en términos muy amplios que englobaban y condenaban grupos enteros de herejías sin definirlas. De hecho, solo se podía utilizar la parlanueva para propósitos heterodoxos traduciendo algunas palabras a parlantigua de forma ilegítima. Por ejemplo, «*Todos los hombres son iguales*» era una oración posible en parlanueva, pero únicamente en el mismo sentido en que *Todos los hombres son pelirrojos* es una oración posible en parlantigua. No contenía ningún error gramatical, pero expresaba una flagrante falsedad, esto es, que todos los hombres son de la misma talla, peso o fuerza. El concepto de igualdad política ya no existía, por lo que esta segunda acepción había sido purgada de la palabra *igual*. En 1984, cuando la parlantigua todavía era el medio normal de comunicación, existía teóricamente el peligro de que, al usar palabras de parlanueva, uno pudiera recordar su significado original. En la práctica, no era difícil evitarlo para una persona bien instruida en *doblepensar*, pero en el plazo de una o dos generaciones, incluso la posibilidad de un lapsus semejante habría desaparecido. Una persona que creciera con la parlanueva como único idioma

ya no sabría que *igual* había tenido alguna vez la segunda acepción de «políticamente igual», o que *libre* había significado «intelectualmente *libre*»; de la misma forma, por ejemplo, que una persona que nunca hubiese oído hablar del ajedrez no conocería las segundas acepciones de *reina* o *torre*. Habría muchos crímenes y errores que sería incapaz de cometer, simplemente porque carecerían de nombre y serían, por tanto, inimaginables. Y era previsible que, con el paso del tiempo, las características distintivas de la parlanueva fueran tornándose cada vez más pronunciadas a medida que sus palabras se hicieran progresivamente menos numerosas, sus significados más y más rígidos y la posibilidad de darles un uso impropio cada vez más restringida.

Cuando la parlantigua fuera finalmente sustituida, se habría cortado el último lazo con el pasado. La historia ya había sido reescrita, pero aquí y allá sobrevivían fragmentos de la literatura anterior, imperfectamente censurados, y, en la medida en que uno mantuviera aún su conocimiento de la parlantigua, seguía siendo posible leerlos. Tales fragmentos, en el futuro, incluso si por casualidad hubieran sobrevivido, habrían sido ininteligibles e intraducibles. Era imposible traducir un pasaje en parlantigua a parlanueva a menos que se refiriera a algún proceso técnico o a alguna acción cotidiana muy sencilla, o que fuese de tendencia ortodoxa (*buenideante* sería la expresión en parlanueva). En la práctica, esto significaba que ningún libro escrito antes de aproximadamente 1960 podía traducirse en su totalidad. La literatura prerrevolucionaria solamente podía ser sometida a una traducción ideológica, es decir, a una alteración tanto del sentido como del lenguaje. Tómese por ejemplo el conocido pasaje de la Declaración de Independencia:

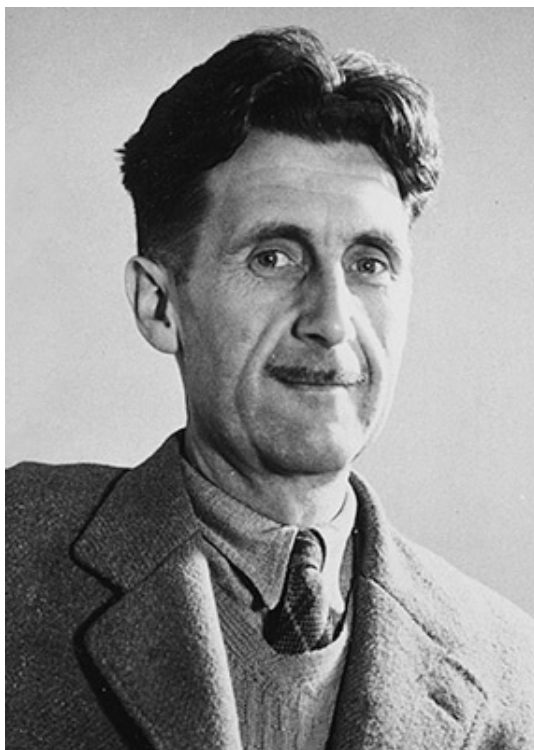
Sostenemos que estas son verdades manifiestas, que todos los hombres han sido creados iguales, que han sido dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables, que entre estos se cuentan la Vida, la Libertad y la búsqueda de la Felicidad. Que para garantizar estos derechos, se instituyen los gobiernos entre los Hombres, los cuales derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados. Que toda vez que alguna Forma de Gobierno se vuelve destructiva para con estos fines, es el Derecho del Pueblo cambiarla o abolirla, e instituir un nuevo Gobierno...

Habría sido por completo imposible dar de esto una versión en parlanueva sin apartarse del sentido original. Lo más cerca que uno podía llegar era embutir el pasaje entero en una única palabra: *ideocrimen*. La única

traducción completa posible sería una traducción ideológica, en la cual las palabras de Jefferson se transformarían en un panegírico del gobierno absolutista.

De hecho, gran parte de la literatura del pasado estaba siendo transformada de esta manera. Ciertas consideraciones de prestigio hacían que fuese deseable preservar la memoria de algunas figuras históricas, al mismo tiempo que sus logros eran integrados en la filosofía del Socing. Diversos escritores, como Shakespeare, Milton, Swift, Byron, Dickens y otros, se hallaban, por tanto, en proceso de traducción; cuando la tarea se hubiera completado, sus escritos originales, junto con cualquier otro elemento superviviente de la literatura del pasado, habrían sido destruidos. Esas traducciones eran un asunto lento y trabajoso, y no se esperaba que fueran a concluirse antes de la primera o segunda década del siglo XXI. Había también grandes cantidades de literatura meramente utilitaria —manuales técnicos indispensables y cosas por el estilo— que había que tratar de la misma manera. Era precisamente para dar tiempo al trabajo preliminar de traducción, que la adopción definitiva de la parlanueva había sido fijada para una fecha tan lejana como 2050.

• • •



GEORGE ORWELL (Nueva Delhi, India, 1903 – Londres, Gran Bretaña, 1950). George Orwell (seudónimo de Eric Arthur Blair) fue un escritor y periodista británico. Nació en la India en 1903 y se educó en Eton. Entre 1922 y 1928 sirvió en la policía imperial británica, en Birmania. Tras vivir en París y Londres ejerciendo diversos oficios, desarrolló una fuerte inclinación a favor de la justicia social, después de haber observado y sufrido las condiciones de vida de las clases sociales de los trabajadores.

En 1937 viaja a España para combatir en la Guerra Civil uniéndose como miliciano al POUM, partido de orientación trotskista. Profundo observador de la situación política durante la época escribe *Homenaje a Cataluña* donde describe su admiración por lo que identifica como ausencia de estructuras de clase en algunas áreas dominadas por revolucionarios de orientación anarquista.

Además de cronista, crítico de literatura y novelista, Orwell es uno de los ensayistas en lengua inglesa más destacados de los años treinta y cuarenta del siglo xx. Sin embargo, es más conocido por sus dos novelas críticas con el totalitarismo *Rebelión en la granja* (1945) y *1984* (1949), escrita en sus últimos años de vida y publicada poco antes de su fallecimiento.

Durante la segunda Guerra Mundial, sirvió en la Home Guard (cuerpo de defensa civil) y trabajó para la BBC. A partir de 1943 fue editor literario y columnista de *Tribune* y corresponsal de guerra en Francia y Alemania para el *Observer*. Murió en Londres en 1950.

Notas

[1] La parlanueva era el idioma oficial de Oceanía. Para una recensión de su estructura y etimología, véase el Apéndice. <<

[2] Biela. (Nota del traductor). <<

[3] En el vocabulario A también podían encontrarse palabras compuestas como *parlógrafo*, pero eran meras abreviaciones de uso cómodo y no tenían ningún matiz ideológico especial. <<